LS.C
T2536

TEATRO NUEVO

ESPAÑOL.

TOMO III.

195385
14.4.25

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

CONTINUACION DE LA LISTA

DE LAS PIEZAS RECOGIDAS.

El hombre busca su estrago, anuncia el castigo el cielo, y pierde vida é imperio: Mauricio y Focas.

El Austria en Jerusalen.

El freno de los Alarbes.

El sitio de Toledo.

El amor mas desgraciado, Céfalo y Pocris.

El valiente Campuzano.

Cada uno es linage aparte, y los Mazas de Aragon.

El triunfo mayor de Alcides.

Cegar al rigor del hierro y cobrar vista en la sangre.

Como luce la lealtad á vista de la traicion.

El Hércules de Ocaña.

El Alexandro de Oriente, y restaurador de Persia: Thamas Kaulican.

La víctima del amor conyugal: Sibila, Reyna de Jerusalen.

La Española Comandante, fiel á su amor y á su patria.

Valor y amor de Othoniel.

Quando la ciencia pretende, amor lo sabe vencer:

encanto, hermosura y Rey.
Amistad, lealtad y amor saben vencer el rigor.
Triunfos de valor y ardid.
El sitiador sitiado, y conquista de Stralsundo.
El sitio de Pultova, por Cárlos Doce.
El Trifaldino Español, y espiritada fingida.
El mas falso testimonio, y traicion mas bien vengada.
El rayo y terror de Italia.
El padre mas inhumano, y el exemplo de los hijos.
La historia de Elio Seyano.
El mas cruel hado es amor.
Gustavo Adolfo, Rey de Suecia.
Los tres afectos de amor, piedad, desmayo y dolor.
Los zelos hasta en el trono, y tiranía en el cetro.
El defensor del Peñon.
El Caín de Cataluña.
Alexandro en Sogdiana.
La Moscovita sensible.
La Indiana.
La impiedad y la traicion ceden á la compasion.
Buscar la dicha en el riesgo, y el Espin de Calidonia.
El mas temido Andaluz, y guapo Francisco Esteban.

Vencer mágia con auxílio: tiranías de Maxencio, y triunfos de Constantino.
Merope y Polifonte.
Mas vale saber que haber, y el docto Euclides.
Matéo Vicente Benet, 2. parte.
Hasta lo insensible adora.
Icaro y Dédalo.
Venir el amor al mundo.
El mas valiente Extremeño: Bernardo del Montijo.
La esclavitud mas dichosa, y prodigioso rescate.
El hijo del sol Faeton.
Guerras de amor y de zelos.
Tambien se ama en el abismo.
Restauracion de Sevilla.
El juramento ante Dios, y lealtad contra el amor.
La mayor constancia de Mucio Scévola.
Lo que previno el destino se logra contra la ciencia: y encantos de Rosimunda.
Los Españoles en Chile.
Las Vísperas Sicilianas.
Los Carboneros de Francia, y Reyna Sevilla.
Las tres tragedias en una, ó la impía Astarbe.
La ventura con el sueño reintegra el cetro á su dueño.
La destruccion de los Templarios.

Las tres coronaciones del Emperador Cárlos Quinto.
El Tirano de Lombardía.
La pobreza con virtud nunca se queda sin premio.
El primer cerco de Roma, y ántes que amor es la patria.
El Godo Rey Leovigildo, y vencido vencedor.
Engaños hay que son justos en guerra de amor y zelos, y coronacion de Numa Pompilio.
Amor, valor y saber los astros pueden vencer.
Deidad, encanto y fortuna vuelven á su dueño el cetro.
Los peligros de un engaño.
A igual poder y favor solo vencer puede amor.
A ser Rey enseña un ángel.
De la piedad nace amor.
Amar es saber vencer, y el arte contra el poder.
Defender al ofensor es la venganza mayor.
A quien deshereda un padre, su lealtad le eleva al trono.
La estatua de Prometéo.
Aspides y basiliscos.
Los dos amantes mas finos, Píramo y Tisbe.
La antorcha del querer bien, y aventuras de himenéo.
Amor es arte de amar.
Los dos monstruos de fortuna: el uno por el

valor, y el otro por la hermosura, y gran Mágico Renato.

La Deidad vence al poder.

La fuente del desengaño.

Amar su propio enemigo, y conociendo el error ser la venganza el perdon.

Lances de amor y amistad, y Real clemencia de Tito.

La banda de Temis, y primera Pitonisa.

Llegar en amor á tiempo, y el golfo de las Sirenas.

Amando bien no se ofenderá un desden.

Anton Bravo.

La sagrada cruz de Oviedo, y sepulcro de Santiago.

Los bandos de París, y guerra entre amor y honor.

Las niñeces de Roldan.

La armonía en lo insensible, y Eneas en Italia.

La sortija del olvido, ó el olvido del encanto.

El asombro de la Francia Marta la Romorantina, primera parte.

Idem segunda parte.

Idem tercera parte.

Idem otra tercera parte.

Idem quarta parte.

Se continuará.

ÍNDICE

DE LAS PIEZAS QUE CONTIENEN LOS TOMOS PRIMERO, SEGUNDO Y TERCERO DEL TEATRO NUEVO ESPAÑOL.

TOMO PRIMERO.

Gombela y Suni-Ada, pág. . . . . 1.
Cecilia y Dorsan. . . . . 97.
Pablo y Virginia. . . . . 205.
El Abate L' Epeé. . . . . 345.

TOMO SEGUNDO.

El Avaro. . . . . 1.
La Reconciliacion. . . . . 129.
La Acelina. . . . . 255.
El Preso. . . . . 339.
Agamenon. . . . . 395.

TOMO TERCERO.

La Orgullosa. . . . . 1.
El amor y la intriga. . . . . 145.
El Chismoso. . . . . 303.
El Solteron. . . . . 463.

LA ORGULLOSA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

FORMADA

SOBRE LA QUE CON EL MISMO TITUTO
ESCRIBIÓ EN UN ACTO

MONSIEUR DESTOUCHES,

Y ACOMODADA

AL TEATRO ESPAÑOL

POR

EL LICENCIADO DON FRANCISCO DEL PLANO,
ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS,
RESIDENTE EN ZARAGOZA.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas, y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

Doña Rosa, ó la Orgullosa. *Señora Rita Luna.*

Doña Prudencia, su hermana. *Señora Josefa Virg.*

Doña Elena, madre. *Señora Coleta Paz.*

Ines. *La Señora Joaquina Arteaga.*

El Marques de Belflor, currutaco. *Señor Antonio Ponce.*

Don Angel. *Señor Manuel Garcia Parra.*

Don Simon, cuñado de Doña Elena. *Señor Antonio Pinto.*

JUANON, criado del Marques. *SEÑOR MARIANO QUEROL.*

La Scena es en una antesala de casa de Doña Elena.

ACTO PRIMERO.

Ines. Vamos limpiando las sillas,
y poniendo en órden esto,
que no tardará en venir
el batallon de cortejos,
que tiene mi ama la jóven
llenos de amor los celebros,
á dar la campal batalla
del chisme y del orejeo.
¡Miserables! si qual yo
fondeado hubieran su genio,
de otro modo la tratáran;
pero si son unos necios.
Las mugeres son un libro
en que siempre estan leyendo
los hombres, y cada dia,
á mi ver, lo entienden ménos.
Puede ser que ella tropiece
con quien sea un poco experto,
y que ajándola su orgullo,
la venga á dar pan de perro.
La estaría como á un Santo
dos velas; porque teniendo

la proporcion de marido,
á éste dexo, y á éste quiero,
no elegir uno, esperando
que venga un Rey de Marruecos
en forma de pretendiente,
es perder fortuna y tiempo.
No: yo no sigo esta escuela,
al primer embite el resto.

Sale Doña Rosa.

Rosa. ¿Qué hora es, Ines?
Ines. Son las quatro.
Rosa. ¿Las quatro, y tan libre veo
mi antecámara de amor
de pretendientes? ¿qué es esto?
Ines. Está la tarde pesada,
y se dormirán.
Rosa. No: que ellos
son los pesados; mas ya
los avivará mi genio.
Algo soñolienta estoy.
Ines. Dos horas largas de sueño
son siesta muy razonable.
Rosa. A ver, acerca el espejo.
Buen color: estoy de dia.

Paseándose con afectacion.

Mira si hay algun defecto
en la ropa.

Ines. No señora:
todo está bien.

Rosa. Yo lo creo:
estaré hecha una pintura
de miniatura.

Ines. Lo mesmo.

Vuelve á pasear.

Rosa. ¿Y en punto á garbo qué tal?

Ines. Parece vm. una Venus.

Rosa. Digo que lo entiendes mas
que pensaba. Ve corriendo
que llamáron: algun Moro
en la campaña tenemos.

Ines. No señora: no llamáron.

Rosa. Mucho tardan: el espejo
vuelve á traer. ¿Qué tendré
en este semblante, cielos,
que en asomándome al palco
en el teatro, ó saliendo
á dar dos pares de vueltas
una tarde de paseo,
vuelvo mas llena de triunfos
que el gran Capitan?

Ines. El cuento
no es hacer muchas conquistas
que no sirvan de provecho,
sino una buena y segura.
Rosa. ¿Qué quieres decir con eso?
Ines. Que anda vm. muy indecisa
en la eleccion.
Rosa. Sobra tiempo.
Ines. Guardar mucho la malilla
suele ser perder el juego.
¡O, quántas vi á los quince años
lisongear sus deseos,
prometiéndose un marido
de oro y perlas quando ménos!
A los veinte y uno, de plata
les parecia ya bueno:
á los veinte y dos, de cobre:
quatro mas allá, de yeso;
y al fin, uno de carton
les cupo arrugado y viejo,
ó en un rincon, qual las ubas
por navidad, se pudriéron.
Rosa. Eso no habla con mugeres
como yo: vale un imperio
ver á docenas los hombres

muertos por mí, y yo riyendo.

Ines. ¿A ninguno quiere vm.?

Rosa. A todos por pasatiempo.
Y en fin, no preguntes mas,
Ines, que tú sabrás luego
porque á la vista de todos
indecisa me mantengo.

Ines. Yo pensaba que Don Angel
mereceria algo.

Rosa. Creo
que ese me acomodaria,
si fuera título; pero
mi madre, que apreciar sabe
mi mérito; y yo, que al ménos
sé conocerlo, el designio
concertado ya tenemos
de que ha de ser titulado
el que merezca mi afecto
y mi mano.

Ines. De ese modo
el Marquesito el electo
será.

Rosa. No digo que no;
pero guárdame secreto,
que hemos de dar este golpe

de repente, y en silencio.
Mi madre, que entiende bien
estas cosas, el proyecto
gobierna; y segun me dice,
lo lleva ya muy en bueno.

Ines. El hermano de mamá
viene aquí medio durmiendo.

Rosa. ¡Mi tio el predicador!
Puf... mala peste en el viejo.

Vase, y sale Don Simon.

Sim. ¡Ola! ¡qué la señorita
se nos fué de aquí! Yo apuesto
que es porque me vió.

Ines. Usted es
harto malicioso.

Sim. Suelo
acertar así. Me canso
de tolerar los enredos
de esta casa. Aunque la loca
de mi hermana en todos tiempos
me jugó mil piezas, y era
bien digna de mi desprecio,
al cabo de que sus hijas
son mis sobrinas no puedo
prescindir, y de que se hallan

sin padre: cuidar, pues, debo
de que les quede seguro
un buen establecimiento.
Por la sobrina mayor
muy de veras me intereso;
porque ya cumplió los veinte
hace tres meses y medio,
y esta edad pide marido
en las mas mugeres.

Ines. Cierto;
y eso lo sé yo por mí.

Sim. Picarilla... ya te entiendo.

Ines. ¡O!... si yo me hallára un tio
como usted... En disponiendo
la boda á las dos sobrinas,
podia vm. un recuerdo
hacer de mí.

Sim. No te digo
que no.

Ines. ¿Mas no era lo mesmo
decir que sí?

Sim. Pero sabe
que esta vez tan solo vengo
para instruirme del estado
de la casa, y ver si puedo

á mi sobrina Prudencia
. proporcionar casamiento.
¿Y no te parece, Ines,
que merece bien mi afecto?

Ines. Sí señor: mucho.

Sim. Es amable
sin fachenda, y el talento
sabe unir á la dulzura
sin vanidad. ¡Quán de acuerdo
en ella con la razon
van siempre los sentimientos!
Sin ser desabrida, sabe
ser modesta. Sí: el incienso
merecia de los hombres,
si viviésemos en tiempo
en que sola la virtud
fuese la digna de aprecio;
pero un gusto corrompido
y frívolo, se nos ha hecho
el carácter general
de la juventud; y en medio
de que se habla de virtud
mas que nunca, el bello sexô
es víctima del capricho
de quatro locos mozuelos,

que en un exterior brillante
el mérito verdadero
ponen; y al luxo y orgullo
quieren reservar el premio
que se debe á la virtud.

Ines. ¡Qué bien dice vm. en eso!

Sim. ¿No es vergonzoso que no hagan
del mérito verdadero
cuenta alguna, y que prefieran
de Rosa el vano despejo,
un orgullo impertinente,
y un espíritu altanero
á la suavidad, finura,
costumbres, genio y talento
de Prudencia? para Rosa
ha de ser todo el obsequio,
solo porque es un poquito
mas graciosa. ¿Y estos necios
cupidos de gabinete
en forma de hombres, tan ciegos
estan, que no han de entrever
su perjuicio y el ageno
en la fátua adulacion
con que del hermoso sexô,
del sexô que aman, corrompen

el corazon y el talento?
Ines. Y lo peor es que la madre,
en vez de poner remedio,
perdida y ciega por su hija
Doña Rosa, un estupendo
mimo la da. Todo, todo
quanto la vé está bien hecho.
La mayor extravagancia
de su vanidoso genio,
es un motivo de aplauso
para la madre, y de obsequio
para los hombres, que en ella
creen ver un gran modelo
de la gracia y el donayre.
Sim. Tan fátua es ella como ellos.
Ines. Doña Prudencia al contrario:
continuamente es objeto
en la madre de aversion,
y en los hombres de desprecio.
Bayles, músicas, comedias,
visitas y lucimientos,
todo es para la pequeña:
la grande, qual trasto viejo,
en un rincon. Ya se vé,
si la madre da el exemplo,

¿los demas qué han de hacer?

Sim. Bravo.

Mi amada Prudencia... *Con ternura.*

Ines. El cielo
la dotó de un corazon
mas fuerte que el bronce. Enmedio
de que se consume, á nadie
lo da á entender. Baxo un gesto
agradable para todos,
sus amargos sentimientos
oculta, y llora á sus solas.

Sim. ¿La infeliz llora?

Ines. En secreto,
sin darlo á entender á nadie.

Sim. Amada sobrina, presto
enjugaré yo tu llanto:
vé, dila que aquí la espero.

Ines. No es menester que ya sale.

Sale Doña Prudencia.

Sim. Ven, Prudencia, ven. Ya veo
que tu madre es una fátua
sin algun discernimiento;
mas yo, como buen hermano,
pronto reducirla pienso
á la razon.

Ines. Un milagro
sería ese.
Prud. Ines, silencio
y moderacion: conserva
á mi madre sus respetos.
Si igual lugar que mi hermana
no he merecido en su afecto,
es que de su inclinacion
sigue el giro, y nunca veo
padre que á todos sus hijos
ame con igual aprecio.
¿Y mas amable que yo
no es mi hermana? Los obsequios
se lleva de quantos vienen
á casa: yo apénas tengo
quien me salude; esto es prueba
de que en Rosita los cielos
con mano mas liberal
sembráron las gracias.
Sim. Pero
la razon siempre se opuso,
á que por instinto ciego
una madre caprichosa
prodigue todo su afecto
á una hija, y fomente en ella

orgullosos sentimientos,
miéntras á la otra declara
un ódio implacable. Debo
corregir este desórden,
y proporcionar remedio
á tal daño: un matrimonio
traigo acá en el pensamiento
para tí, y del caso.

Prud. Tio,
no me corre prisa: hay tiempo.

Ines. ¿Que no se me diga á mí
esa palabra? Ni un credo
tardaria en aceptarla.

Sim. Es preciso: yo no veo
para mejorar tu suerte
otro recurso.

Prud. Yo temo
que la bondad de vm. tenga
para mí malos efectos.
Por ahora la ternura
lleve Rosa: me intereso
en que case ántes que yo,
que es lo mas fácil; supuesto
que tantos adoradores
queman á sus pies incienso.

Si no es así, tendrá vm.
con mi madre mil encuentros
sobre este artículo, y yo
no gozaré un dia bueno.

Sim. Prudencia, yo no me olvido
de tu hermana; harto la tengo
presente en mi corazon.
Quisiera casarla; pero
no es, no, tan fácil su boda
como la tuya. Su genio,
mas vano que el de su madre,
ha fixado sus proyectos
en no admitir por marido
sino un titulado.

Ines. Cierto
que buscan Conde ó Marques
para novio, quando ménos;
y de este grande designio
no rebaxarán un dedo.

Sim. ¿Con que Condesa ó Marquesa,
ó nada? ¿y á tal extremo
llega su orgullo? Por vida
de quien soy, que un escarmiento
ha de tener su altivez,
que aproveche á todo el sexô,

porque aprendan las mugeres
á recogerse en el centro
de la virtud, y á pensar
sobre sí con algo ménos
de vanidad.

Prud. Por Dios, tio,
témplese vm., que yo temo
mas males en la reforma
que en el abuso.

Sim. ¿Y habré hecho
mi viage en valde, dexando
las cosas en el funesto
estado en que las hallé?

Sale Doña Elena, que oye los siguientes versos

A la hija y madre pretendo
enseñar moderacion;
porque en el dia me encuentro
en la posicion de xefe
de la familia. Me alegro...
¿Condesa, Marquesa, ó nada?
Tiene unos humos soberbios
mi sobrina.

Elena. ¿Y á qué viene
la murmuracion?

Sim. Hablemos

ménos alto, hermana.
Elena. ¿A mí
la amenaza?
Sim. A tí.
Elena. Yo puedo
hablar como me acomode
en mi casa.
Ines. Yo me cuelo,
que esto va á tener mal fin. *Vase.*
Sim. No me insultes.
Elena. Me defiendo;
que tú eres el que me insultas.
Sim. Hermana...
Elena. Hermano... *Remedándolo.*
Sim. Es un genio
dulce el tuyo.
Elena. Sí, que el tuyo
es un almivar.
Sim. Silencio
quando hablo yo.
Elena. ¿Qué? ¿de huésped
te convertirás en dueño
de mi casa?
Sim. Su fortuna
se hará si yo la gobierno.

Elena. Dinero he necesitado
á veces; nunca consejos.
Sim. Presto te arrepentirás
de esa vanidad. Yo vengo
á poner órden, y no
á embriagar con nuevo incienso
á tu ídolo.
Elena. ¿Qué se entiende
á mi ídolo?
Sim. Si: ya es tiempo
de hablarte con claridad,
y mostrarte quán funesto,
quán detestable es partir
con desigualdad su afecto
una madre entre sus hijas:
no es de otro principio efecto
el orgullo que despues
las precipita en el seno
de la miseria mayor.
Prud. Tio, por Dios...
Sim. Nada en esto
tienes que hablar. Pronto, Elena,
vas á conocer tu yerro.
Elena. Me procuró vm., señora, *A su hija.*
un rato de sermon bueno.

Prud. Yo, señora...
Elena. Vm., vm.
Sim. Te engañas, Elena, en eso
como en todo. Eres su madre:
no lo olvides.
Elena. ¿Y el recuerdo
de que es hija, cómo no haces
á ella tambien?
Prud. ¿Mas yo qué he hecho
que ofenda á vm.?
Elena. Nada, nada:
me disgustas: yo no puedo
mirarte sin enfadarme.
Vete de aquí.
Prud. Os obedezco. *Vase.*
Elena. Solo de verla me irrito.
Ya lo he dicho todo.
Sim. Cierto,
que todo lo has dicho.
Elena. Nada
me he dexado en el tintero.
Sim. Muy bien: pues óyeme ahora.
Elena. Sea breve el sermon.
Sim. Veo
que para tu hija Rosita

es tu corazon entero,
y que á la amable Prudencia,
excluyes de él.

Elena. Está bueno.
Amable... *Con ironía.*

Sim. Sí, Elena, amable:
lo digo yo que lo entiendo.

Elena. Dices muy bien: todo el mundo
la adora: por ella tengo *Con ironía.*
la casa tan freqüentada.
Es muy amable: el obsequio
que recibe de los hombres
lo acredita.

Sim. Por lo ménos
tiene para recibirlo
un mérito verdadero.
Si la virtud no se busca,
y los hombres sus obsequios
reservan á la belleza,
con exclusion del talento
y buen corazon, consiste
en que hay escasez de cuerdos,
y sobran los locos. Sigue
amor del capricho ciego
la inspiracion comunmente;

y á fé, á fé, que es un objeto
del mayor interés: todos
aman: no todos consejo
piden á su reflexîon:
se enamoran, y allá va ello.
Tales son los partidarios
de tu Rosita. ¿Qué es eso?
Ríeteme cara á cara,
y no me tuerzas el gesto
para reir entre dientes.

Elena. Mi risa es mia; y yo puedo
reir como me acomode.

Sim. Desde el rincon de mi pueblo
sé quanto pasa en tu casa.
Mi hermano en su testamento
me encargó que de sus hijas
cuidase, tal vez creyendo
que tú...

Elena. ¿Qué creyó de mí?

Sim. Que á segundo casamiento
podria tu vocacion
conducirte.

Elena. Y no fuera eso
muy extraño. No soy pobre:
de los quince años conservo

las gracias, genio y figura,
y tengo quien en secreto
me lo dice. Solamente
el inconveniente encuentro
de que Prudencia me vuelve
vieja: como yo no espero
que haya medio de casarla,
me consumo. ¡O! Si el talento
y ayre encantador de Rosa
tuviera, bien presto, presto,
presentarias dos bodas,
y tal vez tres: que yo puedo
echar sobre mí las cuentas
algo largas.

Sim. Pues no quiero
que por mí tuerzas el giro
de tan brillantes proyectos.
Responde á quatro preguntas
que voy á hacerte. Convengo
en casar primero á Rosa,
pues es tu gusto; y ya creo
que habrás echado tus líneas
con seguridad sobre ello.
¿Tienes *in pectore* el novio?

Elena. Elegido no lo tengo;

mas donde hay tantos que ruegan,
la eleccion se hace al momento.
Sim. Y bien: yo tengo entendido
que hay un Don Angel Robledo,
visita de casa; y ese
es un partido estupendo.
Elena. Así, así. *Con burla.*
Sim. ¿Qué significa
así, así?
Elena. Que es pasadero.
Sim. ¿No mas?
Elena. ¿Te parece poco,
quando se habla con respecto
al mérito de Rosita?
Sim. Ya sabes que es caballero.
Elena. ¿Y por ese lado aquí
no se puede escupir recio?
Sim. Es rico, es jóven.
Elena. ¿Y Rosa
es pobre, ni vieja?
Sim. Pero
sus caudales son mayores
que los tuyos con exceso.
Y no es uno de estos fátuos
mayorazgos, que solemos

ver, de trampas y de vicios
hasta los ojos cubiertos.
Elena. Tanto mejor para él.
Sim. Sus costumbres y su genio
lo hacen muy recomendable.
Elena. Yo no he de hacer el proceso
de su beatificacion.
Sim. ¿Dudas tú que su talento
es muy grande, y que su juicio
no es menor?
Elena. Yo ni lo niego,
ni lo afirmo, ni lo dudo.
Sim. Por los principales pueblos
de la Europa ha viajado
al lado de un buen maestro
por instruirse.
Elena. ¡Ah!... viajante...
gran principio de embustero.
Sim. Este es todo un sabio: en plata
es un filósofo.
Elena. Bueno. *Se rie.*
Sim. ¿Te ries?
Elena. ¿No he de reirme?
La cosa no es para ménos;
pues mas que un marido, pintas

un director de museo.
Mira, Simon; quiero hablarte
clarito: yo para yerno
no quiero un hombre de letras;
porque para el bello sexô,
un sábio es un animal
lúgubre; y no mas es bueno
para exâltarnos el flato.
Sim. Bien sabe Dios que tolero
tus sandeces, porque nunca
te quejes de mis consejos.
Si no quereis á Don Angel,
¿quál es el designio vuestro?
Elena. ¿Sabes que aspiran de Rosa
á merecer el afecto
Barones, Condes, Marqueses,
y mil títulos diversos?
Sim. Fátua, fátua; ¿un titulado
puedes esperar por yerno?
Elena. ¿Y no lo merece Rosa?
Sim. Mira que mi sufrimiento
vas apurando. ¿De dónde
saldrá ese título?
Elena. El tiempo
puede mucho; y porque rabies,

te digo que ya lo tengo.

Sim. ¿Cómo?

Elena. Sí, sí: titulado
(nada ménos) será el yerno.

Sim. ¿Y quién es ese señor
que se digna honrarnos?

Elena. Luego
lo verás. Es el Marques
de Belflor.

Sim. ¿Ese mozuelo
casquivano, jugador,
antojadizo, cubierto
de trampas, gran director
de bayles?

Elena. Vaya, que has hecho
un retrato como tuyo.
El Señor Marques es bueno
como el buen pan, y no tiene
trampas, porque mi dinero
las ha satisfecho todas.

Sim. ¡Buen Dios, en qué parará esto!
¿con que tú has comprado el novio
para tu hija?

Elena. Pensamiento

como tuyo. ¿Qué señor
vive sin trampas? Los tiempos
estan malos: es preciso
sostener el lucimiento
de la clase.

Sim. Está muy bien:
dexémonos de argumentos
que me cansan la cabeza,
y no he de sacar provecho.
De Don Angel no hay que hablar.

Elena. Si no es título...

Sim. Me alegro.
Y por hablarte, cuñada,
de una vez, y sin rodeos,
te digo, que nunca tuve
á Don Angel por tan necio,
que obsequiase á tu Rosita
mas que por un pasatiempo.
Y el señor Marques, tu digno,
ó tu dignísimo yerno,
que siempre para gastar
ha sido un pozo sin suelo,
¿cómo podrá sostener
ese fausto y lucimiento,
que para tí es tan preciso,

como para mí superfluo?

Elena. Todo lo tengo pensado.
La Prudencia en un Convento
podrá cerrarse: fachenda
que no costará mil pesos;
y así queda para Rosa
todo el patrimonio entero.
Tú estás sin hijos, y vale
medio millon, quando ménos,
tu hacienda, y á la Rosita
la mandarás: nada en esto
harás que ella no merezca.

Sim. Yo soy castellano viejo:
es decir, que soy un hombre
tan honrado como ingenuo:
cada oveja, dice el dicho,
con su pareja. No entiendo
eso de tener sobrino
á quien dar Usía. Es bueno
y honrado nuestro linage;
pero en todos mis abuelos,
y aun en sus acreedores,
memoria alguna conservo
de que haya habido un Usía;
y así por locura tengo

tu proyecto.

Elena. Muy mal va
quien no medra.

Sim. Yo no quiero
mas conclusiones. Prudencia
no ha de cerrarse en Convento
por capricho tuyo. Yo
la adopté desde el momento
por hija mia; conmigo
vendrá mañana á mi pueblo:
yo la casaré á mi modo,
pues que sin hijos me veo.
Mas la parte que la cabe
del patrimonio paterno
vendrá tras ella, ó segura
la he de dexar; porque quiero
nombrarla por mi heredera
universal.

Elena. ¿Cómo es eso?
¿A la Prudencia darias
todos tus bienes?

Sim. La tengo
desde hoy por hija, y será
de mi vejez el consuelo.

Elena. ¿Qué? ¿no es tambien tu sobrina

la Rosita? ¿y no es objeto
mas digno de tu memoria?
Vaya que era lindo cuento.
Sim. Yo dispongo de mis bienes
como haces tú de tu afecto,
que agraciando una hija, dexas
á la otra en un desconsuelo.
Y con la gran diferencia
que yo por razon procedo,
y tú por extravagancia,
ó ilusion de tu mal genio.
Mas porque veas que opino
con rectitud, te doy tiempo
para que te reconozcas.
La resolucion que he hecho,
tú misma puedes variarla:
si con mas sano consejo
admite Rosa á Don Angel
(que él la quiera suponiendo;
cosa que en verdad la dudo)
que cuente con diez mil pesos,
y con toda mi ternura;
y si no acabóse el pleyto:
mañana con la Prudencia
me restituyo á mi pueblo;

y no más Corte, no mas
cuñada, no mas enredos,
y no mas sobrino Usía
que me alborote los sesos.

Elena. Está bien: Rosita sale.

Sale Doña Rosa.

Rosa. ¡Ola! ¿se habla de mí?

Sim. Cierto:
tu tio, que como siempre
opinó á lo lugareño,
da en que has de elegir un novio
del esquadron de cortejos,
que te cerca, y su manía
es que ha de ser al momento.

Rosa. El tiempo no se me pasa.

Sim. Para un casamiento bueno
nunca es temprano.

Rosa. En casando
la muger jóven, lo ménos,
de sus gracias y hermosura,
pierde un ochenta por ciento.

Elena. ¿No ves, Simon, qué viveza
de espíritu?

Sim. Allá en mi pueblo
se llaman bachillerías

y descoco. Mas dexemos
toda disputa; y si fuera
el novio un título, creo
que no pierde la muger.
Rosa. De la medalla el reverso
es ese, tio; que entónces
gana el ochenta por ciento.
Sim. Pues sobrina, yo he sabido
que hay un Don Angel Robledo
que te obsequia.
Rosa. Sí; pero eso
no es título.
Sim. Es caballero,
y es un filósofo.
Rosa. Un sabio
en la clase de cortejo,
es un adorno; y en clase
de marido es un perpétuo
podregorio. Si se ofrece
baylar de pronto un bolero,
se debe contar con él
lo mismo que con un muerto:
si oye la guitarra, dice
que se le rompe el celebro:
si es menester que una tarde

cuide de un perro faldero,
no sabe hacerle un cariño,
ó da con él en el suelo.
Y sobre todo, Don Angel
no es título, y mis proyectos
pican mas alto.

Sim. Ya sé
que tu madre en el enredo
anda de comprarte un novio
titulado, y así va ello.

Elena. Lengua infame... al fin cuñado.
Ya lo dixe todo.

Sim. Quiero
irme, y dexaros en paz.
Pero Elena, al perro viejo
no hay tus, tus que valga. ¿Estás
en lo que dixe?

Elena. Me acuerdo.

Sim. Pues lo dicho, dicho. A Dios. *Vase.*

Elena. Este demonio de viejo
perdido está por Don Angel.

Rosa. ¿Sí? Pues yo pondré remedio.
Ines, Ines.

Sale Ines.

Ines. Ya está aquí.

Rosa. Ines atiende: en viniendo
Don Angel, díle que excuse
el volver: que en ningun tiempo,
ni lugar donde me encuentre,
me haga el menor cumplimiento,
ni aun con los ojos. ¿Estás?

Ines. Sí señora; estoy en ello.

Rosa. Y vm., madre, á dar á la obra
la última mano: debemos
hacer que firme el Marques
esta tarde los conciertos.
Y no hablo al ayre, que estan
aguardando por momentos
mi decision tres Barones:
el del Céspede, el del Hierro,
y el de la Vega, sin otros
que estan por mí medio muertos.
¡Qué conquistas hago! Soy
la Cárlos Doce del sexô.

Elena. Bendiga Dios, hija mia,
ese donaire y despejo.

Vase con Doña Rosa.

Ines. Soltóse el relox, y dió
todas las horas á un tiempo.
Pero aquí es ella, que viene

mi buen Don Angel: le tengo
mucha lástima.

Sale Don Angel.

Ang. Felices
tardes, Ines. Díme, ¿puedo
ver á Madamas?

Ines. Yo juzgo
que es mala ocasion.

Ang. Pues dexo
cabalmente mil quehaceres
por verlas.

Ines. Vm. ha hecho
bastante mal.

Ang. Mas si sabes
quán ardiente es mi deseo
de ver á Doña Rosita...

Ines. Sin embargo, lo primero
siempre es lo primero.

Ang. Nada
es ántes que el fino afecto
que á Doña Rosa me lleva
á tributarla el incienso...

Ines. Ya, ya estoy: con todo, insisto
en que esta vez mejor hecho
hubiera sido atender

á otras cosas; pero á tiempo
me parece que está vm.
Puede volverse sin miedo
de hacer falta, y evacuar
sus asuntos.

Ang. No te entiendo.

Ines. Yo me explicaré: es el caso
que lo que es por hoy, no encuentro
posible que vea vm.
á Doña Rosa.

Ang. ¿Qué es esto?
¿qué novedad ha ocurrido?

Ines. Mañana todo el suceso
sabrá vm.

Ang. Ines, por Dios,
me llenas de mil recelos:
dime lo que hay.

Ines. ¿Pues no es cosa
bien graciosa que el enfermo
dé en que se quiere engullir
el brevage descubierto,
quando el médico pretende
darlo en píldoras envuelto
que el amargor disimulen?

Ang. ¿Y qué quiere decir eso?

Ines. Dí á vm. una despedida
envuelta en un cumplimiento
muy fino, y vm. la quiere
descubierta. La órden tengo
de decir á vm., que mi ama
no quiere desde hoy mas verlo,
ni que vm. vuelva á su casa,
ni que vm. haga recuerdo
de su amor: bien entendido,
que de esta fineza en premio
mi ama, por su parte, ofrece
hacer con vm. lo mesmo.

Ang. ¿Te burlas, Ines?

Ines. La cosa
no es para burlas.

Ang. No puedo
sostenerme. Desdichado...
¿en qué la ofendió mi afecto?

Ines. En no ser Conde ó Marques,
á mi juicio, está el defecto;
y tal vez otro que lo es
aspirará...

Ang. Ya te entiendo.
Pero este Marques no la ama,
que la engaña.

Ines. Allá verémos,
dixo Agrages; y otro tanto
dirá mi ama.
Ang. El sentimiento
de su ruina me atraviesa
el corazon. ¿Mis obsequios
olvida así? ¿la ternura
de un sencillo y noble afecto
abandona Doña Rosa
por un vano lucimiento?
Ines, entre quantos vienen
á rendirla sus obsequios,
¿hay uno que la haya amado
mas firme, ni mas ingenuo
que yo?
Ines. Es verdad; pero vm.
se lo ha dicho unos quinientos
millones de veces; y hay
señoritas de tal genio,
que se hace preciso amarlas
sin decírseles.
Ang. Yo siento
un fuego que me consume
las entrañas. ¿Dónde, ó cielos,
me ocultaré? Yo estoy fuera

de mí. ¿Y éste será el premio
de mis amorosas ansias?
¿Un rival que los desprecios
merece de todo el mundo
me ha de robar el objeto
de tantos finos suspiros,
tantos perdidos lamentos,
tantos cuidados? La vida
sin Doña Rosa aborrezco.

Ines. Juicio, Don Angel; cordura.

Ang. ¿Perder así mis afectos?
¿qué me interesa ya todo
quanto encierra el universo?

Ines. Don Angel, si una muger
puede á un sabio dar consejos,
yo digo á vm. que se vaya;
y que dando tiempo al tiempo
no se consuma, que acaso
mañana vm. mas sereno
tendrá por buena fortuna
lo que hoy tiene por suceso
desastrado. Yo me voy,
que de verlo casi tengo
las lágrimas en los ojos. *Vase.*

Ang. Infeliz de mí... ¿Qué es esto?

¿sueño ó deliro? Cubrirme
quiso de ignominia el cielo,
y de amargura. ¿Tan poco
valgo, que vencido quedo
por un rival despreciable?
¿qué pensará de mí el pueblo,
que mi pasion declarada
ha visto por tanto tiempo,
y con teson sostenida?
Esto es lo que pesa ménos
en mi corazon. Tu suerte
Doña Rosa me ha cubierto
de horror. El amor me venga,
pues que te va á hacer objeto
del público escarnio. ¡O jóven
desgraciada! ¡ó quánto en esto
me martirizo! Si fueras
á los brazos de un sincero,
virtuoso jóven, yo
desistiera de mi empeño;
pero te miro en el borde
de un precipicio, y no puedo
mis lágrimas contener.
Tú te pierdes, y yo pierdo
para siempre mi quietud.

¡Estos son del bello sexô
los sentimientos! Infiel
Doña Rosa: no, yo quiero
verla, y oir de su boca
el formidable decreto
de mi muerte, que aun así
me será amable. Apuremos
toda la ponzoña al vaso,
y al valor todo el esfuerzo.

ACTO SEGUNDO.

El Marques y Doña Elena.

Elena. ¿Con que es asunto concluido,
señor Marques? Los conciertos
se firmarán, y mañana...
Marq. Ya nada hay que hablar sobre ello:
se firmarán.
Elena. Como Rosa
os profesa tal afecto,
y de tantos pretendientes
se halla cercada...
Marq. Lo entiendo.

Elena. Es que conviene quanto ántes
quitar estorbos de enmedio.
Marq. No hay que hablar: estoy en todo:
de otra materia tratemos.
He reparado que nunca
tuvó vm. igual acierto
en prenderse. ¡Qué bello arte!
Mirándola con un anteojito.
¡qué gentileza de cuerpo!
qué gusto tan exquisito,
simple y natural! No puedo
ménos de admirarlo. Vm.
es de las gracias modelo.
Elena. ¡O!... Si no hay otro Marques
para obligar con obsequios.
Marq. ¡Caramba, y qué ayre tan fino
conq uista! Estoy creyendo,
que vm. se quita de encima
los años, y que volviendo
va á la amable juventud.
Elena. En quien tuvo buen aspecto
la primavera, el otoño
siempre es brillante.
Marq. El gracejo
es como vm. Si digo

Todo con un poco ayre de burla.

que en la figura y el genio
se va quitando de acuestas
vm. los años. Apuesto
qualquier cosa á que ninguno
la da á vm., por su ayre y gesto,
la mitad de los que tiene.
¡La verdad! ¿quántos inviernos
han pasado por encima
de esa cutis? Y prevengo
á vm., que tengo muy fixas
reglas para conocerlo;
pero saberlo quisiera
de boca de vm., que temo
que esta vez todas mis reglas
van á equivocarse.

Elena. Quiero
hablar á vm. francamente.
Señor Marques, yo me cuento
por de edad de unos treinta años;
pero la verdad, ya tengo
treinta y cinco.

Marq. ¿No lo dixe
que lo erraba?

Elena. ¿Pues qué tiempo

me daba vm.?

Marq. Sus cincuenta
bien cumplidos, por lo ménos.

Elena. ¡Jesus, Jesus! ¿Pues el garvo,
la gentileza y despejo
que vm. decia?

Marq. Con todo,
hay que reponer contra eso.
¿Treinta y cinco años no mas?
¡Y un tan sublime talento,
un espíritu tan fino,
un pensar tan noble y recto,
un saber tan consumado,
un tan prudente manejo,
una elevacion tan alta
de exquisitos sentimientos,
un discurrir con tal tino
y prudencia! No, yo pienso
que vm. me engaña. Es muy corto,
mi Doña Elena, ese tiempo
para adquirir tal conjunto
de prendas. Vm., sin riesgo
de que la desmientan, puede
decir que lleva en el cuerpo
los cincuenta, y algo largos.

Elena. Qualquiera otra por desprecio
lo tendria ; pero en boca
de vm. todo es un gracejo.
Marq. No señora , no me burlo:
lo digo como lo siento.
¡Treinta y cinco! ¡á los sesenta
con un juicio tan completo!
Este es milagro.
Elena. Marques,
esta noche los conciertos
se han de firmar , y en seguida
se publica el casamiento.
Marq. ¿Con que se ha de publicar?
Coram populo. ¿No es esto?
Elena. No señor: á la tertulia
lo hemos de hacer manifiesto;
y luego rabie el que rabie.
Marq. No hablemos de cumplimientos
ni ceremonias , que solo
de pensar en ellas tiemblo.
Busquemos conversacion
mas divertida.
Elena. Creyendo
que puede á vm. hacer falta
para el gasto y lucimiento

de la boda algun caudal...

Marq. Cierto, que ayer en el juego
se me llevaron sesenta
medallas. ¡O!.... y aun me acuerdo
que quedé debiendo diez.

Elena. Lo creo: sois caballero,
y sabeis lucir muy bien
vuestras rentas. Aquí tengo
para de pronto seis vales,
todos de á seiscientos pesos,
y á mi favor endosados:
muy bien puede vm. con ellos
lucir la boda.

Marq. Bien: vengan,
Doña Elena, no hay remedio;
vm. hace lo que quiere
de mí. Pero si no encuentro
medio de oponerme á nada
de lo que hace vm.

Elena. Es cierto:
mas quisiera....

Marq. ¿Aun no está vm.
con la bondad de mi genio
satisfecha? ¿Todavia
hay que argüirme? Yo protesto

que el mérito vm. me quita
de un amor puro, sincéro,
y sin interes : con todo,
hacerla quise el obsequio
de admitirla su expresion
solo en muestra de su afecto,
no por lo que ella es en sí;
y así á otro punto pasemos,
que en este estamos solventes.

Elena. No esperaba de vm. ménos.

Marq. Hablemos de Doña Rosa;
que ella, y no vuestro dinero
de mi constante ternura
es apreciable objeto.

Elena. A punto la nombra vm.,
que aquí llega.

Sale Doña Rosa.

Marq. Ya voy viendo
que mi afecto para vm.,
señorita, es mas sincéro,
y mas ardiente que el suyo
para conmigo.

Rosa. No entiendo
á donde va á parar esa
reconvencion.

Marq. ¿ Quánto tiempo
me hace vm. aquí aguardar?
El gusto de verla...
Rosa. ¡Bueno,
señor Marques! y ha por horas
que á Ines preparada tengo
para que diese el aviso
de venir vm.; y creo
no ha tres minutos que entró
con el recado.
Marq. Lo ménos
hace hora y media que está
de planton en este puesto
todo un Marques de Belflor.
Rosa. No sé que pueda ser eso.
Marq. ¿Lo digo yo, y no será?
Elena. Déxalo, Rosa: su genio
conoces ya: en este punto
de llegar acaba.
Marq. Pienso
que vm. se equivoca.
Elena. Apénas
ha tres minutos: de cierto
sé que no llega á los quatro:
que bien contados los llevo.

Marq. Basta ; no replico : vm.
en posesion y derecho
está de hacerme creer
quanto quiere. Pues protesto
á vm. , que esos tres minutos
me han parecido lo ménos
hora y media : de mi amor
puede ser que sea exceso:
que el esperar á un amante
vuelve siglos los momentos.

Rosa. Vaya , que es muy obligante
el señor Marques.

Marq. No suelo
serlo con todas : aquí
otra voluntad no tengo
que la del bien que idolatro:
y en el arte del obsequio
discípulo de amor mismo
soy , y no del cumplimiento.

Elena. En oro debe engastarse
esa lengua. Ya de acuerdo
estamos , Rosa : esta noche
se firmarán los conciertos:
mañana serás Marquesa
de Belflor.

Rosa. En todo el pueblo
no se hablará de otra cosa.
¡Qué envidias en el un sexò!
¡qué zelos habrá en el otro!
Marq. Doña Rosita, lo cierto
es que casando vm., quedan
lo ménos al bello sexò
doscientas plazas vacantes.
Rosa. Las que habria con el tiempo
serian mas. ¿Sabe vm.
que en este mismo momento
la mas brillante ocurrencia
se me vino al pensamiento?
El título de vm. es
Marques de Belflor: yo creo
que se ha corrompido el nombre,
y no es extraño; pues tengo
oido que el marquesado
en los mas remotos tiempos
fué fundado; y que proviene
de los Moros, quando ménos.
Marq. No señora: de los Godos.
Rosa. Para mí todo es lo mesmo.
Lo que digo es, que Belflor
allá en tiempo de los Griegos,

tal vez se pronunciaria
Bellaflor; y al fin, lo cierto
es, que esto suena con otra
delicadeza y gracejo,
y que es significativo:
y así, quando nos casemos,
quiero que el título sea
el que debe, y nos llamemos
Marqueses de Bellaflor.

Elena. Bendiga Dios tu talento,
hija mia; como tuya
es la ocurrencia.

Marq. Y teniendo
la posesion venturosa
de la flor del universo,
el Marques de Bellaflor
debo llamarme.

Elena. En ingenio
y en bizarría compiten
vms., que es un portento.
Señor Marques, á enmendar
el título en los conciertos.
Dé vm. vuelta por su casa,
que el Notario, á lo que creo,
habrá ido ya.

Marq. Bien: yo voy,
y dentro de poco vuelvo.

Vanse el Marques y Doña Elena.

Rosa. A fé que se da buen ayre
mi madre: mi casamiento
va por la posta: seré
Marquesa, y rabie el maulero
de mi tio, que á la insulsa
de mi hermana su dinero
quiere dar: la desgraciada
ni aun así tendrá un cortejo,
quanto ni mas un marido.

Sale Ines.

Rosa. ¿Dónde vas con ese gesto,
melancólico? Si estás
de mal humor, huye luego
dos ó tres leguas de aquí.
¡Ay Ines! ya me lo pienso.
Séria estás, porque el Marques
algun regalo no te ha hecho
en solemnidad del dia.

Ines. Lo que á mí me ocurre ménos
es eso.

Rosa. Calla, que él sabe
su deber como el primero.

Es señor, y no harán falta...

Ines. Promesas y cumplimientos,
que es el gran vocabulario
de tal gente. Lo que tengo
es que me da que pensar
ese tio, cuyo empeño
es el hacer su heredera
á Doña Prudencia.

Rosa. Bueno:
¿y tú lo crees?

Ines. El hombre
es capaz de algo mas que eso.

Rosa. Déxalo estar. Vaya, Ines,
¿no ves como mis proyectos
se logran? ¿no te decia
que andaba por mi celebro
rodando la Señoría?
¡Qué envidias habrá en el pueblo!
Doña Juanita, la hermana
del Capitan de Ingenieros,
Doña Luisa, la sobrina
del Baron de Monteseco,
Clarita la melindrosa,
la nieta del Consejero;
todas, todas á rabiar

van de envidia. Fuera bueno
el que diese yo mi mano
á un particular: no, cierto
que desde niña tuve ayre
de Marquesa; y aun me acuerdo
que jugando á las visitas
con muchachas de mi tiempo,
mi madre hacer me mandaba
el papel en estos juegos
de Condesa ó de Duquesa.

Ines. Y la leccion aprendiendo,
vm. lo llevó adelante,
y se le quedó en el cuerpo
la aficion á ser Condesa.

Rosa. Conozco bien que para ello
he nacido.

Ines. ¿Y las amigas,
de vm., con el cumplimiento,
la han de tratar de Usía?

Rosa. Sí, que pasáron los tiempos
del vm.: subo á otro rango,
y es preciso los derechos
de la clase conservar.
La verdad, Ines, ¿no tengo
un ayre muy natural

de señora? El movimiento,
el mirar, y las maneras
tan exâctas que poseo
en producirme, ¿no estan
muy de justicia pidiendo
que en la clase titulada
se coloquen? No, no debo
confundirme con las muchas
que para ocupar naciéron
lugar mediano en el mundo,
cercanas al baxo pueblo.

Ines. ¿Con que es decir, ama mia,
que de vida mudarémos
en casando vm.?

Rosa. No toda
se mudará; pero debo
pensar ya como señora,
y arreglar sistema nuevo
en ciertos puntos. Tengo hecha
la distribucion del tiempo
qual conviene á una muger
de calidad.

Ines. ¡Qué perfecto
será ese plan!

Rosa. Por estilo

geométrico lo he dispuesto.
Cama, doce horas; y dos
comida y cena: el espejo,
otras dos: conversacion
guitarra, bayle, paséo
y teatro, seis: dexo una
sin destino para aquellos
objetos que se ofrecieren,
segun se presente el tiempo.
A la instruccion y lectura
un quarto de hora reservo:
dos para tratar contigo
de mis asuntos secretos;
y el quarto de hora que queda
lo destino todo entero,
para cuidar de la casa,
que tambien me merece esto
muy grande atencion; y está
bien distribuido y completo
el dia de una señora
de calidad.

Ines. Pensamiento
como de vm., y no digo
mas.

Rosa. El elogio has hecho

cumplido, y con concision.

Ines. ¿ Querrá vm. creer que siento
el desayre de Don Angel?

Rosa. A mí me da rabia. El necio,
preciado de su ternura,
se creyó muy de ligero.

Ines. Y fué culpa hacer de vm.
confianza?

Rosa. Fué un exceso
de satisfacion creerse
con mérito verdadero
para aspirar á mi mano,
por victoria de su afecto,
siendo un caballero á secas.
Si recibí sus obsequios,
en el honor de admitirlos
tuviéron sobrado premio.

Ines. Va bien: no replico.

Rosa. A mas
procedió muy indiscreto
conmigo; pues al principio
todo era ternura; y luego
dió en contradecirme á todo
quanto hacia: y de cortejo,
á pretexto de juicioso,

se me convirtió en maestro.
En fin salí de él. Aguarda
aquí, por si sale el viejo,
el regañon de mi tio;
porque yo no quiero verlo
hasta que queden firmados
por el Marques los conciertos,
y solemne en el papel
esté la boda. *Vase.*

Ines. Lo entiendo.
Esto es una Babilonia:
la madre aprieta el asedio
del Marques; ¡pero él firmar
los contratos! No lo veo
todavía: ¡qué sospechas
me ocurren!

Sale Juanon.

Ines. ¿Qué busca el bueno
de Juanon por esta casa?

Juan. Esto es que buscando el perro,
hallé la liebre.

Ines. ¿Que siempre
has de hablar con un misterio
y un énfasis, qual si fueras
hombre de mucho provecho?

Juan. Creo al ménos que lo soy;
y á otros con solo creerlo
les salió muy bien la cuenta.
Y para no andar muy léjos,
el *verbi gratia* podria
poner en mi amo.

Ines. ¿Y qué es ello?

Juan. ¡Friolera! que ha creido
que podia en un momento
sacudir un grande enxambre
de polillas, que royendo
estan todo lo que tiene,
y se sale con su intento.

Ines. La verdad, ¿esas polillas
son muchas?

Juan. Así: unas ciento
suelen venir cada dia,
y las mas del extrangero,
que son polillas crueles:
y ya no encuentro remedio,
que aunque sutil mayordomo,
se va apurando mi ingenio.
Mas mi amo el Marques va á echar
un truco por alto, y presto
él quedará sin polillas,

y yo con mucho sosiego.

Ines. ¿Pero ese truco por alto
sabes tú que sea cierto?

Juan. Su Señoría á mí nunca
me revela estos secretos;
mas sé que votos conformes
lo asegura todo el pueblo.

Ines Juanon Juanon, para ver
vivir. *Vase.*

Juan. ¡Estaría bueno
que habiendo ya consentido
en que el feliz casamiento
de mi amo el Marques nos saque
con garbo y con lucimiento,
á él de tantísima trampa,
y á mí de tantos enredos
con que tengo que acallar
sus acreedores, en nuevos
laberintos nos metiese
algun azar! Mucho temo;
que esta Ines es mas aguda
que hambre de Escribano, y pienso
que quando me habla con dudas
algo habrá visto en el cielo.

Sale Don Simon.

Sim. ¡Ola! gente nueva: este hombre
lo he visto otra vez: conservo
especie de su figura.
Creo que he dado en el cuento.
¿No eres Juanon, el criado
de Don Angel de Robledo?
Juan. Concedo á vm. la mitad;
la otra mitad se la niego.
Sim. Cabal: en lo socarron
te conozco. Y bien: ¿qué es eso
de conceder la mitad?
Juan, Ha dado vm. por supuesto
que soy Juanon: es muy cierta
esta mitad: la otra niego,
que es el servir á Don Angel.
Le serví; pero mas recio
escupo ya: Mayordomo,
Gentilhombre y Tesorero
soy del Marques de Belflor.
Sim. Has hecho grandes progresos
en tres años que ha que falto
de la Corte: mas no entiendo
por qué hayas dexado un amo
como Don Angel. Sospecho
que él no podria sufrir

tus sandeces.

Juan. Aun conservo
su gracia; pero él cayó
de la mia. Con exceso
mejoré de amo. Don Angel
dió en ser un poquito serio,
y algo impertinente. Todo
metido en sus pensamientos
y en sus libros, rara vez
se veía en los paseos,
ni en el teatro; y apénas
salia por jubileo,
una vez á la semana
de casa. Yo el mejor tiempo
de mi juventud perdia,
como Monja en un Convento,
metido entre las paredes
de su casa.

Sim. ¿Qué? ¿al paseo
no te dexaba salir?

Juan. El no me impuso precepto
de no salir; pero estando
el amo en casa, ¿podemos
los que servimos tomar
la capa, andar de jopeo,

correr, si se ofrece, un gallo
con quatro amigachos viejos,
y en fin, hacer otras cosas
que piden la edad y el genio?

Sim. Cierto, que no hay libertad
quando es algo circunspecto
el exemplo que da el amo.

Juan. Los que servimos, solemos
tener mas negocios fuera
que dentro de casa; y creo
que algo mas urgentes.

Sim. Ya:
necesitais todo el tiempo
para vosotros; y el amo
que se ahorque.

Juan. Y á mas de esto;
llegando el dia de cuentas,
me ponia á temblar.

Sim. Tengo
por generoso á Don Angel.

Juan. Mas no es de los que hilan gordo
en punto á cuentas: él nunca
queria deber un peso
á persona: lo pagaba
todo de contado, y luego

hasta lo mas leve, todo
lo veía por sí mismo.
Y como no habia trampas
con modistas, peluqueros,
mercaderes, ni artesanos,
ni yo podia mi genio
lucir, ni de mis arbitrios
usar, y todo el talento
iba perdiendo: por fin,
la actividad de mi genio
estaba allí por demas.
Fuéme preciso por ello
buscar casa en que pudiese
lucirla.

Sim. Y la habrás bien presto
hallado.

Juan. Y muy de mi gusto:
es verdad que en consiguiendo
el servir con un señor,
se logra pronto el proyecto.
En las casas de estos sí
que hay proporciones y medios
de lucir un arbitrista
su ingeniatura: en efecto,
aquí se posee el arte

de cubrir un grande agugero,
aunque sea á la gran costa
de abrir tres ó quatro nuevos.

Sim. ¿Con que es decir, que el Marques
de Belflor es uno de esos
señores?

Juan. No hay mejor amo
para mí en el universo.
¡Qué liberal! Qual si fuera
estopa trata el dinero.
Lo mismo le da deber,
que el que le deban: si llego
á hablar de cuentas, se duerme,
ó cantar suele el bolero;
y aun tiene por gran baxeza
que hombre de su nacimiento
se ocupe en exâminar
si hay en las cuentas un cero
ántes, ó despues de un nueve.
En fin, todo lo manejo
á mi gusto, y él en nada
se mete: da por bien hecho
quanto dispongo: yo cobro
sus rentas: sus frutos vendo:
tomo dinero á ganancias;

y luego pago ó empeño
una alhaja, si lo piden
las urgencias.

Sim. Así irá ello.
¿Con que sin que él lo perciba
puedes arruinarlo?

Juan. Cierto:
pero soy hombre de bien.

Sim. Te conozco hace ya tiempo.

Juan. De un mayorazgo que goza
en Galicia, ahora mesmo
aquí le traigo las cuentas.

Sim. No serán largas.

Juan. De un pliego
ocupan la quarta parte
por una cara.

Sim. Lo creo:
que un mayorazgo en Galicia
es en Madrid un buñuelo;
y manejado por tí
todavía será ménos. *V.ise.*

Juan. Para suegro de Don Angel
nació sin duda este viejo,
que siempre muy á la par
irian sus pensamientos.

Sale Doña Rosa.

Rosa. ¿Sabes, Juanon, si á su casa
se fué el Marques?
Juan. Yo sospecho
que no habrá ido, pues aquí
tiene su querer.
Rosa. No cierto:
aquí ya está despachado.
Juan. ¿Y bien?
Rosa. Eso por supuesto.
Juan. Yo doy á vm., y me tomo
la enhorabuena.
Rosa. ¿Qué es eso
de enhorabuena?
Juan. Pues ya
me entiende vm.
Rosa. Picaruelo, ¿y
por qué hablas tan solapado?
Juan. Yo no sé: mas todo el pueblo
está lleno de que mi amo....
su sastre, su reloxero,
su modista... por fin, todos
quantos el honor tuviéron
de servirle (que hasta ahora
no han disfrutado otro premio)

me embisten por esas calles
como si yo fuera un negro,
y pretenden que por fuerza
he de confesar lo que ellos
mas alegres que una Pascua,
por su interés, dan por cierto.

Rosa. ¿Y en la Corte qué se dice
de mí?

Juan. Nadie esperó ménos
de su mérito de vm.
que lo que logra. De nuevo
á nadie cogió: ántes todos
conformes dicen: el cielo
los crió, y ellos se juntan.

Rosa. Pero yo saber pretendo
qué es lo que de mí se dice
en particular.

Juan. Modelo
forman en vm. de todas
las señoritas del tiempo.

Rosa. ¿Quál es la que mas alaban
de mis prendas?

Juan. El talento.

Rosa. ¡El talento!... ¡O qué mal juzgan
sobre el mérito del sexô!

El talento, si no está
de una buena tez cubierto,
quiero decir, engastado
en un bello rostro, es fuego
de leña verde, que da
humo, y no calor.

Juan. Sobre eso
todos los hombres de gusto
se ponen tambien de acuerdo;
y ninguno duda que es
vm. de Madrid la Venus.

Rosa. Eso ya es hacer el juicio
con exâctitud. Yo creo,
Juanon, que por este lado
se descompuso el cabello.

Juan. No señora: no se forma
mas en regla un Regimiento
de Suizos.

Rosa. Desde que sirves
al Marques, eres discreto,
y en el arte de elogiar
te vas haciendo maestro.
¿Y el color?

Juan. Muy en su punto.
Y al cabo, el que sea ménos

Con algo de burla muy fina.

6 algo mas vivo el color,
no importa cosa; porque eso
siempre está en mano de vm.

Rosa. ¿Cómo en mi mano?

Juan. Digo esto;
porque vm. posee el arte
de avivar el movimiento
de su sangre con la fuerza
que á su activo pensamiento
sabe dar.

Rosa. No, no hay que hacer:
si estás un poco mas tiempo
con el Marques, á salir
vas todo un hombre.

Juan. Ya tengo
mucho andado para el caso.
Me parece que allí veo
al tio de vm.

Rosa. Escapo
á otra sala.

Juan. ¿Pues no es bueno
que me dicen que ha venido
este fantasma de viejo
á casar á su sobrina

Doña Prudencia, y que ha hecho
sobre ello empeño formal?

Rosa. ¡Ah tonto! la que hace empeño
en que la busquen marido
es mi hermana: sus deseos
son estos, y luego al tio
pone por testa de fierro.
Peste en todas las gazmoñas,
que en un exterior compuesto
la rabiosa gana cubren
que tienen de casamiento. *Vase.*

Juan. Vaya que á mi ama futura
no la falta medio dedo
para loca.

Sale Don Simon y Don Angel.

Sim. Juanon, vete.

Juan. Sin decirlo iba yo á hacerlo. *Vase.*

Sim. No conozco á vm., Don Angel:
tan distraido y suspenso
me da vm. bien que pensar.

Ang. Puedo decir que no tengo
motivo.

Sim. ¿Cómo? ¿tan bien
iniciado á vm. encuentro
en el arte pernicioso

del disimulo?

Ang. Sincero
soy qual siempre: á la amistad
conservo el justo respeto
que se le debe, y á vm.
no negaria mi afecto
qualquier secreto que en mi alma
produxese un sentimiento
de tristeza.

Sim. Pues Don Angel,
valga la razon: yo temo
que esta vez se engaña vm.,
ó me engaña. Considero
á vm. en un mal estado
de aflicion; y á fé lo siento,
porque le queria hablar
de cosas alegres.

Ang. Pero
¿porqué se detiene vm.?
Que me hallará, le prometo,
el mismo que siempre.

Sim. A ver
si es verdad. Sospechas tengo
de que su tristeza nace
de los azares y riesgos

que por lo comun produce
el solterismo. Me acuerdo
de aquellos años (alegres,
pero en verdad muy resueltos)
en que su padre de vm.
conmigo... Vaya, dexemos
memorias que mortifican
y saborean á un tiempo.
Pues digo, ¿qué adelantamos?
vm. no me oye: en el Cielo
pone los ojos, y yo
hago cuenta que hablo á un muerto.

Ang. No señor: prosiga vm.,
que yo con gusto le atiendo.

Sim. Amigo, yo iba á tratar
de que pensase de serio
vm. en casarse.

Ang. No:
por ahora humor no tengo
de pensar así.

Sim. ¡Ola! ¿vm.
se quiere hacer uno de estos
filósofos, que con quatro
disparates, con gracejo
producidos, satirizan

el matrimonio?

Ang. No cierto:
es, hablando en lo comun,
de las pasiones el puerto:
del humano corazon
el auxílio y el sosiego.
Cotejadas las ventajas
del celibato, y sus riesgos,
con grande exceso al de aquellas
el número vence de éstos.

Sim. Está bien: ¿con que vm. mismo
decidió contra sí el pleyto?

Ang. Una regla general
tiene contra sí ..

Sim. Lo entiendo.
Pero un hombre joven, rico,
sano, amable por su genio
y su figura, no puede
substraerse á los efectos,
de esta regla general.
Don Angel, todos tenemos
á su tiempo vocacion
de casados.

Ang. No lo niego;
y el matrimonio es la cosa

mas sencilla, si atendemos
de la fiel naturaleza
al prudente voto; pero
los hombres la han complicado
de tal manera, que tengo
el matrimonio por una
expedicion de gran riesgo.
Don Simon, es una empresa
muy árdua, segun lo han puesto
las leyes, y las costumbres.

Sim. Hoy preside el humor negro
á vuestros discursos. ¿Puede
el casarse ser empeño,
en un hombre que no teme
ver su familia en el seno
de la indigencia?

Ang. ¿Qué importan
los haberes? No podemos
con ellos vencerlo todo.
¿No vé vm. quál van los tiempos?
¿por qué dar vida á otros seres,
quando esperar no podemos
que sean felices? Yo
seguramente así pienso:
engendrar víctimas tristes

del desórden, que algun tiempo
detesten al mismo padre
por quien exîsten, ageno
es de quien nació sensible
á la ternura. Su ingenio
aplique el hombre social
á restituir al primero
estado de sencillez
al matrimonio, ó al ménos
quite los grandes estorbos
que su impolítica ha puesto,
verá sin otros discursos
cómo llena sus afectos
la vocacion general
que al matrimonio tenemos.

Sim. Esta vm. hoy insufrible:
el mundo siempre fué el mesmo,
y á pesar de todo, siempre
se casó el que pudo hacerlo.
Con esa filosofia
desesperada, dirémos
que vm. querrá en pocos años
hacer del mundo un desierto.

Ang. No haya vm. miedo que todos
sigan estos sentimientos.

Sim. Y el que los siga, que vaya
á habitar entre los cerros
del polo ártico, y que tenga
las fieras por compañeros;
pues no merece gozar
en la sociedad derechos.

Ang. Conoce vm. al Marques
de Belflor?

Sim. Y á qué viene eso?
¿La conversacion, sin duda,
quiere vm. cortar, ó un texto
me quiere citar en ella
que decida el argumento?

Ang. No señor: saber queria...
mas ya nada saber quiero.
A Dios, señor Don Simon,
que en breve á ver á vm. vuelvo. *Vase.*

Sim. Me parece que este jóven,
ó está enamorado ciego,
y me lo oculta; ó padece
mucho de tristeza: y siento
hallarlo en tan mal estado,
porque tenia resuelto
descubrirle mis designios;
que pues no pudo mi empeño

hacer fuerza en la sobrina,
á quien creí que su obsequio
dirigia el buen Don Angel;
la otra sobrina que tengo
lo merece mas: yo siempre
pensé que seria enredo
esto de querer á Rosa,
no siendo por pasatiempo,
un hombre de tanto juicio:
no está de humor: no hay remedio:
los jóvenes, aunque sabios,
siempre son jóvenes. Tiempo
y sol maduran las brevas.
La ocasion aguardarémos.

Salen Doña Prudencia y Ines.

Sim. En tí pensaba, Prudencia.

Prud. En el alma lo agradezco:
que segun las circunstancias
en que me hallo, considero
que como vm. no se acuerde
de mí, de nadie consuelo
debo esperar.

Sim. No me seas desconfiada.

Prud. Qué puedo
esperar yo de una madre...

Sim. Lo que es de ellas, nada bueno.
Aquí estoy yo, que he venido
á poner en órden esto.
Responde...

Sale el Marques por el fondo del teatro despacio, y mirando como con novedad á Don Simon, y se dirige hácia el lado opuesto.

¿Pero qué busca
por aquí aquel peluquero?

Ines. ¡Ah señor! Si es el Marques
de Belflor.

Sim. Mucho me alegro
de conocerlo. ¿Y por qué
viene de máscara?

Ines. Bueno:
¿vm. no sabe que es trage
de última moda?

Sim. En mi tiempo
vestian, como hoy los Condes,
en Madrid los peluqueros.
Apostar que no nos ve.

Prud. No lo extrañaré.

Ines. Y creo
que á mí se dirige.

Marq. Ines...
Ines. Señor Marques, ¿qué hay de nuevo?
Prud. ¡Qué fatuo! Ni aun de mirarnos
se digna.
Marq. ¿Quién es el viejo
que está por allí?
Ines. El cuñado
de mi ama.
Marq. Ya: caballero
de lugar. ¡Bravo! ¿Y aquella
es Doña Prudencia?
Ines. Cierto.
¿Quiere V. S. hablarla?
Marq. No:
tengo un quehacer por adentro. *Vase.*
Sim. Vaya, que para señor
gasta lindos cumplimientos.
Ines. Señorita, estoy rabiando
de ver que con tal desprecio
trate á vm. este hombre.
Prud. Yo
por felicidad lo tengo;
que en la muger es desgracia
el agradar á los necios.
Una buena cara, un ayre

de mundo, un pomposo genio,
suelen ser los atractivos
que se buscan en el sexô.
Mi hermana se halla *adornada*
de estas gracias, no me quejo
de que los hombres no me hagan
objeto de sus obsequios.
Pero no todos son fátuos:
alguno ha de haber entre ellos
sensible á otras gracias.

Sim. Dices
muy bien, sobrina. Yo llevo
cierto plan en la cabeza
que acredite tu concepto.
Pero dime la verdad:
¿un poquito de cortejo
no tienes? ¿tu corazon
vacío de todo afecto
conservas? ¿nadie te dice
una palabra? ¿qué es esto?
¿me miras, y al disimulo
suspiras? Vaya, en secreto
dime lo que hay.

Prud. Yo le quise,
Turbada, y con timidez.

y él me amaba: no lo niego:
mas soy infeliz. Mi hermana,
como tiene mas despejo,
me ofreció mas.

Sim. ¡Ola, ola!
Me parece que el misterio
penetro ya. Tú tenias
algun amante, y el necio
por tu hermana te ha dexado.

Prud. Sí señor.

Sim. ¿Pero en tu pecho
se conserva aun ese amor?

Prud. En el mio sí. *Con rubor.*

Sim. Me enciendo
de cólera. ¿Pues no tiene
Rosa un exército entero
de adoradores? ¿y quién
era ese galan? ¿es de estos
petimetres que degradan
el carácter de su sexô?
Háblame claro, sobrina.

Prud. Líbreme Dios; y un objeto
de mas mérito reserve
á mi corazon: si siento,
amable tio, el desayre

y la angustia que padezco,
es porque nunca he tratado
un hombre ni mas sincero,
ni mas justo : su candor,
su candor mismo, al travieso
genio de mi hermana ha dado
proporcion de sorprehenderlo.

Sim. ¿Y quién es ese señor,
que unos elogios tan tiernos
te merece?

Prud. Es...

Ines. Vaya, yo
se le diré sin rodeos:
es, para que otro no pierda,
un tal Don Angel Robledo.

Sim. ¿Cómo? ¿el hijo de mi amigo
Don Tomas?

Ines. Ese.

Sim. Me alegro:
valor, Prudencia; que yo
sobre ese mismo sugeto
tirado habia mis líneas,
y evacuar mi plan espero.
Con alegría.

Prud. No me engañe vm.

Sim. Muchacha,
te digo que hablo de sério.
Con abatimiento.
Prud. Pero si él está perdido
por mi hermana : está tan ciego...
Sim. Yo le haré cobrar la vista,
y que conozca su yerro.
En fin, si él me desayráre,
no está todo el universo
en su persona : bien pronto
otra boda te prometo,
y tal vez nada inferior
á esotra.
Prud. No, no pensemos
en eso, tio; ya ha dias
que pronunció su decreto
mi corazon : medio no hallo:
ó Don Angel, ó un Convento.
Sim. ¡Ola, sobrina! No seas
tan decisiva.
Prud. Mi genio
es franco: yo con otro hombre
ser venturosa no puedo;
y dudo que un igual fondo
de virtud en otro hallemos.

Ines. Pues el texto está á la mano
porque él llega.

Sale Don Angel.

Ang. Ines....
Sim. ¿Qué es esto?
¿A donde tan sofocado
y tan á la posta? Hablemos,
Don Angel, un poco á solas.
Ang. ¿Ahora mismo?
Sim. En el momento.
Prud. Tio, mire vm. que va
muy ocupado.
Ang. Ya entiendo
esa insinuacion. ¡Qué fina
es vm.!
Prud. Vaya: dexemos
la conversacion, que puede
hacer á vm. falta el tiempo.
Ang. No señora: Don Simon
es persona de respeto.
Prud. Está muy bien; pero á veces
incomoda un hombre serio.
Ang. ¿Tan frívolo me hace vm.
que no sepa los sucesos
distinguir, ni las personas?

Es verdad que yo para ello
he dado causa bastante;
mas todavía conservo
el uso de mi razon.

Prud. Guárdela vm. para empeños
en que un hombre ha menester
mucho juicio.

Sim. Bueno va esto:
¡qué flechitas se disparan
los dos así como en juego!
Cada instante en esta casa
descubro nuevo terreno.
¡Ah señor Don Angel! ya
he penetrado el secreto
de la tristeza. El asunto
es, amigo, á lo que veo,
Con entereza.
no solo de estar bien triste,
sino de caerse muerto.
Vamos, sobrina.

Vase con Doña Prudencia.

Ang. El rubor
yela la sangre en mi cuerpo.
Pero yo no puedo mas
con mi pasion: estoy ciego;

bien lo conozco. Ines mia...

Ines. ¿Tambien para mí hay requiebros?

Ang. Tú, que eres tan buena...

Ines. Sí;

¿y qué logro yo con serlo,
si no puedo adelantar
en favor de vm. un dedo?

Ang. ¿Soy tan desgraciado, Ines?

Ines. Porque vm. quiere.

Ang. ¿Y qué debo,
ó qué puedo hacer?

Ines. Echar
por otro camino, puesto
que el que vm. tomó se encuentra
intransitable.

Ang. ¿Un empeño
tan fácil, como el lograr
de tu ama que mi postrero
á Dios oiga, no has de hacer
por mí?

Ines. Vm. sabe su genio,
y yo sé la situacion
en que se halla: mi consejo
es que vm. excuse el duro
é insufrible sentimiento

de verla reir á costa
del dolor de vm.

Ang. Yo quiero
morir á sus pies : me ves
Ines á los tuyos puesto,

A este tiempo se dexan ver en el fondo del teatro Doña Elena y Don Simon.

que con toda mi ternura
el postrer favor te ruego
que me puedes hacer.

Elena. ¡Ola , ola,
y con qué encarecimiento
pide el último favor!

Sim. Pero, Elena, ¿qué será esto?

Elena. ¿Qué puede ser? Que los sabios
son tambien de carne y hueso.

Ines. Levántese vm., Don Angel,
que degrada sus respetos,
y me avergüenza.

Ang. Vé aquí, *Dándola un bolsillo.*
Ines mia, sino el premio
que tu fineza merece,
una muestra de mi afecto.

Elena. Tu amigo sitia las plazas
como el mejor Ingeniero.

¡Qué bien dirige los tiros!

Sim. No lo creyera, á no verlo.

Ines. Me enternece vm., Don Angel;
pero guarde su dinero,
que para hacer lo que pide,
es muy bastante el afecto
que siempre me ha merecido.

Elena. El va á abrir brecha; ya es tiempo
de que en socorro salgamos
de la plaza. Está muy bueno, *Salen.*
señor Don Angel: vm.
posee el arte y talento
de persuadir.

Ang. ¡Qué rubor!
¡por qué no me caigo muerto!

Elena. Ven conmigo, Ines.

Ines. Señora,
oiga vm.

Elena. Vamos adentro.
Y tú queda con tu amigo,
que tiene juicio y talento;
ha viajado, y es todo
un filósofo completo.

Vase con Ines.

Sim. Pero es posible Don Angel...

Ang. No hay en todo el universo
un hombre mas desgraciado.
¡Crudo amor, á tales riesgos
respeto y cordura expones
de un hombre de honor!
Sim. Muy bueno:
¡por tan baxo amor comete
hombre como vm. tal yerro!
Ang. ¡Ay que es muy otro, y muy digno
de mi pasion el objeto!
Pero yo debo ocultarme
á la faz del universo.
Téngame vm. compasion,
señor Don Simon: le ruego
que crea, que en lo que ha visto
hay oculto otro suceso;
y suceso tal, que debe
costarme la vida. Al cielo
interpongo por testigo
de mi inocencia: no puedo
sostenerme: Don Simon,
para nada estoy: el tiempo
dirá á vm. que soy un hombre
infeliz, pero no un reo. *Vase.*
Sim. Esta casa me parece

hospital de locos: veo
á cada uno en su delirio,
y todos tan estupendos,
tan extravagantes, que
no hallo forma de entenderlos.
Pero Don Angel se entró
desesperado. Yo debo
no desampararle un punto.
Dios aclare estos enredos.

ACTO TERCERO.

Don Simon y Doña Elena.

Elena. Seguramente que Ines,
como muchacha de ingenio,
del filósofo tu amigo
disculpó el atrevimiento
con maña.
Sim. ¿ Tú no la crees ?
Elena. No puedo engullir el hueso.
Sim. ¿No? Pues yo de la conducta
de Don Angel satisfecho
estoy con lo que la Ines
nos confesó; y porque tengo
tambien de que no nos miente
antecedentes muy ciertos.
Pero á mí lo que me importa
es retirarme á mi pueblo
mañana mismo. No mas
Madrid, y no mas enredos.
Elena. ¿Y va de veras?
Sim. Cuñada,
yo nunca hablo sino sério.

Elena. Todo Madrid va á graduarte
por el hombre mas grosero
del mundo, al ver que te ausentas
casi en el mismo momento
de contraer tu sobrina
un glorioso casamiento,
que nos va á colmar de honor.
Sim. Por eso mismo me ausento.
Mira, cuñada; jamas
en nuestra casa se viéron
Condes, Duques, ni Marqueses.
Yo su dignidad respeto;
pero con quien no es mi igual,
nunca partir peras quiero.
Elena. ¡Lugarada, lugarada!
Sim. Yo oí decir á mi abuelo,
que con respeto á la clase
en que estamos, siempre fuéron
los grandes señores luz
que agrada, vista de lejos;
pero de cerca deslumbra,
y tal vez abrasa á un tiempo.
Esto mi abuelo decia,
que era un hombre bien experto.
Elena. Pero el Marques de Bellflor

es un señor intermedio:
no es de los grandes señores,
tampoco de los pequeños.

Sim. Tanto peor: Dios me libre
de un medio señor.

Elena. Ya veo,
cuñado mio, que piensas
en todo á lo lugareño.
Allá os figurais que son
estos grandes caballeros
de otra raza diferente
de la nuestra.

Sim. No por cierto:
ya sabemos que son hombres
como los demas: el cielo
los colocó en una clase
superior: su nacimiento
no les da un alma mejor,
ni mas nobles pensamientos.
Su educacion lo hace todo:
las proporciones y medios
que tienen desde la cuna,
á diferencia del pueblo,
para llenarse de ideas
generosas, y el talento

cultivar, son las que elevan
su espíritu, y el gran sello
les imprime, que los forma
en cierto modo diversos
de los otros hombres. Sí:
la educacion hace de estos
milagros. Así en la clase
elevada ver solemos
hombres que solo se ocupan
del bien estar del plebeyo;
y son como los conductos
por donde del baxo pueblo
la voz llega al alto trono:
en ellos halla consuelo
la humanidad afligida;
el saber útil, aprecio;
los talentos, recompensa;
la virtud, honor y premio.
De un señor la educacion
formará un tutelar genio
de la humana sociedad;
y esto mil veces lo habemos
visto, y ahora; aunque pocos
podemos citar exemplos.
Tambien en la misma clase

muy contrarios suele haberlos:
los hay muy malgastadores,
llenos de trampas y empeños:
los hay de lengua incendiaria,
y que revuelven los pueblos,
exerciendo la calumnia
como pudiera el plebeyo
mas infame. ¿A ver, Elena,
si allá en mi lugar tenemos
idea de lo que son
estas cosas?

Elena. Lo celebro;
pero me enfado de ver
que nunca los lugareños
una verdad decir sepan,
sin tomar el ayre y gesto
de un Predicador.

Sim. Elena,
que falta una parte pienso
de mi sermon.

Elena. ¿Todavía?

Sim. Mañana á casa me vuelvo,
y quedarás á tu anchura.
¿Este título, que á yerno
vas á elevar, de la clase

es (sí, ó no) de los primeros,
ó de los segundos?

Con desprecio.

Elena. Es título, y ya con esto
dixe á vm., señor cuñado,
lo bastante.

Sim. No: con eso,
señora cuñada, nada
dice vm.

Elena. Será mi yerno,
y tres mas.

Sim. Está en su punto
mayor tu locura. Tengo
de ese Marques de Belflor
los informes mas siniestros
que pueden darse de un hombre.

Elena. Pues yo los tengo muy buenos,
y por experiencia.

Sim. En fin,
me canso en valde: esto es hecho:
¿tú metes tu hija á señora
de golpe?

Elena. Nació para ello.

Sim. ¿Con qué sabrá conducirse
sin dar que reir al pueblo?

Las mugeres os pensais,
que hacer el papel perfecto
de señora, no consiste
en mas arte, ni otros medios,
que en un coche y un usía.
Elena, sal quiere el huevo:
la que no nació señora,
ha de estudiar para serlo.

Elena. ¿Y te parece que yo
me habré descuidado en eso?
Ostentar un ayre mixto
de seriedad y gracejo:
saber hacer una burla
con donayre, y á su tiempo:
entrar en contestaciones
de política, toreros,
operistas, baylarines,
y de música: los dedos
hacer volar por el mástil
de una guitarra: el bolero
exercitar por la escuela
Andaluza: á los cortejos
que hay en la Corte pasar
revista: los peluqueros
y modistas de mas gusto

conocer : del extrangero
tener noticias exâctas
sobre los trages modernos:
saber con una mirada
encender de pronto el fuego
de amor : apagar con otra
una esperanza : los zelos
esparcir aquí : avivar
allí el ardor medio muerto
de una tibia confianza:
pasar de la risa al ceño:
estas son las propiedades
que demuestran el talento
y gusto de una muger
de calidad. Y todo esto
lo sabe Rosa á la ley
desde tamañita.

Sim. Bueno:
con quatro señoras de esas
hay para empestar un reyno.

Sale Doña Rosa.

Rosa. Apostára que hablan vms.
de mí.

Elena. Tú eres el objeto
del enojo de tu tio.

Rosa. ¿Qué motivo dí para ello?
Sim. Señora sobrina, ya
conocí todo el misterio,
y se reduce á que vm.
es un molino de viento;
á que yo parto mañana;
y que á Prudencia me llevo,
y con ella ha de ir su dote.
Haga vm. su casamiento
con ese señor Marques,
que yo ántes de mucho, espero
que me vengan á pedir
una limosna á mi pueblo.
Rosa. ¿Mas porqué se ha de ir vm.?
Sim. ¿Por qué me he de ir? Porque quiero. *Grita.*
Rosa. Señor tio, hable vm. paso
que me aturde.
Sim. ¿Qué? ¿qué es eso?
Rosa. Que suele darme jaqueca
en hablándome algo recio.
Sim. ¡Ola, ola! ¡qué delicada
es mi sobrina!
Con ironía disimulada.
Rosa. Yo espero
que un tio que me ama tanto,

y que es tan dulce de genio,
no pondrá su persuasiva
en los gritos y el estruendo.

En tono de suplicar.

Elena. Cuñado, por Dios...

Remedándola.

Sim. Cuñada...

Elena. Que hagas el favor te ruego...

Sim. Sí: de seguir el humor

Con burla.

á su impertinencia. Cierto.

Rosa. Madre, no puedo sufrirlo:
me voy.

Asiéndola.

Sim. ¡Ola! ¿qué? ¿es un negro
el que te habla? Soy tu tio:
ven, y escucha con respeto.

Elena. Simon, desde que viniste
no me has dado un rato bueno.

Sim. Si no hay cosa en que conmigo
te pongas jamas de acuerdo.

Elena. ¿Y sabes en qué consiste?

Sim. Me alegraré de saberlo.

Elena. En que no tienes razon
ni una vez, ni una.

Sim. Pretendo
poner órden en tu casa.
Elena. Yo mandar en ella quiero,
que para eso es mia, y soy
madre de mis hijas.
Sim. Dexo
la disputa: ¿al fin qué quieres?
Elena. Que no la hables tan severo
á Rosita, y que contemples
la dulzura de su genio.
Con el sombrero en la mano.
Sim. Vuestro tio, señorita,
os pide con rendimiento,
que os digneis de no mostraros
tan orgullosa un momento,
y que os sirvais suspender
ese loco casamiento,
que os va á perder para siempre.
Con sumision y respeto
el tio queda aguardando
de vuestra boca el decreto,
como de una Emperatriz.
¿Qué tal, hermana? ¿va bueno?
Remedando á Don Simon.
Rosa. En hablándome en un tono

de dulzura, me embeleso;
y soy mas blanda que cera
derretida. Yo os confieso,
tio, que es muy elegante
la arenga: seguid; que al ménos
me divertirá, si no
me convence.

Sim. ¿Cómo es eso?
¿burlas conmigo?

Prosiguiendo la burla.

Rosa. Es no mas
por imitaros.

Sim. Trastuelo,
vanidosa...

Con resolucion.

Rosa. Pues peor
soy, si me hablan con imperio.

Sim. De la puerta de Segovia,
á tres leguas, ver espero
al sol que salga mañana. *Vase.*

Elena. Voy detras de él, por si puedo
templarlo un poco. *Vase.*

Rosa. Mi tio
chochea: está ya muy viejo.

Sale Ines.

Rosa. ¡O buena pieza! ¿con que
de la ropa que yo dexo
te quieres vestir? ¿Don Angel
se declara tu cortejo?
Ines. Señora; ya dixe á vm.
lo que fué: todo su empeño
es que yo le proporcione,
por el influxo que tengo
con vm., un corto rato
de conversacion.
Rosa. No quiero
verle, ni hablarle.
Ines. Si vm.
lo viese, á mis plantas puesto,
suspirar; casi llorar....
Vaya: acordarme no puedo
sin enternecerme. ¿Y qué
podra vm. perder en ello?
El quiere oir de la boca
de vm. el á Dios postrero.
Rosa. Pues que lo dé por oido.
Ines. Pero se dirá en el pueblo
que espíritu vm. no tuvo
para despedir su afecto
cara á cara, y sostener

su valor en un empeño
algo grave.
Rosa. ¿Y se dirá
eso de mi? Me convenzo:
quiero hacer ver que me sobran
el espítu y talento.
Venga: daréle una audiencia,
pero no mas; y esa luego
ha de quedar despachada.
Ines. Señora... ¡quánto me alegro!
Rosa. Hoy no he leido el diario.
Ines. Ahí está junto al espejo.
Rosa. ¿Hay algo particular?
Ines. Para vm. nada.
Rosa. ¡Ola, versos!
Veamos; aunque me enfadan
estos poetillas nuevos,
que van á buscar vocablos
del año de mil y quinientos,
y nos hablan de manera
que no hay forma de entenderlos.
Ines. No; pues los de hoy son tan claros
que yo misma los entiendo.
Rosa. ¿Habrá desvergüenza igual?
Lee para sí.

Aquí una sátira veo
que contra mí se dirige
sin rebozo alguno. Tiemblo
de cólera. ¿ Y se permite
ultrajar así el respeto
de una dama de mi porte,
y en letra de molde?

Ines. Pero
si no se nombra persona.

Rosa. Mas si mi retrato han hecho,
ó querido hacer, ¿ qué importa
que debaxo no hayan puesto
mi nombre? Tan alto crímen,
y tan exêcrable exceso,
ó no he de ser yo quien soy,
ó ha de castigarse al ménos
en la horca, y aun es poco.

Ines. Voyme, que va malo el cuento. *Vase.*

Rosa. No he de parar que no apure
quién es el autor perverso
que á una muger de mis prendas
ultraja en tan viles versos.

Sale el Marques.

Marq. ¿ Qué es esto, Madama? Vm.
habla sola, y con un gesto

amenazante? ¿qué ha habido?
¿la han metido á vm. en zelos
conmigo?

Rosa. No estoy, Marques,
para gracias. Este es tiempo
de furor y de venganza.

Marq. ¿Pero contra quién el cielo
de esta bella cara forma
un nubarron tan soberbio?
¿quien es el desventurado
de tal amenaza objeto?

Rosa. Un incógnito.

Marq. Es terrible
el enemigo encubierto.

Rosa. Una sátira sangrienta
hoy en el diario encuentro
contra nosotros.

Marq. Señora...
¿Contra nosotros? No creo
tan audaz extravagancia.

Rosa. ¿No? Pues leed esos versos.
á ver si yo me equivoco.

Lee el Marques.

Una niña soberbia y caprichosa.
que hace un año cumplió los diez y siete

(mas que de un Potentado
digna de un odorífero Cadete)
de un título pretende ser esposa,
y en otra forma ni querrá á Cupido.
Dicen que este proyecto fruto ha sido
de su orgullo: otros piensan otra cosa,
y de su madre cuentan que es consejo;
porque el título basta en el marido
para la realidad de un buen cortejo.
Los he leído, y no veo
que de léjos ni de cerca,
ni vm. ni yo ser objeto
podamos de éste papel.
Y si lo fuésemos, creo
que debiéramos dar gracias
al autor.

Rosa. Con un veneno.

Marq. Señora, este es un elogio,
un panegírico, y hecho
por una pluma muy fina.

Rosa. ¿Y lo dice vm. tan sério?
Esto es sátira insolente.

Marq. Es elogio, y muy completo.

Rosa. Dice: *una niña soberbia.*
¿Cómo puede salvarse esto?

Marq. Soberbia es un adjetivo
expresivo, que solemos
aplicar á la grandeza
de algun muy brillante objeto.
Así de un grande palacio,
que es edificio *soberbio*
decimos: ¡ó qué *soberbia*
pintura! decir solemos,
quando vemos algun quadro
de mano del gran Bayeu.
¡O qué *soberbia* figura!
quántas veces dicho habemos,
al ver una jóven, digna
rival de la misma Venus!
Rosa. ¡O! si así fuese...
Marq. Señora,
no se puede dudar de ello.
Rosa. ¿Pero lo de *caprichosa*
no es un horrible desprecio?
Marq. No señora; es un elogio:
y en la música el exemplo
halla vm. que la convenza.
En esta ciencia solemos
llamar *caprichos* las obras
mas sublímes del talento.

Con poco estudio se toca
una sonata, un concierto;
pero tocar un *capricho*,
es para los muy maestros;
porque allí el que lo compone
apura todo el esfuerzo
del arte, y camina libre
siempre por términos nuevos.
Así, el decir *caprichosa*,
es decir que del ingenio
sabe jugar los resortes
con un superior manejo.

Rosa. La propiedad del vocablo
olvidé; mas caigo en ello.
Y el tacharla de *orgullosa*,
¿no es culparla por exceso
de vanidad?

Marq. Ni pensarlo.
La intrepidez de talento
y de espíritu se llama
orgullo; y solo los necios
abusan de esta palabra
en sentido muy ageno.

Rosa. ¡O! Por mucho que sepamos
las mugeres, un maestro

como vm. siempre es preciso
tener al lado. Confieso
que yo lo entendia todo
al reves ; pero estos versos
Mas que de un Potentado
digna de un odorífero Cadete.
¿no expresan un vituperio
y una injuria imperdonable?
¿con que un Cadete merezco
mas que un Potentado?

Marq. Vaya
Rosita ; yo estoy creyendo
que en trastornar el papel
quiere vm. lucir su ingenio.
Un pensamiento mas fino
que el que irrita á vm., no encuentro
en quantos elogios hizo
Monsieur Tomas.

Rosa. ¿Pues qué tengo
los sesos á componer?

Marq. Oigame vm. con sosiego.
Cadete, es voz que nació
mas allá del Pirineo;
y en rigor no significa
mas que un hombre jóven : quiero

decir, un hombre que goza
en el punto mas completo
las gracias y los hechizos
con que sirve al bello sexô.
Un Cadete es, pues, la flor
de la juventud: por ello
en todos los pueblos cultos
los Cadetes siempre fuéron
los Generales en xefe
del exército de Venus.
Un Potentado, aunque sea
el mayor del universo,
de una hermosura bizarra
no siempre es un digno premio;
pero un Cadete lo es siempre,
y con mas motivo siendo
odorífero: Rosita,
un hipérbole tan bello,
y tan fino, no se ha visto
ni aun en los poetas griegos.

Rosa. De manera, que da vm.
á este papel tan diverso
sentido, que yo...

Marq. Es así;
mas le doy el verdadero.

Rosa. Pero, ¿y aquella insolencia
que hay en los últimos versos,
que el *título de marido*
(esto es decir el pretexto)
basta para que se *cubra*
la realidad de cortejo?
Esa es sátira endiablada.
Marq. Mas el papel no dice eso.
En lo que vm. sobrepone
está el aguijon sangriento
de la sátira. Leamos.

Lee.

Porque el título basta en el marido
para la realidad de un buen cortejo.
¡De los que somos señores
qué elogio tan estupendo!
Dice el autor, que un marido
titulado, por el peso
de la grave obligacion
de su ilustre nacimiento
y su educacion (por solo
ser título) en el obsequio
de su esposa, en realidad
mas que marido es cortejo.
¡Qué concepto tan sublime!

Rosa. Casi, casi voy creyendo
lo que vm. dice: en verdad
me parece otra cosa esto.
Sin tan sabia explicacion
no podia yo entenderlo.
Marq. Como yo muy amo á vm.,
muy discurro en quanto veo
que la interesa.
Rosa. ¡Ola, ola,
mi señor Marques! ¿qué es eso
de *muy amo*, y *muy discurro*?
Parecen términos nuevos.
Marq. Señora, recien sacados
de la fábrica. Mi ingenio
el arte encontró de hacer
superlativos los verbos:
en añadiéndoles *muy*,
se excusan largos rodeos,
que acaban todos en mente,
y un sonido hacen grosero.
Rosa. ¡Qué pozo de ciencia lleva
vm. en ese celebro!
Voy á leer á mi madre
el elogio de estos versos... *Vase.*
Marq. Se salió mejor del paso

de lo que creí.

Sale Juanon.

Juan. Yo pienso
que ha de estar por aquí mi amo.

Marq. Y bien, Juanon, ¿qué hay de nuevo?
Eres un hombre terrible,
un hombre eres sempiterno,
una sombra y una furia
siempre pegada á mi cuerpo.
¿Aun aquí has de perseguirme?

Juan. Pero si por órden vengo
de V. S. á buscarle aquí.

Marq. ¿Por mi órden? ¡Ah!... sí; me acuerdo
que te mandé que vinieses
á hablarme aquí. Si no puedo
estar solo en casa: un punto
no me dexan.

Juan. Mas yo creo
que los que van, harto sienten
ir tantas á veces.

Marq. ¿Tenemos
listo el coche de camino?

Juan. Sí señor; pero el maestro...

Marq. ¿Y está dorado el de gala?

Juan. Sí que está dorado; pero

el dorador...

Marq. ¿Son brillantes
las guarniciones que han hecho
últimamente?

Juan. Lo son;
solo que el guarnicionero...

Marq. ¿Y los adornos?

Juan. De gusto;
pero el tallista...

Marq. ¿Qué es eso
de tallista, dorador,
maestro y guarnicionero?
¿es un batallon de Rusos,
ó de Tártaros?

Juan. Yo quiero
decir, que como no cobran,
se ha quedado en cautiverio
cada uno su obra, y no entregan
el tallista y el maestro
ni el coche ni los adornos:
tambien el guarnicionero
las guarniciones se queda:
el dorador arma un pleyto;
y el mercader los galones
á sus caxones ha vuelto.

Marq. Con Doña Elena mañana
lo tratarás.
Juan. Pero creo
que han recurrido...
Marq. ¿No entiendes
el castellano? No puedo
hablar con mas claridad:
digo que trates todo eso
con Doña Elena. ¿Por qué
te pago yo mi dinero,
sino para no meterme
en semejantes enredos?
Tú, como mi mayordomo,
debes entender en ello.
Si sabes que en punto á cuentas
lo firmo todo sin verlo,
¿á qué es venir á hablarme
de esos hombres?
Juan. Si el dinero
tuviera yo...
Marq. Paga en vales.
Juan. Ya lo hubiera hecho á tenerlos.
Marq. Tú paga, y déxame estar;
y quanto hicieres lo apruebo. *Vase.*
Juan. ¡Qué grande es la confianza

que á nuestros amos debemos
los criados, quando estan
libres de ladrones!

Salen D. Simon, D. Angel y Doña Prudencia.

Sim. Vuelvo
á decir á vm. Don Angel,
que ya la causa penetro
de su tristeza; y á mas
de saberla, me avergüenzo.

Juan. ¡Qué tres figuras! Me escapo
por aquí, pues no me viéron. *Vase.*

Prud. No lo mortifique vm.,
tio, que está medio muerto.
¿No ve vm. cómo suspira?
La verdad, yo compadezco
su situacion.

Ang. Tal ternura
bien sé que no la merezco.
¡En dónde la he merecido
no la hallé, y donde me he hecho
para siempre indigno de ella,
tan francamente la encuentro!

Sim. Don Angel, soy buen amigo
de vm. El que debe al cielo
una razon despejada,

y tan finos sentimientos
de rectitud... Ya: los hombres
solemos ser del momento.
Las circunstancias deciden
de nosotros: somos buenos
puestos entre los sensatos;
y metidos con los necios,
forzosamente adquirimos
sus resabios, y como ellos
nos envolvemos tambien
en la insensatez. Yo veo
ciego á vm. por mi sobrina
Rosita, fruta del tiempo,
esto es decir, presumida,
llena de sí, al devaneo
entregada enteramente,
y á los frívolos objetos;
y metido entre los fátuos,
que con pestilente incienso
de la lisonja atolondran
su orgulloso entendimiento,
os veis precisado á hacer
tambien el papel de necio.
Pero esto será no mas
una distraccion: yo espero

que vm. reconozca quánto
su carácter y respeto
degrada con la eleccion
de tan despreciable objeto.
Vm. merece otra cosa;
y yo sé que en otro tiempo
daba direccion mas digna
al giro de sus afectos.

Aug. ¡O qué terrible amargura
de mi alma en el fondo siento
quando ante Doña Prudencia
me hace vm. ese recuerdo!

Prud. No quiero que mortifique
á vm. mi vista: me ausento.

Deteniéndola.

Aug. Señora, por Dios: bien sabe
vm. que soy ingenuo.
Amo á Doña Rosa: fuí
con vm. injusto; es cierto:
su mérito reconozco
y su virtud; pero siento
que me lleva á Doña Rosa
una inclinacion que quiero
contrarrestar, y no sé.

Con frialdad.

Prud. Haceis bien: los sentimientos
del corazon no los debe
reglar la razon.
Ang. El pecho
me atraviesan esas voces.
Aun merece mis respetos
la amable virtud de vm.;
mas fascinado me encuentro
por los bellos atractivos
de Doña Rosa: á vm. ruego
que compadezca y perdone
á mi pasion este yerro.
Mi rapto tal vez será
un extravío funesto
de mi corazon: mas señora,
yo en un estado me veo....
Con algo de burla.
Prud. Déxese vm. de disculpas,
y no pierda mas el tiempo,
aunque ya por mucho que ande,
que llegará tarde pienso;
porque un rival mas feliz
cogerá bien pronto el premio
de una ternura fingida,
y un adulador afecto.

Vaya vm., vaya á mi hermana,
que poco se pierde en eso,
y veamos cómo sabe
hacer valer los derechos
de su ternura: no dudo
que si ella tiene un momento
de cordura, dará á vm.
la gloria del vencimiento.
El momento de cordura,
ese es el que yo no espero.

Vase.

Sim. Para reñir las pendencias
de amor, á lo que yo veo,
no ha menester mi sobrina
compañía ni consejo.
¿Y en qué quedamos Don Angel?

Ang. ¡Fiera confusion!

Sim. Hablemos
con toda sinceridad.
Vm. se encuentra muy lejos
del amor de Rosa. Es fuerza
que se piense en un objeto
mas digno.

Ang. De sus hechizos
desplegó la faxa Venus

quando nació Doña Rosa.
Sim. Adelantamos por cierto.
¿Pero qué mérito en ella
encuentra vm.? Para el cuerdo
no hay mas gracias que virtud
y ternura en el afecto.
Ang. ¡Ah! que ella tiene el mejor
corazon del universo.
Si algo se torció, es porque
aduladores perversos
han fomentado su orgullo:
sus extravíos son de estos
que el tiempo lleva consigo,
y los corta el mismo tiempo.
Al lado de un virtuoso
será Doña Rosa exemplo
de virtud: ella es tan docil....
Sim. Sí, como potro sin freno.
Esa bondad peca ya
en imprudencia.
Ang. Yo quiero
hablarla una vez no mas.
Sim. ¿Y qué sacarémos de eso,
si tiene con su Marques
ajustado el casamiento?

Ang. Un desengañado que sea
decisivo.
Sim. Considero
que vm. va á precipitarse;
mas si tiene gusto en ello,
lo dexo, que harto he cumplido
con las leyes y derechos
de la amistad inviolable.
Dicen que un bobo hace ciento,
y yo digo que una boba
hará un millon. Sois muy bueno.
Vase.
Ang. Todos, todos me avergüenzan,
y degradado me veo
por una pasion: mi pecho
es una hoguera, y en vano
piensan cortar de su incendio
la actividad. ¿Qué esperanza
me alienta? Ninguna. ¿Y puedo
subsistir en tal estado?
Doña Rosa sale: tiemblo
en el instante terrible
de darla el á Dios postrero.
Sale Doña Rosa.
Rosa. Salgo á ver qué quiere vm.,

pues Ines se empeñó en ello.

Turbado.

Ang. ¿Y porque es empeño suyo
este favor á vm. debo?

Rosa. Sí señor.

Ang. ¿Con que es decir
que por mí no lo merezco?

Rosa. Yo no lo digo: vm. puede
como quisiere entenderlo.
Pues me dignè conceder
á vm. una audiencia, quiero
abreviarla. Estoy de prisa,
y vm. se queda suspenso.
¿Es esta el ansia de verme?

Ang. Mi corazon era un fuego
por lograr esta fortuna,
y al lograrla...

Rosa. ¿Qué es?

Ang. Un yelo.

Rosa. Sentémonos, que parece
que se va alargando el cuento;
bien que yo lo cortaré.

Se sientan, y se le cae el pañuelo.

Coja vm. ese pañuelo
que se le cayó.

Ang. No habia
reparado.

Se le cae el sombrero.

Rosa. Ese sombrero.
Apostar que vm. se dexa
caer la cabeza.

Ang. ¡O cielos,
qué será de mí!

Rosa. ¡Suspiros
por exôrdio! Largo va esto.

Ang. En fin, Doña Rosa, ¿vm.
mi terneza y mi sincero
amor para siempre olvida?

Rosa. ¿Y vm. me viene pidiendo
satisfaccion? La daré
brevemente y sin rodeos.
El gusto, amigo, es la cosa
mas libre del universo.
Yo quise á vm., porque así
me lo inspiró en algun tiempo
mi gusto; despues mudó
por su propio movimiento
mi corazon, y llevóse
la inclinacion á otro objeto.

Ang. ¿Y una muger, que se precia

de espíritu y de talento,
el mérito no conoce
de la ternura?

Rosa. Yo tengo
mi razon, que por prudente
callaba; mas pues empeño
hace vm. que la diga,
no la ocultaré. El afecto
de vm. para mí al principio
tuvo mérito, mas luego
me empezó vm. á moler
con advertencias, consejos,
y aun con críticas; de forma,
que se me volvió un severo
pedagogo el que era amante.

Ang. El bien de vm. fué el objeto
que propuse á mi ternura,
y este es amor verdadero.

Rosa. Pretendiera vm. la plaza
de ayo, y no la de cortejo.
Quien nos alhaga, nos ama:
las mugeres no entendemos
de otra cosa; y el Marques
me ha dicho cien veces esto.

Ang. ¿Quién? ¿el Marques de Belflor?

¿el adulador perverso
que quiere arruinar á vm?

Rosa. Son del mismo pensamiento
otros muchos de su clase,
que me han hecho mil obsequios.

Ang. ¡Qué turba de seductores
corrompe así al bello sexô!

Rosa. No hay que hacer: todos son locos:
solamente vm. es cuerdo.

Ang. Lo que aseguro es, que todos
ménos yo, son unos necios
aduladores que á vm.
infatuan.

Rosa. Bueno es eso:
mire vm. en el diario
qué elogio de mí han impreso.

Le da el diario.

Despues de leerlo para sí.

Ang. ¿Quién dice que habla de vm.?

Rosa. Nadie: que yo me lo pienso.

Ang. ¿Y quién dicé que es elogio?

Rosa. El Marques.

Ang. Ese hombre necio...

Rosa. ¿Necio? ¡y halló arte de hacer

superlativos los verbos!

Levantándose.

Ang. La fábula de Madrid
va á ser vm.: compadezco
aun mucho mas que la mia
su situacion. ¡O qué yerro
hice en dexar á la amable
hermana de vm.!

Rosa. A tiempo
estan vms.; no hay duda:
que cargue con su cortejo;
que al fin, si se lo quité,
mejorado se lo vuelvo.

Ang. Sí señora: que mejora
mucho al hombre un escármiento.

Rosa. Pero no será Marquesa,
y yo lo voy á ser luego. *Vase.*

Ang. Cayó la venda fatal
con que mis ojos cubiertos
tuve hasta aquí: de repente
ha cobrado sus derechos
mi razon: como el que vuelve
de un sueño profundo, siento
nuevo espíritu.

Salen Don Simon y Doña Prudencia.

Sim. Don Angel,
¿parece que mas contento
encuentro á vm.?
Ang. Soy muy otro.
Prud. ¿Salió vm. con el empeño?
Ang. Salí de quantos tenia.
Ya regla mis sentimientos
la razon, Doña Prudencia:
pasó aquel vapor ligero
que la obscurecia, y brilla
con resplandor mas intenso.
A su antiguo giro vuelve
reconocido mi afecto.
Prud. Cuidado con engañarse,
que sería mucho yerro.
Ang. Si hubiera cambiado en ódio
mi terneza, el desacierto
del capricho era temible;
pero conservé, aun en medio
de mi distraccion, un fondo
del debido sentimiento
á un amor antiguo y justo.
Sim. Venga un abrazo: estrechemos
nuestras dos almas, Don Angel.
De gozo casi no puedo

formar las voces.

Salen Doña Elena, Doña Rosa é Ines.

Elena. ¡Ola, ola!
¿cuñado mio, qué es esto?
Sin duda que te despides
de Don Angel.

Rosa. Si dió en ello,
se irá: buen viage.

Sim. Elena,
yo no me voy: he resuelto
quedarme, y con mucho gusto;
porque al fin el casamiento
de una sobrina, á quien amo,
merece esto, y mas.

Elena. Me alegro
que pienses con ese honor.
Cabalmente los conciertos
va á remitir el Marques
firmados en el momento.

Sale Juanon con unos papeles.

Elena. Aquí estan sin duda.

Juan. Mi amo
el Marques con este pliego
me envia á vm.

Elena. Sí, ya sé

lo que contiene: este recio
será el mio. Juanon, toma
esa media onza.

Juan. Mi zelo
es servir á vm., señora;
no necesita de premio:
mas por venir de tal mano
la tomo. *Vase.*

Sim. A fé que va bueno.
Ya se ve, ¡no ha de estar loca
si se echa un Marques por yerno!

Rosa. Abra vm., madre, la carta,
que con impaciencia espero.

Sim. Abrela, y oigamos todos.

Elena. Oigan vms que leo.

Lee.

Amigo mio, Baron
del Céspede...

Sim. ¿Cómo es eso?
¿á quien va esa flor?
¿á tí, ó á tu hija? Venga ese pliego,
que tú á leerlo no aciertas
tal vez de gozo.

Elena. No entiendo
porque en su carta me dice

el Marques, Baron: Verémos.

Lee Don Simon.

"Amigo mio Baron del Céspede: la loca de Doña
»Rosita, y la fátua de su madre....

Elena. Simon, con formalidad:
que no puede decir eso.

Sim. ¡O! si no dixera mas,
yo estaria bien contento.

Lee.

»se han tragado sin toser lo de mi casamiento. A
»bien que la vieja me ha pagado el trabajo de en-
»gañarla con esos seis vales de á 600. pesos, que
»te envio para que los negocies luego, luego, y
»busques un coche en que mañana salgamos á
»Cádiz á pasar el otoño alegremente.
¡Misericordia, Señor!
¡tres mil y sciscientos pesos!...
»La sátira que has puesto en el diario, se la he
»hecho pasar á la niña como elogio: yo he tenido
»un famoso rato: en fin, ya sabes que tan tonta
»es la vieja como la niña: huyamos de ellas, y
»riámonos á su costa."

Elena ¡Vieja á mí! Rabio.

Rosa. ¡Si acaso
este es de mi tio enredo!

Sale Juanon.

Juan. Señora....
Sim. Vaya que vuelvo
por otra media onza.
Juan. El pliego
habemos equivocado:
este es de vm.
Elena. Mensagero
infernal...
Juan. Tome vm., tome,
y deme el otro.
Elena. Perverso,
tú la has de pagar por tu amo.
Juan. Yo pago por él, es cierto;
pero ahora el mayordomo
lo es *in partibus*.
Rosa. ¿Qué es esto
que pasa por mí? ¡El Marques
jugarme tal pieza!
Juan. Veo
malas caras: el papel
habrá causado el enredo:
¿qué diablo de *quid pro quo*,
infeliz Juanon, has hecho?
Lo verdadero es al pronto

tomar las de Villadiego. *Vase.*

Ang. Marques infame, hombre vil.

Sim. A bien que se recogiéron
los vales: si no tiene otro,
no irá con este dinero
el Marques á ver á Cadiz.

Elena. No llores Rosa: al momento
del Marques puedes vengarte.
Aquí está Don Angel muerto
por tí: que te de la mano,
y vengas así el desprecio.

Rosa. Lo haré, porque vm. lo manda.

Con burla.

Sim. ¡Qué obediencia!

Ang. Seré yerno
de vm. Doña Elena; mas
esto se entiende admitiendo
Doña Prudencia mi amor.

Elena. Pues solo nos faltaba eso.

Ang. No soy yo tan despreciable
que los desaires agenos
me deban el premio dar
que por mí mismo merezco.

Sim. Prudencia, dale la mano,
y dexémonos de cuentos.

Prud. Soy feliz, pues con vm.
cumplo, y tambien con mi afecto.
Ines. Vaya que el Señor Marques
nos envió buenos conciertos
A Don Angel.
Elena. ¿Y á una niña no perdona
un desvio hombre tan cuerdo?
Sim. ¿Y tendrá la orgullosa
en vez de castigo premio?
Buen exemplo para el mundo.
Ang. Señora, quando los yerros
se cometen por persona
en quien los hábitos buenos
y una sólida instruccion
el corazon le rigiéron,
se perdona el extravío;
y se cree que es sincero
su arrepentimiento. Quando
nace el error de haber hecho
hábito de errar, no puede
ser el arrepentimiento
permanente, porque nadie
cambia el corazon de presto.
Sim. Dice muy bien: Rosa mia,
terrible es el escarmiento;

cuenta con tu tio en todo,
si produce buen efecto.

Rosa. Vm. me ha perdido, madre.

Sim. Ahora no hablemos de eso,
sino de la enmienda.

Rosa. Yo
me vuelvo loca.

Sim. El efecto
del orgullo es este. Así
sus gracias el bello sexô
pierde, y forma de ellas mismas
su precipicio funesto.

FIN.

EL AMOR
Y LA INTRIGA.

DRAMA
EN CINCO ACTOS:

POR

EL POETA SCHILLER.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas, y de la Concepcion Gerónima.

EL AMOR

Y EL INTERÉS,

DRAMA

EN CINCO ACTOS,

POR

D. JUAN GRIJALBA.

ACTORES.

El Baron de Walter, Presidente del Consejo áulico de un Príncipe del Imperio. *Señor Vicente Garcia.*

Fernando, su hijo mayor. *Señor Juan Carretero.*

El Mariscal de la corte. *Señor Josef Oros.*

Lady Milfort, favorita del Príncipe. *Señora Andrea Luna.*

Rampe, Secretario del Presidente. *Señor Rafael Perez.*

Miller, músico de profesion. *Señor Antonio Pinto.*

Madama Miller, su muger. *Señora Josefa Luna.*

LUISA, su hija. *SEÑORA RITA LUNA.*

SOFIA, criada de Lady Milfort. *SEÑORA JOAQUINA BRIONES.*

La Scena es en una Ciudad de Alemania.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la habitacion de Miller. Este acaba de tocar una sonata: se levanta de la silla, pone á un lado el violin, y se paséa agitado y pensativo. Al otro lado del teatro está su muger vestida como de casa, sentada junto á un velador, y tomando café.

SCENA PRIMERA.

A su muger.

Miller. No hay que hacer: estas visitas, ahora mas que nunca, me empiezan á ser... ya se vé... por ellas se habla de un modo tan poco ventajoso á la reputacion de mi hija. Mi casa será tildada... el Presidente llegará á saber que su hijo... y entónces... ¿qué remedio?... ¡preciso! es necesario rogarle al Baron... sí... yo le pediré que nos dispense de sus visitas.

Con ayre.

Mad. ¿Qué pueden decir?... ¿acaso has ido tú á buscarle? ¿le has presentado á tu hija?

Irritado.

Miller. ¡Yo! ¡presentarle mi hija!... Bien que... oxalá se la hubiera recatado mas: oxalá le hubiera recibido con mas frialdad, y no le hubiera hablado con tanta franqueza; ó lo que era mejor, hubiera dado cuenta á su padre... ¡Pero ya se vé!... ¿qué hubiera adelantado con eso?... Una palabra del hijo hubiera sobrado para disculparse con su padre; y de todos modos hubiera venido á descargar la tempestad sobre el pobre músico.

Mad. ¡Delirios y gana de charlar!... ¿Qué te puede suceder? ¿Qué pueden hacerte? Tú exerces tu profesion, y recibes en tu academia los discípulos que quieren concurrir á ella... ¡oxalá vengan muchos!... quantos mas moros...

Miller. Pero dime, muger, dime, ¿en qué vendrán á parar estas misas? ¿Casarse con ella? ni él puede, ni aun por asomo se trata de eso... Hacerla su... ¡Dios me tenga de su mano! la idea solo me horroriza... ¡Ah! ¡quántas veces te lo he de decir! Está alerta, muger, está alerta: mira que si ella está de acuerdo con él, aunque pongas una centinela á cada puerta, y una espía á cada paso... ¿pero qué digo? á nuestra

misma presencia, delante de nosotros mismos la sacará, abusará de su amor, y despues sacudiendo su capa, no volverá á parecer... tu hija quedará deshonrada para toda su vida... y acaso, acaso arregostada á...

Se pone los puños en la frente.

¡Jesus, Jesus! ¡Dios mio!

Mad. ¡Dios nos libre de semejante cosa!

Miller. ¿Qué otro fin puede llevar un currutaco de su clase? La chica es linda... su talle ayroso... buenos ojos... ¡Qué sé yo! sea qual fuere su conducta aquí dentro de casa... nadie lo exâmina, ni le importa á nadie, siempre que no se ande con tapadillos; pero si se presenta en público, si alguna amistad sospechosa, ó algun desliz... Ya te lo he dicho, muger, ya te lo he dicho; y te lo volveré á decir mil veces: anda con cuidado: él es jóven; y un hombre es un hombre... sí, lo sé yo por mí mismo.

Mad. ¡Si vieras qué cartas tan halagüeñas que la envia, y los elogios que hace de la candidez de su alma!...

Con una falsa sonrisa.

Miller. ¡De la candidez de su alma!... no es mala

la extratamega: al alma es á la que se sitía; y lo que se quiere es conquistar el cuerpo. Al principio, ya se vé... buena moral, buenos sentimientos, buenas idéas, lo mejor de todo: uno se presta, se enternece, se entusiasma: los corazones llegan á interesarse y convenirse: los sentidos siguen su exemplo: se cae en el garlito, y despues... ¡quién dixera! ¡quién pensára!...

Mad. ¿Y qué me dirás de los excelentes libros que la envia, en los quales está rezando á todas horas?

Miller. ¡Brrr!... ¡rezando!... al fuego con esas drogas... ¡Dios sabe lo que aprenderá en ellos! Las verdades sublimes de la moral no pueden engolosinar tanto á un paladar enseñado solo á gustar comunes manjares. ¡No es posible! Otra cosa será la que así la aficione. Idéas de un mundo romancesco... una felicidad imaginaría que la haga mirar con disgusto la casa de sus padres... pinturas de una vida licenciosa, con las que muy luego llegarán á desvanecerse, como el humo, las pocas máxîmas de religion que tanto he procurado inspirarla... deseos ambiciosos de grandeza, que la harán que se avergüence de mi estado,

y á que tenga á ménos, y se olvide de que su padre no es mas que un pobre músico... Al fuego, sí, lo repito: al fuego con todas esas drogas, que no la pueden servir sino de emponzoñar su alma. No, pues aunque todo se lo lleve el diablo, la bomba ha de rebentar al instante, aunque á mí mismo me haga pedazos. El Mayor... no hay que hacer... es preciso... el Mayor se volverá por donde se venga.

Quiere marcharse.

Mad. Poco á poco, amigo: despacio. ¿Quánto no nos ha producido? y quántos regalos magníficos no nos ha...

Encolerizado, y cara á cara con su muger.

Miller. El precio de la deshonra de mi hija: sí, el precio de su deshonra. ¡Ah, infame! Antes hubiera yo ido de puerta en puerta mendigando al son de mi violin: qué sé yo lo que hubiera hecho ántes de comer un pan de ignominia comprado con su deshonra. Maldito sea tu tabaco y tu café: déxalo para siempre, y no tendrás necesidad de vender á tu hija: jamas nos ha faltado que comer, ni que vestir sin que ningun trasto como ese haya puesto los pies en casa.

Mad. Al instante echas por medio: no te se puede hablar palabra. Lo que yo quiero decir es que basta que el Mayor sea hijo del Presidente para que...

Miller. ¡Qué bien lo entiendes! por eso es justamente por lo que yo quiero ir hoy mismo á instruirle de todo, que si es hombre de bien, y buen padre, sin duda me dará las gracias... Tú vé á disponerme mi vestido de rizo para presentarme decente. Yo le diré á su Excelencia que su hijo ha puesto los ojos en mi hija: que para ser su muger es demasiado humilde; pero sumamente honesta para no ser mas que su amiga. Esto le diré, y luego verémos.

SCENA II.

Los mismos y Rampe.

Mad. ¡A Dios, señor Rampe! ¿A qué casualidad debemos la satisfaccion de ver á vm.?

Rampe. Esa satisfaccion, yo soy quien la disfruto. El deseo de formar con vms. una sola familia, es en mí mas poderoso que el temor de experimentar un desprecio... por eso vengo...

Interrumpiéndole.

Mad. Tambien el Baron de Walter viene de quando en quando á asegurarnos de su amistad: no lo digo porque crea que esto nos autorice á despreciar á nadie; no señor.

Durante esta escena no cesa de manifestar por sus gestos y por sus miradas, el disgusto que le causan los modos altaneros é inoportunos con que su muger habla á Rampe.

Miller. ¡Muger! un asiento al señor...

A Rampe.

¿en qué podemos servir á vm., señor Rampe?

Pone sobre una mesa su sombrero y baston, y se sienta.

Rampe. Y bien, ¿cómo está mi novia? ¿Me saldrán vanas mis esperanzas? ¿Qué dice vm.? ¿No me facilitará vm. la satisfaccion de ver á la señorita?

Con reserva.

Mad. Agradezco la atencion de vm., señor Rampe. Mi hija no tiene nada de altiva para dexar de...

La da con el codo.

Miller. ¡Muger!

Mad. Lo que siento es que ahora mismo no pueda dar una prueba del gusto que tendría en... pero está rezando.

Rampe. No, no: déxela vm.: eso me hace creer que llegará el dia... sí, lo estoy viendo... llegará el dia de tener en ella una muger de gobierno, y temerosa de Dios.

Con una vanidad despreciadora.

Mad. ¿Cómo? ¿señor Rampe? ¿qué es eso?

Notablemente embarazado.

Miller. ¡Muger!

Mad. Vea vm. si en otra qualquier cosa le podemos servir... lo harémos con mucho gusto.

Sorprehendido.

Rampe. Con que en otra qualquier cosa, ¿he? muchas gracias... *Tose.* Hem... hem...

Mad. Vm. mismo conoce...

Dándola fuertemente con el codo.

Miller. ¡Muger!

Mad. Yo á nadie quito su mérito: lo bueno, bueno es; pero lo mejor merece ser preferido. Quando un padre no tiene mas que un hijo, es natural que haga lo posible por proporcionarle su mejor estar...

Con ayre orgulloso y rústico.

Supongo que vm. me entiende.

Embarazado, y repasando sus vueltas, y andando con su sombrero.

Rampe. Ya, ya... sin embargo... ¿Qué quiere vm. darme á entender?

Mad. Que estando mi hija muy cerca... á lo ménos, segun todas las apariencias... de llegar á ser una gran señora...

Se levanta admirado.

Rampe. ¡Cómo! ¡Qué es eso! ¿una gran señora?

Miller. Siéntese vm., señor Rampe, que esta muger está loca. Dime, charlatana: ¿de qué modo ha de llegar tu hija á ser una gran señora? ¿Qué quieres decir con esa bachillería?

Mad. Enfádate quanto quieras. Yo sé muy bien lo que sé: y lo que el señor Mayor ha dicho, no necesita de comentario.

Furioso salta sobre su violin.

Miller. Quieres callar muger, ó te rompo los cascos. ¿Qué puedes tú saber? ¿qué puede haberte dicho? No haga vm. caso de sus habladurías, señor Rampe; y tú vete á la cocina sino quieres... No dudo que vm. me hará la justicia de creer que semejante locura, no se me ha pasado jamas por el pensamiento.

Rampe. No señor: en vm. siempre he hallado un

hombre de su palabra; y por lo mismo es preciso que vm. se acuerde de que su hija en cierto modo me estaba... no hay duda: vm. sabe mis pretensiones, y que son justas y sérias; al paso que su hija en secreto puede que guste de las ficciones y embelecos de algun caballerete que...

Interrumpiéndole.

Mad. Poco á poco, señor Rampe: háganos vm. un poquito mas favor.

Miller. Calla. *A su muger.*

A Rampe.

Lo que le dixe á vm. el otoño pasado se lo repito ahora. Yo no violentaré su gusto: si ella dixese que sí, tanto mejor; y si dixere que no, tan amigos como ántes: beberá vm. una botella con su padre. Ella es la que ha de vivir con vm., no yo.

Mad. Desengáñese vm., señor Rampe: en mi vida consentiré en semejante union: á mi hija la está reservada alguna gran fortuna; y si mi marido tiene la debilidad de ceder á las instancias de vm., tribunales hay que nos oigan.

Miller. ¿Quieres que de un triunfo te rompa los sesos, habladora de por vida?

A Miller.

Rampe. No se sofoque vm.: que yo confio en que los consejos de un padre podrán mucho en el corazon de una hija bien educada... Y vm. á mí bien me conoce.

Enfadado.

Miller. Dale: ya le he dicho á vm., que ella es la que le ha de conocer: que el que yo le conozca, poco importa. Aunque, si va á decir verdad, no descubro en vm. lo que me parece que se necesita para agradar á una muchacha de su edad; pero eso allá se las haya. Si fuera para tocar en una orquesta, yo le diría sin discrepar un ápice si era vm. ó no á propósito; pero vaya vm. á atinar con el gusto de una muger. Por último, yo alzo la mano; ni á vm. ni á ella les aconsejo nada. Pero me temo me temo, que quede poco ayroso un amante que intenta valerse de la autoridad del padre para ganar la voluntad de la hija; porque eso es precisamente á lo que por sí debe aspirar con sus modales, su eloqüencia, sus miradas; en una palabra, con aquellas cosas que sabemos hacer los hombres quando querémos á una muger; y si así no lo consigue, bien puede tantear otro bado.

Rampe. Muchas gracias, señor Miller: Perdone vm. *Toma su sombrero y su baston; y se va. Le sigue despacio.*

Miller. No hay de qué, señor Rampe.

Se vuelve.

Nausias me dan solo de ver la figura contrahecha y ridícula de este maldito escribas: aquellos ojillos de pulga: aquel mirar atravesado y falso: aquel pelo rubio: aquella barbeta de... ántes que dar mi hija á semejante pícaro, quisiera verla... Dios me tenga de su mano...

Madama vuelve en tono irritado.

Mad. Pobre trompeta. Lástima fuera que no se cosiera una la boca.

Miller. ¿Vuelves otra vez á machacarme con tu maldito Baron? No parece sino que tienes el diablo en la lengua para hablar disparates, precisamente quando mas necesitas hablar con reserva. ¿Te parecerá á tí, que has hecho una gran cosa con decir que tu hija llegará á ser una gran señora? ¿qué quieres que de eso se infiera? ¿y delante de quién vas á tener esas vaciedades?... delante de Rampe; que es el hombre mas vil y falso del universo. ¿No sabes que ese es uno de los muchos que solo van á las casas

para saber y oler, y tener por las noches que contar al Príncipe, á su favorita, al Presidente, y á toda la corte? Atente á lo que te venga.

SCENA III.

Los mismos y Luisa, que con un libro en la mano se dirige á su padre, y tomándole la mano con ternura le dice.

Luisa. Tenga vm. buenos dias, padre mio.

Con sensibilidad.

Miller. No sabes tú, hija mia, quánto gusto tengo de verte dar gracias á tu criador. Continúa haciendo siempre lo mismo, y jamas te faltará su proteccion.

En tono melancólico.

Luisa. ¡O, quán culpable me siento ante su presencia! ¿Ha venido madre?

Mad. ¿Quién, hija mia?

Luisa. ¡Ah, se me habia olvidado que habia mas hombres en el mundo! ¡Tengo la cabeza tan aturdida, y el corazon tan inquieto! ¿No estaba aquí Walter?

Triste y serio.

Miller. Yo creía, hija mia, que habias dexado ese nombre en la Iglesia.

Luisa. Ya entiendo lo que vm. quiere decirme: bien conozco lo justo de una reprehension que me atormenta y me devora; bien lo conozco, padre mio; pero ya no hay remedio... Ya se ahogó en mí la devocion... Solo Fernando ocupa mis sentidos: él solo absorve mis potencias. En todo le veo, en todo le oigo. Todas las bellezas de la naturaleza, y todos los deseos de mi corazon se encierran en la memoria que de él tengo, y...

Se echa tristemente sobre un sitial.

Miller. Ved ahí el fruto de la maldita lectura.

Luisa se asoma á una ventana.

Luisa. ¿Dónde estará ahora? ¿quiénes serán las dichosas que le esten hablando y oyendo, y que respiren el mismo ayre que él?... ¡Ay de mí! y yo pobre abandonada...

Se echa en los brazos de su padre.

Eso no, padre mio: perdóneme vm.: yo no me quejo de mi suerte, ni mis deseos se extienden á mas que á pensar en él... ¡Oxalá pudiera yo transformar este aliento que me aníma en un ce-

firo halagüeño, que con su frescura recrease su rostro!

Recostado tristemente sobre la silla, y cubriéndose la cara con las manos.

Miller. Luisa, hija mia: de buena gana diera los pocos dias de vida que me restan, porque jamas hubieras visto al Mayor.

Alterada.

Luisa. ¡Qué es lo que vm. dice, padre mio! vm. no le conoce... vm. no sabe que Fernando es mio; que el autor de toda felicidad le ha criado solo para mí, para mí sola.

Pensativa.

La primera vez que le ví, un pudor repentino enroxeció mi rostro, mi sangre circulaba con mas agitacion; y cada objeto que veía, cada cosa que sentia me decia mudamente: él es. Entónces fué, en aquel mismo instante, quando salió para mí la aurora de la vida... entónces fué...

Corre hácia ella, la estrecha en sus brazos, y suspirando la dice:

Miller. Luisa, hija mia... mi único consuelo... pide... exîge... toma mi sangre... aquí tienes mi vida... todo... todo es tuyo: pero el Mayor...

Dios me es testigo... el Mayor no está en mí el dártele.

Vase.

Luisa. Tampoco yo le pido ahora... Estos cortos instantes, á que llaman vida, se pasarán deliciosamente viendo á Fernando... Pero no, no es para aquí para donde yo le amo, para donde yo le deseo. Quando dexe de respirar este débil aliento: quando allane la muerte las altas barreras erigidas entre nosotros por el orgullo y la preocupacion: quando desaparezca esta vil corteza, y los hombres no sean mas de lo que son... ¡Quántas veces me lo ha dicho! Entónces se desvanecerán como el humo la brillantez de las riquezas, y el fasto de la vanidad: todo esto desaparecerá ante una accion virtuosa. ¡Quán rica me prometo ser entónces!... Allí las lágrimas de la sensibilidad serán miradas como triunfos: los buenos pensamientos me servirán de blasones... Entónces sí que seré noble... ¡quién será la que pueda disputarme la preferencia!

Da un grito.

Mad. Luisa: ¡el Mayor! corriendo viene... ¿Dónde me ocultaré?

Con un temblor involuntario.

Luisa. Estese vm. aquí madre, estese vm.

Mirándose.

Mad. ¡Ay Dios mio! ¡cómo me coge! Yo no me atrevo á estar así delante de él. *Vase.*

SCENA IV.

Fernando de Walter y Luisa.

Fernando corre hácia Luisa, que con el mayor sobresalto se dexa caer sobre una silla: se miran un instante con el silencio mas expresivo.

Fern. Tú estás descolorida, Luisa; toda te has inmutado: ¿qué tienes?

Se levanta.

Luisa. Nada, nada: yo te veo y te oigo... mi mal ha desaparecido.

Se lleva á la boca la mano de Luisa.

Fern. ¡Aun me ama mi Luisa! mi corazon es el de ayer, el de hoy, siempre el mismo, siempre tuyo. Corro á tus pies por ver si la paz habita en tu alma; y solo con eso me vuelvo contento. ¡Mas ay de mí! Tú no estás tranquila.

Luisa. Sí, sí, querido mio: si lo estoy.

Fern. Dime la verdad; no, tú no lo estás: mira

que estoy leyendo en tu corazon... vaya: dime qué tienes, no me ocultes nada. ¿Qué te entristece?

Le mira mucho tiempo del modo mas expresivo, y despues en tono melancólico.

Luisa ¡Ay Fernando! ¡si tú supieras quánto con tu amor ennobleces el orígen de tu Luisa!

Admirado.

Fern. ¡Tu orígen! ¿Qué quieres decir con eso? ¿No eres mi Luisa? ¿Quién te ha dicho que tu posesion puede dexarme nada que desear? ¡Ah ingrata! Ya, ya veo la frialdad é indiferencia que opones al ardor de mis sentimientos. Si tu corazon estuviera inflamado de amor como el mio, ¡no se le ofrecería tan inoportuna reflexîon! desecha todo temor: ten confianza, y mira que cada instante que das á la tristeza, á mi amor se le robas.

Le toma la mano, y mueve la cabeza.

Luisa. ¡Ay Fernando! tú quieres deslumbrarme, y apartar mi vista del abismo que me amenaza. No... Yo veo lo por venir... Los gritos del honor, la voz de la fama... tus proyectos... los de tu padre... la humildad de mi orígen...

A esta palabra dexa caer la mano de Fernando, y despues con sobresalto.

¡Fernando! ¡un puñal está pendiente entre tí, y entre mí!... Mira que nos separan...

Con viveza.

Fern. ¡Nos separan! ¿en qué lo fundas? ¡separarnos! ¿Quién bastará á romper el lazo que reune dos corazones?... Yo soy noble, sí: ¡y qué importa! verémos si mi executoria es mas antigua que los derechos de la naturaleza, y si mis escudos y blasones podrán mas que mis promesas y los decretos del cielo. Yo soy hijo del Presidente: sí, yo soy por mi desgracia su hijo, y creo que solo el amor podrá librarme de las maldiciones que arrancan á este pueblo oprimido la crueldad y las vexaciones de mi padre.

Luisa. ¡O quánto le temo!... ¡ese padre!...

Fern. Pues yo no temo nada... nada... sino que tu amor se disminuya. Aunque nazcan para separarnos obstáculos mayores que los que ofrecen los montes Apeninos... no temas; que amor me prestará sus alas para superarlos, y en ellas volaré á tus brazos: los asaltos de la adversidad redoblarán mis esfuerzos: los peligros te darán

un nuevo atractivo á mis ojos. Desecha todo temor, que yo velaré...

Le interrumpe, y con dulzura y la mayor agitacion.

Luisa. Detente... basta... te suplico que no sigas... ¡Si tú supieras! Déxame... No, tú no sabes que esas esperanzas... tan lisonjeras, son otras tantas furias que se anidan en mi corazon para devorarle.

Quiere marcharse, y Fernando la detiene.

Fern. ¡Luisa! ¿qué es esto? ¿qué sospechas?

Luisa. Miéntras no tuve, ó tuve dormidos esos delirios de la imaginacion, fuí feliz: pero ahora, ¡ay de mí! ahora... hoy mismo se ha auyentado la paz de mi alma. Pensamientos indiscretos: deseos insensatos, ¡ya lo prevéo! se engendrarán desde hoy en mi corazon. Anda, ¡Dios te lo perdone! tú has incendiado mi corazon, ántes inocente y tranquilo, con un fuego tan voraz, que es imposible que jamas se extinga.

Vase precipitadamente, y Fernando la sigue.

SCENA V.

El teatro representa un salon de la casa del Presidente: éste se halla condecorado con una insignia de la órden del Aguila Negra, ú otra.

El Presidente y Rampe su Secretario.

Presid. ¿Una inclinacion formal? ¿mi hijo?... No, Rampe: no lo puedo creer.

Rampe. ¿Me permite V. E. que se lo haga ver?

Presid. Que se haya encaprichado con alguna mozuela hermosa: que le haga la corte: que la diga mil requiebros, y si es menester que... eso sí: todo eso lo veo posible, y aun perdonable; pero eso de... ¿y con quién? ¿no dice vmd. que con la hija de un músico?

Rampe. Sí, señor: con la hija del músico Miller.

Presid. ¿Es bonita? supongo que sí.

Vivamente.

Rampe. Sin exâgerar, es la mas bella criatura de la corte.

Se rie.

Presid. ¿Y dice vm. que mi hijo la ama con ex-

tremo? ¡tanto mejor! Si ama al bello sexô, puedo esperar que no sea aborrecido de las mugeres; y ya se vé... su influxo es poderosísimo en la corte. ¿Es amable la chica? yo lo celebro: eso me prueba que él tiene gusto... ¿Llega á persuadirla y hacerla creer, que sus miras son honestas, y sólidas sus promesas? mucho mejor. De eso inferiré, que tiene talento para mentir á propósito, y que llegará á hacer una gran fortuna. Adelanta su empresa hasta obtener los favores de su amada... ¡Excelente! Yo beberé en albricias una botella mas de Málaga.

Rampe. Lo que yo deseo es, que V. E. no tenga necesidad de beber esa botella para distraerse de los disgustos que esta amistad le prepara.

Con seriedad.

Presid. ¡Rampe! Acuérdese vm. que sostengo con obstinacion mis dictámenes, y que mi cólera excede todo furor. Que vm. procure deshacerse de un rival peligroso, ya lo entiendo: que á vm. le sea dificil, y que para conseguirlo se valga de la autoridad paternal, tampoco lo extraño: pero que vm. me cuente semejante niñería, como una verdadera infraccion de los principios en que le he educado, eso me es insufrible.

Rampe. Perdone V. E., señor: que si, como V. E. sospecha, naciera este aviso de envidia y no de amor y confianza, bien pudieran mis ojos haberlo descubierto, pero no mi lengua.

Presid. Pues desde ahora le dispenso á vm. de semejante confianza y amor; sin embargo quiero premiarle su lealtad, dándole la agradable noticia de que muy pronto tendrá ocasion de no quedar á deber nada á su rival.

Rampe. ¿Pues cómo, señor?

Presid. Como que de un dia á otro esperamos á la nueva Duquesa... y á su arribo debe dexar la corte Lady Milfort, y casarse inmediatamente para desvanecer toda sospecha. El Duque se ocupa actualmente en buscarla colocacion: y qualquier otro que se presente, puede concluir el negocio, casarse con ella, y alzarse con la confianza del Príncipe, y por este medio hacerse necesario á ambos. Para evitarlo y asegurarme mas y mas de la benevolencia del Príncipe, y en cierto modo ligarle á mi familia, he resuelto casar á Fernando con Lady: ¿no es esto claro?

Rampe. Y tan claro, que deslumbra. Este golpe me hace ver, que en materias políticas, el padre no es mas que un aprendiz comparado con el

Presidente. Sin embargo, si el Mayor no presta mas obediencia filial, que paternal amor le acredita V. E. en esta resolucion, es de temer que reuse...

Presid. Jamas he encontrado obstáculo en proyecto alguno, quando su execucion ha dependido, ó de mi autoridad, ó de la firmeza de mi carácter. Esto nos vuelve al asunto que dió motivo á nuestra conversacion: hoy mismo le diré á mi hijo, que su boda con Lady Milfort está concertada y concluída. El efecto que en él haga esta noticia, precisamente ha de confirmar ó desvanecer nuestras sospechas.

Rampe. Perdone V. E. señor, que la repugnancia que probablemente manifestará á esta union, tanto puede consistir en el desprecio que haga de la persona que V. E. le da, como en el afecto que tenga á la que le quita, y de consiguiente siempre será defectuosa esta prueba. Yo me ofrezco á dar á V. E. un medio mas sencillo: propóngale V. E. el partido mas ventajoso que se halle en todo el estado, la dama por todos términos mas cumplida; y si lo acepta, desde ahora me obligo á arrastrar un grillete por tres años.

Mordiéndose los labios.

Presid. ¡Qué diablos!

Rampe. A ese extremo llega... La misma madre... su misma tontería me ha dicho mas de lo que necesitaba para inferirlo.

Paseándose de un extremo á otro devorando su rabia.

Presid. No hay que hacer... Hoy mismo, esta misma mañana...

Rampe. ¡Señor! Solo pido á V. E. que no se olvide de que el señor Mayor... es el hijo de mi amo.

Presid. Yo le disculparé.

Rampe. Y que mi zelo por librar á V. E. de semejante nuera...

Presid. Sí, merece en pago que yo disponga que vm. la obtenga por muger... Enhorabuena, yo lo ofrezco.

Le saluda respetuosamente.

Rampe. ¡Señor! nuevamente reconocido, y siempre dispuesto... *Quiere marcharse.*

Presid. La mas mínima palabra que á vm. se le suelte de lo que acabo de confiarle... Cuidado conmigo, Rampe.

Rampe. ¿Ha tenido V. E. que reprehenderme ja-

mas debilidades de esa naturaleza? *Vase.*

Presid. Con efecto: no tengo que rezelar: su misma perfidia es el vínculo que á mí le une, y que me responde de su fidelidad.

Sale un ayuda de Cámara.

Ayuda de Cám. Señor: el señor Mariscal de la corte.

Presid. Que entre. ¡A mejor tiempo!...

Vase el Ayuda de Cámara.

SCENA VI.

Los mismos, y el Mariscal de la corte ricamente vestido; pero sin gusto: peinado de erizon: con espada y llave de Gentil-Hombre, y el sombrero debaxo del brazo: se precipita tumultuosamente en los brazos del Presidente.

Mar. A Dios, amigo mio: ¿cómo ha pasado vm. la noche? Disimule vm. que no haya venido ántes á... pero tengo tantos negocios y de tanta importancia: cuentas: targetas de dias: los preparativos para la partida de esta tarde...

Presid. Mal podia vm. prescindir de eso. De ningun modo.

Mar. Y para colmo de mis desgracias, un bribon

de un sastre me ha hecho estar esperando un sin fin de tiempo.

Presid. Y á pesar de todo eso, vm. no habrá hecho falta, ¿he? ¿Acaso habrá vm. ya hablado á S. A.?

Con gravedad.

Mar. ¿Cómo si le he hablado? Nada ménos que veinte minutos y medio.

Presid. ¿Tendrá vm., de ese modo alguna noticia importante que darme?

Despues de reflexionar un instante le responde con la mayor seriedad.

Mar. Que hoy lleva S. A. un sobretodo tornasolado, forrado de armiño.

Presid. Mas interesante es la que tengo yo que darle á vm. ¿A qué vm. no sabe que Lady Milfort va á ser mi nuera?

Mar. ¡Qué! ¿De veras? ¿Está ya hecho?

Presid. Y firmado... No me haga vm., que si vm. no quiere hacerlo, vaya yo ahora mismo á preparar á Milady para que reciba la visita de mi hijo, y á publicar por todos los círculos del Estado su próximo casamiento.

Fuera de sí de contento.

Mar. ¡O! Eso yo, yo: yo lo haré con el mayor

gusto... Nada puede serme mas lisonjero. Voy allá, voy corriendo. Abur, amigo mio.

Le abraza.

Antes de tres quartos de hora, no habrá en toda la ciudad quien no lo sepa. Contad conmigo.

Vase precipitadamente.

Riyéndose.

Presid. ¿Y que se diga que esta especie de hombres no es buena para nada? De este modo no podrá excusarse mi hijo... á no desmentir á toda la ciudad. *Llama, y entra Rampe.*

A mi hijo que entre.

Sale Rampe, y el Presidente se queda paseando pensativo.

SCENA VII.

El Presidente, Rampe y Fernando.

Fern. Padre, ha mandado vm. que...

Pres. Sí: que á eso das lugar, si es que yo he de tener el gusto de verte.

Con la mano hace seña á Rampe para que se vaya, y se va.

De algun tiempo á esta parte hecho de ménos

en tu conducta aquella vivacidad que es el alma de la juventud, y que te hacia tan amable á todos, y tan agradable á mis ojos. Ahora por el contrario, se descubre en tu semblante un ayre sombrío é inquieto... huyes de mí... huyes la sociedad... ¿Qué es esto? Mas indulgencia merecen en tu edad veinte locuras, que un solo instante de tristeza. Déxala para mí, dexa á tu padre el cuidado de trabajar en tu felicidad: déxale preparar los medios de hacerte digno de los altos destinos que te prepára... Ven, Fernando, abrázame.

Fern. Muy indulgente está vm. hoy, padre mio.

Presid. Hoy, bribon... hoy... ¡y con qué retintin lo dice! *Con la mayor seriedad.* ¿Por quién te parece á tí que me he hecho yo tanto lugar con S. A., arrostrando tantos peligros y urdiendo tantas intrigas?... ¡Oye Fernando!... Mira que te hablo como á hijo... ¿Para qué habré yo subido á la eminencia en que me hallo, con la ruina de mi predecesor? suceso cuya memoria me atormenta tanto mas, quanto es mayor la necesidad que tengo de desmentir con exterioridades risueñas el dolor que despedaza mis entrañas. Por quién, dime: ¿por quién te pa-

rece á tí que he hecho yo todo esto?

Retrocede espantado.

Fern. No por mí, padre mio: por mí no... No quiera Dios que caiga sobre mí el castigo que tal delito merece: ¡mejor fuera no haber nacido, que recoger el fruto sangriento de semejante atentado!

Admirado.

Presid. ¿Qué? ¿Cómo? ¿qué es lo que dices? Solo puedo perdonar tal locura, haciéndome cargo de que nace de una imaginacion delirante. ¡Fernando! Mira que no quiero enfandarme. ¿Es esta la recompensa de mis trabajos, el premio de tantas vigilias, y el fruto de tantos años vividos entre la inquietud, y pasados en el suplicio de una conciencia inquieta? A mí me queda que expiar el crímen: sobre mí debe venir el castigo: á mi cabeza amenaza la ira del Juez supremo... ¡Pero tú! tú recibes la fortuna por tercera mano.

Levanta al cielo la mano derecha.

Fern. Yo renuncio solemnemente á una fortuna, que solo me recordará á mi padre para compadecerle.

Presid. Escucha muchacho: no me irrites. Si las co-

sas fueran como deben, estarías tú envilecido, y arrastrando por el suelo.

Fern. ¡O! Mil veces mas quisiera vivir desconocido, que por tales medios rodeando el trono.

Disimulando su enojo.

Presid. Es necesario que convengas en que sería temeridad despreciar las felicidades con que te convida la fortuna. Ahora bien: los honores, las dignidades que otros codician con tanta ansia, ¿no te vienen ellas mismas á buscar en medio de tus diversiones, y aun hasta en el sueño mismo? Alferez á los doce años; ya eras Mayor á los veinte... Acabo de obtener del Príncipe que te releve del uso del uniforme, y que te condecore con las vestiduras ministeriales. Tambien me ha hablado de consejo privado... de embaxadas... de honores extraordinarios... Infiere de aquí quán brillante carrera; quán espacioso camino se abre á tu exàltacion... Un lugar cerca del trono, un poderío verdadero que vale algo mas que vanos atributos... Vé ahí la perspectiva que te se presenta... ¿Y será posible que dexe de inflamarte?

Fern. Y muy posible; porque no tenemos unas mismas idéas de la felicidad. Brillar y oprimir

es lo que constituye la de vm.: el temor y la envidia: á esto se reducen los sentimientos que inspiran los trofeos con que se erguié un ambicioso. Lágrimas, maldiciones y desesperacion, son los inmundos manjares con que los pretendidos felices alimentan su orgullo, y los corrompidos licores con que sacian su vanidad: y en este estado de embriaguez les cogerá el dia en que comparezcan ante el trono del Eterno... ¡Pero mi felicidad! mi felicidad sin salir de mí la encuentro, y todos los deseos de mi corazon estan en él sepultados.

Presid. ¡Muy bien! ¡Excelente! vea vm. aquí la primera leccion de moral que he recibido despues de treinta años. La lástima es que ya en mi edad es dificil aprender. Pero para que no se inutílice tan aventajado talento, será bien darte compañía en quien puedas á tu satisfaccion exercitar esas felices disposiciones... Tú te resolverás desde hoy á casarte.

Retrocede soprehendido.

Fern. ¡Padre!...

Presid. Fuera cumplimientos... En tu nombre he enviado una esquela de visita á Lady Milfort...

No hay arbitrio: es menester que al instante vayas á verla, y á comunicarle que eres su esposo.

Fern. Yo: ¡de la Milfort!... ¡padre!

Presid. ¿Tú la conoces?

Fuera de sí.

Fern. ¿Pues hay quién no conozca la infamia que la cubre, y el desprecio que inspira?... Pero yo hago mal de tomar tan á pechos lo que no puede ser mas que una chanza. Ni cómo habia vm. de querer ser padre de un hijo tan vil y tan despreciable, que no se horrorizase solo de oir... Vaya...

Presid. Bien léjos de eso, yo mismo la pediría, si ella quisiera á un hombre de cincuenta años... ¿No querrias tú ser hijo de tal padre?

Fern. De ningun modo: ¡así tan cierto como hay Dios!

Presid. Esa es una injuria hecha á mi honor: injuria solo perdonable por su singularidad.

Fern. ¡Padre mio! suplico á vm. que no permita que su hijo viva mas tiempo en tal angustia: ó me será imposible llamarle á vm. padre.

Presid. ¿Estas loco? ¿Qué hombre de mediano

juicio no apreciará el honor de conseguir la gracia del Príncipe por este medio?

Fern. ¡Padre! ¡Yo no lo comprehendo! ¿honor llama vm....

El Presidente suelta una carcaxada.

Ríase vm. quanto guste... Mi partido está tomado... ¿con qué cara me pondría yo delante, ni aun del mas infeliz artesano, que si quando se casa no recibe otro dote, lleva al ménos una muger sana y robusta, y que á él solo entrega su alma? ¿Cómo me presentaría yo al mundo, al Príncipe, á la misma, que con darme su mano no tiene otro objeto que borrar con mi oprobrio su ignominia?

Admirado.

Presid. ¿Dónde diablos has aprehendido eso?

Fern. ¡Padre mio! jamas llegaría vm. á ser tan feliz degradándome, como yo desgraciado. Aquí tiene vm. mi vida; de vm. la he recibido, y no dudaré un instante en sacrificarla á su elevacion; ¡pero el honor!... Si vm. me quita el honor... miraré la vida como un presente emponzoñado, que me obligue á maldecir y detestar de...

Dándole cariñosamente en las espaldas.

Presid. ¡Bravísimo! ¡hijo mio! Ahora reconozco toda la nobleza de tu carácter: ahora veo que no hay en todo el estado mas que una sola muger digna de ser tu esposa... Tú la obtendrás... Hoy mismo quedarás casado con la Condesa de Ostheim.

Desconcertado y aparte.

Fern. Esta hora parece que está destinada á que yo padezca todos los tormentos del infierno.

Mirándole de quando en quando como á hurtadillas.

Presid. Me parece que esta eleccion está muy distante de amancillar tu honor, y de ofender tu delicadeza.

Fern. Así es, padre mio. Qualquier otro se tendría por feliz.

Aparte.

Yo he resistido á su cólera, y su bondad me abate.

Siempre fixos en él los ojos.

Presid. Espero tu agradecimiento, Fernando.

Se abalanza á sus brazos, y le abraza tiernamente.

Fern. ¡Padre mio! ¿Quién podría ser insensible á tanta bondad? yo estoy penetrado del mas vivo reconocimiento... Nada tengo que oponer al partido que vm. me propone... sin embargo... yo no puedo... no me atrevo... compadézcame vm..., yo no puedo amar á la Condesa.

Da un paso hácia atrás.

Presid. ¡Ah, ah! aquí te aguardaba, pobre hombre: caiste en el lazo á pesar de tu astucia... No es el honor el que te hace reusar la boda con Lady Milfort... No su persona, sino el casamiento es lo que tú detestas.

Fernando se queda inmóvil por un instante, y despues quiere marcharse repentinamente.

¿A Dónde vas? Detente. ¿Es ese el respeto que me tienes?

Vuelve el Mayor.

A Lady Milfort he enviado recado para que te espere... Al Príncipe he dado mi palabra... La ciudad y la corte ya lo saben... Si te atreves á desmentirme á vista del Príncipe... de Milady... de toda la ciudad... de la corte entera... ó si llego á averiguar ciertas historietas... infeliz

de tí... Dime: ¿por qué te pones tan pálido?

Pálido y temblando.

Fern. Yo no sé... no señor... esto no es nada.

Presid. ¿Y si fuese algo?... ¿Y si descubro el motivo de tanta resistencia? ¡Ah, temerario jóven! Solo la sospecha me enfurece. Vete al instante á la plaza de armas. La parada va á empezar. Dado el santo, pasarás á casa de Milady. A mi vista tiembla el estado: verémos si me desobedece un hijo; verémos si puede mas su temeridad. *Vase, y ántes de salir vuelve.*

Vuelvo á repetir que vayas, ó teme mi enojo.

Vase.

Vuelve en sí como de un sueño.

Fern. ¿Se ha ido ya? ¿Es esta órden digna de un padre? Sí: yo iré... yo la veré. Yo le diré verdades tan terribles... le presentaré un espejo de una fidelidad tan horrorosa... ¡Despreciable criatura! y si todavía insistes en pedir mi mano á vista de toda la nobleza, del pueblo todo, y de la tropa... aunque te veas rodeada de todo el fausto, y de todo el orgullo de la Inglaterra... no te librarás del desprecio de un hijo de la Germania.

Vase precipitadamente.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon en el palacio de Lady Milfort: á mano derecha un sofá, y un forte piano á la izquierda.

SCENA PRIMERA.

Lady Milfort vestida como de casa; pero de un modo ménos decente que elegante: preludia su forte piano; y Sofia mira por la ventana.

Sofia. Los Oficiales se separan, la parada se ha concluido; pero al Mayor por ninguna parte le descubro.

Se levanta, y se paséa con inquietud.

Lady. ¡Yo no sé qué tengo hoy!... ¿No le has visto?... Qué poco se apresurará á venir... Yo no sé... aquí siento *Señala al pecho*
como un peso que no me dexa respirar... Como el recuerdo de un delito, así comprime mi corazon... Anda, Sofia, dí que me traigan el caballo mas brioso que tenga el Príncipe... Necesito salir á respirar el ayre libre del campo.

Sofia. Si está vm. indispuesta, ¿por qué no con-

voca vm. una tertulia, ó da una gran comida? No, como yo tuviera el favor del Príncipe, y el séquito de toda su corte, desde luego desafiaba á que no se llegaban á mí ni con cien leguas todas las tristezas del mundo.

Se dexa caer en su sofá.

Lady. No me hables de eso, no: ¿querias tú que yo viese entapizada mi casa con tales figuras? ¡Qué entes tan miserables! Léjos de llamarlos, te daría un diamante cada vez que me disculpases para que yo ni aun los viese. Quando por casualidad se me escapa un dicho ingénuo, una expresion de sensibilidad, enmudecen, y se quedan absortos mirando con la boca abierta.

Sofia. Supongo que á lo ménos exceptúa vm. al Príncipe el amante mas apasionado... el hombre mas gallardo y perspicaz de su pais.

Vuelve de la ventana.

Lady. Porque el pais es suyo... Solo el título de Soberano puede excusar mi debilidad: dices que me tienen envidia. ¡Ah! mejor fuera que me tuviesen lástima. Entre todos los que con un aparato brillante se sacrifican al explendor del trono, la favorita del Príncipe es la víctima digna de compasion. El Príncipe puede hacer

salir palacios de debaxo de tierra... cubrir su mesa de lo mas raro y delicado que produce el mundo... puede transformar los desiertos en deliciosos jardines; ¿pero sin ser virtuoso puede inspirar heroismo á su corazon? ¿Puede dar elevacion á su genio, ni sensibilidad á su alma? Mi corazon está sediento enmedio de la embriaguez de los sentidos.

La mira con admiracion.

Sofia. ¿Quánto tiempo ha que estoy en casa, Milady?

Lady. Tú te admiras porque hasta hoy no habias empezado á conocerme... Es verdad, Sofia, es verdad que he vendido mi honor al Príncipe; pero he conservado libre el corazon: este corazon que aun puede ser digno de los afectos de un hombre de bien: este corazon en quien el ayre infestado de la corte no ha hecho mas impresion que la que hace el aliento en la superficie de un espejo. Mucho tiempo hace, creeme, ya ha mucho tiempo que me hubiera huído, si hubiese podido conseguir de mi ambicion que cediese su lugar á otra.

Sofia. ¿Y tan noble corazon se ha sometido con docilidad al imperio de esa ambicion?

Con eficacia.

Lady. No por cierto. Bien se ha vengado y se venga diariamente.

Dexando caer la mano sobre la espalda de Sofia.

¡Sofia! Para nosotras no hay medio, ó reynar ó servir: vé ahí nuestro destino. Mas, por grande que sea el placer de dominar, le mirámos con desden, sino disfrutamos el otro mucho mayor de ser esclavas del hombre á quien amamos.

Sofia. Verdad eterna, y que sin embargo me sorprehende, y aun mas en boca de vm.

Lady. ¿Por qué? No has observado al través de mis caprichos, y de mis locuras, dí, ¿no has descubierto una secreta melancolía que me roe las entrañas? ¿No has notado que estas fiestas que me rodean, esta variedad de diversiones que con tanta rapidez se suceden unas á otras, sirven mas que de alegrarme y distraerme, de aturdirme y sofocar otros deseos mas violentos que se engendran en mi corazon?

Admirada.

Sofia. ¡Milady!

Con viveza.

Lady. Satisface estos deseos. Dame á ese Walter...

ese Walter, cuya imágen tengo aquí gravada: ese Walter que yo adoro, que yo idolatro, de cuya posesion pende mi vida... y yo renuncio al Príncipe, á su corazon, á sus riquezas, al mundo entero; yo me huiré con él á la soledad mas escondida del universo.

La mira asombrada.

Sofia. Por Dios, Milady: ¿qué hace vm.?... ¿Qué tiene vm.?

Admirada.

Lady. ¡Tú te inmutas! Pues aun no te lo he dicho todo: dexa que me asegure de tu discrecion por medio de una confianza ilimitada. Sábelo todo... todo.

Mira con inquietud al rededor de sí.

Sofia. Yo temo, Milady... yo temo... yo no tengo necesidad de saber mas.

Lady. Mi próxîma union al Mayor te parece á tí, y á todo el mundo le parece, no ser mas que el efecto de una intriga de la corte. Pero, ¡ah! Sofia, no te espantes, no me vituperes, es obra de mi amor.

Sofia. ¡Ay Dios! Ya habia yo previsto...

Lady. El astuto Presidente y el necio Mariscal, se han prestado á mis insinuaciones sin echar de

ver el lazo que les armaba el amor. Ambos estan convencidos de que este matrimonio es el único medio de mantener mi crédito con el Príncipe, y de estrechar mas y mas el nudo que á él me liga, baxo esta apariencia de rompimiento... Sí: mas servirá para deshacerle... para romper de una vez los vergonzosos lazos que me oprimen. Pérfidos é incautos cortesanos, una muger os ha burlado... Vosotros mismos tomais por vuestra cuenta entregarme el que yo amo. Eso es lo que deseo... Y una vez mio... teniéndole yo en mis brazos...

Sale un Criado.

Criad. Milady: el Mayor de Walter.

Sofia. ¡Qué es eso! toda se ha inmutado vm.

Lady. Esta es la vez primera que tiemblo á la vista de un hombre.

Embarazada.

Vé, Sofia: dile que estoy indispuesta. No, detente.

Al Criado.

¿Viene contento? ¿Está de buen semblante? ¿qué dice? ¡Ah, Sofia! ¡Qué desaliñada y fea me coge.

Sofia. Milady, ¡por Dios!

Criad. ¿Quiere vm. que le despida?

Valbuciente.

Lady. No: que sea muy bien venido.

Vase el Criado.

Sofia: ¿cómo le recibiré? ¿qué le diré? Yo no podré articular una palabra... Mi pusilanimidad le parecerá ridícula... bien puede ser: ¡qué anuncio éste!... ¡tú me abandonas!... ¡pero sí, vete: no, no: aguarda.

El Mayor atraviesa la antecámara.

Sofia. Serénese vm.: ya está ahí.

SCENA II.

Los mismos, y Fernando Walter.

Despues de una pequeña cortesía.

Fern. Madama: sentiré haber interrumpido á vm., si ocupada en algun asunto...

Lady. Ninguno puede serme tan interesante como la presencia de vm.

Fern. Mi padre me envia...

Lady. Yo le estoy agradecida.

Fern. A anunciar á vm. que debemos casarnos... tal es por lo ménos su intencion.

Pálida y temblando.

Lady. ¿Y la de su corazon de vm.? ¿no es la misma?

Fern. Los cortesanos ni los casamenteros, no es el corazon lo que consultan.

En la mayor inquietud.

Lady. ¿Y vm. por sí no tiene nada que añadir?

Echando una mirada á Sofia.

Fern. Mucho, Milady, mucho.

Hace una seña á Sofia que se vaya, y se va.

Lady. Permítame vm. le ruegue que se siente.

Fern. No seré largo, señora.

Lady. Vm. es muy dueño...

Fern. Yo soy un hombre de honor.

Lady. Que yo sé muy bien apreciar.

Fern. Noble.

Lady. De una de las mejores casas del estado.

Fern. Oficial.

En tono lisonjero.

Lady. De esas prerogativas gozan otros tambien: ¿por qué, pues, pasa vm. en silencio aquellas que siendo mas dignas, solo á vm. le son peculiares?

Con sequedad.

Fern. Porque por ahora no las necesito.

Con una inquietud siempre en aumento.

Lady. Y bien, ¿qué debo yo inferir de ese preámbulo?

Fern. Que de mi parte se deben esperar todas las objeciones, y toda la resistencia que el honor me aconseja, en caso de que se me quiera apremiar á dar á vm. mi mano.

Se levanta con la mas violenta agitacion.

Lady. ¡Qué es lo que oigo, Dios mio!

Fern. El lenguage de mi corazon... de mi nobleza... y de esta espada.

Lady. La espada la recibió vm. del Príncipe.

Fern. Sí, del Príncipe... primero mi corazon de Dios; y mi nobleza de cinco siglos de gloria y de probidad.

Lady. El nombre del Príncipe... su poder...

Con calor.

Fern. ¿Puede el Príncipe prescribir leyes á la humanidad, ni borrar la vergüenza que acompaña á las malas acciones? Cierre con su oro la boca á la murmuracion, oculte su propia ignominia baxo de un exterior que deslumbre: no es superior al honor... Prescindamos de mi linage, de esta espada, y de la opinion pública: yo estoy pronto á despreciarlo todo, siempre que

vm. me convenza de que el premio que me espera por este sacrificio, no es aun mas vergonzoso que el sacrificio mismo.

Retirándose de él con dolor.

Lady. Señor Mayor: no me parece que merezco este tratamiento.

La toma la mano.

Fern. Perdone vm., señora: solos estamos... nadie nos oye... El motivo que por la primera, y sin duda por última vez: el motivo de que hoy nos veamos me autoriza, y aun me obliga á que descubra á vm. sin reserva mi corazon... Yo no puedo concebir cómo una dama de tanto mérito, con todos los atractivos de la hermosura y del talento, dotada de todas las qualidades mas halagüeñas, no alcanzo cómo puede venderse á un Príncipe, que no admira en ella mas que la diferencia del sexô, quando su corazon hubiera podido hacer la felicidad de un hombre de bien.

Mirándole con admiracion.

Lady. ¿Ha acabado vm.?

Fern. Vm. para excusarse con la vanidad de su sexô... la fuerza de las pasiones... del temperamento... el atractivo de los placeres... podrá

muy bien decirme, que mas de una vez se ha visto sobrevivir la virtud al honor. Es verdad. Yo sé de algunas que han sabido grangearse la estimacion pública con la nobleza de sus acciones, y la grandeza de sus sentimientos; ennobleciendo en cierto modo su odioso estado con su carácter bienhechor, y con el buen uso que han hecho de su autoridad. ¿Pero de vm. podrá decirse lo mismo? De esto la acusa á vm. mi patria, y yo por ella: he concluído.

Con dulzura y energía.

Lady. Vm. es el primero en el mundo que así se ha atrevido á hablarme; y tambien es vm. el único entre los hombres á quien yo me dignaré de responder... Vm. desprecia mi mano: por lo mismo le estimo á vm. mas: vm. calumnia mi corazon, yo se lo perdono; pero que en efecto piense vm. de mí tan mal, como dice, eso es lo que no creeré jamas; porque el hombre que se atreve á injuriar á una muger, sabiendo que le basta un momento para arruinarle, ó es un insensato, ó reconoce en la misma muger una grandeza de alma poco comun... Vm. me atribuye las miserias del pais. Yo me guardaré de incurrir en la baxeza de vindicarme de

tan fea acusacion. Dios sabe quán injusta es; y llegará el dia en que se nos juzgue al Príncipe, á su pueblo, y á mí... Pero vm. ha vituperado mi conducta; y eso exîge una respuesta.

Apoyado en su espada.

Fern. Deseo oirla.

Lady. Pues oirá vm. lo que hasta ahora no ha oído nadie, ni lo confiaría á quien no fuese vm.... Yo no soy como vm. cree una miserable aventurera; no señor: tambien podría hacer obstentacion de nobleza, y honrarme con mis abuelos, y en una palabra, como quien es descendiente del desgraciado Tomás Norfolk, que pagó con la vida su inviolable propension á María de Escocia... Mi padre, primer Gentil-Hombre de Cámara del Rey, fué acusado de inteligencia con la Francia, preso, condenado y decapitado; fuéron confiscados los bienes de la familia, y desterrados los miembros de ella de todos tres Reynos. El mismo dia que vió caer en el patíbulo la cabeza de mi padre, vió tambien espirar de dolor á mi madre... Yo entónces de catorce años de edad, me huí á Alemania con mi aya, que era la única criatura del universo que por mí se interesaba... todo mi caudal se reducia á

algunas pedrerías que por milagro se pudiéron ocultar, y á esta cruz peculiar á mi familia, que mi madre agonizante ya, escondió en mi seno, echándome su última bendicion.

Fernando se pone mas pensativo, y en sus ojos manifiesta que el interes que toma va siempre en aumento.

Oprimida de dolor, enferma, desconocida, sin apoyo, sin medios, huérfana, extrangera, abandonada; tal era mi situacion quando llegué á Hamburgo. Un poco de frances, algo de música, tal qual habilidad en aquellas ocupaciones que sirven mas de desenfado á las mugeres de mi clase, que de utilidad: á esto se reducian todos mis conocimientos... La memoria de haber disfrutado de todas las satisfacciones, con que puede adular la fortuna en la mayor opulencia, era preciso que me fuese tanto mas dolorosa, quanto era mas lamentable mi situacion... Ya se habian pasado seis años de contínuo llanto: ya se habia consumido hasta la última de mis joyas, quando, ¡ah! murió mi aya... En esta ocasion tan crítica se presentó el Duque en Hamburgo... le llevó mi destino. Paseábame yo por las márgenes del Oder, consultando á mi tristeza si sería

ménos malo arrojarme á las olas, que vivir tan expuesta á los vaybenes de una vida sembrada de tormentos é infortunios... Vióme el Príncipe... me siguió... logró hablarme.. y echándose á mis pies me juró un amor sin límites.

Con la mayor sensibilidad, y con una voz entre mezclada de sollozos.

Aquí se renováron en mi memoria las pinturas halagüeñas de mi venturosa infancia... Mi corazon por tanto tiempo aislado, anhelaba á encontrar otro que le sobstuviese y le consolase. Un Soberano me abre sus brazos, y yo atónita caigo en ellos.

Apartándose de él.

Ahora condeneme vm.

Sumamente conmovido la sigue, y la detiene.

Fern. ¡O cielos! ¡qué oigo! ¡qué es lo que yo he hecho! No, no es posible que vm. me perdone: yo reconozco...

Vuelve.

Lady. Llegó el Príncipe á sorprehender mi juventud indefensa: es cierto: pero no tardó la sangre de Norfolk á indignarse de semejante oprobrio. ¡Es posible, me gritaba, es posible, Emilia, que tú, en otro tiempo Princesa, des-

ciendas ahora á tal ignominia! El orgullo y la desgracia empezáron á combatir mi corazon agitado. Llegué por fin á esta corte, que ofreció á mis ojos el mas horrendo espectáculo: la avaricia, la disipacion, el luxo, la corrupcion mas escandalosa, en una palabra, todos los vicios conspiraban á la ruina absoluta de este infeliz estado; lo mas sagrado que entre sí tienen los hombres, no estaba á cubierto de la depravacion de los poderosos, ni de la ambicion de los favorecidos. Yo intercedí: yo rogué; y por fin supe arrancar al Príncipe un solemne juramento, de que pondria término á tanta iniquidad.

Con la mayor agitacion.

Fern. Basta, Milady, basta: no me diga vm. mas.

Lady. A este estado de cosas era consiguiente otro no ménos abominable. Pero basta de horrores: vm. no puede ignorarlo: vm. es preciso que convenga en que con mi arribo le vino al estado un númen tutelar, y que desde entónces empezó á sentir los efectos de una mano bienhechora.

Con la mayor sensibilidad.

Pero, Walter... ¿es posible que el único de entre los hombres, á cuya estimacion anhela mi corazon, éste mismo con sus vituperios me pon-

ga en la precision de hacer alarde de unas acciones, cuyo mérito y recompensa debian permanecer eternamente sepultadas en mi memoria? Sí, Walter: no hay en toda mi conducta un defecto que no haya borrado con un rasgo de bondad, ó de grandeza de alma: ninguno á que no pueda oponer una accion sublime. Y sin embargo, vm., el único que podia ser mi recompensa, y que el cielo parecia haber criado solo para premiar mi largo padecer, el único objeto digno de mi corazon, á quien adora de dia, á quien idolatra de noche, y á quien enmedio de mis sueños...

La interrumpe.

Fern. Basta, Milady, basta. Esto ya es contra lo que convenimos: vm. solo debia sincerarse, y ahora me convence de culpable. Perdone vm. Milady: yo se lo suplico... no atormente vm. mas un corazon, que la vergüenza y el pesar estan devorando... Disimule vm. que...

Le detiene tomándole la mano.

Lady. Walter, ahora ó nunca. Ya ha visto vm. cómo he pintado la heroyna: conozca vm. la muger; y si es posible, conozca vm. el valor de estas lágrimas. *Con la mayor ternura.*

Oye, Walter: quando una desgraciada muger, atraída á tí por una fuerza irresistible, viene á apoyar en tu seno su pecho encendido de amor y de ternura, ¿te parece á propósito ni aun pronunciar el frio é insignificante nombre de honor? Y si esta muger infelice, á quien ya la es insufrible la memoria de su flaqueza, resuelta á abandonar la senda del vicio, se echa en tus brazos, te suplica, te ruega que la salves, que la arranques de la infamia, y la restituyas á la virtud y á la felicidad:

Se aparta de él repentinamente, y con voz trémula.

dí, Walter, ¿tendrias la crueldad de reducirla á la desesperacion, y de exponerla con tu desprecio inhumano á maldecir el instante en que te conoció, y á que por olvidar tu memoria se precipitase en despique en un abismo de crímenes aun mas abominables?

Fern. Ya no puedo, no me es posible oir á vm. mas. Es necesario, Milady, es preciso que yo tambien la descubra mi corazon.

Apartándose de él.

Lady. No ahora en que mil saetas despedazan el mio. Sea la sentencia de mi muerte, ó sea la de

mi vida, yo no me atrevo, no me siento con valor para oirlo.

Fern. Me es indispensable para disculpar mi falta, y conseguir que vm. olvide la precipitacion é injusticia con que la he tratado. Yo creía... es verdad... aun diré mas: yo deseaba encontrar una muger digna de mi desprecio: resuelto á ofenderla solo vine á excitar y merecer su ódio. Oxalá, Milady... ¡felices ambos si así hubiera sido!

Despues de una pausa continúa á media voz. Yo amo, Milady: yo amo á una jóven; plebeya. Sí: yo amo á Luisa Miller, hija de un músico.

Lady se aparta inmutada, y Walter continúa con mas viveza.

Yo sé muy bien el abismo en que esta pasion me precipita: pero mi prudencia ha previsto los riesgos, y mi obligacion sabrá superarlos. Yo soy el único culpable, yo la arranqué del seno de la paz en que descansa la inocencia: yo he seducido su imaginacion, inspirándola temerarias esperanzas: yo he entregado su corazon á la violencia de las pasiones: vm. podrá recordarme mi estado, mi nacimiento, los principios de mi pa-

dre; ¡pero yo amo! Verémos si la preocupacion puede mas que el amor...

Lady durante este discurso se ha retirado al fondo de la sala, y se cubre la cara con las manos: Fernando la sigue.

¿Tenia vm. que decirme algo, Milady?

Sintiendo el mas vivo dolor.

Lady. Nada, señor Mayor, sino es que vm. se pierde á sí mismo, me pierde á mí, y pierde á esa inocente.

Fern. ¡A esa inocente!

Lady. Juntos los dos, nos es imposible ser felices: es, pues, necesario resolvernos á ser víctimas de la precipitacion del Presidente. Jamas llegaría yo á poseer el corazon de un hombre, que solo la fuerza le hubiera hecho darme la mano.

Fern. ¿La fuerza?... No la hay tan grande, que bastára... Además de que, ¿podría vm. abatirse á recibir la mano de un hombre sin poseer su corazon?

Lady. No: si no fuera preciso.

Con firmeza.

Yo hubiera sacrificado por vm. mi amor; pero no puedo sacrificarle mi honor. La noticia de

nuestro casamiento se ha esparcido por todo el estado, y se ha hecho el asunto de todas las conversaciones. El desprecio de un vasallo del Príncipe vendría á serme la mas atroz injuria... Opóngase vm. á su padre, resístale quanto pueda: emplee vm. su talento; yo usaré de mis arbitrios.

SCENA III.

El teatro representa la habitacion de Miller.

Miller, su muger y Luisa.

Miller al entrar dice en tono inquieto é irritado.

Miller. ¿No lo habia yo dicho desde luego?

Turbada.

Luisa. ¿El qué, padre, el qué?

Miller. Pronto: mi vestido nuevo... un pañuelo blanco... No hay que hacer... es preciso anticiparme... ¡Ya lo habia yo previsto!

Luisa. ¿Pero el qué, padre? ¡por Dios!

Mad. ¿El qué? ¿qué habias tú previsto?... ¿qué es eso? ¿qué hay ahora de nuevo?

Arroja su peluca enmedio de la sala.

Miller. Que la lleven al peluquero... ¿Qué hay

ahora? *Mirándose á un espejo.*
¡Que no me haya yo afeytado!... Qué hay, ¿he?... Que todos los diablos han salido del infierno... y tú eres... tú, la que los ha llamado.

Mad. ¿Yo?... Siempre he de tener la culpa.

Miller. Sí, tú: ¿No te acuerdas de las habladurías que tuviste esta mañana?... ¿No te lo dixe?... Ya ha ido Rampe con el chisme.

Mad. ¿Y de qué lo sabes tú?

Miller. ¿De qué?... Abaxo tienes un criado del Presidente que pregunta por el músico.

Luisa. ¡Ah! el susto me mata.

Miller. Tambien tú con esa caídita de ojos... Ya se vé. ¡Qué bien dice el adagio! ten hija bonita, y no te faltarán sobresaltos. ¡Dígalo mi corazon!

Mad. ¿De qué infieres que en esto tenga parte Luisa? Acaso te habrán recomendado al Duque para que te dé alguna plaza en su orquesta.

Furioso.

Miller. Mal rayo te caíga á tí, y á tu orquesta.

Siéntase en una silla.

¡Jesus, Dios mio! ¡Jesus!

Se dexa caer en otra silla.

Luisa. ¡Madre mia!... ¡padre! El sobresalto no me dexa... respirar.

Se levanta.

Miller. Pobre de él si me le encuentro... sí: yo le aseguro al maldito escribas... Dios quiera que le eche la vista encima, que quando no le rompa hasta el espinazo... No: por bien que libre, yo apuesto que llega el dia del juicio, y todavía no se le han borrado las señales.

Mad. ¿A qué viene ahora el jurarselas, ni estar ahí renegando?... ¡Dios mio, tened piedad!... ¡Qué harémos! ¡qué vendrá á ser de nosotros! ¡qué medios tomaríamos!

Miller. El ir al instante á estar con el Ministro, prevenirle y instruirle de todo... tú no ignorabas la conexîon que con él tiene: todavía era tiempo de... pero sí: tú en lugar de apagar el fuego le has atizado: mira ahora si puedes salvarte, y sino muerete como puedas... Tú te tienes la culpa. Yo voy á coger á Luisa debaxo del brazo, y ver si podemos ganar la frontera.

SCENA IV.

Los mismos, y Fernando corriendo, asustado y desalentado.

Fern. ¿Ha estado aquí mi padre?

Asustada.

Luisa. ¡Tu padre!

Juntas las manos, exclama.

Mad. ¡El Prisidente! Ya no hay remedio!

Con una risa rabiosa.

Miller. ¡Bendito sea Dios! Ya llegó la hora.

Estrecha á Luisa entre sus brazos.

Fern. Tú eres mia, aunque todo el infierno se conjure.

Luisa. Mi muerte es inevitable... acaba... tú has pronunciado un nombre terrible. ¡Tu padre!

Fern. Nada, nada. Yo he sido superior á mí mismo... Vuelvo á verte... debe olvidarse todo. ¡Ah! déxame respirar en tus brazos... Es cierto que el lance fué terrible.

Luisa. ¡Qué lance! Tú me matas á sustos.

Con una mirada expresiva.

Fern. El en que nuestros corazones iban á separarse para siempre.

Luisa cae desmayada en una silla: Fernando corre hácia ella, y se queda enfrente inmóvil, y con los ojos medio espantados: despues se aparta de ella repentinamente, y prorumpe con la mayor vehemencia.

¡Lady Milfort! padre mio: todos vuestros es-

fuerzos son inútiles. Jamas podré yo hacer un sacrificio de la inocencia, ni violar un solemne juramento hecho á la faz del cielo... ¡Yo sacrificar este ángel! ¡Yo introducir en un seno angelical los tormentos del infierno! Eso no. Yo la conduciré al trono del omnipotente, y él me juzgará. *La levanta de la silla.* Animo, Luisa, ánimo: tu amante ha triunfado, y á tí te debe la victoria.

Luisa. No, Fernando, no me ocultes nada: acaba de pronunciar mi muerte: tú has nombrado á tu padre: tú has hecho mencion de Lady Milfort... ¡El temblor de la muerte se apodera de mí! se dice que Lady está para casarse.

Se echa á sus pies.

Fern. ¡Conmigo, desgraciada Luisa!

Despues de una pausa, con una tranquilidad desesperada, señalando á su padre.

Luisa. ¡Quántas veces no me lo habia dicho éste desgraciado viejo, y yo no habia querido creerle!

Otra pausa, y despues se arroja repentinamente en los brazos de su padre.

¡Padre mio! Yo le restituyo á vm. su hija... Perdóneme vm... yo tengo la culpa.

Cae desmayada.

Miller. ¡Luisa, Luisa! Ha perdido el sentido... ¡Luisa, hija mia!... ¡Mal haya quien tiene la culpa, y la madre que á esto ha dado lugar!

Mad. ¿Merezco yo esta maldicion, hija mia? Dios se lo perdone á vm., señor Baron. ¿Qué le ha hecho á vm. esta inocente para que así la sacrifique?

Miéntras habla, va Luisa volviendo en sí.

Fern. Yo desharé sus intrigas, y destruiré sus proyetos: mi eleccion será la de un hombre libre.

Quiere irse.

Se levanta como aturdida.

Luisa. ¿Dónde vas? ¿qué haces? ¿ahora nos abandonas?

Le sigue, y le detiene.

Mad. Ahora que va el Presidente á venir... á maltratar á nuestra hija, y á maltratar á todos: ¿ahora es quando vm. quiere abandonarnos?

Vuelve, da algunos pasos pensativo y agitado.

Fern. Yo lo conozco: el poder del Presidente es inmenso: el derecho paternal no tiene límites: acaso llegará su obstinacion hasta el furor, y su enojo hasta la crueldad... ¡No importa! mas léjos irá mi amor... Luisa, dame tu mano... Yo juro por el cielo que nos oye, que nada bastará

á desunir nuestros corazones miéntras no me arranquen la vida.

Luisa. ¡Yo me extremezco! Tiemblan tus labios, y tus ojos estan cubiertos de un furor sombrío.

Fern. Nada temas, Luisa. Yo he tomado mi partido: mi resolucion es inmutable: yo te amo, tú serás mia... Por ahora me voy á ver con mi padre. A Dios...

Vase precipitadamente, y encuentra al Presidente que entra.

SCENA V.

Los mismos, y el Presidente, seguido de muchos domésticos.

Al entrar.

Presid. Aquí está.

Todos se quedan absortos.

Da hácia atrás algunos pasos.

Fern. En el asilo de la inocencia.

Presid. En donde el hijo debe obedecer á su padre.

Fern. Dándole los medios de hacerlo...

Le interrumpe, y pregunta á Miller.

Presid. ¿Es vm. el padre?

Miller. Yo me llamo Miller: mi exercicio músico de la ciudad.

A Madama.

Presid. ¿Y vm. la madre?

Mad. ¡Ay de mí! Sí señor, la madre.

A Miller.

Fern. Llévese vm. á su hija: apártela vm. de aquí.

Presid. Es inútil... yo la haré volver.

A Luisa.

¿Quánto tiempo hace que vm. conoce al hijo del Presidente?

Luisa. Yo jamas me he informado de quien era su padre. Fernando de Walter me visita desde el mes de Noviembre.

Fern. Dí mas bien, que te adora.

Presid. ¿Le ha ofrecido á vm. algo?

Luisa. Ahora mismo acaba de hacerme la mas solemne promesa á la faz del cielo: acaba de jurarme un eterno amor.

Fern. Y yo sabré cumplirlo.

Presid. Que no sea necesario mandártelo dos veces: calla.

A Luisa.

¿Y vm. admitió su juramento?

Luisa. Y le hice otro igual.

Con firmeza.

Fern. El pacto está concluído.

Echa una terrible mirada á Fernando: despues volviéndose á Luisa, la dice en tono de mofa.

Presid. ¿Supongo que siempre la habrá pagado á vm. corrientemente?

Luisa. Yo no entiendo lo que en eso...

Con una sonrisa de desprecio.

Presid. No, ¿he? pues en eso quiero dar á entender que como el vulgo dice: cada estado tiene sus ventajas, y cada oficio sus provechos... Vm. no creo que haya dispensado gratuitamente... sus favores.

Furioso.

Fern. ¡Justos cielos!

Al Mayor con indignacion y altivez.

Luisa. Señor Mayor, vm. está libre.

Fern. Padre, la virtud merece que se la respete, aunque se la halle entre la miseria.

Se echa á reir.

Presid. ¡Graciosa máxima! Con qué el padre debera respetar á una infeliz... que sirva á su hijo de...

Cae en tierra como si la hubiera herido un rayo.

Luisa. ¡Dios mio!

Echa mano á la espada, y saca hasta la mitad.

Fern. Padre, á vm. le debia la vida.

Mete toda la espada en la vayna.

Véala vm. aquí pagada.

A quien su timidez le habia tenido hasta ahora á alguna distancia, se acerca al Presidente con la mayor intrepidez, ya crugiendo los dientes, y ya temblando de asombro.

Miller. Perdone V. E., señor: ésta es hija mia, y tratarla de infeliz, es dar una bofetada á su padre: y acá entre nosotros una bofetada, merece...

Lamentándose.

Mad. ¡Dios mio! Tened piedad de nosotros. Tambien él se dexa llevar... perdidos somos.

Que solo ha medio entendido á Miller.

Presid. ¿Qué quiere? ¿qué dice este miserable? Ahora me entenderé contigo, y te daré el premio de tus viles condescendencias.

Furioso.

Miller. Señor. Vea V. E....

Le interrumpe.

Mad. ¡Por Dios: calla! tú nos perderás á todos.

Fern. Padre, para hacer este papel bien podia vm. haber traído ménos testigos.

Desde mas cerca, y con mas corage.

Miller. En una palabra, señor: V. E. gobierna á su modo el Estado, y á fé que yo no me meto en nada de eso: pues sepa V. E. que esta habitacion es mia, y yo soy su amo.

Con una íra á medio descubrir se dirige á Miller amenazándole.

Presid. ¿Qué es lo que dices?

Se hace atrás poco á poco.

Miller. Lo que decia era que mi opinion...

Con toda la fuerza de su furor.

Presid. ¡Ah, despreciable criatura! Tú pagarás este atrevimiento donde no quieras.

A su comitiva.

Buscad los ministros.

Salen muchas personas.

El padre á un calabozo: á la argolla madre y hija... El ultrage ha sido atroz, el castigo será horrible... Unos desdichados destruirán mis proyectos, y separarán al padre del hijo... ¡Temblad infelices! ¡Solo vuestra ruina podrá aplacar mi íra! Yo os sacrificaré todos á mi venganza.

Se pone entre Miller y su hija, y en tono firme.

Fern. No tengais miedo, yo estoy á vuestro lado.

A su padre en tono respetuoso.

Padre mio: no se precipite vm., si vm. se respeta á sí mismo; y sobre todo evite vm. toda violencia...

Presid. Calla, hijo indigno: no irrites mas mi enojo.

Despues de un profundo recogimiento.

Miller. Muger, cuida de tu hija. Yo voy corriendo á echarme á los pies del Príncipe... El sastre de Cámara... el cielo me ha deparado este medio... El sastre de Cámara es uno de mis discípulos... él me facilitará que le hable... Verémos si de este modo...

Quiere irse.

Presid. ¡Hablar al Príncipe! ¿No sabes que solo por mi medio puede conseguirse? ¡Al Príncipe! ¡Majadero! Atrévete á intentarlo, si quieres que te mande sepultar vivo en el mas profundo calabozo del estado.

SCENA VI.

Los mismos, y los Ministros de justicia.

Acude á coger á Luisa que cae desmayada en sus brazos.

Fern. Luisa, Luisa. Ella se rinde al dolor.

Miller coge su baston, se pone el sombrero, y se prepara al ataque. Madama se echa á los pies del Presidente.

A los Ministros, señalando la insignia que lleva al pecho.

Presid. En nombre del Duque... Agarrad... llevad arrastrando esa misarable, esté ó no desmayada... Haced que se la ponga á la vergüenza.

Se arrodilla.

Mad. Misericordia, señor Excelentísimo, misericordia.

Levanta á su muger del suelo.

Miller. Arrodíllate á Dios: ¡qué esperas! ¿no me ves ya condenado y entre cadenas?

Mordiéndose los labios.

Presid. Acaso te engañas: todavía caben algunos en la horca.

A los Ministros.

¿Es necesario que os repita mis órdenes?

Los Ministros quieren agarrar á Luisa.

Se pone delante, y tira de la espada con la vayna para defenderla.

Fern. Veamos si hay alguno tan pródigo de su vida que se atreva á llegar á ella.

A su padre.

Tenga vm. piedad de sí: mire vm. por mí: no lleve vm. tan al cabo las cosas.

Amenazando á los ministros.

Pres. Cobardes: sino quereis quedar sin empleos...

Los ministros se echan de nuevo sobre Luisa.

Fern. Ardo en ira... Nadie se llegue, repito: deteneos... Padre mio... Tenga vm. piedad de sí, no me precipite vm. mas.

Furioso.

Presid. Veamos si ese acero tampoco á mí me respeta.

El Presidente por sí mismo la coge en sus brazos, y la entrega á un ministro.

Llevadla.

Fern. Si vm. la manda poner á la vergüenza habrá de ser con el Mayor, hijo del Presidente... ¿insistirá vm. en ello?

Presid. Tendrá mas que ver el espetáculo... Llevadla.

Fern. Yo echo sobre ella mi espada de Oficial... ¿insistirá vm. todavía?

Presid. En tus manos se ha infamado la espada... Llevadla: ya sabeis mis órdenes.

Aparta á un ministro, agarra á Luisa con un brazo, y con el otro amenaza atravesarla con su espada.

Fern. ¡Padre mio! ántes la abriré yo mismo el pecho, que permitir que se infame á mi esposa inocente... ¿insistirá vm. todavía?

A los ministros.

Presid. Arrancadla de sus brazos: llevadla arrastrando.

La suelta, y levantando los ojos al cielo.

Fern. Dios omnipotente, tú me eres testigo de que he empleado sin fruto todos los medios que la humanidad podia sugerirme... Uno solo me res-

ta... él es terrible... infeliz es... Voy á usar de él.

Al Presidente.

Vm. la envia á la afrenta... pues yo voy á publicar por toda la ciudad

Con voz y ojos expresivos.

de qué modo llegó vm. á ser Presidente.

Vase.

Yerto de asombro.

Presid. ¡O cielos!... ¡Cómo! ¡qué! ¡Fernando!... Soltadla... Dexadla en libertad.

Corre tras el Mayor.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon en casa del Presidente.

SCENA PRIMERA.

El Presidente y Rampe entran en la escena hablando.

Rampe. No señor: yo siempre dudé mucho del éxito.

Presid. Pues yo le creí infalible; y es menester que vm. convenga en que el arbitrio, al paso que

era sencillo, logrado hubiera sido el mejor. Ya se vé... infamada publicamente la muchacha, siendo él Oficial, le estaba prohibido... le era absolutamente imposible casarse con ella.

Rampe. Permítame V. E. ser de otro dictámen: yo no dudo que es de la astucia de la que hemos de sacar partido con el señor Mayor; no de la fuerza; y ó yo no conozco el corazon humano, ó él es zeloso tan delicado como apasionado amante.

Presid. ¿Y de ahí qué?

Rampe. Que haciéndole sospechosa la fidelidad de su querida, nos será todo fácil.

Presid. ¿Y eso cómo?

Rampe. Por medio de una carta.

Presid. ¿Y de quién ha de ser esa carta? ¿á quién ha de dirigirse, y con qué objeto?

Rampe. De la misma muchacha, escrita á otra persona, colmándola de caricias, para que disponiendo que llegue á manos del Mayor, al momento la deteste.

Presid. ¡Qué disparate! ¿Cómo se ha de conseguir que ella misma escriba la sentencia de su muerte?

Rampe. Eso queda por mi cuenta, si V. E. me lo

permite. Con esas gentes se ha de emplear la autoridad y el rigor: la dulzura y la astucia con el señor Mayor: además de que en esto no ha de intervenir para nada.

Presid. Explíquese vm. mas: veamos ese plan.

Rampe. Lo que á V. E. acaba de pasarle, nos da márgen á emprehenderlo todo. Se va á su casa, se les exâgera el atentado de ultrajar á un valido del Príncipe, su guarda-sellos: á un Presidente. Se trata de causa criminal, de cárceles, prisiones, y aun de la misma horca: se intimidan todos, se ponen presos los padres: gime, llora la hija: tiembla, duda; y esta es la ocasion de exîgir de ella, no una carta, ciento escribirá por la libertad de su padre, á quien adora: si lo sabré yo que la conozco.

Presid. ¿Está vm. delirando? ¿Pues no conoce vm. que Fernando descubrirá al instante la maraña, y mas furioso nos amenazaba mayor riesgo?

Rampe. ¡Qué! ¡No señor! Si ántes de ponerles en libertad se les ha de exîgir juramento de guardar sobre todo el mayor sigilo.

Presid. ¿Y qué fuerza tiene un juramento para que en él nos asegurémos?

Rampe. Para nosotros ninguna: para esa gente la mayor... Así se conseguirá, no solo que el señor Mayor la aborrezca, sino que entónces se tendrán por muy dichosos de que yo con mi mano quiera soldar las quiebras que puede haber padecido la honra de la muchacha.

Se rie moviendo la cabeza.

Presid. Yo me doy por vencido: la trama está urdida con una perfidia verdaderamente infernal: el discípulo se aventaja al maestro... Pero aun nos falta acordar de quién la hemos de suponer apasionada: ¿á quién se ha de dirigir la carta?

Rampe. Al Mariscal de la corte: yo no veo nadie á quien mas le interese por todos términos que á él.

Presid. Dice vm. bien: no hay duda: voy á enviarle recado de que se pase por aquí.

Rampe. Pues miéntras V. E. expide la órden para hacer las prisiones, voy yo á poner la carta.

Llama.

Presid. Antes de hacer uso de ella, traigamela vm.

Vase Rampe.

El Presidente escribe: entran dos criados y le da á uno el papel.

Al instante entrega esta órden á un alguacil;

Al otro criado.

y tú vé de mi parte á decir al Mariscal, que me haga el favor de llegarse acá.

Criad. Su coche acaba de parar á la puerta.

Presid. Tanto mejor.

Al criado que entregó el papel.

Que todo se haga sin ruido, y sin escándalo: cuidado.

Criad. Muy bien, señor.

SCENA II.

El Presidente, y el Mariscal.

Muy ocupado.

Mar. Solo de paso, amigo: solo de paso. ¿Cómo está vm.? ¿Va vm. esta noche á la opera?

Presid. No es mala opera la que hay en mi casa. Ahora mismo estaba mandando que fuesen á llamar á vm., para que se encargase de un negocio, cuyo éxîto debe colmar nuestra fortuna, ó arruinarnos á ambos.

Mar. Me ha dexado vm. temblando.

Presid. Pues no hay otro arbitrio. Vm. sabe mis proyectos. Vm. sabe quanto nos importaba encadenar la fortuna con la boda de mi hijo; pues todo se ha perdido... Todo lo ha trastornado... Dice que no quiere... Sí señor: él está enredado con otra.

Mar. Y bien: ¿qué inconveniente es ese? ¿pues qué, el que tenga trato con una, se opone á que se case con otra? No estamos viendo todos los dias...

Presid. Pues eso le parece á él que es un delito atroz... oígale vm.... oígale vm.

Mar. ¿Qué diablos puede responder que merezca la pena?

Presid. ¿Qué? que descubrirá á todo el universo los medios secretos que han servido á nuestra elevacion: que manifestará nuestras cartas supuestas: nuestras falsas libranzas: en una palabra, que no habrá cosa que no descubra... Eso es lo que puede responder, eso es lo que ha respondido, y eso lo que iba á hacer, si yo no le hubiera contenido con mi dulzura, y aun con mi sumision. ¿Qué le parece á vm.?

Absorto.

Mar. Estoy confundido.

Presid. Lo peor es, que la cosa urge: acaban de comunicarme mis espías, que el gran sumiller Bok, aspira en secreto á obtener la mano de Lady Milfort.

Mar. ¡Jesus! perdidos somos... nuestro mayor enemigo... el hombre que mas detesto... será nuestra ruina... todo lo perdemos.

Presid. Por eso importa tanto el evitarlo.

Mar. ¿Pero no discurre vm. algun medio?

Presid. Solo uno, y depende de vm.

Mar. Al instante... yo me ofrezco.

Presid. Pues se reduce á hacer sospechosa á mi hijo la fidelidad de su querida.

Mar. ¿Y de qué modo?

Presid. Haciéndole á ella que escriba de su puño una carta para vm., y que con el mayor disimulo la dexe vm. caer donde precisamente él la coja.

Mar. En la parada, sacándola con el pañuelo.

Presid. ¡Muy bien! ¡excelente! Pero es necesario que siga vm. haciendo el papel de amante favorecido.

Mar. Eso queda de mi cuenta.

Presid. Pues bien. Dentro de una hora estará la carta... Pásese vm. por aquí, ó yo se la enviaré.

Mar. Ya no me faltan mas que diez y seis visitas; pero son todas de la mayor conseqüencia... Disimule vm. que le dexe tan pronto.

Presid. ¡Mariscal, cuidado! que cuentò con su prudencia de vm. *Llama.*

Mar. ¿Vm. me conoce? pues viva tranquilo. *Vase.*

SCENA III.

Presidente y Rampe.

Rampe. Ya quedan presos el músico y su muger: todo se ha hecho con el mayor sigilo... ¿Gusta V. E. de repasar la carta?

Despues de haber hecho mil demostraciones de aprobacion leyendo la carta.

Presid. Todo se va disponiendo á medida de nuestro deseo: el Mariscal á todo está dispuesto... No hay que hacer: una trama tan bien urdida, es capaz de trastornar la cabeza mejor organizada. Ahora vaya vm. á exîgîr del padre las condiciones que hemos acordado; y despues á dictar á la hija la carta, cuyo modelo deberá ser éste. *Le vuelve el papel, y cada uno se marcha por la puerta opuesta.*

SCENA IV.

El teatro representa la habitacion de Miller.

Fernando y Luisa.

Luisa. No, dexame: ya se han desvanecido todas mis esperanzas: mi felicidad se ha huído.

Fern. Y la mia se ha acercado... Mi padre está furioso: no dudo que emplee contra nosotros todo su poder, y su grande autoridad. ¡Ah! me forzará á ser inhumano: yo no respondo de mi sufrimiento. La injusticia, la rabia, y la desesperacion pueden de un momento á otro arrancarme el secreto de sus crímenes, y obligarme á que yo mismo ¡qué horror! ponga su cuello baxo el cuchillo de las leyes. Solo una necesidad tan urgente podia disculpar acusacion semejante... Oye Luisa... Una imágen, una idéa grande, temeraria, como lo es mi pasion por tí, absorve todas las facultades de mi alma... Tú, yo y el amor: vé ahí mi cielo, mi felicidad, mi universo entero. ¿Tienes mas que desear?

Luisa. Nada. Pero tus palabras me hacen temblar.

Fern. ¿A qué mendigar la aprobacion, ni consultar las vanas preocupaciones de un mundo de

quien nada tenemos que esperar? ¿Por qué no hemos de aventurarnos á ganarlo todo, quando no nos exponemos á perder nada? ¿Será ménos firme tu corazon, tus ojos ménos vivos, y ménos penetrantes tus miradas á las orillas del Elva ó del mar Báltico, que lo son á las márgenes del Rin? Mi patria será aquella en que yo me vea amado de mi Luisa: y yo espero que el mismo Dios velará sobre nosotros, y nuestras almas levantadas á él en el silencio de la noche nos atraerán sus bendiciones... Cada sonrisa tuya será para mi un siglo de felicidades.

Luisa. ¿Y no tienes ninguna otra obligacion á que atender?

Fern. La mas estrecha de mis obligaciones es el amor.

Con la mayor seriedad.

Luisa. Pues de ese modo, dexame... A mí me queda un padre, sin medios, sin proteccion, sin otro apoyo que su hija... un padre sexâgenario... expuesto á toda la venganza del tuyo.

La interrumpe prontamente.

Fern. Tu padre nos seguirá: hoy mismo he reducido á oro todas quantas alhajas preciosas tenia. Esta noche á las doce en punto, vendrá

un coche á tu casa... entramos, y nos huimos.

Luisa. ¡Nos huímos! ¿Malditos de tu padre... maldicion tan terrible, como que sus horrorosos efectos nos irian siguiendo á todas partes? No, Fernando: si el que seas mio ha de ser á costa de un crímen, todavía me siento con valor para dexarte.

Fern. ¡Sería posible!

Luisa. ¡Dexarte! ¡ó! Esta idéa me es la mas dolorosa, la mas insoportable... mas nadie dexa lo que no ha poseído; y tu corazon pertenece al honor, á tu padre y á tu patria: mis pretensiones eran temerarias: yo renuncio á ellas por mas que me pese.

Mordiéndose los labios.

Fern. ¡Renuncias á ellas!

Con dulzura y energía.

Luisa. ¿Por qué vuelves los ojos? ¿á qué morderte los labios? Permíteme que te aníme con mi exemplo: déxame envanecer de la gloria de haber restituído un hijo á su padre... de haber tenido valor para romper el nudo de que pendia toda mi felicidad. Sola yo tengo la culpa: deseos indiscretos, esperanzas temerarias me han seducido... y han perturbado mi alma... Dexa, pues, que

sea mi castigo la desgracia... Anímate, Walter: ten valor en este momento en que debemos separarnos para siempre... Conozco tu corazon, tu amor extremado... empleale en otra mas digna de poseerle... ella será sin duda la mas venturosa de su sexô.

Ocultando algunas lágrimas que se desprenden de sus ojos.

Ya no volverémos á vernos.

Le alarga la mano volviendo la cara.

A Dios, Walter.

Saliendo de un profundo recogimiento.

Fern. Mi resolucion está tomada: yo dexo mi patria: dí; ¿me seguirás?

En el fondo del teatro se arroja á una silla, y se tapa la cara con las manos.

Luisa. Mi obligacion me prescribe permanecer y sufrir.

Fern. Tú me engañas, ¡pérfida! otra inclinacion será la que aquí te detenga.

Con la mayor sensibilidad.

Luisa. ¡Cabe en tí tal sospecha!... Acaso no fuera tan desgraciada.

Fern. ¡Tanta frialdad, á tanto amor! ¡al mayor interes, tanta indiferencia! No: algun otro cauti-

va tu corazon. Infeliz de tí y de él, si lo que no es mas que sospecha...

Vase precipitadamente.

SCENA V.

Luisa sola: despues de haber estado algunos instantes inmóvil en la silla, se levanta, y se acerca á la escena, mirando tímidamente al rededor de sí.

Luisa. ¿Dónde podrán estar? Mi padre que en pocos minutos debia estar de vuelta, ya hace dos horas mortales que salió... ¿Si le habrá sucedido algo?... Un sobresalto, un rezelo, un temor interior me hace presentir...

Rampe entra, y se detiene en el fondo sin ser sentido de Luisa.

No será nada... Nuestra imaginacion agitada se asusta de las fantasmas que crea.

SCENA VI.

Luisa, y Rampe acercándose á ella.

Rampe. Buenas tardes, señorita.

Luisa. ¡Dios mio! ¿qué voz es esta?

Alcanza á ver á Rampe, y retrocede asustada.

Mis rezelos empiezan á realizarse.

A Rampe, echándole una mirada de desprecio.

¿Vm. buscará al Presidente? Ya no está aquí.

Rampe. Es vm. á quien busco.

Con la mayor frialdad.

Luisa. ¿Y qué es lo que á vm. se le ofrece?

Rampe. Su padre de vm. me envia...

Luisa. ¡Mi padre!... ¿Pues qué hace? ¿Dónde está?

Rampe. Donde no quisiera.

Luisa. ¡Ay Dios! Hable vm. ¿Dónde está mi padre?

Rampe. Pues vm. se empeña en saberlo... en la cárcel.

Levanta los ojos al cielo.

Luisa. ¿Todavía me faltaba esto? ¡Dios mio! En la cárcel dice vm.?... ¿y por qué?

Rampe. Porque el Duque lo ha mandado.

Luisa. ¿El Duque?

Rampe. Sí señora: para castigar el ultrage que hizo á su Real Persona en la de su ministro, y la rebelion descubierta...

Luisa. ¡Ultrage!... ¡Mi padre rebelion!... Sí: ya lo entiendo. Yo habia perdido al Mayor; pero me quedaba mi padre: ¡mas ahora! ¡Ay de mí! ¡Dios omnipotente, fortalece mi fé vacilante!... ¿Y ¡Fernando?

Rampe. Fernando dará la mano á Lady Milfort, ó recibirá la maldicion de su padre.

Luisa. ¡Cruel alternativa!... y sin embargo, no es tan infeliz como yo... ¡Qué persecucion tan atroz!... ¡Mi padre acusado de rebelion: mi amante ó en otros brazos, ó maldito y desheredado de su padre!... ¡Mi desventura llegó á su colmo! Pero no: aun falta algo... ¿Dónde está mi madre?

Rampe. En la galera.

Exclama.

Luisa. ¡Ah, madre mia! que lamentables son los efectos del indiscreto cariño que á tu hija has tenido.

Una pausa.

Ahora sí que es completa... nada falta, nada.

Otra.

¿Tiene vm. alguna noticia mas que darme? No se detenga vm., dígamela.

Rampe. Vm. sabe lo que ha pasado...

Luisa. Pero no lo que falta que pasar.

Le mira de pies á cabeza, y en tono de lástima y desprecio.

¡Hombre impío! ¡qué papel tan exêcrable estás haciendo! Vaya, acaba, dime: ¿qué mas puede sucederme?

Rampe. No sé.

Luisa. ¿Pero no acaba vm. de dicirme no sé qué, de ultrage y rebelion contra el Soberano? Acabe vm... ¿Qué le amenaza á mi padre?

Rampe. Una causa criminal.

Luisa. ¿Y qué es eso de causa criminal.

Rampe. Una sentencia que decide de la vida ó la muerte del acusado.

Se entra en un quarto del lado.

Luisa. No pasa de aquí.

Sorprehendido.

Rampe. ¿Qué querra hacer? ¿dónde ira?

Vistiéndose para salir á la calle.

Luisa. Perdone vm.... voy á salir, y quiero cerrar la puerta.

Rampe. ¿Dónde tan de priesa?

Luisa. A echarme á los pies del Duque; á llorarle la desgracia que origina una perfidia; á clamar por la inocencia.

Rampe. Vaya vm., vaya vm. Lo mejor que puede vm. hacer es eso.

Se detiene repentinamente.

Luisa. Dice vm. que vaya...

Se acerca.

algun riesgo me amenaza quando él me lo aconseja. Ya mi corazon me anuncia... ¡Qué indignidad! Eso no...' ¡Padre mio! El Todo Poderoso te proteja: tu hija sabrá morir por tí: no infamarse.

Rampe. ¿Así le abandona vm.?... ¡Cierto que corresponde vm. bien á sus esperanzas! Mi Luisa ha causado mi ruina: ella la reparará. Esto acaba de decirme: voyle á llevar la respuesta.

Hace que se va.

Le detiene.

Luisa. Espere vm., deténgase vm. ¡Mi padre ha dicho que yo le he causado su ruina! Pues debo repararla... Vaya... aconséjeme vm... qué debo. ¿qué puedo hacer por mi padre?

Rampe. Solo hay un medio que él mismo aprueba.

Luisa. ¿Mi padre?... ¿y qué medio es ese?

Rampe. Muy sencillo... romper con el Mayor.

Luisa. ¿Pues eso no lo he hecho ya por fuerza?

Rampe. No basta: es necesario que él rompa con vm.; pero ha de ser voluntariamente.

Luisa. ¿Acaso puedo yo obligarle á que me aborrezca?

Rampe. Harémos la prueba: siéntese vm.

Turbada.

Luisa. ¿Para qué?

Rampe. Siéntese vm., y escriba... Aquí tenemos pluma, tinta y papel.

Se sienta con la mayor inquietud.

Luisa. ¿Qué he de escribir, y á quién?

Rampe. Una carta al verdugo de su padre de vm.

Luisa toma una pluma: y Rampe dicta.

Señor mio.

Luisa escribe con mano temblona.

"Que largos se me han hecho... *se me han he-*
"*cho*... los tres dias... *dias*... en que no le he
"visto.

Se para de repente.

Luisa. ¿Para quién es esta carta?

Rampe. Para el verdugo de su padre de vm.

Levanta los ojos al cielo.

Luisa. ¡Dios mio!

Continúa dictando.

Rampe. »Guárdese vm. del Mayor, que no me »pierde de vista.

Se levanta torciéndose las manos.

Luisa. ¡Inaudita maldad!... ¿á quién podrá dirigirse esta carta? Esto ya es demasiado... tanta crueldad excede á mis fuerzas. ¡Justo cielo! ¿por qué me abandonas á estas bestias feroces? ¿por qué me pones entre la muerte y la infamia? Haga vm. lo que quiera, yo no escribo mas.

Rampe. Como vm. guste, señorita: vm. es muy dueña de...

Luisa. Sí, cruel, sí.

Una pausa.

¿Pero por qué he de reusarme? ¿No me es ya todo indiferente?... Dicte vm... yo me entrego á las astucias infernales.

Vuelve á sentarse.

Rampe. Puso vm., »que no me pierde de vista.

Luisa. Siga vm.

Dictando.

Rampe. »El Presidente ha estado en casa... Era »cosa de risa ver la buena fé con que el pobre »Mayor defendia mi honor contra lo que su pa»dre me imputaba.

Con risa desesperada.

Luisa. ¡Bien, muy bien!... Siga vm.

Rampe. »Yo tomé el partido de desmayarme...
»de desmayarme... por no soltar la risa.

Luisa. ¡O cielo!

Rampe. »Pero estas ficciones me son ya insufri-
»bles... Si pudiera escaparme.

Se para repentinamente, se levanta, y da un paséo con la cabeza baxa y los ojos en el suelo, vuelve á sentarse, y escribe repitiendo la última palabra.

Luisa. »*Escaparme.*

Rampe. »El Mayor entra mañana de servicio...
»Aceche vm. el instante en que me dexe: pues
»le espera á vm. sin falta en su casa su afectí-
»sima Luisa."

Luisa. ¿Y el sobre?

Rampe. Al señor de Vó, Mariscal de la corte.

Luisa. ¡Dios mio! Que nombre tan desconocido para mí.

Se levanta, mira con intencion la carta, y se la da á Rampe, ocultando su llanto; y diciéndole en voz desentonada.

Tómela vm. En ella le abandono, mi reputa-

cion... mi esperanza... toda mi felicidad. Ya no me queda que perder.

Rampe. No desespere vm., señorita... Yo la compadezco... Puede ser... ¿quién sabe? acaso olvidando yo ciertas cosillas, llegaría... Verdaderamente me compadece en el alma la situacion de vm.

Echándole una mirada penetrante.

Luisa. No acabe vm.; que le veo á pique de desearse el mayor de los males... ¿Falta alguna otra cosa?

Rampe. Una vagatela. Jurar por todo lo que vm. respeta por mas sagrado, que vm. sostendrá siempre que esta carta la ha escrito libre y voluntariamente.

Luisa. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Es posible que me he de ver precisada á emplear hasta tu nombre en ratificar disposiciones del infierno?

Rampe se lleva tras sí á Luisa.

ACTO QUARTO.

El teatro representa un salon de la casa del Presidente.

SCENA PRIMERA.

Fernando de Walter, con una carta abierta en la mano, se precipita en el salon. Un doméstico entra al mismo tiempo por otra puerta.

Furioso.

Fern. ¿Has visto al Mariscal?

Criad. El señor Presidente quiere hablar á vm.

Fern. Lo que yo te pregunto es, ¿que si has visto al Mariscal?

Criad. En la sala del juego está esperando su Excelencia.

Fern. Que baxe su Excelencia, si quiere.

Vase el criado.

SCENA II.

Fernando solo: repara la carta, ya inmóvil de admiracion, ya paseándose con la mayor agitacion.

Fern. No es posible... aquellos ojos encantadores... aquella sensibilidad... aquella exterioridad angelical ¿podrian encubrir un alma tan negra?... Sin embargo, aunque se junten el cielo y la tierra para justificar su inocencia... la letra es suya... ¡Qué perfidia!... ¡Vé ahí por qué reusaba seguirme! Ahora lo conozco. ¡Vé ahí el motivo de aquel pretendido heroismo, con que se sometia á la ley que la ordenaba que renunciase á mi amor!

Da algunos pasos agitados, y despues se para de repente.

¡Engañarme de este modo!... ¡abrasar mi corazon con todo el fuego que el amor enciende! ¡enagenar mi alma con la esperanza de todos los placeres! ¡elevarme á la cumbre de las felicidades humanas, y no ser todo mas que ficciones y falsedades!... ¡ah! si la mentira sabe revestirse de tan hermosos colores; en ella es...

en la ilusion reside la felicidad de la vida... ¡Con qué arte se inmutaba al tratarse de los peligros á que mi amor se exponia! ¡con qué dignidad no aterraba el orgullo de mi padre!... ¡y la pérfida se desmayaba! ¡Ah mugeres! ¡mugeres! si todas os vestís igualmente del candor y de la inocencia, virtuosas y corrompidas, ¿cómo os distinguirémos para no aventurar la mas importante eleccion?... Ella reynaba en mi corazon... todos mis deseos, todos mis pensamientos en ella se contenian... Y su alma... solo sensible á la lisonja con que mi amor alimentaba su vanidad, se complacia de engañarme.

SCENA III.

El Mariscal y Fernando.

El Mariscal entrando de puntillas.

Marisc. Amigo mio: parece que deseaba vm...

Entre dientes.

Fern. Sí: cortarte el pescuezo, ¡infame!

Alto.

Esta carta se le cayó á vm. del bolsillo en la plaza de armas, y... por una feliz casualidad

Con risa forzada.

fuí yo el que la hallé. La fortuna le ha servido á vm. á pedir de boca:

Se la da.

léala vm.

Riyendo.

Marisc. Pues aun no la habia echado de ménos.

Se pone á repasarla, y miéntras tanto alcanza Fernando un par de pistolas que tiene colgadas: el Mariscal lo advierte, tira la carta sobre la mesa, y quiere irse.

¿Qué es esto?

Le vuelve de un brazo.

Fern. Despacio, amigo mio, despacio. Parece que le ha gustado á vm. el hallazgo... Pues yo quiero la recompensa.

Le presenta las pistolas.

Vaya.

Se retira asombrado.

Marisc. ¿Ha perdido vm. el juicio?

Fern. Tome vm. una pistola, le digo.

Se vuelve á escapar: Fernando le vuelve á traer, dexando cerrada la puerta con llave.

Tome vm. esta pistola.

Limpiándose el sudor.

Marisc. ¡Expondrá vm. así la vida!... ¡un jóven de tantas esperanzas!...

Fern. Dispara. Yo no tengo para qué vivir.

Marisc. Yo sí... mucho.

Fern. Tú, ¡pérfido!... ¿para qué? ¡para llenar el mundo de iniquidades! ¡para ser la afrenta de los hombres! para...

Le interrumpe.

Marisc. Todo lo que vm. quiera, amigo mio: todo lo que vm. guste, con tal de que no se trate mas de pistolas.

Fern. ¡Cómo tiembla este hombre despreciable!... ¡Es posible que por un hombre así, me engañase! ¡por este cobarde, mas propio para ahuyentar el amor, que para atraerle!... ¡es posible!...

Marisc. ¡Gracias á Dios! ya se va viniendo á la razon.

Fern. Viva, y debáselo á la baxeza de su alma. Viva, pues, tan vil insecto:

Con mas furor.

pero no para que disfrute la flor que yo he cultivado. ¡Ah pérfido! Si has llegado á profanar el ídolo de mi adoracion...

Con doble furor.

más te valdría sepultarte en los infiernos, que ser víctima de mi venganza. Dime, ¿qué favores la has merecido? ¿hasta dónde has llegado en su estimacion? Dí, responde.

Marise. Déxeme vm. respirar, y yo lo descubriré todo.

Fern. ¡Ah pérfida!

Le pone la pistola al pecho.

Dime: ¿hasta dónde has llegado?

Marisc. Si no hay nada... nada absolutamente... óigame vm. A vm. le han... ya se vé... vm. ha sido engañado.

Fern. ¡Tú mismo te atreves á recordarme su maldad!... ¿Hasta dónde has llegado con ella? confiesa la verdad, ó te abraso las entrañas.

Marise. ¡Válgame Dios! óigame vm.... si vm. no quiere oirme. Si es su padre de vm.... el mismo que... *Furioso.*

Fern. ¿Es el padre el que te ha vendido su hija?... ¿Pero hasta qué punto has llegado con ella? Responde, ó mueres.

Le pone la pistola en el pecho.

Marisc. El furor le saca á vm. de tino. ¿No le digo á vm., que ni la conozco, ni la he visto en

mi vida, ni sé absolutamente nada contra ella?

Retrocede admirado.

Fern. ¿No la conoces, ni la has visto en tu vida?... ¿Para qué mas?... Basta: quítate delante.

Le da en las espaldas con la pistola, y le echa fuera.

No se inventó la pólvora para tan despreciable canalla.

SCENA IV.

Solo.

Fern. ¡No importa! ella se ha perdido para siempre... ¡y yo tambien!.... Yo no puedo vivir sin ella: y ella decia, que sin mí tampoco; pues bien: que nos una una misma suerte, y que esta union sea eterna. *Quiere irse.*

SCENA V.

Fernando y el Presidente.

Sorprehendido.

Fern. ¡Dios mio!... ¡mi padre!

Presid. A tiempo te encuentro, Fernando. Tenia que darte una noticia tan agradable, que te

sorprehenderá... Sentémonos.

Despues de haberle estado mirando.

Fern. ¡Padre mio!

Se acerca, y le toma la mano.

¡Padre mio!

Besa su mano transportado, y de repente se echa á sus pies.

¡Padre!

Presid. ¿Qué es esto, Fernando? Levántate: tu mano abrasa y tiembla.

Con el mayor dolor.

Fern. ¡Padre mio! ¡perdone vm. mi ingratitud!... ¡yo he abusado de sus bondades!... Restitúyame vm. á su gracia y á su amor paternal... Ya llega tarde mi arrepentimiento; pero vm. es mi padre... Perdóneme vm... perdóneme vm... Vuelva vm. á echarme su paternal bendicion.

Con admiracion afectada.

Presid. Alza, hijo mio, alza... Yo no sé á qué viene esto.

Sin levantarse.

Fern. ¡Esta Luisa, padre, esta Luisa!... Vm. conoce el corazon humano. ¡Qué justo era vuestro resentimiento! ¡qué noble! ¡qué digno de un padre! ¡Esta Luisa!

Presid. ¡No me atormentes mas, Fernando! Reconozco mi yerro, y vengo á excusarme contigo.

Fern. ¡Yerro! ¡Excusarse conmigo! ¡Ah Luisa! ¡Esta Luisa!

Presid. Es una criatura apreciable. ¡Qué carácter tan bello y tan agradable! Yo seré desde hoy el primero en hacer justicia á su virtud... con ella se ha grangeado mi mayor estimacion.

Se levanta admirado.

Fern. ¡Qué! ¡vm. tambien, padre!... ¡vm. tambien!... ¿No es verdad que todo respira en ella la pureza de la inocencia? ¿No es preciso que la ame el que la vea?

Presid. Dí mas bien, que sería un crímen verla y no amarla.

Asombrado.

Fern. ¡Eso es increíble! ¡asombra eso! Vm. que la veía con una preocupacion tan poco favorable... vm... tan acostumbrado á leer los corazones... vm. mismo... ¡inaudita perfidia! ¡hipocresía sin exemplo! ¡Esta Luisa!...

Presid. Es digna de ser mi hija. Sus virtudes son preferibles á la nobleza, y sus gracias valen mas que todos los tesoros. Yo sacrifico mis principios á tu amor... sea tu muger.

Fern. Esto me faltaba ver, para que mi desdicha llegase á su colmo.

Vase con la mayor precipitacion agitado de la mayor violencia.

Le sigue.

Presid. Oye, mira: ¿dónde vas? espera... ¡Fernando! *Vase.*

SCENA VI.

El teatro representa un salon ricamente puesto de la casa de Lady Milfort.

Salen Lady Milfort y Sofia.

Lady. ¿Tú la has visto? ¿vendrá?

Sofia. Al instante que se vista para salir.

Lady. Basta... ¡Yo me extremezco!... Dime, ¿cómo te recibió? ¿qué te dixo?

Sofia. Al principio se quedó un poco pensativa, y despues me respondió con valor: "Lo que su »ama de vm. me manda hoy, lo hubiera yo soli»citado mañana como un favor."

Inquieta.

Lady. Déxame... ¡compadéceme!.

Sofia. Ese no es el modo de recibir á una rival, Milady. Acuérdese vm. de quién es, de su nacimiento y de su crédito: asómbrela vm. con la fuerza de sus miradas, y con la dignidad de su persona.

Distraída.

Lady. ¿Qué estás diciendo, necia?

Sofia. ¿No sería bueno deslumbrarla con el resplandor de los diamantes, la riqueza de los vestidos, y asombrarla con el fausto y la magnificencia, haciendo que haya en la antecámara un exército de pages y criados?

Lady. Calla, muger, calla. ¡Cómo nosotras mismas conocemos la debilidad de nuestro sexô!

Sale.

Criado. ¡Milady!... La señorita Miller.

A Sofia.

Lady. Retírate. *Sofia duda.*

Yo te lo mando. *Se pasea un instante.*

Al criado.

Que entre. *Vase el Criado.*

Lady se sienta en un sofá con una actitud noble y agradable.

SCENA VII.

Luisa entra con timidez, y se detiene á una gran distancia de Lady, que por su posicion está de espaldas; y Lady se está mirando á un espejo que tiene enfrente.

Luisa. ¡Señora! Aquí me tiene vm. á su disposicion.

Se vuelve, y la saluda con la cabeza.

Lady. ¡Ah!... es vm... sí... sin duda... es vm. una tal... ¿cómo se llama vm.?

Luisa. Mi padre se llama Miller, y vm. ha enviado á llamar á su hija.

Lady. Sí, sí: ya me acuerdo... La hija de ese pobre músico por quien acaban de hablarme.

La exámina con la vista, y despues aparte.

Un todo sumamente interesante, sin ser una hermosura. *Alto.*

Acérquese vm. niña.

Aparte.

Ojos acostumbrados al llanto... sin embargo; ¡qué gracia y magestad tiene en ellos!

Alto.

Acérquese vm. mas... todavía mas... Yo creo que vm. me tiene miedo.

Con voz firme.

Luisa. No, Milady. ¿Por qué? Yo tengo otros ojos que la multitud.

Admirada, y aparte.

Lady. ¡Que la multitud! De él ha aprendido este tono decisivo.

Alto.

Me han hablado por vm., niña: me han dicho, que vm. sabe muy bien el arte de ganar la vida. Yo lo creo así, y no quisiera desmentir á quien tanto se interesa por vm.

Luisa. Yo no sé quién pueda haberse encargado de buscarme una protectora.

Lady. Mejor fuera un protector, ¿he?

Luisa. Eso no se entiende conmigo.

Lady. Ya, ya... ¡no se entiende!... Pues los ojos descubren muy bien la malicia que vm. disfraza con la ingenuidad aparente de sus palabras. ¿No es vm. la Luisita?... ¿Quántos años tiene vm.?

Luisa. Diez y seis cumplidos.

Se levanta repentinamente.

Lady. ¡Para qué saber mas!... Diez y seis años son la aurora de los sentimientos, el primer ímpetu del amor. ¡Quién podrá resistir á sus halagos!... ¡Tambien á él le disculpo! Si son sus

primeros amores, ¡no se han de convenir sus almas! *La toma la mano con amistad.* Hija mia, á mi cargo queda tu fortuna... Mi Sofia se casa, tú la sucederás á mi lado.

Aparte.

¡Diez y seis años! No puede ser durable esta pasion.

La besa respetuosamente la mano.

Luisa. Doy á vm. las mismas gracias, que si disfrutára de su favor, Milady; pero no me es posible. *Sorprehendida.*

Lady. ¡Ola! ¡Vea vm. la gran señora!... Hija mia: las niñas de su clase se dan por muy contentas de encontrar quien las haga semejantes partidos. ¿Es vm. mas que ellas?... ¿son esas manitas mas delicadas para el trabajo? ¿ó es en el mérito de su persona en lo que vm. funda su vanidad?

Luisa. Mi figura y mi orígen son obras de la Providencia, y en ellas no tengo parte.

Lady. Pues si no es eso lo que á vm. la envanece, ¿por qué repugna el único estado que la conviene, el único que puede civilizarla, y hacerla olvidar las preocupaciones de su orígen?

Luisa. Y de mi inocencia tambien, Milady.

Lady. Esa es una objecion ridícula. El cortesano

mas disoluto no se atreverá á llegarse á una muger, si ella no le convida con su lengua, con su ayre, ó con sus miradas. Dese vm. á respetar, y yo aseguro que la respetará todo el mundo.

Luisa. Permítame vm. que lo dude. ¿Cómo se ha de conservar el pudor entre la licencia y las demasías, á cuyo solo aspecto temblaría la virtud misma? ¿Sería creíble en la hija de un pobre músico el heroismo de arrojarse á un golfo de vicios, y conservar en él su pureza? ¿Sería creíble que Lady Milfort sufocase los sentimientos de su conciencia, y amontonase tesoros sobre tesoros para tener el gusto de ver cada momento quien la estuviese avergonzando? Desengáñese vm., Milady: mi presencia necesariamente la habia de causar el mayor disgusto, no solo quando disfrutase de los placeres que por todas partes la convidan, sino hasta quando el arrepentimiento atormentase su alma. ¡Cómo vería vm. entónces resplandecer en la frente de su criada aquella calma, aquella serenidad que es la recompensa de un corazon puro, y de una conciencia irreprehensible! Vuelvo á repetirlo, Milady: se lo agradezco á vm. muy mucho.

Se pasea agitada, clavados los ojos en Luisa.

Lady. Eso es demasiado. Las simples opiniones no se expresan con tanto calor: baxo de esas máxîmas se oculta algun interés personal, que te hace odioso mi servicio, un interés que da paso á tus razones, y alma á tu discurso... un interés

Amenazándola.

que deseo descubrir.

Con nobleza.

Luisa. Y aun quando vm. le descubra, ¿qué? Milady: es tal el cúmulo de mis desgracias, que ni la venganza de vm., ni la franqueza mia, pueden hacerle mas gravoso.

Una pausa, despues con viveza.

Dice vm. que quiere sacarme de la miseria: prescindo de los motivos que á vm. la mueven á dispensarme un favor tan singular, como inesperado: me contentaré solo con preguntar á vm. ¿por qué he de avergonzarme de mi nacimiento? ¿por qué quiere vm. tomar á su cargo mi fortuna, sin saber ántes si la querria yo recibir de sus manos?... ¡Los placeres se han acabado para mí! ¿por qué, pues, hacérmelos á la memoria... acaso por el deseo de hacerme feliz? ¿pero cómo? Si vm. misma no lo es;

Se acerca á Lady, y con sensibilidad.

si á las dos nos fuera posible trocar nuestras almas y nuestra situacion, y yo la consultára á vm. como á una amiga, como á una madre: ¿me aconsejaría vm. el cambio?

Extremamente admirada.

Lady. ¡Es imposible! ¡no puede ser! ¡tanta firmeza! ¡tanta elevacion de alma! no, no puede ser fruto de tu educacion, ni el resultado de tus reflexiones propias, si no de los principios de maestro mas hábil.

Con dulzura.

Luisa. Parece que ese maestro es el que á vm. la inquieta... ¿y sin embargo queria vm. traerme á su lado?

Se levanta con enojo.

Lady. Sí: le conozco, sí... conozco lo que pasa entre vosotros, y sé aun mas de lo que quisiera.

Se detiene, y despues con una furiosa vehemencia.

¡Pero pobre de tí, si todavía tienes el atrevimiento de amarle, y de que te ame!... ¿mas qué digo? de pensar en él, y de permitir que él piense en tí. ¡Infeliz! teme mi poder... teme mi venganza si no quieres verte perdida.

Con voz firme y sentada.

Luisa. Perdida sin remedio... si vm. pudiera obligarle á que la amase.

Lady. No puedo ni quiero forzarle á que me ame: yo sabré triunfar de mi corazon; pero será despedazando el tuyo... Yo no puedo ser dichosa con él; pero impediré que tu lo seas... Aun me resta una felicidad, que es destruir la tuya.

Con dulzura y sensibilidad.

Luisa. Vm. violenta su corazon, Milady... Yo no creo que vm. consiguiese de sí misma... ¿cómo habia vm. de ser tan cruel con una pobre criatura que jamas la ha ofendido en nada, ni ha cometido otra culpa, que pensar y sentir como vm.?

Vuelve en sí, y admirada de la dulzura de Luisa.

Lady. ¡Dónde estoy!... ¡qué he dicho! ¡y á quién!... O Luisa noble y magnánima, perdona á una furiosa... No, hija mia... no soy capaz de llegarte á un pelo... Desea, exige; yo quiero ser tu amiga, tu hermana... Eres pobre:

Se quita algunas joyas.

aquí tienes estos brillantes... mi guardarropa, mis caballos, mi carroza, todo lo venderé; te lo daré

todo... pero renuncia á Fernando.

Retrocede sorprehendida: un momento inmóvil y pensativa: despues se acerca á Lady, la toma la mano, y fixos los ojos en ella, y con la voz mas expresiva.

Luisa. Yo la cedo á vm. voluntariamente el hombre idolatrado, que no hubiera podido arrancarme todo el poder del infierno... Acaso lo ignorará vm., Milady: vm. ha arrebatado el cielo á dos amantes, y destruído la felicidad de dos corazones que él habia criado el uno para el otro. Pero si las quejas de un insecto llegan al trono del Eterno, ¿cómo no llegarán las mias?... Ya es de vm.: echese vm. en sus brazos... condúzcale vm. al altar... Pero no se olvide de que el brazo que selle su union, sellará tambien la sentencia de mi muerte.

Vase con todas las demostraciones de la desesperacion.

SCENA VIII.

Sola inmóvil por un instante, y en fin vuelve como de un sueño.

Lady. ¿Qué es lo que he oído?... ¿Qué ha queri-

do decirme?... Todavía tengo en los oídos sus palabras. ¡Ya es de vm.! ¡Yo! ¡desgraciada! ¡Yo te habia de quitar el único bien, el único por quien amas la vida! ¡y que solo cedes entre las convulsiones de la desesperacion! Eso no: tu generosidad no será mayor que la mia. Tambien yo tengo valor para hacer un sacrificio.

Despues de una pausa.

Huid de mi corazon pasiones cobardes y afeminadas... esperanzas frívolas, huid. El heroismo y la magnanimidad me sirvan de norte. ¡Amantes infelices! solo mi fuga, ó mi desgracia puede salvaros. *Una pausa.*

No hay remedio... ya está resuelto: yo quitaré el obstáculo que se opone á vuestra felicidad: yo romperé los lazos que me unen al Príncipe: yo arrancaré de mi corazon este amor fatal, causa de todas vuestras desgracias... ¡O virtud! á tí me encomiendo: recibe en tus brazos á la arrepentida Emilia. Sí: yo dexaré estas viles grandezas: desde su cumbre descenderé al polvo de la tierra; pero con dignidad y nobleza. Mi corazon y mi constancia me servirán de compañía.

Se acerca á un bufetillo.

Ya está resuelto: pues á executarlo ántes que

algun temible recuerdo venga á desconcertar mi firmeza, ó disminuya el mérito del sacrificio.

Se sienta, y escribe.

SCENA IX.

Lady, un Ayuda de cámara, el Mariscal, despues Sofia, y últimamente los criados de Lady.

Ayuda de cámara. El Mariscal de la corte, de parte de S. A.

Escribiendo.

Lady. ¿Quién? ¿el Mariscal?... ¡á buen tiempo!

Aparte.

La comision es digna de él.

Alto.

Que entre. *Vase.*

Entra haciendo mil reverencias á Lady, que segun su posicion, le tiene vueltas las espaldas: se acerca, y se pone detras de su sitial, y en tono baxo le dice.

Marisc. S. A. serenísima.

Ocupada en repasar lo que ha escrito.

Lady. Es preciso que me acuse de la mas negra ingratitud... Yo me hallaba sin medios, sin apo-

yo, extrangera, abandonada... me sacó de la miseria... *Una pausa.*

pero mi eterno deshonor le paga con usura sus beneficios.

Despues de haber procurado en vano que Lady le mirase.

Marisc. Parece que está vm. un poco inquieta, Milady... Disimule vm. si me tomo la confianza de... *Alto.*

S. A. me envia á preguntar á vm., si esta noche ha de haber ópera ó comedia.

Se levanta sonriéndose.

Lady. Qualquier cosa, señor Mariscal... Pero entretanto lleve vm. esta carta á su amo.

Le da la carta.

¡Sofia, Sofia!

Viene Sofia, y Lady le dice.

Dí que me pongan el coche, y que toda la familia entre aquí.

Sofia. ¡Válgame Dios! ¿qué será esto?... ¿en qué vendrá á parar? *Vase.*

Marisc. Vm. está conmovida, Milady.

Lady. Ea, Mariscal, ánimo: ya queda vacante una plaza, que dará que hacer bien á los intrigantes.

El Mariscal echa una mirada á la carta que le ha dado Milady.

Léala vm.: mi intencion es que toda la corte sepa su contenido.

Miéntras el Mariscal lee, los domésticos se juntan en el fondo.

Lee el Mariscal. Señor: "Habiendo sido la pri-»mera condicion del pacto que á V. A. me unia »la felicidad pública, sin que despues de tres »años se haya hecho nada por ella; me creo obli-»gada á hacer ver con mi fuga, que no tengo »parte en las calamidades de vuestros pueblos. »Dispénselos V. A. la proteccion que por mí »les habia ofrecido, y aprenda de una extran-»gera á compadecerse de sus miserias. Dentro »de una hora ya estaré del otro lado de la fron-»tera." *Juana Norfolk.*

Los criados interrumpiéndose unos á otros. "Del otro lado de la frontera."

Asombrado, pone la carta sobre la mesa.

Marisc. Yo me guardaré muy bien de llevar al Príncipe esta noticia. Ya podíamos los dos... Reflexiónelo vm. bien, Milady... Hágase vm. el cargo de que la mayor desgracia...

Se vuelve á sus domésticos con la mayor sensibilidad.

Lady. Vosotros, pobrecitos, estais atónitos, esperando las resultas de estos aparatos... Acercaos... Vosotros me habeis servido con zelo y fidelidad.

Con lágrimas en los ojos.

Yo os dexo, hijos mios. Lady Milfort ya no exîste, y Juana de Norfolk es muy pobre para poder pagar vuestros servicios. Reparta mi tesorero entre vosotros los restos que le queden de mi triste y vergonzosa opulencia... Este palacio es del Duque... El mas pobre de vosotros saldrá de él mas rico que su ama.

Alarga las manos, y los domésticos se las van besando unos despues de otros.

A Dios, hijos mios... Amigos mios, á Dios para siempre.

Hace por ser superior á su sentimiento.

Ya oigo el coche.

Sale de entre sus manos, y quiere irse: el Mariscal se pone delante para impedírselo; le mira con desprecio, y le dice:

¡Qué! ¿aun estás ahí, triste y despreciable criatura?

El Mariscal, que hasta entónces habia tenido los ojos fixos en la carta, vuelve en sí como de un sueño.

Marisc. ¿Pues qué? ¿he de poner yo esta carta en manos de S. A.?

Lady. Y decirle, que yo comeré del trabajo de mis manos, y beberé mis lágrimas para borrar la vergüenza de haber reinado en su corazon.

Vase.

Todos los domésticos la siguen con los ojos, y despues se separan tristemente.

ACTO QUINTO.

El teatro representa la habitacion de Miller.

SCENA PRIMERA.

Luisa sentada en el fondo con la cabeza apoyada en el brazo, demostrando el mayor abatimiento: despues llega Miller con una linterna: mira por todas partes con triste inquietud sin ver á Luisa. Ultimamente dexa el sombrero y la linterna sobre la mesa.

Limpiándose el rostro.

Miller. ¡Tampoco está aquí!... todo lo he andado: conocimientos, calles, puertas de la ciudad... todo... nadie la ha visto, ni nadie me da razon.

Una pausa.

¡Paciencia, desgraciado padre!... Acaso la hallaré mañana en las orillas del mar, tendida sobre la arena. ¡O Dios mio, Dios mio! ¡si mi excesivo cariño habrá irritado tu justicia! No me quejo de tus providencias; pero el castigo es terri-

ble, y excede á las fuerzas de un viejo débil.

Se echa en una silla con todas las señales de un profundo dolor.

Que ha oído las últimas palabras.

Luisa. ¡Padre desgraciado! haces bien en familiarizarte con la idéa de perderme.

Se levanta sobresaltado.

Miller. Esta es la voz de Luisa... ¿Eres tú, hija mia?... ¿Es cierto que te hallo?... ¿Pero por qué sola, y sin luz?

Luisa. Porque mis pensamientos convienen con la obscuridad que me rodéa.

Miller. ¡Hija mia! solo el crímen ama las tinieblas.

Luisa. Pero teme otra vida... y yo la deseo.

Miller. ¡Luisa, Luisa! ¿qué quieres dar á entender con eso?

Luisa. ¡Padre mio! vm. sabe quán terrible ha sido el combate que he mantenido: el cielo me ha dado fuerzas, y la victoria se ha decidido en mi favor... A mi sexô se le atribuye la debilidad: no lo crea vm., padre mio: que si una araña nos hace retroceder de miedo, la idéa de nuestra destruccion no nos espanta.

Miller. ¡Luisa! ¡hija mia! mas quisiera verte llo-

rar, que oirte lo que te oigo. Sí... mas lo quisiera.

Luisa. ¡Hombres crueles! vosotros me habeis exîgido el juramento de ocultar vuestra perfidia; pero la muerte rompe todos los juramentos, y entónces conocerá Fernando á su Luisa... Padre mio... *Saca un papel del seno.*

¿Querrá vm. tener la bondad de hacer que esta carta se entregue?...

Miller. ¿A quién, hija mia?

Luisa. ¿Que vm. me lo pregunte? ¿Puedo yo pensar, ni escribir á otro que al que ocupa toda mi alma?

Inquieto.

Miller. Mira, Luisa. Yo voy á abrir... Sí, es necesario que yo lea esta carta.

Luisa. Como vm. guste; pero no sacará vm. nada de su contenido: porque esas letras, para todos inanimadas, solo tienen vida á los ojos del amor.

Lee Miller. "A tí te han engañado, Fernando: »una maldad sin exemplo ha roto el nudo que »unia nuestros corazones, y un juramento hor»rible me obliga al silencio. Si tienes valor para »concurrir al sitio en donde ningun juramento »obliga, ni podrá sorprehendernos ninguna de »las espías de tu padre...

Se detiene, y mira á Luisa á la cara á ver si descubre algo en los ojos.

Luisa. ¡Por qué me mira vm. así, padre mio! Continúe vm.

Continúa.

Miller. »Mucho valor necesitas para caminar por »entre la espesura de tales tinieblas, en que no »tendrás mas guia que á Dios y tu Luisa. Si te »animas, ponte en camino luego que oigas to- »car á maytines en los Carmelitas; y si no te »atreves, averguénzate de que una delicada don- »cella tenga mas valor que tú."

Miller pone la carta en la mesa, y queda un instante inmóvil con los ojos fixos en tierra: despues se vuelve á su hija, y con voz muy débil.

¿Y qué sitio es ese, hija mia?

Luisa. Solo un amante puede acertar con él, padre mio... Fernando le hallará.

Con tristeza.

Miller. Pues explícate mas claro, de modo que yo tambien lo sepa.

Con inquietud.

Luisa. No se asuste vm., si no puedo designarle con un nombre tan dulce como yo quisiera... Ese sitio... es el... el sepulcro.

Bacila, y cae sobre una silla.

Miller. ¡Ay Dios mio!

Le coge.

Luisa. No le horrorice á vm. ese nombre, padre mio. Despójele vm. de las lúgubres idéas que le acompañan; el sepulcro no es para vuestra hija mas que un lecho nupcial, que el sol dorará con sus rayos, y la primavera matizará con sus flores. La muerte solo es terrible á los criminales: pero para los desdichados es un genio bienhechor, que les conduce de la mano por entre las malezas de la vida, les señala el instante de su descanso, les saluda y desaparece.

Horrorizado.

Miller. ¡Qué! ¡tendrás valor para atentar contra tu vida!

Luisa. Salir de una sociedad en que estoy mal vista, y adelantarme á llegar al lugar de mi destino, ¿es algun delito?

Miller. El mayor de todos, y el único que no da lugar al arrepentimiento... ¡Luisa, Luisa! Guárdate de ofender al cielo, quando sus auxîlios te son tan necesarios... No trato de agrabar tu dolor; pero, óyeme... Yo creía que estaba solo ahora poco; y tú me estabas escuchando. Ya

oiste lo que yo te queria ocultar... lo que yo debo confesarte ahora. *Llorando.*

Sí, Luisa, yo te amo con exceso: tú eres mi ídolo: toda mi felicidad, todos los deseos de mi corazon se reducen á verte y conservarte... Si te pierdo, todo se perdió para mí... Mis cabellos se van encaneciendo, mis miembros debilitándose. Bien pronto necesitaré de un apoyo que me sostenga: ¿negarás á mi vejez los auxílios que yo prodiguĕ á tu infancia? Dime, Luisa: ¿tendrás la crueldad de arrebatar así la fortuna, y las esperanzas de tu viejo padre?

Conmovida le besa la mano.

Luisa. No señor. Las obligaciones que á vm. debo son tanto mayores quanto son mas sagradas, pero no es en este mundo donde yo puedo cumplirlas.

Miller. ¿Y qué seguridad tienes tú de que nos juntarémos en el otro?... ¡Toda te inmutas!

Luisa se echa en sus brazos, y él la estrecha en su seno.

¡O Luisa! ¡hija mia! no desprecies los consejos de tu padre. Solo puedo aconsejarte: pero si el temor de parecer ante el trono de Dios vivo manchada con tan horrible atentado, no basta

á contenerte: si la salud de tu alma, una eternidad de tormentos, las lágrimas de tu madre, la desesperacion y la maldicion de tu padre no te hacen desistir... Vé ahí un cuchillo... tómale, atraviesa con él tu pecho, y

Hace que se va llorando amargamente.

el corazon de tu padre.

Se levanta precipitadamente, y le detiene.

Luisa. ¡Deténgase vm., padre mio! ¡deténgase vm.! ¿Es posible que su amor de vm. sea para mí mas cruel, que la rabia de mis opresores?... La vida me es odiosa, me es insoportable. ¿Qué quiere vm. que haga?

Miller. Si las caricias del Mayor te son mas interesantes que las lágrimas de tu padre... muere.

Despues de un combate interior.

Luisa. ¡Padre mio!... Yo juro... ¡Ah desgraciada! ¡Sea qual fuere el partido que tome, siempre resultaré delinqüente!... Yo juro... ¡Ah Fernando! *Hace añicos la carta.*

Oxalá pudiera con la misma facilidad olvidar su memoria.

La abraza transportado de alegría.

Miller. ¡Ahora reconozco á mi hija! Mira: por un amante que sacrificas, resucitas á un padre,

vuelves á su seno, le haces el mas dichoso de los padres. ¡O Luisa! ¡hija mia! ¡mi todo!

Vuelve á abrazarla llorando de alegría.

Yo sé poco de amor; pero bien se me alcanza, que debe de ser doloroso dexar de amar.

Luisa. Padre mio: salgamos de una ciudad en que mi reputacion está perdida: alejémonos de un sitio que no cesará de recordarme una felicidad que ya no exîste. Huyamos, si es posible.

Miller. Donde tú quieras, hija mia. En todas partes hallarémos un Dios, que vele sobre nosotros.

SCENA II.

Los mismos y Fernando.

Luisa es la primera que le vé, da un grito asustada, y se abraza al cuello de su padre.

Luisa. ¡Dios mio! ¡ya está aquí! ¡yo soy perdida!

Miller. ¿Quién?... ¿por qué?

Se le enseña á su padre con la mano, volviendo el rostro, y ocultándole en su seno.

Luisa. ¡El es!... él es... No me dexe vm... á matarme viene.

Le vé, y retrocede.

Miller. ¿Cómo? ¿vm. aquí, señor Baron?

Se acerca despacio, y se pone enfrente de Luisa, y echándola una mirada feroz y penetrante.

Fern. Ese grito de terror desvanece mis dudas. Los remordimientos se le han arrancado á tu conciencia. Una confesion tan pronta como infalible, no necesita de mas pruebas... Buenas noches, señor Miller.

Miller. ¡Por Dios, señor Mayor! ¿qué es lo que vm. quiere? ¿qué le trae á vm. por aquí á estas horas? Una visita tan inesperada...

Fern. ¡Inesperada! Yo me acuerdo de otro tiempo en que se acusaba la lentitud de los reloxes, esperando el instante de mi llegada. ¿Por qué, pues, hoy le sorprehende á vm. mi presencia?

Miller. ¡Señor Baron! Si á vm. le ha quedado algun resto de humanidad... sino quiere vm. acabar de perder á la inocente que vm. ha fingido amar, sálgase vm. de mi casa. La paz ha huido de ella, desde que vm. atravesó sus umbrales; y en donde ántes reynaba la alegría y la inocencia, ahora habita el oprobrio y el desconsuelo. ¿Viene vm. á atormentar de nuevo un corazon que vm. ha despedazado?

Sombrío.

Fern. No: vengo á darle buenas noticias.

Miller. ¿Esperanzas nuevas, y nuevos motivos de desesperacion?... No: el semblante no viene bien con las palabras.

Fern. Gracias á Dios: todo sucede á medida de mis deseos. Lady Milfort, nuestra mas temible adversaria, acaba de salir de los estados del Príncipe: mi padre aprueba mi eleccion: el destino cesa de perseguirnos... Vengo á cumplir mi palabra, buscando á mi esposa para conducirla al altar.

Miller. ¡No ves, hija mia! ¡no ves cómo se mofa de las esperanzas con que ha burlado tu corazon! En verdad, señor de Walter, que no le está bien á un seductor el divertirse así á expensas de su víctima.

Con una amarga sonrisa.

Fern. Yo no me burlo: tan cierto es lo que digo, como el amor de Luisa, y tan sagrado como el juramento que me ha hecho... ¡Qué! ¿aun lo dudan vms.?... Yo creo que la mentira debe de ser aquí tan de moda, que apénas se creen las verdades. Si vm. desconfia de mis palabras, ahí está ese testimonio.

Echa á Luisa la carta dirigida al Mariscal: Luisa la abre, y cae en una silla pálida y desanimada.

Sin notar el estado de Luisa.

Miller. ¿Qué significa eso, señor Baron? Yo no le entiendo á vm.

Le conduce por la mano á Luisa.

Fern. Que se lo diga á vm. ésta, que lo ha entendido bien.

A los pies de Luisa.

Miller. ¡Ay Dios! ¡hija mia! ¡Luisa!

La mira con dureza.

Fern. ¡Pálida como la muerte!...

Con una sonrisa falsa.

¡Qué bella está así! ¡quánto me agrada! Pero ya no me deslumbrarás con tus ficciones seductoras, capaces de haber engañado á un ángel.

Se acerca á ella con un furor sufocado.

Con vehemencia.

Miller. ¿Dónde vas? ¿qué quieres? No así ataques el corazon de un padre: si no la he podido preservar de tus seducciones, yo la libertaré de tu furor.

Fern. ¿Qué dice? ¡Pobre viejo! ¿Quién le mezcla

en este asunto? ¿Es acaso cómplice tambien con su hija?... ¿Habrá amancillado con esta infamia su provídad sexâgenaria? ¡Ah! si no lo has hecho, muérete, aun es tiempo: morirás de la muerte de los justos. Mas tarde la desesperacion se apodera de tu alma: no verás en esta hija adorada mas que una víbora infernal; y tu último suspiro será una blasfemia contra el cielo que te la dió.

A Luisa.

Habla infeliz: ¿has escrito tú esta carta?

A su hija.

Miller. ¡Por Dios, hija mia! no olvides, no olvides que...

Luisa. ¡O carta!

Fern. ¡Gracias á la casualidad, que la hizo caer en mis manos! Mas ha podido ella, que los consejos de mi padre, y mas que hubiera podido toda la prudencia humana... Esta casualidad ha desenmascarado á una hipócrita... Responde... ¿Has escrito esta carta?

La persuade á media voz que lo confiese.

Miller. ¡Animo, hija mia, ánimo! Confiésalo, y tendrán fin nuestras desgracias.

Fern. ¿Habrás tambien engañado á tu padre, y al mundo entero?... Jura por los santos cielos,

por el Dios que debe juzgarnos, si has escrito esta carta.

Despues de un combate interior, durante el qual la está su padre animando con sus miradas, dice en tono decisivo.

Luisa. Yo la he escrito.

Inmóvil de asombrado.

Fern. ¡Luisa! ¡es verdad! ¡es posible!... No, no puede ser. Yo te he preguntado con demasiada vehemencia... ¿No es así, Luisa? ¿No es verdad que tú no has respondido eso, sino por la dureza con que te he preguntado?

Luisa. Yo he dicho la verdad.

Fern. Yo digo que no... tú no la has escrito... esa no es tu letra... ¿No es mas fácil contrahacer las firmas, que corromper los corazones? Pero si es verdad... ¡ah! dime una mentira... dímela con aquella voz angelical, y aquel semblante que acompaña siempre al candor y á la ingenuidad... Mi vida y la tuya van en ello.

Con voz dulce, pero obscura.

Dime Luisa: ¿has escrito esta carta?

Con firmeza.

Luisa. Yo la he escrito tan cierto, como hay Dios en los cielos.

Despues de una pausa con el mas profundo dolor.

Fern. ¡Muger, muger! ¡qué has hecho!

Luisa. Vm. ya sabe la verdad. Yo me he condenado á mí misma. Dexe vm. una casa que le ha producido tantos disgustos.

Fern. ¿Por qué la he de dexar? Yo estoy tranquilo.

Despues de hacer una reflexîon.

Un favor tengo que pedirte, Luisa... el último... La cabeza se me arde.., necesito refrescar. ¿Querás hacerme un vaso de limon?

Vase Luisa.

SCENA III.

Fernando y Miller: ambos se pasean algun tiempo absortos en la reflexîon, y sin hablarse.

En fin se para, y mirando tristemente al Baron.

Miller. Crea vm. mi querido Baron, que no me cabe poca parte en sus disgustos. ¡Oxalá estuviera en mi mano el quitárselos!

Fern. No hablemos de eso.

Despues de algunos pasos.

Miller: apénas me acuerdo cómo y con qué motivo nos conocimos.

Miller. Vm. queria tomar algunas lecciones de música...

Con dureza.

Fern. Sí, y entónces ví á su hija de vm.

Da algunos pasos callando.

Vm. me ha engañado, amigo. Yo buscaba una diversion para los ratos desocupados, y vm. me ha vendido un veneno.

Viendo la conmocion de Miller.

No se aflixa vm., buen viejo... Vm. no tiene la culpa.

Enxugándose los ojos.

Miller. El cielo me es de eso testigo.

Absorto en ciertas reflexîones.

Fern. ¡Qué impenetrables son tus juicios!... ¡Qué delicado é imperceptible es el hilo de que penden los sucesos mas importantes de la vida!... ¿Es posible que en aquellos ojos, cuyas miradas hacen amar la vida, haya encontrado yo mi muerte?

Se pasea con mas violencia, despues toma la mano á Miller, y con la expresion mas dolorosa.

Amigo: bien caras me ha vendido vm. sus lecciones, y sin embargo no ha ganado nada en ellas... ántes puede suceder que lo pierda todo...

Se aparta conmovido.

¡Por qué no desistiré yo de tan cruel designio!... ¿quién me le ha sugerido?

Deseando ocultar su conmocion.

Miller. ¡Quánto se hace desear el agua de limon! ¿quiere vm. que entre por ella?

Fern. No corre priesa.

Baxo.

¡Desgraciado padre!... estese vm... yo esperaré... Queria hacerle á vm. una pregunta... ¿Luisa es única?... ¿No tiene vm. mas hijos?

Miller. No señor: ni tengo, ni deseo mas que mi Luisa: es sola; pero bastante á llenar mi corazon.

Extremadamente movido.

Fern. Vaya vm. mi querido Miller: vea vm. si está el agua de limon.

Vase Miller.

SCENA IV.

Fernando solo.

Fern. ¡Su sola, su hija única!... Y tendrás valor, dí, asesino... El no tiene mas bienes sobre la faz de la tierra... ¿y quieres tú robársele?...

¿quieres quitar á un infelice su último consuelo? ¿á un sexâgenario bacilante le quieres privar de la esperanza, y del apoyo de su vejez?... ¿Qué?... ¿tendré yo valor para semejante inhumanidad?...

Una pequeña pausa.

Mas, tampoco tiene mi padre mas que un hijo... un hijo solo.

Otra.

Sí... pero tiene riquezas que pueden consolarle de su pérdida.

Otra poco mayor.

¡Pobre Miller! Mas, ¿qué vas á perder? La hija que se burla de los mas sagrados sentimientos del amor: ¿podrá hacer la felicidad de su padre? No, no: será hacerle favor acabar con esta víbora, ántes que despedace el corazon paternal.

SCENA V.

Fernando, y Miller que vuelve.

Miller. Al instante va vm. á estar servido... Allí está la pobre muchacha... con el corazon oprimido... los ojos bañados en lágrimas... puede ser que beba vm. algunas en el agua de limon.

Aparte.

Fern. ¡Cómo no fuera mas que lágrimas!

Alto.

Como hemos hablado de música, he me acordado de que soy deudor de vm.

Saca un bolsillo.

Miller. Esas son vagatelas. Otra vez hablarémos de eso... No ha de ser esta la última vez que nos veamos.

Fern. ¡Quién sabe! En tomar no hay engaño... La vida nadie la tiene comprada.

Riyéndose.

Miller. ¡O! por ese lado...

Fern. No: no tanta confianza. ¿No se está viendo todos los dias que mueren hombres y mugeres en la flor de su edad?... Lo que los trabajos y los años van haciendo lentamente, la casualidad, un rayo, otras mil cosas pueden acabarlo de un momento á otro... Tambien puede morir Luisa.

Con tristeza.

Miller. Dios me la ha dado.

Fern. Sí señor: se lo repito á vm. Tambien puede morir Luisa... ¿Pero por qué no toma vm. este dinero?

Le presenta un bolsillo.

Miller. ¡Cómo! ¿todo el bolsillo? ¿En qué está vm. pensando?

Fern. En pagar mis deudas.

Echa el bolsillo en la mesa, y se caen al suelo algunas monedas de oro.

Levanta una, la mira, y admirado.

Miller. Con efecto, oro es... oro puro:

La dexa.

no, pues no me tentarás.

Fern. ¿Ha perdido vm. el juicio?

Miller. ¡Oro! ¡y para mí!... no es nada... todo oro... eso no.

Fern. ¿Y qué tiene de particular?

Despues de una pausa con la mayor seriedad.

Miller. Señor Baron, yo soy un pobre; pero muy hombre de bien: si vm. cree corromperme... ¡Vea vm.! ¿quándo he podido yo ganar lícitamente todo eso?

Conmovido.

Fern. Tranquilícese vm., Miller: vm. lo tiene ganado mucho tiempo hace, no con sus lecciones; sino que con ese dinero quiero pagarle los tres meses de felicidad y de ilusion,

Con mucho dolor.

que he pasado con su hija.

Le toma la mano, y con la mayor amistad.

Miller. ¡Ah, mi querido Baron! ¡qué no sea vm.

hijo de un pobre músico como yo! ¡con qué gusto le daría á vm. mi hija! Pero ya se vé: descender vm. tanto, y aspirar ella á mas de lo que la conviene por su estado y el mio, siempre creí que no podría tener buenas resultas. Rara vez las tienen bodas tan desiguales; yo lo conocia así; pero por no disgutarla... su madre estaba empeñada...

Una pausa mirando el dinero que está en el suelo. Pero por qué no toma vm. eso: puede ser que por dármelo á mí todo, se quiera vm. quedar sin nada.

Fern. Eso no le dé á vm. cuidado, Miller; que yo voy á emprehender un viage; y donde pienso establecerme no corre esta moneda.

Miller. Mucho siento que no pueda vm. ser testigo de mi felicidad, y la de mi hija; porque...

Conmovido le interrumpe.

Fern. No siga vm.: recoja vm. eso.

Transportado.

Miller. No carecerá de nada. Para mí con poco sobra: los alimentos mas comunes son para mí delicados: el vestido mas simple me basta; pero para mi hija, Señor Baron; para mi Luisa... Yo me anticiparé á sus deseos: todo lo que pueda

divertirla, todo lo que...

Le interrumpe con precipitacion.

Fern. ¡Basta, basta!

Continuando.

Miller. Aprenderá el francés, á cantar, á baylar... yo haré que sea conocida muchas leguas al rededor.

Le coge la mano, y conmovido cruelmente.

Fern. Ya le he dicho á vm., que basta. ¡Por Dios! no siga vm... no hable vm. mas de eso. Este es el único favor que á vm. le pido.

SCENA VI.

Los mismos, y Luisa que entra con un vaso de agua de limon en un plato.

Con los ojos llenos de lágrimas y voz trémula.

Luisa. Si le falta algo, dígamelo vm., para echárselo.

Coge el vaso, le pone en la mesa, y volviéndose precipitadamente á Miller.

Fern. ¡Ah, ahora me acuerdo! Se me habia olvidado... ¿Querrá vm. hacerme un favor, mi querido Miller?

Miller. Mil que vm. quiera, quanto mas uno. Mande vm.

Fern. Me estarán esperando para cenar, y yo estoy tan de mal humor... Si vm. quisiera ir á avisar á mi padre para que no me esperase.

Le interrumpe.

Luisa. Yo lo haré al instante, padre.

A Fernando.

Miller. ¿Al Presidente?

Fern. No es menester que sea á él mismo. Con que vm. se lo diga á qualquiera de la casa... Aquí espero la respuesta.

Inquieta.

Luisa. Yo haré perfectamente la diligencia, Walter: yo iré.

A Miller, que está ya para salir.

Fern. Digo, señor Miller: otra cosa se me olvidaba. Esta carta que trae el sobrescrito para mi padre, y me ha venido inclusa en una de las mias... acaso será importante... entréguela vm. al mismo tiempo.

Miller. Muy bien.

Luisa. Yo desempeñaré á gusto de vm.

A Fernando.

esta comision: yo iré.

Miller. Está muy léjos, hija mia; y hace una noche muy obscura.

Fern. Luisa, alumbra á tu padre.

Miéntras va Luisa á alumbrarle saca el veneno, y le echa en el vasó.

Esto es hecho: la suerte parece que aprueba mi designio. Morirás infiel: abandonada estás á mi venganza: morirás.

SCENA VII.

Fernando y Luisa, que vuelve lentamente, y pone el candelero sobre la mesa: se sienta al lado opuesto del Mayor con los ojos baxos, echándole á hurtadillas algunas miradas. El Mayor fixa los ojos en el suelo, como horrorizado del delito que va á cometer.

Esta escena se anuncia por un gran silencio.

Con voz tímida.

Luisa. Si vm. quiere acompañarme, tocaré en el piano un rondo.

Se acerca al forte piano: Fernando no responde: una pausa.

¿O quiere vm. mas bien que echemos una par-

tida á los dados? todavía me debe vm. un desquite.

Fernando está del mismo modo: otra pausa.

Ya he empezado á bordar la cartera que á vm. le he ofrecido: ¿quiere vm. ver el dibuxo?

Fernando continúa callando: otra pausa.

Con un suspiro.

¡Ah, quán desgraciada soy!

Siempra en la misma actitud, y con una voz sombría.

Fern. Muy bien puede ser.

Luisa. Quánto siento ver que mi compañía le es á vm. de tan poco gusto.

Con una sonrisa amarga.

Fern. ¡Ya se vé! Como yo soy tan descontentadizo.

Luisa. Bien preveía yo que no nos convenia esta soledad. Confieso que me entristecí al ver salir á mi padre. *Una pausa.*

¿Me permite vm. que llame algunos de mis conocimientos?

Con desabrimiento.

Fern. ¡O! sí. No hay inconveniente. Yo llamaré tambien los mios.

Mirándole como con despique.

Luisa. ¡Señor de Walter!

En tono de burla.

Fern. ¡Vaya que me ha hecho gracia la idéa de querer llamar gente!

Luisa. ¿Vm. está de buen humor?

Con ironía.

Fern. ¿Por qué no lo he de estar? Tu exemplo es tan seductor, y tan halagüeñas tus lecciones, que fuera lástima no aprovecharse de ellas... Solo los insensatos podrán estar siempre de un humor. La monotonia hasta en el amor cansa: ¿no es verdad? La variedad es la sal de los placeres.

Luisa. ¡Ah, Fernando! Tú eres desgraciado, y quieres merecer el serlo.

Furioso y entredientes.

Fern. ¡Yo soy desgraciado! ¿quién te lo ha dicho? ¿de qué lo sabes?... ¡Desgraciado! Esa palabra ha encendido todo mi furor... ¡Lo sabías, y sin embargo me has vendido! ¡Ah, pérfida!... Aun podia perdonarte; pero tú acabas de pronunciar tu sentencia.

Agarra atropelladamente el vaso.

No ha sido, no, una ligera imprudencia, una

debilidad disculpable... sino una traicion meditada, una trama infernal.

Bebe.

Este agua de limon está tan desabrida como tu alma. Pruébala.

Luisa. ¡O cielo! No sin motivo temia yo quedarme sola.

Con imperio.

Fern. Que la pruebes te digo.

Luisa á pesar suyo toma el vaso. Luego que le llega á los labios, Fernando se aparta sobrecogido de horror, y se precipita en el fondo del teatro.

Luisa. Está buena, Walter.

Sin volver, y todo temblando.

Fern. Yo te doy la enhorabuena.

Despues de soltar el vaso sobre la mesa.

Luisa. ¡O! Si vm., si vm. supiera quánto me agravia con sus injustos rezelos.

Entredientes.

Fern. ¡Ah, hipócrita!

Con tristeza.

Luisa. Tiempo llegará...

Con voz sombría.

Fern. Para nosotros ya se ha pasado.

Continúa.

Luisa. En que al acordarse de esta noche, se penetre de dolor su corazon de vm.

Empieza á ponerse inquieto, y á andar con mas precipitacion: se quita el cinturon y la espada.

Fern. A Dios, servicio de los grandes: juguetes de la vanidad, á Dios.

Luisa. ¿Qué tiene vm.?

Fern. Se me arde el estómago: quiero estar mas á gusto.

Luisa. Aun ha quedado agua de limon: acabe vm. de bebérsela, y le templará algo.

Entredientes, primero de modo que se le oye.

Fern. ¡Infame! y nada sospecha.

Se acerca á él con toda la expresion del amor.

Luisa. ¡Tienes valor para llamar así á tu Luisa!

La despide.

Fern. Apartà, aparta de mí esos ojos seductores: preséntate mas bien con toda la deformidad del vicio. Dexa esa dulzura angelical... Ya es tarde... Es necesario que yo te despedace, víbora ponzoñosa, ó que la desesperacion me entregue á...

Luisa. ¡Qué delirio!

Mirándola de medio lado.

Fern. ¿Quién lo creerá? ¿quién lo hubiera creído? ¡La obra mas bella de la naturaleza!... ¡Dios mio! ¿por qué se ha de servir el veneno en tan magníficos vasos? ¿por qué se ha de enmascarar el vicio con las galas de la virtud? Eso es muy cruel.

Luisa. No lo es poco no poderte responder, teniendo tanto que decir.

Fern. ¡Qué voz tan dulce!

Mirando fixamente.

¡Qué conjunto tan precioso, tan divino! Parece que Dios ha hecho obstentacion de su poder, inspirando en el cuerpo de un ángel, el alma de un demonio.

Luisa. ¡Qué obstinacion! Mas quiere blasfemar contra el cielo, que deponer sus injustas sospechas.

Se echa llorando al cuello de Luisa.

Fern. ¡Ah, Luisa! Sé mia en este instante... sé mia en este momento... sí... ¡Mas ah! ¡Con qué rapidez se han pasado los dias venturosos en que mi corazon creía poseer el tuyo!... Quán feliz era entónces... Pero ahora, ahora... ¡ó Luisa, Luisa! ¿en qué te ha ofendido mi amor para que me trates así? *Llora.*

Luisa. Llora Walter, llora: mas justas son tus lágrimas que tus desconfianzas.

Fern. Te engañas: que estas lágrimas no son como en otro tiempo lágrimas de sensibilidad: estas son lágrimas frias, que anuncian nuestra próxîma separacion: lágrimas que derramo sobre tí, y que me arranca el deseo de la salud eterna de tu alma.

Luisa. Walter, oye una palabra, y despues separémonos... El hado que cruelmente nos persigue ha desconcertado la armonía de nuestros corazones. ¡Oxalá pudiera hablar! ¡qué cosas podría decirte!... pero un horrendo secreto ata mi lengua, y me veo precisada á sufrir unas injurias indignas, aun de la mas despreciable muger.

Fern. ¿No sientes alguna novedad, Luisa?

Luisa. ¿Por qué lo preguntas?

Fern. Porque ya llegó el caso de que tus engaños sean inútiles.

Luisa. Yo te pido, te suplico que creas...

Fern. No, no: yo no quiero llevar la venganza mas allá de la muerte...

Con la mayor seriedad.

Luisa: ¿has amado al Mariscal de la corte? Mira que ya no has de salir de esta pieza.

Luisa. No puedo, no me atrevo á responderte.

En tono mas sério y mas vehemente.

Fern. Mira que de eso pende la salud de tu alma... ¿Has amado al Mariscal?

Luisa. Yo no tengo nada que responder.

Se echa á sus pies con una conmocion horrorosa: despues con voz fuerte y grave.

Fern. Luisa: ¿has amado al Mariscal? Mira que ántes que esa luz se extinga... ya tú... habrás comparecido ante el tribunal de Dios.

Con la mayor agitacion.

Luisa. ¡Dios mio! ¿qué significa esta amenaza? Yo empiezo á sentirme mala... una debilidad mortal se va apoderando de mis...

Cae sobre una silla.

Con una alegría cruel.

Fern. ¡Qué! ¿empieza ya?... Un corazon de bronce para el crímen, no puede resistir un miserable grano de arsénico.

Luisa. ¡O Dios!... veneno... ¿ha sido veneno?...

Fern. Sí... veneno es: la muerte circula por tus venas.

Luisa. ¡La muerte!... ¡Ay de mí! Salvador del mundo, ten misericordia de mi alma.

Fern. Eso es lo que importa. Así la tenga tambien de la mia.

Luisa. ¡Madre mia! ¡Padre mio! ¡pobre y desgraciado padre! ¿se puede todavía?... ¿No hay remedio?

Fern. Ninguno. Pero tranquilízate, que ambos juntos harémos el viage.

Luisa. ¡Pues qué, Fernando! ¿tambien tú has tomado veneno? Dios de las misericordias, perdónale.

Fern. Ruégale por tí misma, que muy bien habrás menester toda su clemencia.

Luisa. Fernando, Fernando: ahora ya puedo romper el silencio... La muerte relaja todos los juramentos. ¡O Fernando, el mas desgraciado de los hombres! Yo muero inocente.

Horrorizado.

Fern. ¿Qué dice? ¡Aun en los horrores de la agonía se atreve á sostener sus embustes!

Con dulzura.

Luisa. ¡Yo no miento! no miento, no: en toda mi vida solo he mentido una vez. ¡Ah, un temblor mortal discurre por todos mis miembros!

A Fernando.

Quando yo escribí la carta al Mariscal...

Fern. ¡Ah, funesta carta!

La lengua empieza á entorpecerse, y sus dedos á agitarse de un modo convulsivo.

Luisa. Fernando: disponte á oir un secreto cruel; mi mano ha escrito lo que mi corazon reprobaba. Tu mismo padre dictó aquella carta.

Fernando yerto de horror, se queda inmóvil por algunos instantes: despues cae como si un rayo le hubiese herido.

Yo fuí precisada... perdóname. Tu Luisa hubiera preferido la muerte: pero mi padre... el riesgo en que estaba... el deseo de librarle... las tramas infernales de...

Se levanta furioso.

Fern. Gracias á Dios, que aun no siento los efectos del veneno.

Toma la espada de la mesa, y la desenvayna.

Que va cayendo de uno en otro desmayo.

Luisa. ¡Qué vas á hacer! mira que es tu padre.

Con la mas furiosa rabia.

Fern. Es un asesino: y es preciso que venga con nosotros á comparecer ante el tribunal del Eterno.

Va á salir.

Luisa. ¡Redentor del mundo! Tú que espirando

orastes por los que te crucificaban... perdónale, y á su padre.

Percibe sus últimos movimientos, vuelve, y se echa á sus pies.

Fern. Detente: ¡espera, ángel del cielo! *La coge la mano, y al instante la suelta.* ¡Ya está fria! Perdona al mas cruel de los asesinos: esta fué su última oracion... ¡Y aun estoy vivo! aun no siento los efectos... ¿Querrán las fuerzas de mi juventud oponerse á mi castigo? Será en vano: mi resolucion es...

Coge el vaso.

SCENA VIII.

Fernando, el Presidente, Rampe y Miller. El Presidente, seguido de Rampe y de muchos criados, entra precipitadamente. Una triste inquietud se descubre en todos los semblantes: poco despues Miller, seguido de Alguaciles y Paisanos.

Con una carta en la mano.

Presid. ¡Hijo mio! ¿qué significa esta carta?... es posible...

Despues de haber apurado el vaso, le tira á los pies de su padre.

Fern. Ten, asesino.

Retrocede asombrado: todos permanecen del mismo modo: una pausa.

Presid. ¡Hijo mio! hijo: ¿por qué me tratas así?

Sin mirarle.

Fern. Porque desunir dos corazones, y sacrificarlos á la mas insaciable ambicion... El proyecto era de un político infernal; pero el amor ha desconcertado esta obra maestra de la iniquidad. *Una pausa.*

Vuelve los ojos á todas partes.

Presid. ¿No hay nadie que consuele á un padre desdichado?

Detrás de la scena.

Miller. Déxenme vms. entrar, por Dios, déxenme vms. que entre.

Abrese la puerta, y Miller se abalanza al teatro, seguido de Aguaciles y Paisanos.

¡Hija mia, Luisa! ¿dónde estás? ¡dónde está mi hija!

Le toma de la mano, y le conduce entre el cuerpo de Luisa y el Presidente.

Fern. Yo estoy inocente: ved ahí su asesino.

Cae en tierra al lado de su hija.

Miller. ¡Dios mio!

Fern. ¡Vea vm. ahí el fruto de su exêcrable ambicion!

Le conduce por la mano cerca del cuerpo de Luisa.

Lea vm. su nombre delineado por el ángel exterminador en esa frente pálida y descolorida.

Cae desmayado.

Levanta al cielo la mano derecha, y con la mas violenta expresion.

Presid. ¡Dios vengador! Dios omnipotente: tú sabes que solo éste es el autor de tan mostruosa maldad.

Con un grito de furor.

Rampe. ¿Yo?

Presid. ¡Tú, indigno! ¡tú, malvado! ¿no eres tú el que me dió este pérfido consejo? ¿No eres tú el que ha dirigido esta trama infernal? Pues que seas tambien tú sobre quien caiga el castigo.

Con risa desesperada.

Rampe. ¡Sobre mí!... ¡sobre mí!... hombre malvado, ¿acaso era él mi hijo?... ¡Sobre mí! Norabuena: caiga: yo lo sufriré; pero tú

Le agarra al Presidente.

no te quedarás libre... Id, dad voces, gritad, que prendan al asesino. Dad parte á los Jueces: y vosotros, ministros de justicia, atadme, conducidme á los tribunales, que yo revelaré secretos que harán extremecer al que los oiga.

Procura contenerle.

Presid. Así te atreves...

Rampe. ¡Por qué no me he de atrever, hombre malvado! Yo estoy furioso, y me atreveré á todo lo que un furioso se atreve. Sí, para mí será del mayor consuelo, descender contigo á un mismo calabozo, subir contigo á un mismo suplicio, y ser contigo precipitado á...

Que hasta ahora ha estado en un triste abatimiento, apoyada su cabeza en el cuerpo de su hija, se levanta de repente, y tira el bolsillo al Mayor.

Miller. Toma tu oro, vil emponzoñador: ¿pensabas comprarme la sangre de mi hija?

Vase precipitadamente.

Ya con voz débil.

Fern. Seguidle, consoladle... volvedle ese dinero, funesto tributo de mi reconocimiento.

Se vuelve hácia Luisa.

¡Luisa, Luisa! voy á buscarte: á Dios... dexadme espirar á sus pies.

Saliendo de un profundo recogimiento.

Presid. ¡Hijo mio! ¡Fernando! ¡dígnate de echar una mirada á tu desgraciado padre!

Echado al lado de Luisa.

Fern. Esta última pertenece al Dios de las misericordias.

Cae á sus pies, y con la expresion del dolor mas intenso.

Presid. Todos me abandonan, el criador y las criaturas... ¿Qué? ¿ni siquiera una mirada que pueda servir del último consuelo á tu padre?

Fernando le da la mano, y muere: el Presidente se levanta al instante.

Me ha perdonado.

A los demas.

A vosotros me entrego.

Vase seguido de los Alguaciles y Ministros, que llevan asegurado á Rampe.

FIN.

EL CHISMOSO.

COMEDIA

EN TRES ACTOS:

POR

EL DOCTOR DON FRANCISCO MESEGUER.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

Don Juan, Capitan de Infantería. *Señor Manuel Garcia Parra.*

Donavert, Coronel Aleman. *Señor Luis Navarro.*

Don Pedro, Caballero anciano. *Señor Antonio Pinto.*

Don Diego, anciano. *Señor Francisco Baca.*

Don Fermin. *Señor Mariano Querol.*

Antonio, criado. *Sr. Josef Garcia Ugalde.*

Ines, hija de Don Diego. *Señora Rita Luna.*

Doña Laura, esposa de Don Pedro. *Señora Coleta Paz.*

Doña Martina, hermana de Doña Laura. *Señora Josefa Virq.*

La accion se representa en una antesala: su adorno el regular de una casa de un hombre acomodado: en el centro hay una puerta, que lo es de la sala habitacion de Doña Laura y Doña Martina: á la izquierda se verá otra puerta, que lo es del quarto de Don Pedro, y otra mas adelante, que se supone quarto de Don Diego, mayordomo de esta casa y de su hija Inés: á la derecha ha de haber otra puerta además de la entrada general de la casa, ó puerta de la escalera, que será al primer bastidor.

ACTO PRIMERO.

Don Diego y Don Fermin.

Ferm. Sí, señor: ámigo, es mucha,
mucha la falta que ha hecho
vm. en estos tres meses
de ausencia; todo está vuelto
de arriba abaxo: es preciso
aplicar pronto remedio,
ó la muchacha se pierde;
vm. no es tonto, y yo creo
que sabe dónde le muerde
el zapato: yo no llevo
mas fin que su bien, y así
no descuidarse con estos
militares, que mas saben
de andar á la flor del berro,
que de la guerra: el Don Juan
será muy santo y muy bueno;
pero la máxîma mia
es admirable: yo pienso
cien veces mal en el dia;
y aunque parezca un exceso,
á mí me sale la cuenta

noventa y nueve lo ménos.
Diego. Absorto estoy.
Ferm. Ciertamente,
que no es para nada ménos
el caso; y á fé de amigo
que yo siento ser correo
de malas nuevas: concibo
que no le ha de hacer buen cuerpo
la noticia; mas estan
las cosas en un extremo
fatal.
Diego. ¡Pero Inés, que siempre
fué de honestidad exemplo,
ahora tan trocada! Estoy
por decir que no lo creo.
Ferm. Mil gracias por el favor.
Diego. No extrañe vm....
Ferm. Yo no tengo
por qué extrañarme de nada;
pero si hubiera de hacerlo
de alguna cosa, sería
de mirar lo satisfecho
que vive vm. de su hija:
yo á la verdad no contemplo
que el mal sea irreparable;
pero hay grandísimo riesgo

de un chasco: un oficialito,
que en las marañas y enredos
de enamorar, llevará
muchos años de maestro.
Item: un ave de paso,
sí señor, que quando ménos
lo pensémos, tomará
pasaporte: un extrangero
de quien se ignora si es
Griego, si Turco, si Armenio,
si Judío, si Christiano,
ó si estará en los infiernos
su rancia estirpe alta ó baxa;
en fin, que nada sabémos
mas que el Coronel su tio
(que Dios sabe lo que en eso
habia) ya sabe vm. bien
el chasco que ha poco tiempo
tuvimos con el Varon
de Boliche, y los enredos
que contó de sus grandezas;
y por remate de cuentos
entrampó á toda Sevilla:
y quando saber quisiéron
quién era su señoría,
sacamos á descubierto,

que el dichoso del Varon
era un bribon estupendo
sin otro título, que
la varonía del sexô;
pero sea lo que quiera,
nosotros solo sabemos
que tio y sobrino van
por esos mundos corriendo
á buscar sus aventuras.
¿Será el tal Don Juan sugeto
para descuidarse mucho
con él? Lo fixo y lo cierto
es que la Inesilla anda
muerta de amores: y á eso
apostaré las orejas.

Diego. No dude vm. que agradezco
sus avisos: y aunque sea
indecible el sentimiento
que me causan, mejor es
proporcionar el remedio,
que ignorar el mal.

Ferm. Pues bien,
no ponga vm. duda en ello;
observe vm. á su hija,
y verá con quánto esmero
se adorna; no pasa dia

que no se mire al espejo
quinientas veces: sus amas
no visten con mas aseo
que ella; bien sabe vm.
quán poderoso argumento
es la gala del amor:
amigo, á los que tenemos
mundo, no pueden echarnos
dado falso; yo estoy cierto
del caso: en otras materias
tendrá mas conocimiento
vm. que yo; pero en ésta,
ni vm. ni quantos naciéron:
¿si sabré de locos yo,
que he estado atado?

Diego. Lo creo,
Don Fermin: yo doy á vm.
mil gracias, y me prometo
que se remediará todo.

Ferm. Bien sabe vm. que le quiero
de veras, y tiene pruebas
convincentes de mi afecto:
pero amigo, la amistad
en los casos como estos,
es donde se ha de mostrar:
vm. es un pobre viejo,

que pende de las bondades
de esta casa: aquí los genios
son encontrados: madama,
ya vm. vé... y aunque Don Pedro
es un hombre angelical,
allá decimos: tan bueno
es mi Juan, que para nada
puede servir de provecho:
ella es un aspid; molesta,
con aquel maldito genio,
al marido; ¡y la hermanita!
no digamos, vaya: eso,
eso es hablar de la mar;
y como ya está el proyecto
formado, y entre los dos
estan cebando el anzuelo
para clavar al Don Juan,
y el Coronel va de acuerdo
con ellas, y solicita,
segun presuntas que tengo,
unirlo á Doña Martina,
en el instante primero
que huelan su inclinacion
á la chica, volaverunt:
mueven una tremolina
que ha de llegar hasta el cielo

el polvo, y arde la casa;
y á pesar del buen afecto
del amo, arrojan á vm.,
y le pierden sin remedio.

Diego. ¿Con que segun vm. dice,
se trata de casamiento
con Doña Martina, y ese
Don Juan?

Ferm. Sí señor, es cierto;
pero ese negocio va
con muchísimo secreto:
Doña Laura es el tu autem
del asunto, y el dinero
del Coronel Aleman,
que es poderoso, es el cebo
á que acuden las hermanas,
y este es otro fundamento
para vivir con cuidado,
y no perder el rezelo;
además que, como he dicho,
no puede ser con fin bueno
este amor: la diferencia,
amigo (yo soy ingénuo)
es notable; yo bien sé
que todos nos parecémos
en el nacer y el morir;

que el mas noble y caballero
es el mas hombre de bien,
y que el tesoro supremo
es la virtud; pero amigo,
el mundo no entiende de eso;
lo que tienes, eso vales:
deme vm. mucho dinero,
y un escudo con un gato,
dos águilas y tres perros,
y ya soy el mas honrado,
el mas noble y mas perfecto
del mundo, y desdeñaré
unirme con un sugeto
que carece de estas prendas;
con que será desacierto
fiar en la inclinacion
del Don Juan; yo lo confieso,
es honrado, es virtuoso,
es bien hablado, es modesto,
es todo lo que vm. quiera;
pero es rico y caballero,
y vm. es plebeyo y pobre:
bastante digo con esto.

Vase por la puerta principal.

Diego. ¡Válgame Dios! ¡Es posible
que Inés tenga atrevimiento

para tanto! ¿Será dable
que acalore los deseos
de un jóven, que ciertamente
se propone el fin perverso
de seducirla? su rara
virtud, su claro talento,
su modestia... ¡pero al fin,
la debilidad del sexô
es tanta, la seduccion
tan poderosa!... ¡Qué necio
quien tiene á la educaccion
por el único remedio
de nuestras inclinaciones!
Vale, sí: pero el imperio
y el fuego de las pasiones
aniquila en un momento
la obra de muchos años.
¡O Dios! tu poder supremo
me favorezca y alumbre
en este dia: el acierto
viene de vos, ilustrad
mi turbado entendimiento.
Esta muchacha me da
tantas pruebas de su esmero
en obedecerme, tantas
de sumision, de respeto,

de honestidad y virtud;
que de ningun modo puedo
resolverme á imaginarla
capaz de tal desacierto:
á mas, este Don Fermin
es de un carácter perverso,
enredador, malicioso
y atrevido: su recréo
es siempre sembrar cizaña,
moviendo chismes y cuentos;
y desde que esta señora
le da oídos, no tenemos
poco que ofrecer á Dios:
con todo, no despreciémos
el aviso; lo mejor
será informar á Don Pedro,
mi señor, de lo que pasa;
que de su bondad espero
remediará... pero Inés
viene aquí.

Saliendo de su quarto.

Inés. Padre, ¿qué es esto?
Pienso que estais afligido:
¿decidme, qué sentimiento
os molesta? ¿ha sucedido
algun desman? decid luego

vuestra pena, padre mio;
¿callais? ¿mi cariño tierno
tan poco os merece? ¡ó Dios!
¿qué será?

Diego. Dexa el rezelo,
hija mia: mi pesar
no es tanto: pero no debo
comunicártelo ahora:
mas no te aflijas por eso;
ya lo sabrás, y confio
que tendrá fácil remedio,
mediante tu discrecion
y virtud.

Inés. Padre, no entiendo
lo que me quereis decir;
pero con todo, penetro
que vuestro dolor es mucho,
y yo soy...

Diego. ¡Ay! el tormento
de mi cansada vejez:
tú llenas de desconsuelo
mi corazón.

Inés. Padre amado;
¿pues cómo? ¡ó Dios! ¿Yo en qué puedo
ofenderos? ¿qué os han dicho
de mí? Todos mis deseos

se cifran en agradaros;
dócil á vuestros preceptos,
vuestra voz y mi obediencia
son una cosa; mi anhelo
es serviros.

Diego. Hija mia,
tienes razon, lo confieso;
reconozco, y aun envidio
tu virtud: mi desconsuelo
quizá lo causas sin culpa;
pero aunque lo sientas, debo
estorvar el precipicio
á que caminas; yo quiero
que me oigas atentamente:
Dios te ha dado entendimiento,
y debes aprovecharlo,
Inés; y en este supuesto
no puedo disimular,
que olvidada del respeto
de un padre, que tanto te ama,
y sin tener miramiento
á tu estado, des oídos
á los culpables deseos
de un seductor, que pretende
tu ruina: ese mancebo,
ya me comprehendes, Don Juan;

ese amante, que en tu pecho
introduce de su amor
el pestilente veneno,
corromperá tu inocencia
muy pronto, y en el vil fuego
de su torpeza, abrasada
con doloroso escarmiento
perecerá tu virtud:
sus halagos lisonjeros,
que ahora te adulan y mueven
tu incauto y sencillo pecho,
son el puñal sanguinoso
de mi honor: brilla el acero
y mata; la adulacion
causa los mismos efectos:
dirás quizá que rendido
amante, expresivo y tierno
honestamente te ama;
que te promete sincero
eterna fé; y que jamas
mostró el infame deseo
de envilecerte: ¡ay Inés!
¡Ay hija mia! Lo creo
como si lo hubiera oído;
sus fines serán muy rectos,
muy santos y muy loables,

te hará los ofrecimientos
mas ventajosos: tu esposo
se llamará, y á los cielos
hará de su fé testigos;
mas testigos como éstos
oyen y callan, y nunca
en juicio compareciéron
á declarar lo que han visto;
quando medita el perverso
burlar la virtud, de Dios
se ha burlado ya primero.
Si conocieras el mundo,
Inés, no dieras asenso
á las fáciles promesas
de los hombres: los mas de ellos
son malignos; la deshonra
de una jóven que perdiéron
con sus pérfidos halagos,
es el triunfo mas completo
á que aspiran; y se jactan
del infame vencimiento,
como de una accion heroyca
entre viles compañeros
que los aplauden y envidian
su ventura; el débil sexô
vé y toca todos los dias

repetidos los exemplos
de esta verdad; pero nunca
un saludable escarmiento
lo precave: ¿este Don Juan,
ignoras que es un sugeto
muy principal? Sabe, hija,
ó deberas saberlo,
que su tio el Coronel
tratando está, (por supuesto
con su anuencia) casarlo
con Doña Martina; y pienso
que está muy adelantado
este negocio: yo llego
ahora de fuera y lo sé;
¿pues cómo tú ignoras esto?
Además, Inés, tú sabes
nuestra pobreza, y el cielo
que te dotó á manos llenas
de hermosura, al mismo tiempo
que de nobleza; sí, hija,
eres noble: el mismo cielo,
ó no él, sino mis pecados,
me han traído á tal extremo,
que habiendo mandado á muchos,
para ganar el sustento
ha tantos años que sirvo

en esta casa, el empleo
de mayordomo: tú ahora
discurre si un caballero,
de las prendas de Don Juan,
pensará en el devanéo
de casar con una pobre
criada, y hacer el yerro
(yerro, porque la pasion
no quita el conocimiento)
de exponerse á que su tio
indignado de este exceso
quiera arrojarlo por siempre
de su lado á ser exemplo
de vituperio y miseria;
no Inés, no puede ser eso:
te amará, no pongo duda;
pero con fin muy diverso
del que conviene á tu honor
y al mio: basta con esto
para que evites su trato.
Considera á quántos riesgos
te expones, y á mí me expones.

Inés. Padre mio, yo...

Voz de adentro. Don Diego.

Diego. Despues te oiré, que llaman:
á Dios. *Vase.*

Inés. Será dable... ¡ó cielos!
¡ó falso amante! ¡ó cruel!
Socorredme, Dios inmenso
en tanta pena: ¡ay! ¡Me faltan
las fuerzas! ¡hombres perversos!
Mal haya quien os da oídos.

Inés llorosa se sienta en una silla: Don Juan, que entra entónces por la puerta de la escalera, repara en ella; luego mira á todas partes en ademan de explorar si lo observan: despues corre presuroso á Inés, y apartándola del rostro el pañuelo con que aparenta enxugar sus lágrimas, dice.

Levantándose indignada.

Juan. ¿Lloras, mi bien? ¡Dulce dueño,
huyes de mí! ¿Ya te ofende
mi fino amor, mis extremos,
mis penas, tantos suspiros?
¡ay! ¿El irritado fuego
de mi violenta pasion,
la eterna fé que mi pecho
te ha jurado, se grangea
ódio y aborrecimiento?
Cruel, cruel, vuelve el rostro
á quien te idólatra ciego:

¿por qué me detestas? ¿qué
delito, qué crímen fiero
ha provocado el rigor
de tu enojo? ¿mis afectos
mis lágrimas, mi esperanza,
mi dulce esperanza, ¡ó cielos!
será vana? ¡Ay! era mia,
y la bastaba con eso
para nacer y morir
en el instante.

Inés. Perverso
seductor, monstruo inhumano.
déxame en paz: en paz, ¡cielos!
¡y qué paz! Eterno llanto,
crueles remordimientos
de mi alma, para siempre
van á ser los compañeros
de mi desdicha: perjuro,
esta infeliz ¿qué te ha hecho
para que así la burlases?
¿no te horroriza el exceso
de tu maldad? ese amor,
esos fingidos extremos
de cariño, los halagos
de tu cauteloso pecho,
¿qué son, malvado, y qué han sido

sino los indignos medios
de combatir la inocencia
de mi alma? Tú del seno
de mi feliz ignorancia
me arrancaste; ¡ay! tú el primero
amor me enseñaste; yo
te amé, y al instante huyéron
los inocentes placeres
de mi alma; el desconsuelo,
la inquietud, el sobresalto,
la desconfianza, fuéron
tósigo de una esperanza
mentida; y en el funesto
conflicto de mis pesares
tu fé, tus ofrecimientos
expresivos, tus palabras
amorosas, los extremos
de tu criminal astucia
derramaban el consuelo
en mi corazon: yo amaba
mis penas; sí, dulces fuéron
mis pesares, mis dolores
eran delicioso cebo
de mi amorosa pasion;
amar y amar con extremo
fué toda mi gloria; ¿y quál

quál ha sido el digno premio
de tanta fé? ¡ ah! Tú lo sabes,
traidor; traidor huye léjos
de mi presencia: tu vista
me horroriza; te detesto
con toda mi alma: ya
solo serás un objeto
de horror para mí; sí, solo
en mi desolado pecho
la vergüenza quedará
de haberte amado: no quiero
satisfaccion; yo perdono
mis agravios; vé, y al dueño
verdadero de tu amor
(si hay en tí amor verdadero)
lleva, infiel, esas palabras
amorosas, esos tiernos
halagos, esos discursos
estudiados y compuestos
con tanto ardid; ella hará
todo el merecido aprecio
de ese amor puro, esa fé
inmudable, y ese eterno
cariño, que yo abomino,
para siempre detesto.

Don Juan detiene á Inés.

Juan. Detente, Inés; oye, atiende
á un infeliz: yo no encuentro
el motivo que te irrita
contra mí. ¿Qué fingimientos
me hallas? ¿qué amor, bien mio,
fuera de tí? Nada entiendo
de quanto has dicho; ¿quién es
esa muger, que tus zelos
ocasiona, y mis pesares?
¡Ay! si me amas, el tiempo
en vanas reconvenciones
no perdamos; al momento
nómbrala y eternamente
la evitare; sabe el cielo,
que si el primero que amaste
he sido, mi amor primero,
mi único amor eres tú:
nada, sí, nada amar puedo
sino á mi adorada Inés.

Inés. ¡Falso! no amas.

Juan. El cielo
me confunda si mi alma
jamas adoró otro objeto
que tu hermosura.

Inés. ¡Ah! ya toco,

ya para mi daño veo
quán falsos, quán engañosos,
quán bárbaros, y quán fieros
son los hombres; ¿quién, infiel,
podrá persuadirse oyendo
tan halagüeñas mentiras,
que aquí mismo, sí, aquí dentro
de esta misma casa está
la causa de mi tormento?
¡Perjuro! Ya lo sé todo;
ya el reservado misterio,
el contínuo disimulo,
y el afectado secreto
con que mi amor ocultabas
se descubre; ya el intento
se ha conocido, ¿querias,
aleve?... ¡O Dios! Tus perversos
fines no serán logrados;
no, fementido: ya es tiempo
de conocerte, y borrar
de mi lastimado pecho
tu imágen aborrecida:
déxame; yo te lo ruego
con mi llanto; no estimules
el cruel resentimiento
de mi alma.

Don Juan queda como absorto: Don Fermin que va á salir por la puerta de la sala, repara en los dos amantes; se detiene, y vuelta la espalda, hace señas con ridículo apresuramiento á Doña Laura y Doña Martina, que vienen á él aceleradas; y todos tres se ocultan con las cortinas de la puerta, quedando á la escucha.

Juan. En suma, Inés,
ya me aborreces, y debo
olvidarte para siempre;
yo soy un vil, un perverso,
un seductor, un tirano,
un monstruo cruel y fiero,
un falso amante; y en fin,
en esta casa el objeto
de mi amor y tus agravios
se halla, ¿quién el perverso
es que te haya sugerido
tan indignos pensamientos?
Declárate, ó vive Dios,
Inés, que mi enojo ciego
me precipite.

Ines. ¡Ah! bien finges.

Juan. ¿Finjo, Inés?

Ferm. Paso muy tierno.

Laura. La gazmoña. *A media voz.*

Mart. La gatita
de Mari-Ramos. *A media voz.*
Tirando un poco hácia dentro á Doña Laura y Doña Martina.
Ferm. Sospecho
que nos vean: retirarse
algo mas.
Inés. ¡Ay! Don Juan, temo
que mis amas anden cerca.
Juan. ¿Y lo sientes? Yo me alegro,
si descubren el amor
con que idolatro tu cielo:
sepan todos que te adoro;
sépanlo ya, que no quiero
que el prudente disimulo
con que lo ocultaba, á riesgo
me ponga de que zelosa
me aborrezcas; dulce dueño,
ya es forzoso revelar
el reservado misterio,
que me obligaba á ocultar
mi fiel amor; y muy presto
te mirarás convencida
de que no un estraño afecto,
sino prudente razon,
me obligaba.

Inés. De allá dentro
temo que observarnos puedan:
ven, sígueme.

Se entran á la habitacion de Inés.

Ferm. ¡Bravo! ¡bueno!
madamas, la cosa está
en punto de caramelo;
¡si olfato mas delicado
que el mio en el mundo entero
no se hallará! es un instinto
natural, es un talento,
una gracia *gratis data*
la que para el caso tengo.
Yo no sé filosofia,
teología, ni entiendo
aun el ayudar á misa;
pero señoras, en esto,
de ya vm. entiende, me rio
de todos los que escribiéron
de la materia: no es chanza:
sé mas que saber pudiéron
los siete sábios de Grecia,
Hipócrates y Galeno.
En fin, no dirán vms.
que no lo dixe con tiempo;
la cosa es palpable: yo

por vm. sola lo siento,
Doña Martina, que va
á sufrir el menosprecio
que está á la vista, que á no,
me emplumen sino me alegro
del chasco, porque me duele
la boca de estar diciendo,
que es preciso echar de casa
á estas gentes; y ahora el bueno
del padrazo hará la vista
gorda; pero irá de acuerdo
con la linda de la hija.

Laura. Vm. tiene razon; pero *A media cólera.*
el maldito de mi esposo,
aunque ya sobre el intento
le he echado mil indirectas,
luego me sale al encuentro
con que es una buena hija;
que su padre ha tanto tiempo
que nos sirve; que el honor
de una doncella, y el riesgo
de su abandono, requieren
grandísimos miramientos;
que las gentes formarían
mil juicios; que por rezelos
no se ha de juzgar á nadie;

y por remate de cuentos,
me encaxa un sermon, con dos
ó tres docenas de exemplos,
que me fuera por no oirlo
al fin del mundo.

Ferm. Es molesto
con sus benditas sandeces:
cada qual tiene su genio
en aquesta vida: yo
soy pecador, lo confieso;
pero no tengo otra falta:
de todas las cosas pienso
perversamente: será
muy malo; pero yo acierto.

Mart. ¡La inocente! vaya, ¡si
de rabia estoy que rebiento!
estoy por ir y sacarla
asida de los cabellos.
¡Dios me libre de aguas mansas!
con aquel recogimiento,
aquella falsa modestia,
y siempre mirando al suelo,
parece que no ha quebrado
un plato en su vida! Fuego
con su virtud.

Ferm. ¡La virtud!

¡la virtud! ¿dónde está eso?
Que la busquen con candiles,
y si la encuentran, consiento
en que me saque las muelas
un aprendiz de barbero;
yo no me he hablado en mi vida
con quien la tenga: lo cierto
es que una muger de rompe
y rasga, que hecha de un terno
á rodar todos los chismes
de una casa, la prefiero
á estas mogigatas, estas
embusteras, que fingiendo
humildad y devocion,
modestia y recogimiento,
suelen dar unos petardos
asombrosos: en efecto,
la Inesilla es una prueba
de mi sistema, y si presto
no se da un corte, la cosa,
segun ha tomado vuelo,
tendrá resultas, resultas
de importancia.

Laura. Yo no puedo
sufrir esta demasía,
Don Fermin.

Mart. Si en el momento
no salen de casa, yo
me salgo de ella, y no vuelvo
jamas: ¿qué? yo sufriria
tan indigno menosprecio
de mi persona, y que una
criada... vaya, si pierdo
el juicio.

Ferm. La conferencia
es larga.

Laura. Me desespero.

Mart. ¿De qué tratarán, que durá
tanto el coloquio?

Ferm. Pues, ¿eso
duda vm.? yo sin oirlo
lo juraré, por supuesto:
la muchacha es compasiva,
él un corazon muy tierno,
tal para qual: hablarán
de ansias, fatigas, tormentos,
congojas, penas, martirios,
sobresaltos, desconsuelos;
se afligirán, llorarán,
ponderarán el funesto
estado de una pasion

tan exâltada, el rezelo
de que el hado, la fortuna,
los astros, el firmamento,
todos los siete planetas,
ayre, agua, tierra y fuego,
priven, estorven, impidan,
malogren el cumplimiento
de tánto amor, tanta fé,
y tan ardientes deseos;
y resultará de todo,
que para pronto remedio
de tanto mal, riesgo tanto,
tanto susto, y tal empeño;
la medicina mas sana
es el santo Sacramento
de un matrimonio, que harán
á pesar del mundo entero.

Laura. ¡Qué mi marido no venga
para que vea si tengo
razon en quanto le digo!

Ferm. Chi, Don Juan, disimulémos.

Sale Don Juan.

Juan. ¡Señoras!

Laura. Señor Don Juan,
segun parece, hace tiempo

que está vm. en casa.

Juan. No;
habrá unos cortos momentos
que llegué, y un encarguito
quise hacer á Inés, primero
que me pasase á ofrecer
á vms.

Mart. Sí, desde luego
se echa de ver que es asunto
importante por extremo,
quando se prefiere á todo
lo demas.

Juan. Lo es con efecto,
señora.

Mart. Sin que lo jure
vm., le daré yo asenso;
y fio que Inés hará
quanto dictáre el deseo
de vm. para complacerle;
es bondosa por extremo,
servicial, agradecida
y amable; no tiene pero
la muchacha; sabe Dios
quán grande es el sentimiento
que me causa su salida

de casa: mas no hay remedio,
hoy saldrá; que tanto bien
aquí no lo merecémos.

Vase.

Juan. ¡Inés sale! ciertamente,
señora, que no penetro
el motivo, y me sorprehende
la noticia.

Laura. Yo lo creo;
para mí tambien ha sido
inopinada, y protesto
á vm., que á no haberlo visto,
no creyera el fundamento
para esta resolucion;
pero es ya tan manifiesto
el caso, que no hay arbitrio
de dudar lo que estoy viendo.

Vase.

Juan. Don Fermin, estoy corrido
de esta injuria, y fuera necio
sino entendiese que yo
soy la causa de este empeño
tan descortés, vergonzoso,
impolítico y grosero:
y vive Dios...

Ferm. Vaya, vaya:
¿vm. hace caso de eso?
¡Qué al contrario piensa el hijo
de mi madre! Nada ménos;
de las mugeres se hace
un absoluto desprecio,
se tratan á la vaqueta,
y de todos sus enredos,
sus amores, sus desvíos,
sus pesadumbres y zelos,
el buen soldado de amor,
el veterano perfecto,
el héroe aguerrido en lindes,
escaramuzas, encuentros,
batallas, sitios, conquistas,
riñas, pendencias y duelos,
hace un lio, un envoltorio;
y á la mochila con ello.
Juan. ¿Pero yo, qué causa he dado
para ese procedimiento
tan irregular?
Ferm. ¿Con que
vm. lo ignora? ya veo
que no sabe de la misa
la media.

Juan. Yo no penetro
el motivo: ¿vm. lo sabe?
Ferm. Sí señor; ¿no he de saberlo?
Doña Laura es el demonio;
Doña Martina, no quiero
decir nada: ellas proyectan
clavar á vm., digo esto
inter nos, de amigo á amigo,
y baxo de aquel secreto
que yo acostumbro: han olido
que vm. es algo propenso
á la Inés: y hace muy bien,
que yo me hiciera lo mesmo;
porque, amigo, la muchacha
es un bocado sin hueso;
y merece que á sus plantas
los militares de Venus
y Cupido, rindan todos
los marciales instrumentos,
de banderas, estandartes,
bombas, cañones, morteros,
fusiles y vayonetas,
cartucheras y sombreros,
tambores, pitos y flautas,
para erigir un trofeo

á aquellos ojos benditos,
que parecen dos luceros,
dos fósforos, dos candiles
que iluminan á los ciegos,
de modo que... ¿vm. me eniende?
Como digo de mi cuento,
estan rabiosas, zelosas,
y para darse á los perros;
y como son tan malvadas,
para vengarse han dispuesto
una máquina, un embrollo,
una califa de enredos
diabólica: cuente vm.
que para punto primero,
pondrán á Inés de patitas
en la calle; y para ello
alborotarán la casa
en quanto venga Don Pedro,
y habrá la de Dios es Christo:
item, el pobre Don Diego
irá, como allá decimos,
la soga tras el caldero;
luego al Coronel, al tio
de vm., que segun entiendo,
con Doña Martina quiere

casarle: digo, á lo ménos
ellas lo dicen, que yo
que me quemen si las creo,
porque mienten infinito:
le dirán de verbo ad verbum
lo que han visto, y lo que no
han visto; y está indispuesto
vm. con su señor tio,
metiéndole en el aprieto
de negar, y no tratar
á la muchacha, y con estos
enredos hacen su agosto;
y por remate del cuento
le obligan á dar la mano
á Doña Martina. Esto,
señor mio, es lo que pasa:
con que á poner el remedio
conveniente, y no dormirse,
que yo como verdadero
amigo, para este fin,
quanto valgo y quanto puedo,
ofrezco sin ceremonia;
porque yo no soy de aquellos
botarates, fanfarrones,
que todo es ofrecimientos,

exâgeracion, promesas,
afectaciones, obsequio,
palabras, mucha prosa,
y al remate, cumplimientos.

Vase.

Despues de una ligera suspension.

Juan. ¡Desventurado! Esta es
la causa del menosprecio
que he sufrido: ¿estas mugeres,
cómo pudieran, á ménos
de mirarse interesadas,
mostrar un resentimiento
impertinente? No hay duda.
El Coronel ha dispuesto
unirme á Doña Martina:
¡ó Dios! ¡cómo, cómo puedo
saberlo sin que la angustia
me ahogue! Inés, dulce dueño

Llegando á la puerta del quarto de Inés.

de mi alma, oye mi pena.
Ven, compadece el tormento

Sale Inés.

de un infeliz... quán fundados
eran mi bien, tus rezelos:
el Coronel ha tratado,

(ahora acabo de saberlo)
casarme con tu señora:
¡ó qué dolor!

Inés. ¡Santos cielos!
¿será verdad?

Juan. Sí, se trata
unirme con ese objeto
de mi furor: esa vana
muger, que ni aun mi desprecio
merece: nuestros amores
ya son públicos: muy presto
el Coronel imperioso
me obligará al cumplimiento
de su voluntad; y yo...

Inés. ¿Consentirás?

Juan. ¿De mi afecto
lo puedes temer? Yo voy
á perderme: sí, resuelto
le diré que te amo; y fino
hasta en el último aliento
de mi vida te amaré:
que tú eres mi amor, mi anhelo,
mi esposa, mi dulce esposa,
mi único bien, mi universo,
y mi gloria.

Inés. ¡O qué ventura
para mí!
Juan. Ventura, ¡ó cielos!
¿Ignoras mi situacion?
El doloroso secreto
que ha poco te descubrí,
ó qué daño tan inmenso
hace á mi amor, ¡infeliz!
Desde los años primeros
de mi vida, vago, ausente
de la patria, el hado adverso
me arrebató para siempre
de los brazos halagüeños
de mi padre, de aquel padre,
que tantas veces en ellos
dulcemente me estrechaba:
en vano en todos los reynos
de España le buscó ansioso;
temeroso y encubierto,
á obscuro fin arrastró
su mísera vida, huyendo
de la muerte á cada instante.
¿Yo sin ventura, que puedo
por mí? Ni aun llamarme hijo
suyo; quanto valgo y tengo

es del Coronel, de cuya
liberalidad dependo
enteramente: por él
vivo, todo se lo debo:
¿cómo podré resistir
á su voluntad? Su genio
inflexîble, la dureza
de su carácter violento,
¿sufrirá mi inobediencia?
No es posible: su despecho
descubrirá que no tiene
conexîon, ni parentesco
conmigo; me privará
de su amistad, y resuelto
en su determinacion
rebocará el testamento,
que sin esperanza ya
de hallar á su hija, ha hecho
aquí, por el qual me nombra
(como sabes) heredero
de sus quantiosos bienes:
voy á ser en un momento
reducido á miserable
indigencia, y menosprecio
de todos; y en tanto tú,

hecha lastimoso objeto
del ódio de estas mugeres...
¡ó pesar! Ya lo han resuelto;
saldrás con tu honrado padre
de esta casa: ¡sentimiento
insufrible! ¡Ay! por mí pierdes
la comodidad, sustento,
y quietud que has disfrutado
en ella: yo soy el fiero
enemigo, que he podido
causar este mal inmenso
á tí, y á ese pobre anciano;
perderte y perderme á un tiempo:
á Dios, Inés.

Inés. ¿Dónde vas?

Juan. Donde el irritado cielo,
que en su cólera me dió
el aborrecible aliento
que respiro, satisfaga
su indignacion; me iré huyendo
á los mas remotos climas
del mundo: no, ya no puedo
verte mas, á Dios; y á Dios
para siempre.

Inés. ¿Así en el fiero

dolor que me oprime, huyes
y me abandonas; y léjos
de fortalecer mi alma,
la dexas en desconsuelo,
llanto y pesar anegada?
Vuelve á mí, mira en mi pecho
desolado la ternura
de una esposa, los afectos
de un corazon todo tuyo,
el cariño mas sincero
de un alma fiel, la congoja
que me oprime, los tormentos
que voy á sufrir: ¿serás
tan insensible, tan fiero,
que añadas á tantos males
el insufrible, el violento
dolor de tu ausencia? ¿Cupo
en un amor verdadero
tan dura resolucion?

Juan. Cupo en el cruel extremo
de mi dolor; ¿qué me resta?
morir: nada, nada veo
sino pesares; unidos
mil infortunios viniéron
sobre mi amor desdichado.

Inés. Si fuera cierto,
como lo dices, ¿pensáras
abandonarme? ¿Qué imperio
tienen las adversidades
sobre el amor? ¿ó qué esfuerzo
basta á desunir dos almas
que él estrecha? ¿Será ménos
tu constancia que la mia?
¡Ay! Advierte que el momento
de tu partida lo es
de mi muerte: sí, lo veo.
Este, cruel, será el fruto
de tu flaqueza, y el premio
de mi afecto; ¿y tú me amas?
Huye, insensible, huye léjos
de mí: tu amor es un vano,
un especioso pretexto
con que alucinaste una alma
inocente: dame, ¡ó fiero
robador! aquella paz
que me arrancaste del pecho
Inés. ¿Me amas?
Juan. ¡Pluguiera al cielo
que mi ventura igualase
á mi amor!

con tus pérfidos halagos,
y déxame; yo consiento
en no verte, sí, á no verte
para siempre me condeno.
¡Para siempre! ¿Esposo amado,
me dexarás?

Juan. ¡Dios inmenso!
¿sufrirás que amor tan puro
sea perseguido? El cielo,
dulce esposa, el cielo santo,
á cuyo arbitrio supremo
se mueven las voluntades
de los hombres, cuyo imperio
todo lo abraza, no quiera
que te abandone; primero
muera este infeliz (feliz
en poder llamarse dueño
de voluntad tan heroyca)
que rendido al hado adverso,
se humillase á la flaqueza
de dexarte; sí, prometo
á tu lado padecer
adversidades, tormentos,
desnudez, hambre, fatigas,
insultos y menosprecios,

hasta morir por quien ama
con amor tan verdadero.

Inés. Y mi fé, dulce bien mio,
superior á males, riesgos,
peligros y desventuras,
y á pesar del mundo entero,
ó premiará tu constancia,
ó morirá por hacerlo.

Juan. Pues á esperar y sufrir
con valor y firme pecho.

Inés. A vivir, y ser dichosos,
ó morir por querer serlo.

ACTO SEGUNDO.

Salen Don Fermin y Antonio.

Ferm. ¿Con que Don Juan se marchó
al instante, y todavía
no ha vuelto Don Pedro?

Anton. Ya
tardará poco: este dia
se ha detenido algo mas
que acostumbra.

Ferm. ¿Y la Inesilla

está sola?

Anton. Me parece.

Ferm. ¿Pues, y su padre?

Anton. Saldria
de casa habrá media hora,
y aun no ha vuelto.

Ferm. Peregrina
ocasion se proporciona
para quatro palabritas
que pienso decirla: acecha
si acaso Doña Martina,
ó Doña Laura, se vienen
por acá.

Anton. De la familia
nadie parece.

Ferm. Bien: todo,
Antonio, se facilita
en habiendo ingeniatura;
presto verás maravillas
pasmosas: y si las cosas
resultaren á medida
de mi gusto, tendrás tú
ventajas reconocidas,
y adelanto en tu fortuna.

Anton. ¿Pues vm. qué solicita?

Ferm. Desbancar al Capitan
Belisario: la conquista
de las Malucas no fué
de tanto afan y fatiga
como esta plaza de Inés.
Vaya, está fortalecida
á prueba de bomba: ¡quántos
asaltos á escala vista
la he dado! Y en vano siempre:
con la mayor ignominia
fuí rechazado de modo
que á la militar pericia,
no le quedó mas arbitrio
para llegar á rendirla
sino el sitiarla por hambre;
y en estando reducida
al último apuro, entrar
el comboy, y fuéron dichas.
Anton. ¿Y qué tengo de hacer yo?
Ferm. Una cosa muy sencilla:
ver y callar.
Anton. Bien: yo muero
por Dios: á quanto me diga
listo; pero dudo mucho
que el intento se consiga:

es uraña; y sobre todo
no la perderá de vista
D. Diego; en su ausencia ha sido
fácil hablarla, y decirla
qualquier cosa; pero ahora
yo no sé lo que le diga
á vm.: y Don Juan, que tanto,
segun parece, la estima,
no consentirá...

Ferm. Ese pleyto
se pasó en vista y revista,
y le pierde: tú no sabes
la maraña peregrina
que yo he tramado: Don Diego
hoy mismo, sino lo libra
Dios, saltará de la casa
por supuesto con la hija:
tú quedas de mayordomo,
y consigues infinitas
ventajas; ellos perecen,
y la cólera se humilla
de la muchacha: el Don Juan,
mediante la tremolina
de enredos que yo he fraguado,
y que presto á la noticia

del Coronel, llegará
el proyecto que medita
de casar con ella, queda
en necesidad precisa
de no tratarla, ó se expone
á perderse; y si porfia
en ser majadero, al punto
el Coronel toma pipa,
y se lo lleva á Alemania;
con que el estorvo se quita
de mi intento, y siempre sale
la cuenta.

Anton. ¿Y Doña Martina,
que por él se seca? En viendo
que se va, queda bonita.

Ferm. Lo mejor del caso es,
que la tengo persuadida
á que el tio quiere en casa
juntar sobrino y sobrina
para alivio de sus huesos;
vaya, que es cosa de risa.
Tanto sabe el Coronel
del casamiento á que aspira
la boquirrubia señora,
como yo de cantar misa.

¡Pobre boba! se ha tragado
toda la maraña mia
sin tocar en barras: ¡vaya!
estará que echará chispas
en descubriendo el embrollo.
Pues no digo la hermanita:
¡cuerpo de Dios, qué coleto
me pondrán sus señorías!
Bien, allí me las den todas:
la cosa está reducida
á que me llamen chismoso,
oráculo de mentiras,
trapalon, enredador,
y algunas otras cosillas
á mayor abundamiento:
santas pascuas; en su vida
pueden ellas decir otra
verdad tan clara y sencilla:
bueno; que no sean tontas:
¿pues acaso es culpa mia
que tras de no tratar mas
que enredos, bachillerías,
chismes y cuentos, no entiendan
el christus de la cartilla?
Salte Inés, y mas que salten

ellas tambien para arriba.
El amor es una guerra
general, establecida
desde el principio del mundo;
en la que se verifican
bloqueos, sitios, batallas,
choques, asaltos, conquistas;
unas veces frente á frente;
otras con ardid, intriga,
y maniobra secreta:
y pues inútil se mira
la fuerza, con arte y maña
es preciso que se rinda
esta plaza.

Anton. ¿Y si el enredo
se descubre?

Ferm. No te aflijas;
yo salgo á todo: en mi casa
siempre tendrás acogida
y pan; y aun si tú quisieras
enganchar con la Inesilla,
te acomodára.

Anton. Lo creo:
gracias.

Ferm. Te juro por vida

de hombre de honor, que te haré...
Anton. Coronel de Infantería
lo ménos.
Ferm. Sino acomoda,
dexarlo.
Anton. Doña Martina,
y Doña Laura. *Vase.*
Ferm. Pues lleve
el demonio su venida:
ya no puedo hablar á Inés.
¡Señoras!
Doña Laura y Doña Martina.
Laura. Se necesita,
Don Fermin, que vm. apoye
las oportunas medidas
que para el caso tomamos:
es diligencia precisa,
que vm. vea al Coronel,
y le informe á la hora misma
de todo lo que ha pasado;
sí señor, para que en vista
del caso, apoye la idéa;
y aunque mi marido insista
en sus entusiasmos, haga
que el Don Diego y la Inesilla

salten hoy mismo.
Mart. Eso, eso
es lo que importa, á fé mia
que no lo cuente por gracia;
no se ha de burlar la niña
de nosotras: Don Fermin,
en vm. tan solo estriva
el logro: dígale al tio,
con la reserva precisa,
que sin quitar este estorvo
no es dable que se consiga
el casar á su sobrino
conmigo, porque la linda
de la Inés, con sus astucias
lo saca de sus casillas:
vaya vm., no se detenga;
pero cuidado, no diga
que sale de mí.
Ferm. De modo,
que en efecto, señorita,
es esta una comision,
que, la verdad sea dicha,
tiene un no sé qué, que no
me resolveré á servirla
sin violentarme: vm. mande

quanto guste; y de mi vida,
hacienda y poder disponga,
que en cosas que no desdigan
de mi genio, ciertamente
su boca será medida;
pero esta cosa repugna
á mi carácter.

Laura. ¿Que diga
vm. eso, Don Fermin?
¿Pues hay cosa mas sencilla,
mas natural, ni mas fácil,
que este paso? ¿Temería
vm. que lo descubramos?

Mart. ¿No somos nosotras mismas
interesadas en que
Don Juan en jamas consiga
ver por dónde se le llueve
la casa?

Ferm. Bien, señorita;
pero esto tiene unos visos...
yo no sé cómo podria
decirlo, sin ofender
á vms.: se me imagina
que es chisme, sí; chisme: y yo,
¡vaya! perderé la vida,

primero que andar en cuentos,
ni enredos. ¡Jesus Maria!
Me muriera, si supiese
que pudiera alma nacida
tacharme de *lleva y trae*;
perdone Doña Martina,
que la chismografia es ciencia
para mí desconocida.

Laura. ¿Pues cómo se ha de hacer?

Ferm. ¿Cómo?
¿Acaso se necesita
mas que informar á Don Pedro
de todo? Sí; en la hora misma
que llegue, como leonas
embestirle, y á porfia
alborotarle los cascos;
mover una chamusquina
estrepitosa, y que arda
Troya, como esotro dia
quando faltáron las joyas;
que solo Doña Martina
habló mas que un sacamuelas.
¡Jesus! Con la greguería
saqué la cabeza yo
como un alano: es divina

su gracia para el efecto,
sin perjuicio de la linda
habilidad que vm. tiene,
Doña Laura; porque amiga,
lo que es aturdir, lo hace
vm. á mil maravillas:
con que pues Dios ha dotado
á las dos, por su benigna
providencia, de esas voces
tan claras, sonoras, limpias
y armoniosas: asirse,
que consienta, que resista,
á las orejas, y á duo
sonarle las chirimias
de sus barridas gargantas;
que como Dios no le asista,
no solo echará él á Inés
de casa, sino á fé mia,
los sesos por las narices
echará solo de oirlas.

Mart. Cierto, Don Fermin, que vm.
exâgera á maravilla
las cosas; y unas alhajas
de tanto valor y estima
como las que me robáron...

á qualquiera causarían
un pesar.

Laura. No, no hagas caso,
es genio suyo; no atina
á hablar, sino exâgerando;
por eso...

Ferm. Señoras mias,
esto no es mas que el elogio
y alabanza merecida
de tan rara habilidad:
lo que importa es que se sirvan
con acierto de ella, y no
malogren la peregrina
gracia que el Señor las dió
para el caso; que sería
una falta irreparable
dar al Coronel noticia
de nada: ¿no ven vms.
que al punto sospecharía
la gana del matrimonio?
haga vm., Doña Martina,
como todas, disimulo,
desdenes, gazmoñerías,
encogimiento, modestia,
pudor, miedo, hipocrésía

de amor en una palabra;
y en viéndolo á tiro, niña,
clavarlo de medio á medio,
y que se quite de encima
la arracada: ¿piensa vm.
que cazar hombres hoy dia
es ir á cazà de gangas?
Bueno está el tiempo: por vida
de quien lo entiende, que hay
paxarraco que divisa
el cazador á diez leguas,
y á veinte advierte la liga,
y á treinta le da el olor
á polvora; y al sentirla
toma vuelo, y en doscientas
al cazador no se arrima:
vm. vé que ya me queda
poco pelo, y á fé mia,
que tuve mucho y muy bueno,
como que causaba envidia:
¿piensa vm. que lo he perdido
de estudiar filosofia,
álgebra, mágica blanca,
canónes, alveytería,
ó recoger antigualla?

De escudriñar las doctrinas
de amor me he quedado calvo:
que es la ciencia mas prolija,
mas sutil, mas encrespada,
mas enredosa y maldita,
que halló el Infante Don Pedro
el de las siete partidas.
En suma, á Don Pedro, á él;
apretarle las clavijas
hasta que salten las cuerdas,
que yo acá de parte mia
haré de un diablo dos
por apocarlos; y unidas
nuestras fuerzas, la victoria
será pronta y decisiva.

Laura. Pues bien, Don Fermin, vm.
lo proporcione y dirija
como sabe, y hasta luego.

Vase.

Mart. En su habildad estriva
el acierto, con que así,
cuidado. *Vase.*

Ferm. Bien: id malditas
de barrabás: ¿habrá bestias
mas bestias y embrutecidas

que estas mugeres? ¿No es bueno,
que ven que apénas las mira
el Don Juan, quando las habla;
que el Coronel las visita
poco, y con mucha etiqueta,
sin que uno ni otro las diga
nada relativo al caso;
y viven tan presuadidas,
solo porque yo lo digo,
como si con ellas mismas
se hubiera tratado? ¡vaya!
la muger mas entendida,
en tocándole el registro
del matrimonio, delira:
si en viniendo el Antichristo
las arma esta zancadilla,
se las lleva á los infiernos
á bandadas; está vista
la vocacion: todas, todas
como las capellanías
piden varon; pero ya
es tarde, y cosa precisa,
que Don Pedro vuelve á casa;
y Don Diego por la misma
razon vendrá pronto: voyme

ántes que la tremolina
se enrede.

Vase, y salen Don Diego y Don Pedro. Al salir Don Fermin hace una reverencia á los que entran: Don Pedro lo mira con indignacion y desprecio hasta perderle de vista.

Pedro. ¡Qué buena hoja!
¿y que guste mi familia
de este botarate?

Diego. El
es quien me ha dado noticia
de lo que pasa.

Pedro. Acabára
vm.: pues todo es mentira.

Diego. Yo lo conozco muy bien;
sé su propension maligna
á enredar, y mover cuentos
y chismes; y que en Sevilla
le llaman Don Faramalla,
por las marañas indignas
que trama, no sin quebranto
alguna vez de familias
muy honradas; mas con todo,
siempre la prudencia dicta

estar á lo mas seguro;
vm. en cuya benigna
confianza hoy deposito
los secretos de mi vida,
honor y seguridad;
y que sabe en este dia
quién soy, y quién es Inés,
su nobleza clara y limpia,
su mérito, y la fortuna
que la suerte mas propicia
pudiera proporcionarla,
no extrañará que yo insista
en los medios racionales
de evitarla la ruina
á que se expone, y que aprecie
las sospechosas noticias
de un detractor como ciertas,
que tomadas las medidas
oportunas á impedir
el daño, nada peligra,
y poco se pierde, caso
de que no se verifican.

Pedro. Dice vm. muy bien; y pues
anda léjos la familia,
entrad, que yo con cariño

exâminaré á la chica,
y despues segun veamos
así harémos: Inesilla,
muchacha.

Don Diego se entra á la habitacion de Don Pedro, y sale Inés.

Inés. Señor.

Pedro. Acerca
á este lado un par de sillas:
ven acá, siéntate en esa,
siéntate: muy afligida
estás, pienso que has llorado,
qué tienes, ¿he? No lo digas,
que yo poco mas ó ménos
lo sospecho: ¡pobrecita
Inés! estás enamorada:
¿no es verdad? No llores, hija,
que amar no es vicio; es virtud
amar, y virtud muy digna
de elogio, si es racional
el amor; ¿pues qué sería
del mundo si amor faltára?
Vaya, Inés, yo sé que ha dias
amas, y á quien; pero quiero
que claramente me digas

quánto hay en el caso; tú
sabes mi honradez, la fina
voluntad con que á tu padre
estimo, y que desde niña
te has criado en esta casa,
tratándote como á hija:
yo te amo, Inés: mi deseo
es tu bien; con que así explica
sin reserva lo que hubiere,
y cuenta conmigo: mira
que importa el que yo lo sepa:
mas vé lo que tú imaginas.

Inés. Señor, yo...

Pedro. Vaya, me enfadas
con esas gazmoñerías:
vé que hablas conmigo: dí
la verdad clara y sencilla.

Inés. Mi padre....

Pedro. Tu padre es hombre
de probidad conocida,
de entendimiento y prudencia,
y hará quanto yo le diga:
acaba.

Inés. Señor, es cierto
amo á Don Juan.

Pedro. ¿Y él te estima
de veras? ¿de modo que
puedas estar persuadida
de que no hay doblez, ni engaño
en su trato? Porque, hija,
en los hombres de estos tiempos
se encuentra mucha malicia:
cuidado.

Inés. Señor, son tantas,
tales, y tan repetidas
las pruebas de su cariño,
que me parece sería
injuriarle sospechar
de su lealtad: infinitas
veces me ha jurado amante
eterna fé: y este dia
con lágrimas abundosas
la palabra me confirma
de esposo.

Pedro. ¿Pues sabes que
me alegro de la noticia?
Es un partido excelente,
porque está reconocida
la honradez de ese muchacho.
¡O! son sus prendas muy dignas

de estimacion; no, no es
de lo que ahora se estila,
porque está perdido el mundo:
pero muchacha, ¿qué hacias
que á padre, ó á mí á lo ménos,
no contabas lo que habia
en el caso? ¡Si sois locas:
Al padre se comunican
estas cosas; Dios lo manda
y la razon; que las hijas
sin consejo, quando piensan
ganarse, se ven perdidas:
has hecho mal.

Inés. Señor, era
esta reserva precisa.
Don Juan pende enteramente
de su tio, y no queria,
ni quiere darle pesar.

Pedro. ¿De qué?

Inés. De ver que se humilla
á casar con una pobre
criada; y con esta mira,
y la de verle tan viejo
y achacoso, determina
esperar su muerte, y luego

no quedando quien impida
sus fines...

Pedro. ¿ Con que tú piensas
que el Don Juan se humillaría
casando contigo ? Pues
te engañas , porque es muy limpia
tu sangre ; ni eres tan pobre
como piensas , hija mia :
además que tu virtud
es tu riqueza mas digna;
lo demas son vanidades
de mundo : ¿ por qué suspiras?
¿ qué llanto es ese ? ¿ qué hay ?
Dí, ¿qué sientes?

Inés. La desdicha
mas lamentable.

Pedro. ¿ Y quál es ?

Inés. El Coronel determina
casar á Don Juan.

Pedro. ¿Con quién ?

Inés. No lo sé ; pero se afirma
que es la novia una señora
muy principal de Sevilla.

Pedro. ¿ Y Don Juan conviene en ello?

Inés. No señor ; mas si se obstina

el tio....

Pedro. Dios te perdone
el susto que ya me habias
dado; descansa, y no temas,
que todo tendrá salida,
mediante Dios, y yo haré
las diligencias precisas
para saber qué hay en eso.
El Coronel, hija mia,
es hombre de honor, y buen
christiano, que es la mas digna
honradez; y aunque medite
otra cosa muy distinta,
en sabiendo lo que hay
de por medio, no te aflijas,
que todo se allanará:
no, no hay cosa que desdiga,
en tí; yo sé que tú eres
tan hidalga y bien nacida
quanto pudiera ser otra;
y aunque pobre, no estás, hija,
tan descalza como piensas;
sí, yo lo afirmo, á fé mia:
pasa de veinte mil pesos
tu dote: ¿te maravillas?

Pues yo lo digo, ya sabes
que aborrezco la mentira:
con que cuidado, y á nadie
palabra del caso digas;
¿me entiendes? á Dios.
Vase por donde entró Don Diego.
Inés. El premie
tanta bondad. ¡O! ¡qué dicha
para mí tan no esperada!
¡Quán feliz el que confia
en vos, señor! Pero ¿cómo
es dable, que tan crecido
sea mi dote? mi padre
guarda ciertas alhajillas
que sirviéron al adorno
de mi madre: él las estima
y custodia con esmero,
y me dice repetidas
veces, que para mi dote
las reserva; bien podria
que valiesen todo eso:
Viendo venir á Don Juan, y adelantándose á recibirle.
pero él es, él es.... Albricias,
esposo; ya mi ventura

es cierta : ¡ah! ¡cómo podria
decírtelo! Todo es
felicidad : y propicia
fortuna nos favorece.
¡El corazon de alegría
salta en mi pecho! ¡O! ¡qué bello
es el luminoso dia
tras la tormentosa noche!

Juan. ¿Qué dices, mi bien? ¿deliras?
¿pudo el alto dolor, pudo
la pesadumbre maligna
turbar tu juicio? ¿Esta pena
mas? ¿qué venturas, qué dichas
puedo prometerme en tanta
desolacion? Afligida
mi alma lucha angustiada
con mil penas, y vacila
su constancia. ¡Ay! amor solo
me sostiene, y con tu vista
reanima mi corazon
la flaca y desfallecida
fuerza que ya lo abandona.
Mi bien, no, no con fingidas
esperanzas me alimentes:
ya mi suerte decidida

está; morir por amarte
es la resolucion mia:
no te dexaré.

Inés. ¡O! ¡qué dulces,
qué halagüeñas y expresivas
son tus palabras! ¡Ay! derraman
un torrente de delicias
en mi alma: ¡quán felice
me contemplo al verme digna
de tanto amor! mi ternura
se reconoce vencida
de tus nobles sentimientos:
finezas tan exquisitas
no se perderán; el cielo,
el cielo, sí, determina
que sean premiadas; ya
la fortuna facilita
nuestra union: mi amo, que sabes
con quánto afecto me estima,
y quán benigno es, acaba
de asegurar nuestras dichas,
y su amistad vencerá
con tu tio....

Juan. ¡Desatinas
Inés!? Pues acaso ignoras

que el Coronel determina
casarme con su cuñada?
¿cómo pueden ser sencillas
las promesas de tu amo?
¡Ah! Temo que su malicia
abusa de tu candor;
mas natural es que elija
favorecer un proyecto
que le interesa: si fias
en sus palabras....

Inés. No temas
de su honradez tan indignas
tramas; él sin duda ignora
lo que el Coronel medita:
creo que solo mis amas
han de tener la noticia
de este trato: mas Don Pedro...
disimula.

Sale Don Pedro.

Pedro. Yo salia,
Don Juan, á buscar á vm.:

Vase Inés.

retírate adentro, niña.
Vaya, amigo; Inés me ha hecho
una confesion sencilla

de su amor, y yo me alegro,
de que vm. discreto elija
una muchacha tan bella,
y en quien concurren las dignas
qualidades, que el acierto
de una eleccion califican.
Lo primero, sepa vm.
que es de muy noble familia,
y á su tiempo se hará ver:
su persona está á la vista;
es preciosa, y su virtud
es una cosa que admira.
¡O! Es muy honrado su padre,
y le da buena doctrina:
tambien sé que el tio ignora
el caso, y tiene la mira
en otra dama: no importa,
porque la mediacion mia
lo allanará todo; y caso
de que el Coronel resista,
vm. no tema; que yo
soy padrino de la chica.

Juan. Señor, con rubor confieso
no ser digno de la dicha,
que por honrarme mi tio

oficioso solicita:
libre del intenso afecto
con que á Inés amo, sería
mi gloria llamarme esclavo
de tal dueño: mas mi vida,
mi amor y mi libertad,
ya es de Inés.

Pedro. Pues en el dia
se ha de arreglar todo, ó poco
podré yo: las cosas vivas;
sí señor, que yo tambien
he servido en la milicia
de amor, y la diligencia
la victoria facilita:
he, pase vm. adelante,
y hágalas una visita
á madamas, miéntras yo
voy tomando las medidas
conducentes para el caso.

Conduce á Don Juan hasta la puerta principal.

Sola está Doña Martina;
vaya, entreténgala vm.
un rato; que es una chica
de mérito. *Vase Don Juan.*

Sale Doña Laura por una de las puertas colaterales.

Laura. Alabo mucho
la pachorra tan bendita
de vm.: ¡toda la mañana
fuera de casa!

Pedro. ¿Pues hija,
estando tú en ella, hago
falta yo?

Laura. ¿Quién imagina
tal cosa? En rezando vm.
rosarios y letanías
medio dormido, ya todo
va bueno; y que la familia
vaya como el diablo quiera
poco importa: mas valía
cuidar de la estimacion
de esta casa, que peligra
muchísimo; y ya en el pueblo
somos asunto de hablillas
y murmuraciones.

Pedro. ¡Cómo
es eso! ¿Qué significa
ese monton de palabras?
¿Qué ocurre? Vaya, dí, apriesa:

¿qué hay que corregir aquí?
Acaba: que quien no cuida
del buen nombre y fama, es digno
de reprehension; y la vida
con infamia es muerte: yo
vivo, como quien confia
en una esposa zelosa
de mi honor: ¿qué maravilla
es que repose tranquilo
en tu virtud conocida,
discrecion y vigilancia?

Laura. Sí señor, mucha doctrina,
mucha madurez; y nada
de lo que se necesita.
Si tiene vm. la cabeza
llena de filosofías
imaginarias. ¡Jesus!
¡Si yo supiera la vida
que me aguardaba!

Pedro. Acabémos:
¿qué hay de nuevo?

Laura. Que Inesilla
ha de salir hoy de casa.

Pedro. Agradezco la noticia:
¿y por qué?

Laura. Porque conviene.
Pedro. La razon es peregrina:
pero muger, ¿no sabrémos
qué causa ha dado la chica
para tal demostracion?
Laura. ¿A qué? si de repetirla
me duele la boca ya.
Pienso que no hay en Sevilla
quien ignore lo que pasa
con Don Juan y la divina
Inés, sí señor: se tratan
íntimamente, y no cuidan
mucho de ocultarlo, sí:
toda, toda la familia
es testigo; y toda ella,
de verlo, se escandaliza.
Pedro. ¡Muger!
Con ironía.
Laura. ¡Jesus, y qué juicios
tan temerarios! ¡qué indignas
sospechas! Una muchacha
tan virtuosa, y tan linda,
tan honesta... ¡Dios nos libre!
¡O! es muy grande la malicia
de satanás: la virtud

siempre será perseguida
en este mundo: el demonio
es sutil; água bendita
en él, oracion y ayunos,
exôrcismo y diciplina.
¿No es eso?

Pedro. Vaya, estás loca.

Laura. Eso es lo que yo decia.
El diablo habla por mí: miente
todo el mundo; es una iniqua
persecucion; yo lo he visto;
no importa; todo se quita
con arrancarme los ojos.
¡Jesus! En hora maldita
vine á esta casa: ¿esto es
matrimonio? ¿es esto vida?
Esto es martirio, es tormento
y esclavitud; no se estima
mi parecer para nada:
si yo mando, por la misma
razon, no ha de ser la cosa;
aquí quien manda y domina
es solo el señor Don Diego,
con la honrada de su hija,
y la muger...

Pedro. Pero, Laura,
¿qué sirve esa taravilla,
y ese diluvio de voces
con que me aturdes? Explica
lo que has visto.
Laura. Lo que he visto...
á Don Fermin que lo diga.
Pedro. ¡O! Don Faramalla es hombre
de verdad; y si él afirma
la cosa, no hay que dudar.
Laura. Su formalidad...
Pedro. Es digna
de respeto; su prudencia
es una cosa que admira
á todo el mundo; su lengua
es de miel; su peregrina
discrecion y entendimiento
es un asunto que hechiza
á las gentes. ¡O! ¡es un pasmo!
Yo pienso que qualquier dia
le darán la presidencia
de un Concilio: ¿no imaginas
lo mismo tú?
Laura. Ya no es dable
sufrir tanta demasía.

Yo haré... *En ademan de irse.*

Pedro. Ven acá, muger:
¿qué has de hacer? sé comedida,
que no tienes razon: he,
al fin harás que te diga
lo que hay en esto. Habrás visto,
y eso es lo mas, que la chica
habla tal vez con Don Juan;
y sospecharás, en vista
de ello, que se aman: ¿no es esto?

Laura. Sí señor.

Pedro. Pues yo sabía
lo mismo; y me alegro mucho,
porque todo se encamina
honrada y christianamente:
la muchacha me confia
quanto pasa; su buen padre
se ha acogido á mi benigna
proteccion: Don Juan me ha dado
las pruebas mas decisivas
de su honroso proceder;
y yo debo en este dia
allanar dificultades
que ocurren, porque vencida
la repugnancia del tio,

el éxito se consiga
favorable, y logre Inés
una colocacion digna
de su hermosura, virtud
y nobleza. Ya instruída
estás de todo, y ya ves
quán infundada es tu ira
contra la pobre muchacha;
y que la lengua maldita
de Don Fermin, que será
el autor de estas iniquas
murmuraciones, debiera
ser á trozos reducida.

Laura. ¿Con que se casa la Inés
con Don Juan, y vm. camina
de acuerdo, y es el padrino
de la boda, y quien abriga
este racional proyecto?
Pues, señor, si vm. se digna
de dispensarme el honor
de que yo, por parte mia,
concurra á tan dignos fines,
seré muy favorecida
en ello. Si vm. no está
loco, digo que en Sevilla

no hay locos; es muy gracioso
el cómo lo facilita.
El Coronel al instante
accederá á la manía
disparatada de vm.:
como es tan dulce y benigna
su condicion, ya se vé,
con un par de palabritas
se vencerá: sobre que
se me ha convertido en risa
la pesadumbre.

Pedro. Bien sé
que el Coronel solicita
dar estado á su sobrino;
y aunque quien es la elegida
ignoro, creo será
dama principal y rica:
pero á pesar...

Laura. A pesar
del delirio que lastíma
el juicio de vm., es ya
preciso que yo le diga
que esa señora, á quien quiere
anteponer una indigna
criada, cuya virtud

es la suma hipocresía,
y cuya clara nobleza,
hasta aquí desconocida,
se exâgera tanto, es
mi hermana Doña Martina. *Vase.*

Pedro. ¡Laura, Laura! ¡pues estamos
buenos! no en valde tenian
las dos tal oposicion,
tal ódio, y tal ojeriza
á la Inés; terrible apuro
es el mio: ¿y qué salida
hallaré en tan delicadas
circunstancias? No la atina
mi juicio; los intereses
de mi casa aumentarian
por este enlace infinito...
pero fuera una perfidia
detestable, que movido
de la sórdida codicia
prostituyese mi honor
y mi palabra: he, sería
un engaño, que cubierto
me dexára de ignominia
para siempre: ¿y qué es el oro
con la virtud? La Martina

pierde intereses: Don Juan
ni la amó, ni lo imagina;
con que en su honor no hay quebranto
miéntras la fama peligra
de Inés; y á mas mi palabra
se encuentra comprometida
expresamente; pues esto
ha de ser... pero esta altiva
muger, viendo que yo estorvo
sus designios, juntaría
el cielo y la tierra, y todo
fuera una guerra contínua
en mi casa... Dios es ántes
que todo, diga quien diga.
Antonio.

Sale Antonio.

Anton. ¿Señor?
Pedro. Ligero
acércate á la vecina
casa, y dile al Coronel,
¿que si puede en la hora misma
venir? porque importa mucho.

Vase Antonio.

Acercándose á la habitacion de Inés.

Inés.

Saliendo Inés.

Ven acá, ven hija,
que ya, ya sois todas buenas
alhajas; por vida mia
que está buena la deshecha:
¿con que era Doña Martina
la del cuento, y lo callabas?
Si digo yo, que la niña
mas pura y mas inocente,
en esta filosofía
de amar, sabe mas que San
Agustin de teología:
no me has metido en mal lance;
como se encuentre salida
á este laberinto, no
será malo: ¿lagrimitas
ahora? Si habláras claro,
quando yo te lo decia,
me hubiera yo reservado
de tu ama; pero hija,
lo has echado á perder todo:
si no sirve la mentira
para nada; ofende á Dios,
y los hombres la abominan,
porque es causa de mil males.

Inés. Señor, yo no me atrevía.
Pedro. A hablar verdad: ¿y te atreves
á mentir? Buena salida:
atiende á lo que te digo.
Yo he llamado muy aprisa
al Coronel, y él vendrá
al instante: yo, hija mia,
estoy contigo; no temas:
dile la verdad sencilla;
cuéntale como Don Juan
te ama, y que tú vencida
de sus prendas, de sus ruegos,
sus llantos y sus porfias,
lo amas tambien: que te ha hecho
mil promesas repetidas
de ser tu esposo, y que ya
se sabe en todo Sevilla
el caso; y entónces llora,
y arrójate de rodillas
á sus plantas, que al humilde
Dios le ensalza: he, no te aflijas,
que luego hablaré yo; y creo,
que aunque el Coronel resista
algun tanto, he de vencerlo.
Inés. Señor, yo... *Turbada.*

Pedro. Qué señoría,
ni qué haca; esto conviene:
quando no se necesita,
hablar por hablar; y en siendo
menester, enmudecidas:
¿no estoy yo aquí?
Inés. ¿Pero cómo *Mas turbada.*
podré yo hablar? Me atosiga
la pena, ¡ó Dios! El rubor
me sobrecoge: palpita
mi corazon: ¡ay! mis fuerzas
fallecen.
Pedro. Gazmoñerías:
alienta, que ya parece
que el Coronel se aproxima.

Cae desmayada en brazos de Don Pedro.

Inés. ¡Dios mio!
Pedro. Muchacha, Inés,
Criados, Laura, Martina,
Don Juan, acudan vms.:
A un Criado que va á salir, y retrocede.
trae agua á toda prisa.

Salen Don Diego, Don Juan, Doña Laura y Doña Martina.

Laura. ¿Qué es esto?

Mart. ¿Qué es esto, hermano?

Precipitado para sostenerla, y recibiéndola en sus brazos.

Juan. ¡Esposa del alma mia!

El criado viene corriendo con un vaso de agua en una salvilla.

Criado. El agua está aquí, señor.

Entrando presuroso en su habitacion.

Diego. ¡Dios mio! *Vase.*

Juan. Señor, ¿respira? *A D. Pedro.*

Laura. No señor, no morirá. *A D. Juan.*

A Doña Laura.

Mart. No tendrémos tanta dicha.

Pedro. ¡Pobre muchacha! Don Juan, pongámosla en esa silla.

La cercan y colocan en una silla que habrá junto á la puerta de la habitacion de Inés: Don Pedro se aparta, y Don Juan queda sosteniéndola: Don Diego sale ahora, y le aplica un pomo de agua de olor á las narices: Inés afecta entónces movimientos convulsivos por intervalos.

Diego. Permita vm.: muchas veces *A D. Juan.*
las sirve esta medicina.

Sale el Coronel y Antonio.

Coron. Señoras, ¿qué es esto?

Laura. Nada,
que á su señora sobrina
de vm. le ha dado un desmayo;
y como su señoría
está en brazos de su esposo,
no pienso que en todo el dia
se le pase; que es el mal...

Sobresaltado.

Coron. ¿Qué sobrina, ni qué esposo?

Sale Don Fermin.

Ferm. Si no me engaña la vista
á Tarfe veo en el muro;
ya ha rebentado la mina.

Mart. Don Fermin, acuda vm. *Con escarnio.*
porque la Coronelita
se ha insultado.
Ferm. ¡Qué desgracia!
Pero aquí una medallita
hay de santa Elena: al pecho;
y verán vms....

Don Fermin hace ademán de llevar su mano al pecho de Inés, ésta afecta entónces un sacudimiento convulsivo, y da una bofetada de revés á Don Fermin: Doña Laura y Doña Martina se entran riyendo por la puerta principal: Don Diego, Don Juan y Don Pedro entran á Inés en su habitacion, y todo se executa miéntras Don Fermin dice sus versos.

¡Chispas
con el accidente! Lleve
el diablo á quien se lastíma
de mugeres: esta es
la primer vez que en mi vida
conocí la caridad;
pero aunque mil años viva...
Coron. ¿Vm. sabrá, caballero,
esto lo que significa?
¿Qué ha ocurrido en esta casa?

¿Y quién es esta sobrina
mia que insultada está,
y que Doña Laura afirma
que en los brazos de su esposo
se hallaba? ¿Será por dicha
esposa de mi sobrino
esa muger? Vm. diga
lo que sepa, porque yo
estoy loco.

Ferm. ¡La maldita!
Tentándose la mexilla.
¿pues no me ha hinchado la cara?

Coron. No es cosa. *Mirándosela.*

Ferm. Por vida mia
que no es nada lo del ojo,
y se le saltó la niña:
señor, el decirle á vm.
lo que saber solicita,
sería nunca acabar:
en esta casa anda el cisma
de Inglatera, sin mas
diferencia que allí habia
una sola Ana Bolena,
y aquí hay tres muy cabalitas;
á saber, la Doña Laura,

Inés y Doña Martina.
Su sobrino de vm. quiere
á la Inés, que es esa chica
del desmayo: es criada
de esta casa; pero es fina
como un coral, y al muchacho
lo tiene con sus caricias
tan hechizado, que está
su calavera perdida.
Doña Martina ha soñado
(lo sé de su boca misma,
porque como yo soy hombre
de secreto, me confian
sus puridades) que vm.
la tiene *in mente* elegida
para esposa de Don Juan;
y como esotra le quita
el pan de las manos, anda
dada á barrabás: la linda
de Doña Laura, que es
la muger de mas codicia
del mundo, viendo que vm.
es tan rico, es la que atiza
el fuego, y persigue á Inés
de muerte; y de abaxo á arriba

lo revuelve todo, á fin
de que salte la Inesilla
y el padre de casa: el amo
es de una pasta bendita,
y los quiere por extremo:
de manera que apadrina
á los novios, y no quiere
consentir en que la niña
ni el padre salten; de modo,
que la casa está perdida
de pesadumbres, enredos
y chismes; y en este dia
habrá habido algun rebato,
causa de la tremolina,
insulto y demas que vemos:
con que lo mejor sería
sacar de aquí á este muchacho;
de lo contrario peligra
de hacer algun desatino,
porque siempre lo sería,
ó ya case con la Inés
ó con la Doña Martina.

Coron. ¡Mucho dudo que Don Pedro
abrigase tan indigna
solicitud! Lo demas

pase: mas eso sería
muy ageno de su honor,
y de una amistad tan fina
qual es la que profesamos.

Ferm. Se conoce que ha tres dias
que vm. lo trata: es un hombre
que si le da la manía
los ha de casar sin licencia
del Vicario, en la cocina.

Coron. No, no es tan fácil.

Ferm. Vm.
perdone, que en la mexilla
siento dolor, y es preciso
ausentarme: buenos dias.

Vase por una puerta de los lados.

Coron. ¡Absorto estoy! ¿Es posible
que este mozo se dirija
tan desatinadamente?
¿Será dable que desdiga
de los honrosos principios,
y saludable docrina
que debe á mi educacion?
¿Y Don Pedro, que me estima
tan finamente, es capaz

de tal accion? Mas quien fia
en el hombre, fia mal:
aquí parece precisa
la prudencia: observarémos.

Sale Doña Laura.

Laura. ¿Volvió ya la señorita
del insulto?
Coron. No sé: estoy
fuera de mí.
Laura. Por mi vida
que no lo estoy ménos yo;
mas como vm. se dirija
por mí, se compondrá todo;
yo tengo largas noticias
de quanto pasa, y tambien
tomadas buenas medidas
para el remedio: hoy espero
me haga vm. la cortesía
de acompañarme á la mesa;
y miéntras que se aproxîma
la hora, se tratará
del caso, vamos: Martina
tendrá en mucho este favor.
La muchacha está afligida

del desayre; pero ella
tiene juicio, y con la vista
de vm. se consolará.
Dexémos con su manía
á mi esposo: está caduco;
pero hoy saldrá la Inesilla
de casa, que muerto el perro
tambien la rabia se quita:
no se detenga vm., vamos.

Coron. Acepto, señora mia,
el coloquio, porque cierto
mi discurso necesita
luz en tantas confusiones:
mas por lo que es la comida,
habrá vm. de dispensarme.

Laura. Será como vm. elija.

Vanse por la puerta principal.

ACTO TERCERO.

Don Pedro y Don Juan.

Pedro. Gracias á Dios, que salimos
de este susto, y que ya queda
recobrada: la familia *Mirando á todas*
se ha retirado, y me pesa *partes.*
que el Coronel se haya vuelto,
porque la suma imprudencia
de esta muger, por los fines
desatinados que lleva,
descubrió fuera de tiempo
el asunto: y si se dexa
para despues instruirle
de la verdad, y que entienda
la cosa como es en sí,
quizá tome una violenta
resolucion.

Juan. Cada instante
van en aumento mis penas:
¡qué rubor ha de costarme
quando llegue á su presencia
oir sus reconvenciones!

Las impresiones siniestras
que ya ha recibido, deben
irritar sobre manera
su duro genio: ¡ah! yo temo
una desgracia; mi adversa
fortuna frustra y acaba
la esperanza lisonjera
de mi ventura, y mis bienes
torna en males.

Pedro. No es prudencia
desmayar en el peligro:
Dios es grande; y al que lleva
recto fin, no le abandona:
en todo caso mi hacienda
es de vm.; yo voy á casa
del Coronel, que interesa
no perder tiempo. *Vase.*

Juan. ¡O varon
virtuoso! El cielo quiera
que yo recompense un dia
tus bondades.

Sale el Coronel despidiéndose de Doña Laura.

Coron. Vm. pierda
cuidado. ¿Señor Don Juan?

Juan. Señor, ¿qué mandais?
Coron. Quisiera
saber si se encuentra vm.
en estado de que pueda
el Coronel Donavert
hacerle unas advertencias.
Juan. Siempre estoy á obedeceros
dispuesto.
Coron. Bien: pues en esa
suposicion tomarémos
sillas.

Se sientan á la puerta de la habitacion de Inés.

Inés. ¡Ay! Quánto rezela
el corazon: quiera Dios
que oiga mi bien.
Coron. La extrañeza
que me causa la conducta
indiscreta y descompuesta
de vm., era suficiente
motivo para que hiciera
demostracion mas notoria
de quánto la desaprueba
mi honor, y quánto es contraria
á la educacion honesta

y virtuosa que me debe;
pero la larga experiencia
del mundo, el conocimiento
de las apreciables prendas
de vm., y el crecido afecto
con que le estimo, me empeñan
á usar medios mas suaves
y propios para la enmienda
de juveniles errores,
sin pasar á mas severa
determinacion; y así
ántes que á decirle venga
mi sentir; una pregunta
le he de hacer, y será ésta.
¿Quién es vm.?

Juan. ¿Pues, señor,
lo dudais?

Coron. Aunque así fuera,
no hay motivo de extrañarlo;
que vista la inconseqüencia
de sus acciones, sería
muy fundada la sospecha
de que de quién es vm.,
solo tiene la apariencia:
pero al caso.

Juan. Un infeliz
soy, que desde la mas tierna
edad vivo á vuestra sombra;
diez años tenia apénas
quando me hallé á vuestro lado
en la batalla sangrienta
de Alemania: nuestra derrota
fué fatal, yo pereciera
sin vos aquel dia; nunca
olvidaré la terneza
con que en vuestros mismos brazos
por medio de las ileras
enemigas me salvasteis.
Coron. Hice no mas lo que era
de mi obligacion: su padre
de vm., á cuya fineza
tanto debí, me fió
el cuidado de una prenda
tan amable: él conservaba
con igual ternura aquella
joya, aquella infeliz hija,
causa de todas mis penas,
que en vuestra casa dió á luz
mi amada esposa. ¡O belleza
mal lograda! ¿Quién diría

que tanto gozo pudiera
convertirse en tan amargos
pesares? La cruel violencia
de una fiebre al tercer dia
la arrebató; y fué tan negra
mi desventura, que aun tiempo
de celebrar sus exêquias
no tuvo: ya de Felipe
las tropas estaban cerca
de Almania; las nuestras, unas
el castillo de Villena
batian, otras estaban
por Viar, Caudete y Yecla
repartidas: fué preciso
con la mayor diligencia
reunirnos, y marchar
al enemigo; y en estas
complicadas circunstancias,
vuestro buen padre me estrecha
en sus brazos, y me dice
estas palabras eternas
en mi memoria: fortuna,
¡ó amigo! nos favorezca
en tan justa causa: yo
á vuestro lado quisiera

por Cárlos en este dia
dar la sangre de mis venas;
mas no es posible: mi hijo
único, la cara prenda
de mi alma sacrifico
por mi Rey: de mi nobleza
y lealtad, él será exemplo;
á vuestro zelo y prudencia
lo fio: de vuestra hija
yo me encargo; y si la adversa
suerte diere al enemigo
la victoria, el cielo sea
testigo que por salvarla
á las mas remotas tierras
del mundo, me iré primero
que tome parte en la guerra
ni la abandone; si pierdo
juntos el honor y hacienda,
y á ella salvo, me tendré
por feliz... Tanta fineza,
señor Don Juan, exîgia
la leal correspondencia
que tuve y tendré, y así
en eso no se detenga
vm.: adelante.

Juan. ¿Qué
puedo añadir que no sea
una larga série de
favores que me dispensa
vuestra piedad? Perseguidos
del vencedor, á Valencia
llegamos; y sin demora
por las órdenes estrechas
del General, acudimos
á Barcelona; y apénas
descansamos, fué preciso
que el regimiento á la vela
se hiciese, y pasar á Italia:
de allí con gran diligencia
caminamos hasta Ungría;
donde despues en la guerra
contra Turcos, militamos
en las gloriosas banderas
del Príncipe Eugenio: vos
en las mayores empresas
os señalasteis, y yo
al amor que os interesa
por mí, debo las mejoras
de mi fortuna.

Coron. Eso era

muy natural: un amigo
verdadero, nada encuentra
tan dulce, como ayudar
al amigo; y si me fuera
posible el adelantaros
aun mucho mas, satisfecha
mi amistad con la bengala
que os conseguí, no estuviera.

Juan. Nunca lo he dudado: ¿y cómo
pudiera hacerlo? Mi pena
es el no poder mostraros
la digna correspondencia
á tanta bondad, y aun mas
temer que á ofender llega
mi proceder, y que os causa
desagrado.

Coron. Si yo fuera
un falso amigo, quizá
disimulára la ofensa
que vm. hace á mi amistad;
pero no es dable que pueda
dexarle de echar en cara
la mala correspondencia
que experimento: vm. sabe,
que tras de mil diligencias

inútiles, por saber
el paradero que tenga
Don Luis de Osorio su padre,
en cuyo poder la prenda
única del alma mia
quedó, finadas las guerras
y asuntos, que en Alemania
hiciéron nuestra presencia
indispensable, venimos
á España; y con la cautela
necesaria allá en Viar,
su patria, tomamos lengua
como decimos; y solo
hallamos que á las primeras
noticias de la derrota
tan lamentable y funesta
á nuestras armas, temiendo,
como quien tan parcial era
de Cárlos, y tan contrario
de Felipe, la sangrienta
espada del vencedor:
con la mayor diligencia
huyó con una muger
y una niña, sin que sea
posible averiguar mas.

Sabe vm. que la primera
diligencia que en seguida
practicamos, por si llega
el caso, que ya no espero,
de que algun dia parezca
el infeliz, fué pasar
á Madrid, y con tan buena
fortuna que el actual
Embaxador de Viena
obtuvo su indulto, el qual
publicado en las gazetas
de España y demas Naciones,
nada produxo: así muertas
mis esperanzas, colmé
la medida á las finezas
que vm. me debe, y le hice
heredero de mi hacienda:
¿no es todo así?

Juan. Sí señor.

Coron. ¿Y será una recompensa
proporcionada, que vm.
olvidando su nobleza
y distincion, se degrade
en términos que pretenda
unirse á una desdichada

obscura muger, agena
de educacion, reducida
á la miserable esfera
de sirviente? Vea vm.
el oprobio y la vergüenza
que al Coronel Donavert,
su padre ya, será fuerza
que de este error se le siga;
á nadie duda le queda
de que vm. es cosa mia;
y si con accion tan fea
amancillase su honor,
bien claro entender se dexa
que aunque el yerro es de vm. solo,
será de los dos la afrenta;
además, si la locura
de vm. es tanta, que llega
á abrazar tan insensato
proyecto: ¿qué es lo que intenta
manifestándose amante
de Doña Martina? Ella,
sí señor, me da á entender
mas de lo que yo quisiera:
ahora acaban de decirme
las señoras, que por esta

criada no se consigue,
ni será dable que pueda
conseguirse el casamiento.
¿Qué delirio, ó qué demencia
es la de vm.? ¿dónde estamos?
¿qué es esto? ¿vm. en qué piensa?
Se levanta dando con el baston en el suelo: *D. Juan se levanta tambien.*
Dos meses ha que vivimos
en Sevilla, y ya se encuentran
dos mugeres enredadas
por vm., sin que se sepa
qué fin se propone en ello:
¿serán las lecciones éstas
de honor que le tengo dadas?
Y no teniendo en mis penas
otro consuelo que un hijo,
(porque le he dado á vm. pruebas
de padre) ¿llenará éste
los cortos dias que quedan
á mi vida de ignominia?
Pues no, no ha de ser: ya es fuerza
que á pesar de mis achaques,
ántes que á la primavera
lleguémos, como esperaba,

demos á Alemania vuelta:
este es el único medio
para que vm. no se pierda;
mañana irémos á Cádiz,
y caso de que vm. quiera
quedarse, partiré solo:
esto he resuelto.

Juan. ¡O qué pena!

Coron. No señor; quédese vm.:
por mí no sufra violencia:
vm. es libre.

Juan. Yo soy,
y he de ser hasta que muera,
esclavo de un bienhechor
á quien debo mi exístencia,
conservacion y esperanzas:
pero señor; si hasta esta
hora, siempre mi conducta
ha sido qual la desea
vuestra bondad; y si es cierto
que el hombre de bien no llega
á pasar rápidamente
el colmo de la vileza;
sí, que al contrario de errores
pequeños forma la senda

que lentamente lo guia
al precipicio: no acierta
mi discurso á penetrar
cómo la suma prudencia
que admiro en vos, os permite
dar asenso á tan siniestras
especies.

Coron. ¿Negará vm.
lo que yo he visto?

Juan. Mi lengua
(gracias á vuestra doctrina)
no sabe mentir, ni quiera
Dios que lo sepa jamas:
mas si esas señoras piensan,
por fines que no penetro,
decir cosas tan opuestas
á la verdad; sabré yo
con la debida modestia,
mostrar quán equivocadas
estan: en lo que respecta
á Doña Martina, nunca,
señor, ni aun la mas pequeña
demostracion, fuera de
las que exîge la decencia
en obsequio de las damas,

me ha merecido.

Coron. ¿Y pudieran
atreverse á suponer?...

Juan. Yo no diré que se atrevan;
pero Don Fermin, con quien
tienen mucha confidencia,
me ha dicho no habrá dos horas
que mi boda está dispuesta
con Doña Martina, y vos
la solicitais.

Coron. ¿Yo?

Juan. Esta
es toda la causa de
la persecucion violenta
que contra esa infeliz, cifra
de hermosura, de inocencia
y virtud, han levantado

Coron. ¿Y la ama vm.?

Juan. Si sus prendas
no desdicen de quien soy,
no es un error: la pobreza,
de vos lo sé, no envilece
la virtud: donde se encuentra,
allí es amable; si Inés,
que así se llama, tuviera

noble sangre, discrecion,
sencillez, candor, modestia,
y hermosura sin igual:
¿fuera un desacierto, fuera
una mengua amarla? ¿Es
ménos preciosa la piedra
desprendida de su engaste,
porque de polvo cubierta
ocultó un tiempo sus brillos?
¡Ah, señor! Venid á verla,
y la amaréis: en sus ojos
resplandece la modestia
de un alma pura; su rostro
la magestad representa
de su espíritu; el pudor
agradables rosas siembra
en sus nevadas mexillas:
¡qué dignidad! ¡qué grandeza
en su andar! Toda es decoro,
toda es virtud y decencia:
hacedme feliz. *Arrodillado.*

Coron. Mañana
vamos á Cádiz.

Volviendo la espalda. Don Juan se levanta, y queda como absorto á un lado del teatro. El Coronel va á salir, y es detenido por D. Pedro que entra.

Pedro. La priesa
de buscar á vm. me tiene
molido en la inteligencia
de que luego se volvió;
he corrido ceca y meca
por hallarle, y justamente
estaba acá, enhorabuena;
allá dicen que lo que
mucho vale, mucho cuesta:
tenemos que hablar.

Coron. Permita
vm. que no me detenga; *Mirando al relox.*
ya es tarde: despues sí, sí;
ya son las doce y quarenta:
nos verémos.

Pedro. Cabalmente,
está la cosa dispuesta
para que comamos juntos;
si vm. acostumbra á esta
hora, pasaré á dar órden
de que se pongan las mesas:

ello es fuerza que tengamos
una larga conferencia,
sea ántes ó despues
de comer: nos interesa
muchísimo.

Coron. ¡O! No es posible;
perdonad, dadme licencia:
me urge salir para Cádiz
mañana; no estan dispuestas
mis cosas para el viage;
esta noche quando venga
á despedirme hablarémos.

Pedro. Mire vm. qué se lo ruega
mi amistad, y es sumamente
delicada la materia,
como que Dios y el honor
en el caso se interesan;
oígame vm., que no dudo
el que al instante suspenda
su arrebatada partida.

Coron. Es ociosa diligencia,
señor Don Pedro: ya sé

Señalando á Don Juan.

que aquel caballero intenta

una locura; no es
necesario que intervenga
yo en este negocio, él
basta solo para hacerla.

Pedro. Por Dios, señor Coronel,
que de vm. nunca temiera
mi amistad este desayre;
porque siendo yo quien media
en el caso, debe vm.
suponer que mi nobleza
y acrisolada honradez,
nada apoyará que sea
contra el honor de un amigo;
vedlo mejor, la prudencia
lo pide así: nunca es bueno
llevarse de las primeras
impresiones.

Coron. Vm. dice
muy bien, amigo; me pesa
de mi prontitud: y así
perdonad la inadvertencia:
mi sentimiento...

Pedro. Será
muy grande, nadie lo niega;
pero fio en Dios que pronto

en regocijo se vuelva:
seguidme.

Se entran á la habitacion de Don Pedro, y sale Inés.

Inés. Todo, bien mio,
lo he escuchado: ¡ó Dios! Mi pena,
mi consternacion, mi llanto
es igual á la fineza
de tu amor: ¡ay! ¿tu constancia,
esposo, estará á la prueba
de tan duro golpe?

Ferm. ¡Bueno! *Asoma la cabeza.*
Siempre contigo morena:
ojo á visor.

Retírase dexando entreabierto.

Inés. ¿No respondes?
¿dudas? ¿ó ya tu firmeza
vacila? ¿desmayarás?
Y las solemnes promesas
que tu labio cariñoso
ofrecia, serán...

Juan. Dexa
de atormentarme, no añadas
á las congojas inmensas
de mi alma, el sentimiento

de tus injustas sospechas.
¿Qué haré para persuadirte
de mi fé? Sí, tú acrecientas
mi dolor: ¡ay! no te bastan
las acrisoladas pruebas
de mi ternura: ¿pretendes
que la sangre de mis venas,
derramada aquí, termine
tus dudas y mi existencia?
¿Qué quieres?

Inés. Que no te rindas
á la tirana violencia
de la fortuna: que ames
como yo: que ni la adversa
suerte, ni el rigor injusto
del Coronel, torcer puedan
tu amor: que renueves fino
las cariñosas promesas,
bálsamo de las heridas
de mi alma: que la eterna
fé de tu amoroso pecho
mil y mil veces ofrezca
á quien vive en la esperanza
de ser tuya; mi terneza
lo pide: ahuyenta de mí

la desoladora idéa
de tu ausencia.

Juan. ¡Yo dexarte!
¡yo léjos de la belleza
de tus amorosos ojos
viviria! ¡ay! ¿Pudiera
huir su divina lumbre,
y pasar á las tinieblas
sombrías de horrible noche?
¿La flor delicada y tierna,
que al claro arroyuelo debe
su ser en la ardiente arena,
vivirá? No: no imagines
un imposible: la fuerza
nada vale contra un alma
enamorada; mi pena
infeliz tiene otro orígen...

Inés. Cada instante en dudas nuevas
y en nuevos males abismas
mi corazon: ¿qué funesta
idéa te aflige? ¿hay
mas sobresaltos, mas penas
que devorar? ¿mas tormentos
que sufrir? Habla, no temas:
el último de los males

es un bien, sí: con él cesan
los afanes; ni la muerte
me atemoriza.

Juan. ¡Pobreza
desventurada! sin tí
¡quán felíz, quán dulce fuera
mi suerte! ¡y quánta amargura,
quánto dolor y miseria
me preparas! Dulce esposa,
ya ves mi mal. ¡Qué vergüenza,
qué rubor, si abandonado
(como lo miro tan cerca)
del Coronel, sin auxílio,
ni arbitrio, falto de hacienda,
é ignorante de los medios
de adquirírla á tu belleza,
pan de lágrimas ofrece
mi amorosa mano! Esta
es la angustia que atosiga
mi corazon: si la tierra
supiese labrar, gozoso
asido á la corba esteva,
con mi sudor regaría
los anchos sulcos que abriera
el duro hierro, esperando

abundosas recompensas
con que premiar un amor
tan acendrado; así fueran
deliciosos los afanes
de mi espíritu. ¡O adversa
fortuna! No, no me es dada
tanta dicha; no me queda
mas recurso que la espada
para subsistir, y aun ella
nada me sirve en España...
dulce esposa, lumbre bella
de mis ojos, digno objeto
de mis amorosas penas,
¿me seguirás á Alemania?

Inés. ¿Lo dudarás? Lleva, lleva
esta enamorada esclava
á las regiones opuestas
de este polo; llévala
al término de la tierra
por desconocidos mares,
y siempre alegre y risueña
la verás: amor es fuego
celestial; él eleva
al alma sobre sí misma.
¿Qué peligro desalienta

al fiel amor? Todo es fácil
á quien ama: si una prueba
deseas, toma este anillo
que mi afecto te presenta;
recíbelo, no desayres
mi cariñosa fineza:
una es de las muchas joyas
que mi buen padre reserva
para mi dote; él será

Don Fermin saca ridículamente todo el cuerpo para atender con sumo cuidado.

testigo de la firmeza
de mi amor.

Observando el anillo.

Juan. Es muy precioso:
si iguales en valor fueran
las demas joyas, sin duda
serían de una riqueza
considerable.

Inés. Mi amo
me ha dado á entender que encierran
un valor crecido; y sabes
tambien, que de su largueza
y amor puedo prometerme
muchísimo: sus promesas

te constan; quizás, bien mio,
no te verás á indigencia
reducido; y quando fuese
la fortuna tan adversa
como temes, el amor
nuestra escasez y miseria
hará suave: si Don Pedro
con su discurso moviera
al Coronel...

Juan. No lo espero:
¡ah! conozco la dureza
de su genio.

Inés. Puede ser
que su obstinacion se venza;
pendiente de un hilo está
mi vida.

Juan. Si tú recelas
y temes, ¿cómo estará
un desdichado que espera
oir en breves instantes
la dolorosa sentencia
de su ruina? Mi esperanza
es débil: en vano alienta
al corazon afligido
mi deseo; el pecho tiembla

agitado de mil dudas.
¡Qué situacion tan violenta
la mia! Temor oprime
mi corazon, y consterna
mi espíritu. Dueño hermoso,
no puedo mas; queda, queda
á oir el terrible fallo:
no basta la débil fuerza
de mi alma á resistir
el duro golpe; tú observa
quando salgan sus semblantes:
mira bien si la risueña
alegría se trasluce
por ellos, ó si la austera
melancolía, presagia
nuestro mal; yo mi sentencia
oiré de tus dulces labios
despues, sí; ménos funesta
me será así.

Inés. No desmayes;
preciso es que favorezca
nuestro amor el cielo. Espero
que se hallará fácil senda
á este laberinto: advierte
no tardes.

Juan. Será mi vuelta
muy breve: á Dios.
Inés. El conoce
nuestro amor; él lo proteja. *Vase.*
Sale Don Fermin.
Ferm. Buena, buena va la danza:
ya descampa, y llueven ruedas
de molino: ¡vaya! Hoy
anda la marimorena
en esta casa; Don Pedro
digo el santo, el santo lleva
la mano en este negocio,
y con su influxo y hacienda
promueve este casamiento:
ya se vé, ¿qué duda queda?
por caridad, y no mas;
¡qué alma tan pura y tan buena!
En fin, ya otro opositor
tenemos á la prebenda
de Inés; y quemaré yo
mis libros sino la lleva,
que oros son triunfos: ¿las joyas
robadas? ¿quién tal pudiera
sospechar? Mas Doña Laura.

Sale Doña Laura.

Laura. Don Fermin.

Ferm. Felices nuevas,
señora mia: ahora acabo
de descubrir una tela
urdida, y tramada en casa;
pero, ¡qué fina y qué bella!
tan delicado es el hilo,
que solo mi trascendencia
y el interés con que miro
por vm. la descubriera.

Laura. Explíquese vm., que ya
aguardo con impaciencia.

Ferm. Poco á poco se va léjos;
mas vale tener espera,
y me explicaré por partes;
que si se me va la lengua
de pronto, temo que vm.
se ha de quedar patitiésa.

Laura. ¿Pues qué es lo que ocurre?

Ferm. Hay es una friolera,
un grano de anís: acaba
mi asombrosa sutileza
de hacer el descubrimiento
mas heroyco, que celebran

nuestros anales. Colon
ni quantos diéron la vuelta
al mundo con Magallanes,
no descubriéron la tierra
que yo.

Laura. ¿Pero qué hay de nuevo?

Ferm. Señora, yo lo dixera;
mas es asunto que exîge
mucho pulso, y la reserva
de las mugeres... Vm.
me perdone; no quisiera
meter guerra entre casados:
mejor será que lo sepa
por otro lado.

Laura. De modo,
que vm. no me considera
capaz de secreto.

Ferm. Al fin
será preciso que venza
la natural repugnancia
que siento en esta materia
de enredos. El caso es...
pero como vm. no ofrezca
un absoluto secreto,
no lo digo.

Laura. ¡Me atormenta
vm. Don Fermin! Si importa,
sé callar.
Ferm. No lo creyera
á no decírmelo vm.;
pero contando con esá
seguridad, la noticio
que las alhajas y prendas
que esotro dia faltáron
de casa, sin que se pierda
ni una sola, han parecido.
Esta es la parte primera
de mi romance. El ladron,
(aquí la segunda entra
que será mas lastimosa)
es sugeto que interesa
muchísimo á vm., me consta;
con que aquí de la prudencia.
¿*Quid faciendum*?
Laura. ¿Qué me dice
vm.?
Ferm. La verdad sin mezcla
de engaño ni duda alguna,
sino como Dios la enseña;
el pan pan, y el vino vino.

Yo lo he visto, aquí no queda
arbitrio: la linda Inés,
ahora mismo (desde aquella
puerta lo observé) le ha dado
á Don Juan, por fina prueba
de su amor, un rico anillo:
¿habia entre aquellas prendas
alguno?

Laura. Dos muy preciosos.

Ferm. Herraduras descubiertas:
lo dicho dicho, ellas son;
vaya, no hay que darle vuelta;
si yo penetro: un diamante
lo mismo que una ciruela
tiene el anillo: ¡y qué luces
despide! Vaya, una hoguera
parece.

Laura. ¿Y se lo ha llevado?

Ferm. Por mi vida que está buena
la pregunta: ¿pues qué habia
de hacer?

Laura. ¿Con qué clar[illegible] queda
que la Inés hizo este robo?

Ferm. ¡Qué, señora! Ni en mil leguas.

Laura. ¿Pues quién ha sido? Su padre

entónces estaba fuera
del pueblo, y no pudo ser.
Ferm. Se romperá la cabeza
vm., y no dará en ello.
Laura. Diga vm. quién es.
Ferm. Me pesa
no saber nombrarlo; pero
puede ser que por las señas
conozca vm. al sugeto.
Laura. ¿Y quáles son?
Ferm. No mas éstas;
el ladron todas las noches
de los Domingos, y fiestas
de guardar, y las de ayuno,
de pasqua, carnestolendas,
quaresma; y últimamente,
todas las demas que median
entre las que llevo dichas,
duerme en una cama mesma
con vm.
Laura. ¿Mi esposo?
Ferm. ¿Hay otro
que acompañe á vm. en ella?
Laura. No por cierto.
Ferm. Pues él mismo

ha sido al pie de la letra
quien dió las joyas á Inés;
ella misma le dió cuenta
á Don Juan, de que su amo
con las alhajas y hacienda
de esta casa, se propone
el colmarla de riquezas:
yo no digo que Don Pedro
en esto ningun fin tenga
mas que el hacer caridad,
porque es hombre que no dexa
el rosario de la mano,
y siempre se anda en novenas,
altares y devociones;
pero al fin él no es de piedra,
y la Inesilla es muchacha
de provecho; el diablo entra
siempre por lo mas delgado:
puede que la cosa sea
sin interés: él es santo,
si es que los hay en la tierra;
pero aquí encaxa un refran
que aprendí yo de mi abuela:
tras de la cruz está el diablo.

Laura. Pues ese mismo se lleva

hoy esta casa: yo voy
á dar á mi hermana cuenta
de lo que ocurre, y vm.
verá en qué para la fiesta:
nombre quedará en Sevilla
de este dia. *Vase.*

Ferm. ¡Ya va buena!
¡Pobre Don Pedro! Ahora mismo
entre las dos me lo pelan:
gracias al fino talento
con que la naturaleza
me favoreció: la cosa
llegó hasta donde pudiera
conducirla mi deseo,
no hay humana resistencia
á este golpe; hoy mismo saltan
de casa, y hoy mismo empieza
mi travesura á forjar
los enredos que me restan,
para arribar á los altos
destinos que la grandeza
de mis gloriosos proyectos
me proporciona: ya es nuestra
la victoria; presto aquí
habrá rayos y centellas:

todo va á estallar; salvemos,
interin graniza y truena,
el cuerpo: despues verémos
el daño, y sus conseqüencias. *Vase.*

Salen el Coronel y D. Pedro.

Coron. Está bien: yo no me puedo
oponer á lo que sea
justo; pero como vm.
me da en mil dudas envueltas
esas especies, no extrañe
mi repugnancia, que en estas
materias, Señor Don Pedro,
aun tocando la evidencia,
quedan dudas á un honor
escrupuloso: vm.
que para mí no será
obstáculo la pobreza
de esa jóven, ni me opongo
á que puedan ser muy ciertas
las preciosas qualidades
de la virtud y nobleza
que la ilustran; pero es
necesario que las sepa,
no solo yo, sino toda
Sevilla; para que pueda

consentir á un sacrificio
tan doloroso.

Pedro. Ya hubiera
satisfecho á vm. en eso
como en todo. Mas en esta
parte no me atreveré
sin preceder la licencia
de Don Diego, á descubrir
secretos que le interesan
vida y honor: á Dios gracias
que en esta mañana mesma,
despues de andar mucho tiempo
procurando mis haciendas,
llegó á casa; voy á verme
con él, y con la reserva
necesaria...

Coron. Bien; difiero
mi partida: mas con esta
condicion, que prontamente
he de saber con certeza
y claridad, quanto vm.
ofrece.

Sale Doña Laura.

Laura. Traigo una nueva

A Don Pedro.

que vm. apreciará mucho,
sin duda, porque con ella
verá el señor Coronel,
quán virtuosa, quán buena,
quán noble y honrada es
mi celebrada doncella,
Doña Inés. Esta señora *Al Coronel.*
tiene sin duda unas prendas
tan preciosas, que confieso
con sencillez y franqueza,
que así yo como mi hermana,
las dos carecémos de ellas:
bien lo sabe mi marido,
y ahora con su licencia

A la puerta de Inés.

las verá vm.: Doña Inés,
señora, salga acá fuera.
usía.

Pedro. Muger de Dios;
¿no me dirás lo que intentas
ahora? ¿quieres matarme?
¿no tiene bastantes penas
la muchacha?

Laura. Lo que quiero,

es lo que vm. no quisiera;
que manifieste mis joyas:
mis joyas, que son las prendas
apreciables que posee:
bien que no la culpo á ella,
sino á quien...

Pedro. Acaba, dilo.

Laura. A quien tiene la cabeza
perdida: lo que yo extraño,
que hombre de tanta riqueza,
como el que dió á esa señora
tales alhajas, no tenga
espíritu para dar

Salen Don Diego é Inés.

lo que es suyo; ¡y que se atreva
á regalarla mis joyas
y las de mi hermana! Esta
es cosa muy singular.

Pedro. Mira, Laura, que estás fuera
de juicio: ¿qué es lo que dices?

Laura. No me busque vm. la lengua;
que manifieste las joyas,
y sea aquí en la presencia
de todos: sé lo que digo,
y á no hallarme con certeza

no hablaría: Don Fermin
las ha visto: vm. no crea
disuadirme, que yo sé
aun mas de lo que quisiera.

Pedro. ¡Ya, ya! ¡Don Fermin! entiendo.

Coron. Señoras, con la licencia
de vms. *En ademán de irse.*

Pedro. Suplico á vm., *Deteniéndole.*
porque á mi honor interesa,
el que presencie este caso.
Señor Don Diego, paciencia;
esta es cruz que Dios me ha dado,
y mi buen amigo es fuerza
me ayude á llevarla: presto,
saque vm. todas las prendas *Vase D. Diego.*
de que hablamos: dí á Martina *A Doña Laura.*
que salga, porque así ella
como tú, cada qual tome
aquello que suyo sea.

Doña Laura se acerca á la puerta de la sala, hace señas, y sale Doña Martina: entretanto Don Diego entra, y sale con un cofrecito, que presenta á todos abierto: luego que Don Diego presenta las joyas, el Coronel toma una; y retirado de los demas, la observa cuidadosamente sin atender á otra cosa, hasta el instante en que habla.

Diego. Estas son.

Pedro. Lleguen vms.: *A Laura y Martina.*
reconózcanlas, y vean
quáles son suyas.

Laura. Estoy
corrida.

Mart. La ligereza
de Don Fermin...

Pedro. No es menor
la de quien así se dexa
llevar de un hombre tan... vaya,
Dios ponga tiento en mi lengua.

Laura. ¿Y de dónde á mis criados
les viene tanta riqueza?

Inés. ¿Padre, qué es esto?

Diego. Señora, *A Doña Laura.*
muy lastimado me dexa

vm. con esta pregunta:
mas para dar la respuesta
bastará solo decir,
que con ser mucha, es pequeña
para la que tuvo un tiempo
su padre, y tener pudiera
Inés, si Dios algun dia
se digna favorecerla.
Señor Don Pedro, mi honor
no es posible me consienta
vivir mas en esta casa;
y así con vuestra licencia,
me privaré de la honra
de servirla.

Laura. Enhorabuena;
vm. hará como guste:
vamos, Martina. *Vase.*

Mart. Eso era
lo que se necesitaba. *Vase.*

Pedro. Yo confio en la prudencia
de vm., que no partirá
tan de ligero.

Sigue observando la joya, y mirando á Don Diego.

Coron. No queda
duda alguna: esta es la cifra
de su nombre... ¡ó Dios! Si fuera
tanta tu piedad conmigo...

Inés. Sacadme ya de esta pena.
¿Qué es esto, padre?

Diego. Hija mia, *A Inés aparte.*
exercitar mi paciencia:
el señor... Retírate,
que luego te daré cuenta
del caso: no comerémos
hoy aquí: viles sospechas
ofenden tu honor y el mio.

Inés. ¡O Dios grande! Tu clemencia
se duela de esta infeliz. *Vase.*

Coron. Amigo, ¿dónde estas prendas
adquiristeis? Por mi vida *A Don Diego.*
decidlo, que me interesa
vida y quietud el saberlo.

Desde los versos inmediatos el Coronel y Don Diego se observan mutuamente para conocerse.

Diego. ¡La alegría no me dexa!

Donavert, querido amigo.

Coron. ¡O Dios! ¿Qué ilusion es ésta?
¿Osorio?

Diego. Sí. *Se abrazan.*

Coron. ¿Y mi hija?
Se llega al quarto de Inés, y sale.

Diego. Aquí está: querida; llega,
llega á abrazar á tu padre:
¡ó inefable providencia
de Dios! Tu padre, hija mia,
es aquel.

Inés. ¡Mi padre! ¡ó pena! *Confusa.*
Señor, ¿qué decís? ¡mi padre!

Diego. Sí.

Pedro. Vaya, esta
cosa parece un encanto.

Coron. Sí, hija mia, quántas penas
me has costado: es muy hermosa:
mis males y sustos cesan.

Diego. Donavert, con que mi hijo
será...

Coron. ¿Pues qué duda queda?
Yo no lo he dexado nunca
de mi lado; una fineza
se paga con otra.

Diego. ¿Dónde
estará?
Pedro. No tenga pena
vm. de que tarde mucho
en dar por aquí la vuelta.
¿Qué tal, Inés?
Inés. Yo que sé.
Diego. Por Dios señores, no sepan
quién soy.
Coron. No hay de qué temer:
el Embaxador de Viena
obtuvo ya vuestro indulto.
Diego. ¿Qué decís?
Coron. En la gazeta
se ha publicado mil veces.
Diego. No las leo.
Coron. Vaya, estas
cosas son para despues:
á casa: ven dulce prenda
de mi alma: vamos Don Luis.
Don Pedro...
Pedro. Quanto vm. quiera
ha de ser; pero con una
condicion.
Coron. Enhorabuena;

decidla.

Pedro. Todos vms.
han de comer á mi mesa
hoy; porque aquí fué el milagro,
y aquí se ha de hacer la fiesta.

Coron. Acepto. Vamos, muchacha.

Inés. Vamos, señor. ¿Qué se queda vm., padre? *A D. Diego.*

Vase Inés y el Coronel.

Pedro. Ya, ya vamos.
¿Antonio?

Anton. Señor.

Señalando á la habitacion de Don Diego.

Pedro. Ven, lleva
aquel cofre, á donde vamos
Don Diego y yo.

Diego. Tiempo queda.

Pedro. Déxese vm. gobernar;
quiero ver si la sorpresa
que he de causarlas, corrige
á mi esposa, y á la buena
de mi cuñadita: vámos.

Sale el criado con el cofre.

Diego. Gracias á la providencia
de Dios, nunca libra mal
quien en su bondad espera. *Vanse todos.*

Salen Doña Laura y Doña Martina.

Laura. Todos se han ido, Martina;
¿qué novedad será esta?
Mirando al quarto de Inés.
Aquí no hay nadie... ¿La Inés
dónde estará? En esta pieza
tampoco.

Mart. Ya se habrán ido.

Laura. Vayan donde nunca vuelvan;
descansarémos.
Sale Don Fermin.

Ferm. Señoras;
¿será fixa mi sospecha?
Antonio va con un cofre,
que he presumido que sea
de Don Diego: éste y su esposo
de vm., van juntos; pudiera
ser que se vaya de casa
el buen viejo, con la prenda
de la remilgada Inés.

Laura. No sé qué decirle pueda
á vm.: ella no parece.

Ferm. Cuente vm. que se los lleva,
y les pone casa; y todo
quanto necesario sea:

no, no les faltará nada:
vaya, que no lo creyera
á no verlo; fie vm.
en santos: tengo experiencia
del mundo; quien piensa mal,
es el que mejor acierta:
¡cáscaras! ya; pero al fin,
no hay mal que por bien no venga:
ya saltáron: hoy, señoras,
es dia de enhorabuenas.

Laura. Pero las joyas que vm.
nos aseguró ser nuestras,
son muy distintas: corridas
hemos quedado.

Mart. Una afrenta
ha sido...

Ferm. Pero qué importa:
supongamos que lo fueran,
y para el caso es lo mismo:
vms. no se detengan
en antecedentes; yo
me atengo á las conseqüencias.

Sale Antonio.

Anton. ¿Señoras?

Laura. ¿De dónde vienes?

Anton. De hay al lado: está revuelta
la casa.
Laura. ¿Pues qué ha ocurrido?
Anton. Mi amo manda que venga
á decir que ha parecido
la señorita.
Laura. ¿Quién, bestia?
Anton. Una hija del Coronel,
que ha andado por esas tierras
perdida mas de mil años;
y dice que se prevenga
todo, que hoy comen en casa.
Ferm. Dimos con el santo en tierra:
el Capitan Belisario
queda fresco: á Dios herencia,
volaverunt; señorita,
dele vm. en la hora mesma
pasaporte, no cargaban
vms. con mala plepa.
Laura. ¿A dónde has llevado el cofre
del mayordomo?
Anton. Allí queda;
y Don Diego, Inés, y todos
estan juntos. *Quiere entrarse.*
Laura. Oye, espera:

¿has visto tú á la señora?

Anton. No, porque dicen que queda
peynándose; estoy de prisa. *Vase.*

Ferm. Por el siglo de mi abuela,
que el tal Don Juan queda fresco;
A Don Juan, que entra como recatándose.
pero allí viene. Dos nuevas
me ocurren que dar á vm.,
una mala y otra buena:
vamos por partes: Inés
saltó de casa: así queda
mas accesible, mas obvia,
mas obliqua y mas directa,
para poderse tratar
con un poco de franqueza.
Item, vm. ha quedado
desauciado de su herencia
en juicio definitivo,
sin que en modo alguno pueda
el Coronel reformar
la pronunciada sentencia;
dixi.

A Don Juan, que está como absorto.

Laura. No se aflija vm.;
vuelva á su casa, que en ella

está su prima, la hija
del Coronel: ahora llega
con la noticia el criado
de casa, y aquí se esperan
para comer.

Ferm. Pareció,
sí señor: ¿con qué la herencia
desaparece, no es esto?

Mart. Pero hallará vm. en ella
á la Inés, que puede darle
mucho consuelo en sus penas.

Juan. ¡En mi casa!

Salen Don Pedro y Don Diego.

Pedro. Sea, amigo,
mil veces enhorabuena:
abrace vm. á su padre. *A Don Juan.*

Diego. Hijo mio, ven y estrecha
en tus brazos á este anciano
infeliz.

Don Diego abraza á su hijo, y él lo recibe con indiferencia, y hace por apartarlo.

Juan. ¡O qué demencia!
¿Qué haceis, señor? ¿vos mi padre?

Diego. Tu padre, sí: ¿mi terneza
no te lo dice?

Juan. Dios mio,
¿qué laberinto de penas
es éste?
Pedro. Dígole á vm.,
señor, que no se detenga.
Don Luis de Osorio, su padre
de vm., es éste.
Arrodillado á los pies de Don Diego
besa sus manos.
Juan. Pudiera
ser verdad, permitid...
Lo levanta, y abraza tiernamente.
Diego. Alza,
hijo de mi alma; llega
á mis brazos.
Ferm. Estas gentes
han perdido la chaveta.
Sale el Coronel con Inés.
Coron. Señoras, vengo á ofrecer
á vms. la cara prenda
de mi alma, la que tantas
penas y afanes me cuesta:
ésta es mi adorada hija:
aquí mi preciosa perla
desconocida ha vivido;

pueden vms. tenerla
por muy servidora suya.

Inés. Siempre lo he sido; y aun esa
circunstancia es muy honrosa
para mí.

Ferm. No se chancean:
como soy hombre de bien
que la cosa va de veras.

Laura. Abrázame, Inés: no extrañes,
hija mia, la sorpresa
que me ocasionas: perdona
las repetidas molestias
que te he causado.

Inés. Señora,
en mi corazon no queda
resentimiento.

Despues de una suspension.

Mart. Inés mia,
yo te doy la enhorabuena
de corazon; miéntras Dios
en este mundo nos tenga
seré tuya. *Abrazándola.*

Inés. Y yo de vm.
con alma y vida.

Pedro. ¿En qué piensa

vm. Don Juan, que no abraza
á Inés? He, no se detenga,
vms. se han de casar;
y así, ¿qué mas da que sea
ántes que despues?

Laura. Y yo
(si tanto honor me dispensan
los novios) seré Madrina.

Coron. ¡O señora! Mucho aprecia
mi gratitud tanta honra:
acepto... ¿Y qué dice de estas
cosas Don Fermin?

Ferm. Que todo
me parece una comedia.

Pedro. Pero hace vm. un papel
muy perjudicial en ella.

Ferm. ¡Yo!

Diego. Sí señor: vm. es
quien aquí todo lo enreda.

Laura. Sí; por él me he visto yo
abochornada: las prendas
de Inés, me dixo, que él mismo
las vió, y que las mismas eran
que me faltan.

Martin. Y que vm. *A Don Pedro.*

las regaló para prueba
de su amor á Ines.

Pedro. ¿Y no
se muere vm. de vergüenza?

Ferm. Vaya, si toman vms.
las cosas por donde quema;
se acabó: mi fin fué bueno,
ví lo que ví; y en conciencia;
juzgando piadosamente,
creí que Don Pedro fuera
un bienhechor, como muchos
que se exercitan en estas
obras de misericordia.

Con indignacion.

Coron. Muy bien: ¿y con qué licencia
se valió vm. de mi nombre
para persuadir á estas
mis señoras, un intento
que nunca he tenido?

Ferm. ¡Aprieta!
¿Pues qué hay de particular
en eso? Todas se alegran
en tratando de casarlas:
¿y no es cosa que pudiera
ser? Deme vm. que la bola

rodára de otra manera,
y todo salía bien:
rodó mal: santa paciencia.

Laura. Por vm. esta señora
ha sufrido mil molestias:
él es quien me estimulaba
para que la echase fuera
de casa.

Ferm. Bien: yo lo hacia
para que Don Juan pudiera
tratarla mas francamente;
gracias por ello debieran
darme.

Juan. Vm. Don Fermin es... *Colérico.*

Ferm. Dexémonos de quimeras:
pelos á la mar; confieso
la culpa, y en penitencia
de mi pecado, me obligo
á destripar diez botellas
con vms. en el dia
de la boda; ¡friolera!
¿quién se para ahora en pelillos?
Abur, señores: la cuenta
no me ha salido á medida
de mi gusto; pero crean,

que aunque los medios son malos,
la intencion era perversa.

Coron. ¡Picaron!

Pedro. Esto sucede *A Doña Laura.*
á quien tiene la imprudencia
de recibir en su casa
á unas gentes tan perversas,
que solamente se ocupan
en juzgar vidas agenas,
divulgando por verdades
los delirios que ellos sueñan.

Laura. Basta, esposo; yo te ofrezco
que nunca en tu casa veas
á ese bribon: ahora vamos
adentro; y principio tenga
la celebridad de un caso
tan singular.

Coron. Todo sea
alegría, regocijo
y placer.

Todos. Y que merezca
este ensayo, sino aplauso,
censura ménos severa.

FIN.

EL SOLTERON

Y SU CRIADA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

FORMADA

SOBRE LA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

EL CIUDADANO COLLIN D' HARLEVILLE.

POR

D. T. G. S.

MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

El que compáre la comedia francesa de Collin D' Harleville, intitulada le Vieux Celibataire, con la que yo presento al teatro español, conocerá que esta no es una mera traduccion en que se trasladan las bellezas, igualmente que los defectos del original. A la verdad no carece de ellos, ya se atienda á los principios que le constituyen, ya á la distribucion del plan, al desarrollo de la accion, á las situaciones, á los caractéres, al lenguage, &c.

Yo no me lisonjearé de haberlos corregido; pero sí, me atrevo á decir, que sin las alteraciones que he hecho, su representacion no sería tolerable. Por eso he variado en parte el plan de la comedia francesa, he invertido el órden de muchas scenas, he suprimido algunas, he colocado otras nuevas, he mudado costumbres y caractéres, ó avivando algunos de sus rasgos, ó reformándolos en sus mismos principios; en fin

he alterado la colocacion, y aumentado el interés de diferentes situaciones, he añadido mas viveza á todos los diálogos, mas colorido al lenguage, &c.

Sería prolixidad inútil el analizar, y confirmar cada una de estas mutaciones, que solo deben exâminarse despues de la lectura de ambas piezas. Mi objeto principal ha sido indicar de léjos la senda que deben seguir los traductores del teatro: bien que nunca tendré por tales á los que sin ningun conocimiento de los idiomas, ni de la materia que traducen, no hacen mas que desfigurar las gracias, y conservar las monstruosidades de los originales.

El éxito de esta pieza puesta en espectáculo, tampoco probará nada contra las razones que me animáron á emprehender semejante trabajo. Y yo desconfio ya tanto del juicio del público espectador, que ni sus vituperios me harán desestimar mi obrita, ni sus aplausos mirarla con mas aprecio. T. G. S.

ACTORES.

Don Roque, viejo solteron. *Señor Vicente Garcia.*

Don Jacinto, su hijo natural, baxo el nombre de Cárlos. *Señor Bernardo Gil.*

Doña Felisa, ama de gobierno. *Señora Andrea Luna.*

Laura, muger de Jacinto. *Señora Maria Garcia.*

Don Ambrosio, mayordomo. *Señor Rafael Perez.*

Jórge, portero. *Señor Tomas Lopez.*

JULIANITO, niño de siete años, hijo de Jorge.
SEÑOR JOAQUIN GARCIA LUNA.

La Scena es estable en Madrid, en el quarto de Don Roque.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Jacinto, poniendo en órden los muebles del aposento de Don Roque.

Jac. Ya está vestido. Arreglémos,
del modo que ayer estaba,
su aposento... ¡Ah! ¡padre mio!
¡si la humillacion amarga
que tu hijo infeliz padece,
un dia te presentára
las pruebas de su inocencia,
contra la calumnia insana!
¡si conocieras que solo
el amor filial le manda,
y no el interés, servirte
con tanto afan y eficacia!...
¿pero quién viene aquí?... ¡Jorge!

SCENA II.

Jacinto y Jorge.

Jorge. Gracias á Dios, que se os halla
solo una vez, Don Jacinto...

Jac. ¡Imprudente! ¿no reparas
que nombrándome me pierdes?
Jorge. Voto á... perdonad... ¡mal haya
mi memoria!
Jac. ¿No te acuerdas
de que aquí Cárlos me llaman?
Jorge. Me acuerdo, y mucho me acuerdo;
pero tambien se me pasa
á veces: no os enfadeis:
le doy á vm. mi palabra,
que no se me olvidará
aunque dos siglos pasáran.
Vaya ahora que estamos solos;
hablad, decid sin tardanza:
¿en qué estado va el asunto?
¿lograis ya la confianza
de nuestra ama de gobierno,
y de Don Roque la gracia
se ha podido adelantar?...
Jac. Aun mas de lo que pensaba;
sin embargo, yo no vivo
satisfecho hasta que Laura,
mi querida esposa, logre
introduccion.
Jorge. Pues contadla
por segura.

Jac. ¡Ah! ¿y en qué forma?
¿baxo qué título? ¡quánta,
quánta amargura esta idéa
en mi corazon derrama!
¡Nosotros aquí sirviendo,
confundidos en la casa
de mi padre entre la clase
mas humilde!
Jorge. Sí: es desgracia,
no hay duda: ¿mas por ventura,
servir á un padre es infamia?
Era forzoso sufrieseis
para que se vindicára
vuestra justicia; y repito
que es grande fortuna el que hayais
conseguido entrar tan pronto.
Luego, vuestra esposa Laura,
va á entrar tambien, pues ayer
me dixo aquel camarada,
amigo del mayordomo,
que hoy enviaria la carta
que se necesita.
Jac. ¿Quándo
podré fidelidad tanta
recompensar?
Jorge. ¡Uh! esto no es

por interés, ni jactancia:
yo sí que nunca podré
pagaros el bien, que mi ama
y madre vuestra me hizo.
Ella me amparó en su casa
desde que era tamañito;
si Jorge es honrado, si ama
la verdad, sabed que es obra
de su exemplo y su eficacia:
á vm. le ví yo nacer,
y desde su tierna infancia
me le encargó, hasta que entrambos
padecimos la desgracia
de ver su muerte.

Jac. ¡Ay! ¿por qué,
porque tan presto la parca
la arrebató á mis caricias?
Ella murió con la amarga
pena de dexar un hijo
abandonado á la gracia
de un hombre, que aun en secreto
no quiso esposa llamarla.
¡O! ¡dulce madre! previas
de tu hijo la suerte infausta,
quando cubierta del velo
de la muerte, estas palabras

me dixiste, que por siempre
impresas tengo en el alma:
sé de las virtudes hijo,
si nadie hay que se complazca
en darte tan dulce nombre.
Enternecido.

Jorge. Señor, ¡por Dios!... no se trata
de lo pasado... advertir,
que aunque haya sido contraria
hasta hoy la suerte, ya el cielo
un nuevo rumbo señala.
Murió vuestra madre, es cierto,
y vm. expuesto quedaba
al furor de la calumnia;
mas tambien luego me manda
Don Roque venir, y así
descubro toda la trama;
reconozco su carácter
y sus opiniones raras;
en fin me ocurre escribiros,
¿y quándo? quando os hallabais
tal vez ya desperanzado:
seguis al punto mis trazas,
venis de incógnito, veis
de cerca las asechanzas,
se proporciona el que venga

vuestra esposa de criada;
y para el último golpe
ya es muy poco lo que falta.
¿Es esta poca fortuna?

Jac. Tienes razon.

Jorge. Pues constancia;
y por lo demas contad
que esa juventud lozana,
y esa modestia, os harán
dueño de la confianza
de Doña Felisa: y ¡ola!...
no sé qué decir... madama
tiene gusto.

Jac. ¡O! te diré...
lo mejor se me olvidaba:
ayer á solas conmigo
tuvo una sesion muy larga,
ponderó sus buenas prendas,
habló mucho de las varias
penas que sufre sirviendo;
y al fin añadió se hallaba
afligida, por no haber
una persona sensata
á quien descubrir pudiese
los secretos de su alma:
yo la apuré de manera,

que pienso que esta mañana,
segun ella dió á entender,
vendrá á decirme...

Jorge. ¡Caramba!
¿no lo digo yo? ¡Guardáos
si esas indirectas paran
en haceros una tierna
declaracion!... mas son vanas
mis sospechas; no es posible
que la niña se olvidára
de su interés: ese Ambrosio,
que vino á ocupar la plaza
de su difunto marido,
la ronda mucho y la halaga,
y ella se muestra mas dura
que una piedra; no le agrada
la juventud.

Jac. Así pienso.

Jorge. Y yo pienso que en el alma
os detesta el tal Ambrosio.

Jac. No es mucho, quando maltrata
aun á su señor: á mas,
si en mi conducta repara,
acaso teme algun dia
perder por mí su privanza.

Jorge. Y lo teme con razon;

pues Don Roque se declara
á favor de vm.

Jac. Mas dulce
es para mí esa esperanza,
que la de su herencia. Sea
qual hijo ó sirviente; nada
me importa, con tal que pueda
merecerme al fin su gracia.

Jorge. ¡Que esos sentimientos reinen
siempre en Cárlos!

Jac. Siempre en mi alma
reináron, Jorge: tal vez
algun tiempo la desgracia
los amortiguó; mas luego
viendo que un padre me ama,
sino con nombre de hijo,
como criado, su llama
renació con mas vigor,
y nunca será apagada
en mi pecho. He conocido
que el tiempo jamas alcanza
el remedio á nuestros males,
si hasta el fin de la jornada
la virtud no nos sostiene.

Jorge. Ya para el fin poco falta,
porque en breve vuestra esposa

va á dar... ¡Ola! ¿qué buscaba
Julianito?

SCENA III.

Dichos, y Julianito con una carta en la mano.

Jul. ¿Quién? ¿yo, padre?
Jorge. ¿Qué es eso?
Jul. Me dió esta carta *Se la entrega á Jorge.*
mi primo Pasqual, y fuf,
sin hablarme mas palabra
se marchó; pero me voy
yo tambien, que si asomára
Don Ambrosio, reñiría. *Vase.*

SCENA IV.

Jacinto y Jorge.

Jorge. ¡Qué diablos será esta carta!
¿me permitis?...
Jac. Sí: ábrela:
¿en qué te detienes?
Jorge. ¡Vaya! *Despues de haberla abierto.*
¡si es cabalmente el socorro,
que ya impaciente aguardaba!
Es la recomendacion

para vuestra esposa Laura,
de aquel amigote mio,
que conoce mucho al maula
del mayordomo.

Jac. ¿Y qué dice?

Se la entrega á Jacinto.

Jorge. Leedla, y ved como prepara
la suerte un feliz suceso
despues de tantas borrascas.

Lee.

Jac. "Amigo Ambrosio: he sabido que buscabas
»una sirviente jóven para segunda de vuestra
»ama de gobierno, y os envio una persona ex-
»celente para el caso en la dadora de ésta: sin
»duda quedaréis contentos con ella; es bien na-
»cida, juiciosa y dócil: y podrá perfeccionarse
»baxo la direccion de Doña Felisa. Tuyo siem-
»pre, Torres."

Jorge. Este es el último lance
de ventura; por criada
se le introduce la nuera.

Jac. El cielo por fin se apiada *Se guarda*
de este infeliz. *la carta.*

Jorge. Y creed,
que al momento queda en casa
con tal recomendacion.

Jac. Lo espero así: tú derramas
en mi corazon un gozo,
que hasta hoy ¡mísero! ignoraba.
En viéndola mi buen padre,
en escuchando aquella habla
de virtud y de dulzura,
no puede ménos de amarla.
¿Tú no la has visto?
Jorge. Sí tal.
Jac. Quizá habrás visto sus gracias,
todo su encanto; mas ¡ah!
no conoces aquella alma
de bondad, que de la mia
fué señora soberana
á la vez primera. Escucha,
(ya que hoy la paz y la calma
te debo) de mis amores
la historia sencilla y grata.
Tú sabes que abandonado,
mísero, solo en mi patria,
despechado me alisté
soldado. Mi vigilancia
en el servicio, mi buena
educacion, y una rara
madurez, único fruto
de mis primeras desgracias,

me ganáron el favor
de mis Xefes. Ya empezaba
á gozar algun reposo,
quando por dicha me mandan
ir á Cuellar de bandera:
llego al pueblo, y me señalan
alojamiento en la pobre
choza de la hermosa Laura,
á tiempo que perseguido
de la avaricia inhumana
de un acreedor poderoso,
su anciano padre esperaba
su víctima ser. El llanto
que en su afliccion derramaba
esta virtuosa familia,
despedazó mis entrañas:
pago su deuda y alivio
su dolor: todos me abrazan,
todos á una voz de hermano
y de hijo el nombre me daban.
¡qué placer! Nada en el mundo
desde aquel punto envidiaba.
Yo no pude mucho tiempo
resistir: mi ardiente llama
declaré á Laura, y en breve
ante el altar nuestras almas

eterno amor se juráron.
Sus padres, ya de abanzada
edad, muriéron á poco;
y obteniendo sin tardanza
mi libertad, el cultivo
del campo nos sustentaba.
Sin opulencia y sin ocio,
¡quál mi afanar suavizaba
mi adorable compañera!
¡quál entre inocente calma
se deslizaban mis dias!
Tal era, quando una carta
de tu amistad me previene
por menor todas las causas
de mi abandono. El estado
de mi padre, que me odiaba
engañado, mi inocencia,
la justicia, todo clama
que me vindique. En efecto,
solo con mi esposa amada,
vengo á Madrid, y mudando
las señas de nombre y patria,
entro á servir á los mismos
que me persiguen: ¡y tanta
es la fuerza del malvado,
que tímida y desolada,

aun para hablar la virtud
la ocasion del vicio aguarda!
Si para mí no la alcanzo,
si por fin miro frustradas
mis esperanzas, ¿qué habrá
que mi dolor satisfaga?
¿qué es de la justicia? ¿dónde
es la verdad respetada?

Jorge. Sosegaos, que ahora conviene
el disimulo y cachaza.

Jac. ¡Quánto padezco en fingir!

Jorge. Pues tambien me repugnaba
á mí al principio; y á fé
que viendo las circunstancias,
he aprendido ya á fingirme
ciego, quando esta canalla
robando está á vuestro padre.
Fuera de lo que regala
la cocinera, que es linda
espigadera, nuestra ama
siega de primor, y cogo
dinero y papel sin tasa.
El Don Ambrosio ha comprado
una magnífica casa;
vm. que tiene talento,
discurra cuya es el arca

de donde salió su importe:
todos los dias la alhaja
con un mueble nuevo; y otro,
todos los dias nos falta,
de suerte que en poco tiempo,
si prosigue, nuestra casa
quedará sin mueble alguno,
quando la otra esté amueblada.

Jac. Si al ménos le hubieran hecho
feliz, yo les perdonára
su exceso; mas no contentos
con robarle, se adelantan
á oprimirle: ¡Triste anciano!
hecho ya á la tolerancia,
devora en secreto el llanto
que sus pesares le arrancan.

Jorge. ¡Pero tate!... no hay remedio:
Doña Felisa se clava:
ahí sale ya, y con semblante
de pedir mercedes.

Jac. Calla.

SCENA V.

Dichos y Doña Felisa.

Jac. Señora, besoos los pies.

Jorge. A la obediencia, madama.

Fel. ¡O! buen dia, amigo Cárlos...
¿qué haces aquí? *A Jorge.*
Jorge. ¿Quién yo? nada:
estabamos conversando
sobre las cosas de Italia,
Alemania, Francia, Europa...
Fel. Está bien; pues ahora marcha
á conversacion á baxo.
Jorge. ¡He! solo á mí me regañan,
y él sin cesar está hablando
de vm.
Fel. ¿Y de mí qué hablaba?
Jorge. Que pareceis cada dia
mas jóven, y mas gallarda.
Fel. Cárlos es muy fino, y usa
de expresiones delicadas;
pero tú te vales de ellas
para adularme. Vé y guarda
la puerta.
Jorge. ¡Yo adulador!
Fel. Y á ninguno des entrada
sin avisarme.
Jorge. Está bien.
Fel. Si viniere alguna carta
entregámela.
Jorge. Por hoy...

es regular que no la haya.

Fel. No importa: acuérdate bien
de todo.

Jorge. Muger mas falsa *Aparte yéndose.*
no la habido jamas desde
que hay mugeres en España.

SCENA VI.

Jacinto y Felisa.

Jacinto continúa arreglando el aposento, y entretanto Doña Felisa en el extremo opuesto, le mira con mucha agitacion, y miéntras dice su monólogo manifiesta á un mismo tiempo desconfianza, firmeza y temor.

Fel. Ya es forzoso decidir:
si mas tiempo se dilata
mi proyecto, es muy posible
que la suerte trastornára
en un punto tantos años
de afan y de vigilancia.
Y no hay duda, Cárlos es
el mas seguro: de él nada
recelaría Don Roque,
y yo sé que interesará
su corazon si le hablase

de mi amor con eficacia.
¿Mas qué le diré? ¿si acaso
de mi conducta se extraña?...
¿y qué ha de extrañar? tambien
quando él sirve, solo trata
de mejorar, como todos,
su fortuna... ¡qué agitada
me siento!... por otra parte
yo le soy muy necesaria,
para que pueda negarse;
es discreto, le acompaña
la prudencia: ayer al verme
suspirar, se me mostraba
muy sensible... no hay remedio,
digno es de mi confianza;
y conviene aprovechar
el tiempo... Cárlos, palabra.

Se sienta en el camapé, y Jacinto llega.

Jac. Mandad, señora.
Fel. Yo quiero
me digas ¿cómo te hallas?
¿estás contento?
Jac. Lo estoy
tanto, que casi juzgára
que estaba en mi casa propia.
Fel. Sé siempre el mismo; y tú honrada

conducta te ofrecerá
cada vez nuevas ventajas:
parece que con agrado
te mira Don Roque.

Jac. Gracias
á vuestra bondad.

Fel. Es cierto:
merezco su confianza.

Jac. Fruto es de vuestro talento
y experiencia.

Fel. Si en mí alabas *Suspirando.*
esas qualidades, sabe
que son de mis males causa.

Jac. ¿Vuestros males? yo no entiendo...

Fel. ¡Si supieras!... ¡pero incauta!
¡qué iba á decirte!...

Jac. Señora:
lo conozco: mi humillada
situacion no corresponde
á mi voluntad; no alcanza
á aliviaros...

Fel. Es posible
que alcanzase; y si tan ardua
empresa no fuese hallar
uno, que se interesára
en mis desdichas, que fuera

buen amigo, no dudára
en elegirte.

Jac. Dichoso.
si complaceros lograba.

Fel. Y ciertamente, á tí mismo
no te es ménos necesaria
una persona prudente,
á quien tu pecho se abra.
Eres dócil y discréto,
y no pareces en nada
ser criado...

Jac. No lo soy:
y un tiempo tengo esperanza
que lo conozcais.

Fel. A mas, mi recompensa...

Jac. Me basta
por premio el saber que os sirvo.
¡Ah! no dudeis: aguardaba
desde ayer con impaciencia
esta ocasion: vuestras raras
prendas, vuestro dulce genio;
todo en vos, señora, manda
complaceros: ¡no dudeis!...
mas si quizá os desagrada
Cárlos, jamas descubrais...

Despues de haber mirado á todas partes, suspira profundamente, se levanta, toma la mano de Jacinto, y la aprieta con entusiasmo.

Fel. No, amigo: mi confianza
en tí deposito.
Jac. Hablad.
Fel. Quince años ha que encerrada
vivo aquí, sin otro premio
que servir... Mira si basta
para que erigirme deba
por señora de la casa.
Jac. Es justicia.
Fel. Mi difunto
y yo no dexamos nada
que hacer de quanto pudiese
cumplir mi justa esperanza.
De la vista de Don Roque
alejamos sin tardanza
á los parientes, amigos,
y á todos quantos trataba:
mas de repente mi esposo
me faltó en las circunstancias
mas críticas: quedé sola
para la empresa mas ardua,
que era contrastar un hijo...

Jac. ¿Un hijo? ¿de quién?
Fel. No alcanzas
este misterio. Don Roque,
solo por extravagancia,
nunca se casó, aunque era
amante de cierta dama
principal de la que tuvo
este hijo, que hoy es la causa
de mi mal. Ella murió...
Jac. ¡Ay de mí! *Aparte.*
Fel. ¿Qué es eso?
Jac. Nada. Proseguid.
Fel. Ella murió
en Valladolid su patria,
miéntras él vino á la corte
á negocios de su casa.
Aquí ausente confirmó
sus caprichos; é informada
por él mismo del asunto,
califiqué de inconstancia
la reserva que en la ausencia
su buena amiga guardaba,
y sus sinceros deseos
de cubrir con una santa
union los yerros pasados,
los pinté como asechanzas

para oprimirle, y despues
vivir libre y descuidada:
por último, entre mi esposo
y yo logramos con maña,
que su amorosa pasion
á indiferencia pasára.

Jac. ¿Pero el hijo?

Fel. Escucha. Apénas
de aquella molesta carga
se vió libre con la muerte,
fixó ya en Madrid su estancia,
y por direccion de Ambrosio,
trocó el comercio en labranza.
Entónces formó el proyecto
de llamar al hijo para
educarle aquí á su lado.
¡Quánto costó el que mudára
de plan, y en Valladolid
le dexáse!

Jac. ¿Y por qué causa
intentabais disuadirle?

Fel. Pues, si á su lado mirára
un objeto tan querido,
como un hijo, ¿qué esperanzas
nos quedaba? y á mí, á mí,
¿qué fruto despues de tantas

y tan contínuas fatigas?

Jac. Sí: la conseqüencia es clara.
Seguid.

Fel. Al fin le mostré
que sería ménos cara
allí su manutencion,
que en Madrid; que aquí abundaban
las distracciones, capaces
de viciar la edad lozana
de quince años, y además
de este modo preparaba
á su vejez mil cuidados:
me creyó al punto, y me encarga
el cuidar de su asistencia.

Jac. Así era vuestra la plaza.

Fel. Aun no. Le hice despedir
los criados que quedaban
de su madre: solamente
el que hoy es portero en casa
se exîmió; mas logré pronto
que Don Roque le llamára,
con pretexto de que allí
era inútil. Su llegada
me dexó ya libre el campo
para la empresa mas ardua;
pero segura. Debiendo

suministrarle sin tasa
sus asistencias, discurre
si serían limitadas
por mi mano. Con efecto,
puesto ya en las circunstancias
de mendigar, sin poder
ni aun quejarse, sentó plaza.
Tanto acriminé esta accion,
que ya Don Roque pensaba
desheredarle. Despues
se animó á escribir dos cartas
pidiendo perdon: mas yo,
lo mismo que las pasadas,
las oculté.

Jac. Precauciones
muy precisas y acertadas.

Fel. En público no he leído
sino tres; pero glosadas.
Al fin se ha perdido él mismo
por una aventura extraña.

Jac. ¿Cómo?

Fel. Sin dar parte al amo
se casó.

Jac. ¿Pues en sus cartas
no lo decia?

Fel. A lo ménos

Don Roque no supo nada
hasta que yo le informé
de la boda, y la muchacha,
pintándola qual si fuera
una aventurera, vaga,
incógnita, miserable.
Entónces el viejo en rabia
y cólera se enfurece:
maldice al hijo, y nos manda
que nunca mas se le nombre.
He aquí de acciones tan varias
el suceso.

Jac. ¿Y ya qué resta?

Con tono de dolor y abatimiento.

Fel. Mucho, Cárlos, mucho falta.
Oye el último secreto
que mi corazon guardaba.
Ya ves que pueden salir
todas mis fatigas vanas,
sino le estrecha conmigo
una obligacion... ¿No alcanzas
todavía mis idéas?

Jac. Aun no: ¿pero qué embaraza
vuestra franqueza? decid.

Con viveza é interés.

Fel. Si conmigo no se casa,

¿viviré segura, Cárlos?

Jac. ¿Con vos? ¿el amo? Arrojada
es la empresa ciertamente.

Fel. Es forzoso el acabarla.

Jac. ¡Qué! ¿ya la habeis comenzado?

Fel. Muchos años ha que cauta
voy preparando su pecho.
Le hago pinturas muy gratas
del himenéo: le leo
novelas de amor, que encantan
sus sentidos, y en los lances
mas tiernos hago una pausa
para dar lugar á que
en ellos se embeba su alma.
Sabe tambien que el motivo
por qué yo hice que llamára
á Jorge, fué solamente
el que siempre presenciára
la escena de dos esposos
que felices se idolatran.
Las inocentes caricias
de su hijuelo, que no pasa
de siete años; sus juguetes,
todo excita su apagada
imaginacion; y así
su pecho á amar se prepára.

Mas para rendirle, ahora
tu persona es necesaria.
Jac. Mandad con franqueza.
Fel. Observo,
quando el amo se levanta,
que gusta de hablar contigo:
¿qué ocasion mas apropiada
para hablarle del asunto?
Le insinuarás que se halla
muy aislado: que sería
feliz si encontrar lográra
una amable compañera.
Entónces á hablarle pasas
de mi persona: que en parte
conservo todas las gracias
de la juventud, unidas
á la madurez sensata
de mi edad. En fin, ya ves,
me mantengo fresca, sana,
y mi presencia... Tambien
añadirás, si te agrada,
que al principio me tuviste
por su esposa, no por ama.
Jac. No os canseis mas; quedo ya
impuesto.
Fel. En una palabra:

tienes talento, y descuido
en tí.

Jac. Vivid descuidada.

Fel. ¿Con que me entiendes?

Jac. Repito
que vivais asegurada
de que yo haré lo que hicierais
vos misma en mis circunstancias.

Fel. Pues vive tambien seguro,
que la recompensa...

Jac. Basta.
Me anima interés mas puro.

Fel. El amo ya sale: calla.

SCENA VII.

Los dichos y Don Roque.

Roq. Buenos dias... ¡O señora!
no reparé que ahí estabais.

Fel. ¡Amo mio!

Roq. ¡A Dios, amigo
Cárlos.

Jac. ¡Señor!

Fel. O me engañan
mis ojos, ó está vm. triste.
¿Pasasteis acaso mala
noche?

Roq. No, amiga.
Fel. Será
apariencia; mas jurára
que estaba ayer mas risueño
vuestro semblante.
Roq. Pues raras
son las veces que la risa
se vé en mi rostro.
Fel. Apostára
que de ese hijo tan perverso
vuestra tristeza dimana.
Roq. Su imágen de mi memoria
un instante no se aparta.
Esta noche le ví en sueños.
Fel. ¿Y por qué no desecharla?
¿No conoceis que no intenta
mas que labrar vuestra infamia?
Señor, olvidarle, y ved
de cuidaros.
Roq. ¡Ah! mi alma
puede aborrecerle, sí;
mas no olvidarle.
Fel. ¡Qué gana
teneis, señor, de afligiros!
Cárlos, Ambrosio y yo, nada
querémos mas que agradaros.

Sin salir de vuestra casa
tendréis en nosotros hijos,
parientes, amigos... ¡vaya!
sosegaos... ¡quánto siento
dexaros!... pero me llama
la obligacion de serviros.

Roq. ¡Cómo ha de ser!

Fel. Que no salga
Cárlos, y os divertirá.

Jac. ¡Felice yo, si lográra
sucederos dignamente!

Al irse por lo baxo á Jacinto.

Fel. Acuérdate de la trama. *Vase.*

SCENA VIII.

Don Roque que se sienta cerca de la mesa, y Jacinto.

Roq. ¡Qué digna muger es ésta!
¡quánto en cuidarme se afana!
¿No es verdad?

Jac. Señor, en eso
pienso que á nadie aventaja.

Jac. ¡O! tambien estoy contento
contigo.

Jac. Si alguna falta

me advertis en los principios,
sabed que es involuntaria.

Roq. No, yo no advierto ninguna.

Jac. Siempre es mayor la eficacia
de un criado, quando sirve
á un amo á quien idolatra.

Roq. Yo no sé que es; me penetran
el corazon tus palabras,
aunque no quiera, me hacen impresion.

Jac. ¡Si ellas bastáran
á segurarme algun dia
vuestra ternura!

Roq. Sí bastan.
No sé por qué, tu presencia,
tu conversacion me encanta;
solo contigo estoy bien.

Jac. ¡Ah! ¡si pudierais ver quánta
es mi dicha en agradaros!

Roq. Mil penas, amigo, agravan
mi corazon: necesita
desahogo. Corro con ansia
toda la naturaleza,
y en toda ella no se halla
un amigo, en cuyo seno
pueda mis penas amargas
depositar.

Jac. ¿Qué decís?
¿penas?
Roq. ¡Ay! tú me juzgabas *Se levanta.*
por feliz, y no lo soy.
Jac. ¿Pero quién imaginára?...
Roq. Ya me ves: aquí en la tierra
solo, falto de esperanza...
Jac. ¿Solo?
Roq. Sí, amigo; yo vivo *Enternecido.*
aislado... ¡ó Dios! ¿por qué causa
en mis años florecientes,
ó luego quando escuchaba
libre mi razon, porque
me negué á la union sagrada
que me hubiera hecho feliz?
Jac. Virtud sola es la que traza
nuestra dicha, y no hay estado
en que ella mas sobresalga,
que en el vuestro.
Roq. Sí: en el mio
es feliz el que le abraza
por virtud, no por capricho.
Jac. Yo pienso que no sin causa
renunciasteis al consorcio.
Roq. En parte no era infundada
mi opinion. El himenéo

es cadena muy pesada.
Yo apartado de mis padres
desde la mas tierna infancia,
tuve ocasion de observar
por mí mismo sus infaustas
conseqüencias. Inconstantes,
vanas, infieles, falsarias
las mugeres, ¿á qué males
no dan orígen? Quien ama
sus gracias por mucho tiempo,
es infeliz. Yo encontraba
muchas humildes, honestas
en lo exterior, y en su casa
eran eterno tormento
de un esposo.

Jac. Perdonad,
si es á la vuestra contraria
mi opinion. La esclavitud
de himenéo es la mas grata,
entre todas las que al hombre
en la sociedad enlazan;
si una esposa amable...

Roq. ¿Y qué?
¿es posible el encontrarla?

Jac. Sí señor: hay infinitas
sencillas, y moderadas

en sus gustos, recogidas,
que su ventura señalan
en la de su esposo.

Roq. Yo
tengo experiencia muy larga
en contrario.

Jac. Confesad
que tal vez las que tratabais
mas de cerca, no serían
las de mas virtud.

Roq. ¡Qué vanas!
¡qué mudables! ¿y en tal sexô
nuestro pundonor descansa?

Jac. Y si tan débiles son,
¿para qué en tan fragil basa
apoya su honor el hombre?
El es, él es quien quebranta
sus misma leyes. Un padre
muy solícito se afana
en educar con acierto
un hijo, y no cuida nada
de la educacion de una hija,
que luego á ser se prepára
una madre de familias.
Los mismos que la acompañan,
fomentando su amor propio,

acrecientan su ignorancia,
su indolencia y su altivez.
He aquí de dónde dimanan
sus defectos; ¡y quán leves
son, señor, si se comparan
con los nuestros!

Roq. Pero, bien.
Quiero suponer que haya
algunas buenas, y que éstas
siempre nuestra dicha labran.
Con todo, ¡quántos cuidados
nos cercan al que se casa!

Jac. Cuidados inevitables,
que siempre al hombre acompañan,
estos en retorno ofrecen
mil placeres, y no agravan
el corazon.

Roq. Yo no entiendo...

Jac. Pues si una amiga repára,
y alivia nuestros quebrantos,
¿qué será una esposa amada,
nuestra eterna compañera,
amiga amorosa y franca,
que un mismo interés la estrecha
á nosotros, que no aguarda
para gozarse otro bien

que el nuestro, ni otra desgracia
para sentir? Comparad
los desvelos que nos causa
una familia, que es propia,
con los de una mercenaria,
que muy poco cuidadosa
de nuestro bien, solo trata
de su provecho.

Roq. Es verdad.
Eso es lo que á mí me pasa.
No dudo que mis criados
me estiman; mas se propasan
tambien conmigo.

Jac. En efecto.

Roq. Ya ves, esto me traspasa
el corazon. Muchas veces,
avergonzado de tanta
condescendencia, he querido
sacudir tan dura carga,
y he cedido al fin. A Ambrosio
le despedí veces varias,
y le he vuelto á recibir,
porque, aunque es extraordinaria
su viveza, él es honrado,
y hombre de bien: aun el ama,
Doña Felisa, conmigo

algunas veces regaña,
y quando mas enfadado
prorrumpo yo en amenazas,
ella calla, muda el tono,
dexa pasar la borrasca,
y... ¡soy muy débil! despues
con mas libertad me manda.

Jac. Lo conozco.

Roq. ¿Y qué ha de hacer
una persona privada
de amigos ¡ah! y de parientes?...
Uno tengo; ¡mas qué amarga
me es su memoria!

Jac. ¿Un pariente?

Roq. Mira, renuevo las llagas
de mi dolor... déxame.

Jac. Tal vez, señor, os distraiga
el confiar...

Roq. No es posible:
no hay consuelo que me valga
en mis males: déxame.

Jac. Perdonad.

Se sienta y toma un libro.

Roq. Solo estos calman
mi tormento.

Jac. ¡Ay Dios!... ¿qué aguardo? *Aparte.*

¿Si me permitís que salga
á una diligencia?...

Roq. Sí;
pero vuelve sin tardanza,
y dile á Jorge que suba
á acompañarme: me agrada
el sosiego, pero no
la soledad.

Jac. No hará falta.

Dice los siguientes versos aparte, miéntras Don Roque se pone á leer.

¡Infeliz! No viviré
si un momento se dilata
su desengaño, si un punto
el castigo se retarda
al crímen y á la perfidia.
¡Dulce esposa! ¡tu ignorada
virtud va á comparecer;
plegue á Dios, que la asechanza
de la calumnia á su vista
quede una vez disipada!

SCENA IX.

Don Roque solo.

La cláusula de letra bastardilla debe decirse en tono delectura. Despues cierra el libro con enojo, y se levanta.

Roq. ¡Qué bien dices! *Desde el punto,*
en que nace la esperanza,
se empieza á gozar... ¡Un viejo!
Un viejo no espera nada.
Todo me fastidia: libros,
sociedad, todo me enfada,
y todo lo anhelo. Cárlos...
ya se marchó, y Jorge tarda.

SCENA X.

El mismo y Ambrosio.

Sale con cierto desembarazo grosero, y pone sobre la mesa el dinero que anuncian los versos.

Roq. ¡Ola! ¿qué traes Ambrosio?
Ambr. ¿Qué quiere vm. que le traiga?
Dinero. Ahí están mil reales.
Roq. Mucho lo necesitaba:
y es muy poco: hace ya tiempo

que no he percibido nada.
Ambr. ¿Y es culpa mia? ¡cuidado!...
¿No vé vm. que nadie paga?
Todos á una voz se excusan
con el tiempo.
Roq. Y no sin causa.
Ambr. Si le llora algun rentero,
al instante vm. se ablanda.
Roq. Eso es natural.
Ambr. ¡Muy bien!
¿y los gastos? Pues las casas
se han compuesto; se aumentó
nuevamente la labranza:
y así en mas de quatro meses
no espere vm. mas cobranza.
¡Si se pensará que en esto
tengo yo alguna ganancia!
A fé, que quizá yo pierdo
muchas veces que vm. gana.

SCENA XI.

Los dichos y Jorge.

Jorg. ¡Buen apóstol! *Aparte.*
Ambr. ¿A qué vienes?
Jorg. ¿A qué? A que el amo me llama.

Ambr. Aquí no tienes que hacer;
vuélvete á la puerta.
Jorg. ¡Vaya!...
si me llaman... si está abaxo
mi muger...
Ambr. No importa: marcha.
Roq. ¿Y por qué le hablas así?
Ambr. Este es mi modo: ¿qué aguardas?
Vete pronto.
Roq. Déxale.
Jorg. Quando el amo me lo manda,
debo quedarme.
Ambr. ¡Insolente!
Jorg. ¿Insolente?
Roq. ¿En qué te agravia
para tratarle así?
Ambr. ¡Bueno!
que haga quanto le dé gana,
y á mí me falte...
Jorg. ¿En qué falto?
Ambr. En no obedecer.
Jorg. En casa
no hay mas amo que el señor.
Roq. No mas.

En todo el diálogo debe haber suma viveza en el tono y acciones de los personages.

Ambr. ¿Qué es lo que vm. habla?

SCENA XII.

Los dichos y Doña Felisa.

Fel. ¿Quién mueve tal alboroto?
¡He! Ambrosio...
Roq. Sí: se propasa
ya á ultrajarme.
Ambr. Solo quiero
que el portero á cumplir vaya
con su obligacion.
Fel. ¿Y de eso
toda la qüestion dimana?
Roq. ¡Ah, señora! mas me irrita
el tono, que las palabras.
Fel. Es verdad. Este buen hombre,
ya lo sabeis, tiene tanta
viveza, tan fuerte el genio...
Ambr. ¡Señora!...

Al oído á Ambrosio.

Fel. ¡Que siempre se haya
vm. de olvidar de que es
precisa la tolerancia!...

Vaya, amo mio, por Dios;
sosegaos. Está acabada
la qüestion.

Roq. Yo soy muy bueno:
pero todos se adelantan
á abusar de mi bondad,

Fel. Teneis razon demasiada.
Vm. es honrado, fiel, *A Ambrosio.*
juicioso; pero es muy mala
costumbre...

Ambr. ¿Y por qué me irritan?

Roq. Al instante se arrebata,
me replica, ¡y con un modo!...

Fel. Mal hecho.

Ambr. ¿Y quién no se enfada
en el pronto?

Fel. Sí: es verdad.

Ambr. Ya se vé: el amo repára
en mi genio, y no se acuerda
de que Ambrosio tiene dadas
pruebas de amarle.

Fel. No hablémos
mas del caso. La mañana
está muy buena: ¡amo mio!
salir para que se esparza
el ánimo, y volved pronto:

no podré estàr sosegada
si tardàis.

Guarda el dinero: toma el sombrero y redingot. Doña Felisa le limpia y asea con mucha afectacion.

Roq. Pues voy un rato
hácia Atocha.

Fel. Que Dios vaya
con vos, señor.

Roq. Hasta luego. *Vase.*

Al oído á Doña Felisa.

Ambr. Aguardo á vm. en la sala.

Fel. ¿Para qué?

Ambr. Tengo que hablaros
á solas una palabra. *Vase.*

Fel. Voy al instante. Ya Jorge,
puedes irte: no haces falta. *Vase.*

Jorg. Está bien... ¡Gracias á Dios!
A no verlo, lo dudára.
¡Qué demonios! Vaya, importa
el no dormirse en las pajas.
Voy á avisar á Jacinto,
que no se detenga Laura
en venir... ¡El Don Ambrosio!...
¡pues la niña!... ¡qué canallas!

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Ambrosio y Doña Felisa.

Ambr. Señora, ya es necesario
que de asegurar tratémos
nuestra dicha: ya vé vm.
que tambien se acuerda el viejo
de que es el amo; y en fin
la amo á vm. ha mucho tiempo,
y solo con vuestra mano
viviré feliz.
Fel. ¡Qué empeño!
¡es un modo bien extraño
de pretender!
Ambr. Ya no espero
dilaciones: la amo á vm.
ciegamente, lo confieso.
Yo no soy galan, señora;
pero tampoco merezco
un desayre.
Fel. La verdad,
temo mucho el casamiento.
Ambr. ¿Qué hay en éste de temible

para vm.? Antes uniendo
así nuestros intereses,
dirigiéndonos de acuerdo,
nos esperaba una vida
regalada, con sosie[illegible]
y... vamos, y [illegible]e vm.
que uno á otro nos conocémos.

Fel. ¡Qué poco repára vm.,
amigo, en lo venidero!
¿No era mejor aguardar
hasta que el último obsequio,
como sirvientes, le hagamos
á Don Roque?

Ambr. No comprehendo...

Fel. Quiero decir, hasta tanto
que sus párpados cerrémos.

Ambr. Eso es largo: no señora,
nos importa hacer primero
una retirada honrosa,
dexando aquí unos sugetos
buenos, dóciles, de nuestra
eleccion, que dependiendo
de nosotros, conspiráran
á cumplir nuestros deseos.

Fel. Todo es verdad; pero es cosa
de importancia... ya veremos.

Ambr. ¡Siempre una misma respuesta!
Fel. ¡Qué impaciencia!
Ambr. ¡Qué pretextos!
ya me canso: hasta mañana
solamente doy de tiempo
para decidir.
Fel. Muy bien.
Hoy será mi último esfuerzo, *Aparte.*
y verémos... es preciso
hoy apurar mi talento. *Vase.*

SCENA II.

Ambrosio solo.

Ambr. Esta muger me hace falta
para ser dichoso. Luego
uniendo nuestros caudales
se formaba un total bueno,
y el amo le completaba
al fin con el testamento.
Sobre todo, no me agrada
ser un solteron eterno
como él, que quando fallezca,
en vez de lloro y lamentos,
se celebrará su muerte
con regocijo y contento

de todos, al recoger
lo que con tanto desvelo
ha adquirido... ¡Pobre diablo!
¿pero qué busca aquí dentro
esta graciosa muchacha?

SCENA III.

Ambrosio, y Laura que entra muy turbada y llena de timidez.

Laura. Don... Ambrosio...
Ambr. Soy yo mesmo:
¿y bien?
Laura. Puede ser que ahora
os estorbe: Don Anselmo
Torres me envia...
Ambr. Ya, ya.
Tú quieres servir ¿no es esto?
Laura. Si no os incomoda, ved
esta esquela. *Se la entrega.*
Ambr. ¿Mas qué es eso?
¿tiemblas, niña?
Laura. No señor.
Ambr. No hay porqué; á ver: en efecto.
Leyendo la esquela.
"Bien nacida, dócil..." basta:
conviene muy bien tu aspecto

con lo que dice mi amigo.

Laura. Señor, ese es favor vuestro.

Ambr. ¿Te llamas?

Laura. Laura.

Ambr. ¿Y tu edad?
¿veinte años, he?

Laura. Aun no los tengo.

Ambr. ¿Has servido?

Laura. No señor:
y á no ser aquí, protesto
que no sirviera.

Ambr. Y supongo,
¿sois soltera?

Laura. Careciendo
de fortuna, no era fácil
que pensase en casamiento.

Ambr. Pues vaya, estás recibida.

Laura. Yo, señor, os lo agradezco
con toda mi alma.

Ambr. Hablaré
al amo, aunque es lo que ménos
importa. Ahora escúchame
dos advertencias.

Laura. Ya atiendo.

Ambr. Aquí, niña, hay mas de un amo.

Laura. Me lo han dicho.

Ambr. Yo el primero.
Laura. ¡O! sí señor.
Ambr. Además,
con el ama de gobierno
es menester que te muestres
pronta y dócil, yo la aprecio,
y el amo la estima.
Laura. Bien.
Ambr. El amo es un pobre viejo,
bonazo, franco: tratarle
con cierto mimo y respeto.
Ya puede vivir muy poco;
y si mereces su aprecio,
pudiera hacerte algun dia
dichosa.
Laura. Yo le venero
aun por motivos mas puros.
Ambr. Pues cuenta con mis consejos.
No hay mas que hacer: sobre todo,
acuérdate en qualquier tiempo,
que entraste por Don Ambrosio.
Laura. Desde hoy á afirmar me atrevo
que nunca me olvidaré
de los favores que os debo.
Ambr. Yo salgo á una diligencia,
para que despues entrémos

á presentarte: vé y vuelve,
si quieres, de aquí á un momento;
pero por nadie preguntes
sino por mí.

Laura. Ya os entiendo. *Vase Ambrosio.*

SCENA IV.

Laura, y Jacinto muy apresurado.

Jac. ¿Si habrá conseguido?...

Laura. ¡Esposo!

Jac. ¡Laura mia! ya prevéo
en tu semblante mi dicha.
¿Te ha admitido?

Laura. Muy contento;
pero todavía estoy
temblando.

Jac. Calma, te ruego,
tu inquietud; ya nada temas,
si por fin benigno el cielo
nos favorece: bien pronto
mi padre verá ese aspecto
de virtud, escuchará
tu hablar gracioso y modesto,
y esto basta para ser
cumplidos nuestros deseos.

Quisiera que ya te hubiese
visto.

Laura. Tambien yo lo anhelo,
y lo temo á un tiempo mismo;
pero sobre todo tiemblo
al pensar que el ama...

Jac. ¡El monstruo
de maldad!

Laura. La compadezco.

Jac. Triunfe de su iniquidad
tu virtud: ¡ah! ¡quánto siento
fingir miéntras tú padeces!

Laura. ¿A tu lado qué tormentos
puedo temer? La pobreza,
la calumnia, el desconsuelo
nos han perseguido siempre,
y siempre viste sereno
mi semblante, y en tí solo
buscar al dolor consuelo.
Aquellas horas pasadas
en el dolor mas acervo,
son para mí todavía
los mas dichosos momentos
de mi vida.

Jac. Siendo amado
de Laura, siempre me creo

venturoso; pero acaso
saldrán... Solo te prevengo,
que si con mi padre hablares,
aun quando ganes su afecto,
no me descubras: conviene
que me conozca mas tiempo.
A Dios, mi bien; no es posible
pintarte mis sentimientos.

Laura. ¡Son los mas gratos! A Dios.

Jac. ¿Y pronto?...

Laura. Sí, pronto vuelvo. *Vase.*

SCENA V.

Jacinto solo.

Jac. ¡Alma de candor! padeces
por mí, inocente. En el seno
de tu patria hoy vivirias
en regalado sosiego,
si Jacinto... ¡desdichado!
Jacinto no pudo ménos
de amarte; y no gozará
de tranquilidad su pecho
hasta haberte hecho feliz.
Tu bien, es el dulce objeto
de su afan... ¡ah, Jorge!

SCENA VII.

Jorge y Jacinto.

Jorge. ¡Vaya!
No sabe vm...
Jac. ¿Qué hay de nuevo?
Jorg. Una friolera: que acaban
de llegar tres muchachuelos,
que aseguran ser parientes
de nuestro amo, con intento
de visitarle.
Jac. ¿Y qué importa?
Jorge. No frusten nuestros proyectos.
Jac. Es imposible, y si son
infelices, yo no debo
impedirles que mejoren
de situacion.
Jorge. Uno de ellos
tiene ya en la mano un rollo
de papeles. ¿Vendrá presto?
(me dixéron) -yo no sé-
no importa, le aguardarémos.
En efecto, abaxo quedan,
y miéntras viene se han puesto

Suena dentro ruido.

á enredar: ¡escuche vm.
qué zambra!

Jac. Pues diles luego
que suban.

Jorg. Se lo diré;
bien está: el negocio es vuestro. *Vase.*

Jac. Tambien son parientes mios,
tal vez, mas que yo sujetos
á la desventura.

SCENA VII.

Jacinto y Doña Felisa.

Fel. Cárlos,
¿qué alboroto es ese?

Jac. ¡Cielos! *Aparte.*

Fel. ¿Quién ha venido?

Jac. Señora,
son tres niños, segun pienso,
pobres, parientes del amo,
que quieren verle.

Fel. Al momento
haz que se vayan.

Sale, y al ver á Doña Felisa, se suspende.

Jorge. Ya suben...

Fel. ¿Y para qué los has hecho
subir? Dí que no vendrá
á comer.
Jorge. ¡Jesus que enredo!
¿con que les diré que vuelvan
despues á la tarde?
Fel. ¡Necio!
que no vuelvan; que se va
fuera de Madrid: corriendo
díselo.
Jorg. ¡Pobres muchachos! *Yéndose.*
Jac. Mira donde van. *Al oído á Jorge.*
Jorge. Entiendo. *Vase.*
Fel. No sabes quánto pudiera
ese raro parentesco
dañarnos. Eres novicio,
y aun no conoces los riesgos.
Pero yo he visto venir
al amo, y aquí le espero
con cierto ardid: por un niño
voy á conquistar á un viejo:
retírate.
Jac. A Dios, señora.
Fel. Supongo que ya habrás hecho
esta mañana...
Jac. Empecé

á hablarle del caso; pero
llegó el mayordomo...
Fel. Cuenta
á otra vez: vete.
Jac. Obedezco. *Vase.*

SCENA VIII.

Doña Felisa y Julianito.

Fel. Ya habrá llegado: ¡Julian!
Sale ahora.
¿te acuerdas bien?
Jul. Bien me acuerdo.
Fel. Te regalaré mil cosas
como tú guardes silencio
con todos: mas ya se acerca,
si no me engaño, empecémos.
¿Y qué haces quando ves triste
á tu papá?
Jul. Le doy besos,
le acaricio.
Fel. ¿Y qué te dice?
Jul. Me besa tambien, y luego
le dice á mi madre:
mira, este niño es el consuelo
en nuestro mal: mas feliz,

con ser un pobre portero,
soy yo que el amo.

Habrá salido quando indican los versos de Doña Felisa, y permanece suspenso á la puerta escuchando el diálogo entre aquella y Julianito.

Roq. ¡Ah! ¡qué digno
soy de compasion! yo debo *Aparte.*
envidiar al mas humilde.

Fel. Ya va produciendo efecto. *Aparte.*

Jul. Quando estuvo papá malo
no me apartaba del lecho,
y le decia á mi madre:
si ahora fuera yo soltero,
¡pobre de mí!

Fel. ¡Bello niño!
ya está enternecido el viejo. *Aparte.*
Y dime, ¿tú quieres mucho
al amo?

Jul. ¡Toma! le quiero
como á papá, y si lo fuera
le diera un abrazo.

Sale con los brazos abiertos hácia el niño.

Roq. ¡Bueno!
dámele.

Se levanta como sorprehendida.

Fel. ¡Señor!

Jul. ¡Papá! *Le abraza.*

Roq. Me ha conmovido en extremo
el oirle.

Fel. Siempre lo he dicho.
El amo es sensible, tierno.
Vete ya, y cuidado. *Al oído á Julianito.*

Roq. A Dios.

Jul. A Dios, papá: despues vuelvo. *Vase.*

Roq. ¡Me agradan tanto sus gracias!

Fel. Muy interesantes: cierto
que Jorge es feliz.

Roq. Si lo es.

Fel. Se halla dichoso en el seno
de una esposa que le adora,
y ambos al lado estan viendo
su imágen viva en el niño.

Roq. ¡Ay Dios!

Fel. Tambien yo me acuerdo
que en mi niñez era el gozo
de mi padre: ¡qué perfecto
señor! de todos sus hijos
á nadie con mas extremo
quiso que á mí; ¡ya se vé!
me tuvo ya siendo viejo,

de sesenta años, y estaba
su amor propio satisfecho:
la hija de su vejez
me llamaba en el exceso
de su placer.

Roq. ¡Sesenta años!

Fel. Sí señor: estaba aun fresco
y sano... así como vm.;
ni es mucha edad... ¿Mas qué es eso?
¿estais pensativo?

Roq. No.

Fel. ¿Qué teneis?

Roq. Nada.

Fel. Yo advierto
en el semblante... á ninguno
le faltan, señor, sus duelos.
Aquí donde vm. me vé,
aun quando callo, padezco.

Roq. ¿Vm.?

Fel. Sí señor: querria
decíroslo, y me avergüenzo.

Roq. ¡Qué necedad!

Fel. Yo venia
á pedirle á vm. consejo.

Roq. Sobre qué.

Fel. En una palabra,

Ambrosio quiere que luego
sea su esposa.

Roq. ¿Cómo? ¿cómo?
diga vm.

Se sienta, y la hace sentar á su lado.

Fel. Ha mucho tiempo
que me importuna, señor,
y por mas que le desprecio
nada consigo: en fin, dice
que si hoy mismo no resuelvo,
desistirá. Este es el caso:
con que amo mio, ¿qué debo
hacer?

Roq. Me sorprehende vm.,
y á la verdad, yo no acierto...

Fel. Ambrosio es un hombre honrado,
bien lo sabe vm., muy recto;
¡pero es tan duro!... y en fin,
es un asunto tan sério
el matrimonio.

Roq. Sí: es fuerte
de condicion; pero el genio
se suaviza, siendo vm.
tan cariñosa, y sabiendo
manejarse.

Fel. ¡Ah! ¡sí lo soy!

Nació para el himenéo
mi corazon, y en verdad,
á no ser la ley que os tengo,
estuviera ya casada.
En mi primer casamiento
no se consultó mi gusto;
fuí forzada, y con todo eso
en la vida se quejó
mi Justo, que esté en el cielo,
de mí... ¡cuidándole siempre
con un amor, un esmero!

Roq. Sí: qualquiera juraria
que le amabais en extremo.

Fel. Pues ahora bien, ¿qué sería
si hallase un marido bueno
de mi eleccion, de mi gusto,
un hombre formal?

Roq. Lo creo.

Fel. No me agrada, ni tampoco
me conviene un jóven.

Roq. Cierto.

Fel. Fuera de esa edad, qualquiera
me acomoda; yo confieso
que un hijo así pequeñito
es un delicioso objeto;
solo uno desearía,

uno no mas, ¡qué contento!
¡Me parece que ya estoy
viéndole saltar enmedio
de su padre y de mí, á entrambos
halagándonos risueño,
aumentando nuestro amor!...
¡ay! entónces ¡qué embeleso
Le toma la mano como arrebatada.
fuera el nuestro!... digo el mio.
y el del esposo que el cielo
me hubiese dado. Con todo,
no presuma vm. que siento
aquí la viudez. ¡Jesus!
muy dichosa me contemplo;
y sabe Dios que quisiera
acabar con vos el resto
de mis dias.

Roq. ¡Ah! señora,
me enternece vuestro afecto,
me penetra.

Fel. Ya vé vm.
con quánto gusto me empleo
en servirle: el mayor gozo
es para mí el complaceros;
y en verdad que he derramado
muchas lágrimas por ello.

Roq. ¿Cómo, señora?
Fel. ¡Ay, señor!
por vm. he sido objeto
de la malicia; han querido
comprometer mi respeto
y mi honor, interpretando
sobre el amor que os profeso.
Ya se vé, aun quando quisiera
desmentirles con mi aspecto
ó con mi edad, no es posible;
y entretanto estoy sufriendo
que sospechen...
Roq. ¿Qué sospechan?
Fel. ¿Qué han de sospechar? que os quiero,
y que vm. me corresponde;
que estamos ya de secreto
casados: el mismo Cárlos
me creyó los dias primeros
ama en realidad. A mí,
si he de decir lo que siento,
no me importa que murmuren,
pues si os estimo, obedezco
á mi corazon... Ahora,
siendo tan sensible y tierno,
¿le entregaré á una persona
áspera?

Roq. No. Ya no apruebo
el casarse con Ambrosio:
de ningun modo; su pecho
no es digno de tal terneza.
Fel. Tal vez yo me lisonjeo
á mí misma; pero juzgo,
amo mio, que merezco
mejor fortuna... ¡Pasar
toda la vida sirviendo,
aislada, la que pudiera
hacer feliz!... Desfallezco
al mirar mi situacion.
Roq. Doña Felisa... no acierto *Arrebatado.*
á resistir... cada vez
nuevos encantos advierto
en vm.... yo me arrebato...
me han conmovido en extremo
vuestras palabras.
Fel. ¿Qué valen
mis palabras? ¡Ah! si un tiempo
fuera dable... que enlazados...
¡ay! entónces yo protesto
que hallára vm. nuevos dones,
que hasta ahora tiene encubiertos
mi humillada situacion.
Roq. ¡Tarde, tarde considero *Con mayor viveza.*

quánto he perdido! ¿Y yo pude
ver con frialdad y desprecio
tantas gracias?

Fel. ¡Si supierais
quántas lágrimas, quán tiernos
suspiros tengo exhalados
por esta pasion!... no acierto
á hablar, señor... el rubor...
Se levanta fuera de sí, y la toma la mano.

Roq. Escuche vm... no hay remedio:
vm. me encanta, y es fuerza
declarar...

Al oir á Ambrosio Don Roque queda turbado, y Doña Felisa demuestra suma impaciencia.

Ambr. No tengas miedo; *Dentro.*
sube al instante.

Fel. ¡Dios mio!

Roq. Suena gente...

Fel. En un momento,
¿decia vm.?...

Roq. Y es Don Ambrosio.

Fel. ¡Triste de mí! ¡á qué mal tiempo!

SCENA IX.

Doña Felisa, Don Roque, Ambrosio y Laura.

Ambr. Mi amigo, Torres, envia
esta niña, que presento
á vm. Es juiciosa, dócil,
y de muy buen nacimiento.
Fel. ¿Para qué?
Ambr. Para que ayude
á vm. en todo el gobierno
de la casa; ha tantos dias
que andaba buscando...
Fel. ¡Bueno!
¿Acaso yo necesito?...
Ambr. La necesita vm.: cierto.
Hemos trabajado mucho,
y es justo que descansémos.
Señor, espero que vm.
no me desayre.
Fel. En efecto,
por venir por Don Ambrosio
admítala vm, no quiero
meterme en nada: me voy,
y que decida. *Vase.*

Ambr. ¡Qué genio!

Laura. ¡Infelice Laura! apénas llegaste, empiezan de nuevo tus quebrantos. *Aparte.*

Roq. Hombre, yo
á decidir no me atrevo;
por mí, que quede en buen hora;
pero si el ama...

Ambr. ¡O! yo ofrezco
persuadirla: voy allá,
y al instante la convenzo. *Vase.*

SCENA X.

Don Roque y Laura.

Laura queda á un extremo del teatro, denotando en sus actitudes, temor y afliccion. Don Roque se paséa hablando consigo mismo.

Roq. No hay duda, me ama: ese enojo
nace solo de su zelo.
Ya no soy tan infeliz.
Me ama: la amaré; y al ménos
al morir habrá quien llore
sobre mis cenizas... ¿Pero
en mi edad?... ¿quién me diria
allá en mis años primeros?...

¿Qué importa? Si mis errores
me apartáron del mas recto
camino de la virtud,
hoy otro seguro emprendo.
Viviré en paz; sus caricias
animarán el invierno
de mis años... ¿qué tendrá
esta muchacha? yo advierto
en su semblante un candor
de un ángel. ¡Ah! tambien luego
con una familia honrada
será mi gozo completo.
Ella suspira, ¿qué tienes?

Laura. Nada, señor.

Roq. Si yo veo
que suspiras.

Laura. No extrañeis
el que muestre mi consuelo
en mis suspiros; me habeis
amparado, y solo siento
el no poder con mi labio
mostrar mi agradecimiento.

Roq. Aquí te se tratará
como hija; yo me intereso
desde hoy en tu bien: me encanta
tu hablar tan dulce y sincero,

tu modestia.

Laura. En la muger
es obligacion.

Roq. Me alegro
de que te adornen principios
tan sólidos.

Laura. No poséo
otros bienes: es la herencia
única que me pudiéron
dexar unos padres pobres
y virtuosos.

Roq. ¿Con qué fuéron
pobres? ¿he?

Laura. Sí señor: eran
respetables aunque puestos
en la clase en que abatido
el hombre vive contento,
si puede con su sudor
bañar un pan duro y negro.
En fin labradores eran.

Roq. Yo al mas pobre le prefiero
á un rico ocioso.

Laura. En las horas
consagradas al sosiego,
su placer era formar
mi corazon: sus preceptos

sencillos, como sus almas,
se grabáron en él presto,
que aun era mas persuasivo
que sus palabras, su exemplo.
¡Padres de mi amor! ¡si hubierais
visto á la que fué el objeto
de vuestras caricias sola,
huérfana en pais ageno!

Roq. ¿Con qué han muerto?

Laura. Sí señor;
un accidente funesto
me arrebató á mi buen padre,
y mi madre á poco tiempo
le siguió.

Roq. ¡Perder así
sus padres! ¡padres tan buenos!
Ya ves, no los conocí,
y los amo y los venero.

Laura. ¡Quánta bondad! Sin embargo,
no me ha despojado el cielo
de todo: tengo un amigo,
un amigo verdadero,
que es el que me ha acompañado
en mi viage.

Roq. Segun eso
¿tú eres aquí forastera?

Laura. Sí señor...
Fel. ¡Laura! *Dentro.*
Laura. Mas pienso
que me llaman.
Roq. ¡He! no importa.
¿Pero con algun objeto
habrás venido?
Laura. No hay duda:
oidle, señor. Mi sincero
amigo, el único apoyo
que hay en todo el universo
para mí, con quien un dia
ser afortunada espero,
tiene aquí un pariente rico;
pero sordo á sus lamentos.
Cansado el infeliz, quiso
hacer el último esfuerzo:
eres virtuosa, me dixo
un dia; tu rostro halagüeño,
tu virtud y tu desgracia,
tal vez moverán su pecho
mas que mi llanto. Creile:
sus labios no conociéron
nunca el engaño: al instante
como hermanos emprehendémos,
casi mendigando, el viage:

en fin, llegamos al pueblo...
Roq. Llegasteis, ¿y qué?
Laura. ¡Dios mio!
¡quál fué su recibimiento!
Roq. ¿Con indiferencia?
Laura. Así
nos hubiera sido ménos
doloroso: nos negó
la entrada.
Roq. Pues desde luego
tendrá el tal un corazon
de bronce.
Laura. ¡Ah, señor! es bueno:
es humano: los extraños,
á quienes fia el gobierno
de su casa, y de sí mismo,
son los que le han impuesto
en nuestro mal.
Roq. De ese modo
es débil. Vaya, yo quiero
encargarme de mover
ese hombre inflexîble; irémos
tu amigo y yo...

SCENA XI.

Dichos y Doña Felisa.

Sale muy acelerada, y se encara con Laura.

Fel. ¡Todavía!

Roq. ¿Qué busca vm.?

Fel. Sí: ya veo
que os incomodo.

Roq. ¿Y en qué?

Fel. No sé: serán los secretos
de la criada importantes
sin duda. Hace ya lo ménos
una hora que os está hablando,
y á fé, que tales misterios
me disgustan.

Roq. ¿Y por qué
la disgusta á vm. que hablémos?

Fel. Es verdad: os interesa
su conversacion: entiendo.

Roq. De su educacion estaba
hablando.

Fel. ¡Asunto muy bello!
Vaya vm. al gabinete.

Laura. ¿Y qué he de hacer?

Fel. Allá dentro
se lo dirán; y despues
tambien las dos hablarémos.
Laura. Señor, dadme resistencia, *Yéndose.*
que á tanto penar ya cedo. *Vase.*
Se paséa por el teatro.
Roq. Es necesario tratarla
con suavidad.
Fel. ¡Buen consejo!
Roq. Es sensible.
Fel. ¿Y qué? ¿soy yo *Con dulzura.*
insensible?
Roq. No por cierto;
pero es muy interesante.
Tiene...
Fel. Sí señor: convengo
en que es dócil. Mas hablando
de otra cosa, ¿aquel acento
dichoso que os estorváron
pronunciar?...
Roq. Y además de eso
tiene excelentes principios,
gracia, modestia y talento.
Fel. ¡Ay, Don Roque! ó yo me engaño,
ó un extraño movimiento

os agita.

Roq. Me han gustado
sus máxîmas, lo confieso.

Fel. ¿Con que solo quiere vm.
hablar de ella? ¿y un momento
ha podido hacer se olvide
de otros objetos?

Roq. ¡Qué empeño!
¿no he de hablar de ella, si es buena?

En tono de cólera que va aumentando hasta el fin de la scena.

Fel. Vm. ha perdido el seso:
ya es burlarme.

Roq. Es que vm. tiene
hoy mal humor.

Fel. Me impaciento
de que una sirvientá...

Roq. ¿Y qué?
Ese es un realce nuevo
para su virtud.

Fel. ¡Don Roque!
ya me falta el sufrimiento.

Roq. ¿Por qué, señora?

Fel. Porque
en el alma la aborrezco.

En fin, en casa es inútil:
¿de qué sirve? Yo resuelvo
que se vaya.

Roq. ¿Irse? ¿quién? ¿Laura?
os chanceais.

Fel. No me chancéo.

Roq. ¿Cómo?

Fel. ¿Y está vm. dudoso?
¿A la que con tanto esmero
le ha servido á vm., prefiere
una muger?...

Roq. No prefiero
á nadie; pero yo soy
incapaz de un rompimiento
fuera de sazon.

Fel. Muy bien.
¿Ese es el voto postrero
de vm.? pues escuche ahora
mi decision: al momento
es menester que salgamos
una de las dos.

Roq. Sosiego,
señora: ¿qué impide, Laura,
á que yo os ame?

Fel. No hay medio;

ó despida vm. á Laura,
ó bien á mí: no consiento
mas dilaciones.

Encolerizándose por grados hasta el fin de la scena.

Roq. Jamas,
jamas he visto otro genio
mas tenaz.

Fel. ¡O Laura, ó yo.

Roq. ¡Cuidado qué!... ya no puedo
sufrir mas... váyase vm.
si le acomoda.

Fel. ¡Ah! comprehendo
el arcano: la ama vm.

Roq. No, eso no; pero supuesto
que ella no ha dado motivo,
no saldrá; yo la defiendo. *Vase.*

Dice el primer verso con suma humildad y dulzura, y en ademan de ir á detener á Don Roque.

Fel. Perdone vm... amo mio...
¿Qué he escuchado? ¿es éste el mesmo
que yo juzgaba rendido?
¡incauta! ¿por un rezelo
futil habré malogrado

tanto afan, tantos desvelos ?...
¿Mas qué digo? ¡malograrse!...
Ha sido el rapto primero
de la cólera; despues
podrá calmarse... yo tengo
la culpa: continuamente
á Ambrosio estoy previniendo,
y yo soy mas imprudente
que él... No importa,
aun hay remedio.
Bien léjos de desmayar,
conviene tomar aliento.
¡Amigo Cárlos!

SCENA XII.

Felisa y Jacinto.

Jac. Señora.
Fel. ¡Ay! ¿sabes que me he indispuesto
con el amo?
Jac. ¿Cómo? ¿vos?
¿por qué?
Fel. Porque me intereso
en su bien. Como esa Laura
no hace falta, le aconsejo

que la despida: se pone
al instante tan soberbio,
tan tenaz en defenderla...
Yo previniendo los riesgos
le amenacé, con que al punto
una de las dos habrémos
de salir. ¿Ahora creerás
que ha tenido atrevimiento
para decir que me vaya,
si quiero, baxo el supuesto
de que Laura ha de quedarse?

Jac. Ciertamente, me sorprehendo.
Es verdad que él es afable;
pero al fin es amo.

Fel. Cierto.
Yo tambien sin reflexîon...
ya se vé, me causa tedio
solo el verla.

Jac. ¿Con qué en nada
os ofendió segun eso?
Pues amiga, si Don Roque
está con ella contento,
¿á qué incomodarle? ¿á qué
si no teneis fundamento
para temerla, quereis

agraviarla?

Fel. El mal está hecho:
lo que importa es repararle.

Jac. Eso es muy fácil: en siendo
esposa del amo, Laura
no os causará detrimento.

Fel. ¡Ay, amigo! ya juzgaba
por seguro el casamiento,
y solo por mi imprudencia
le he atrasado.

Jac. Pero luego
os reconciliais...

Fel. Sí, al punto:
aun quando me humille. Espero
que me favorezcas.

Jac. Bastan
vuestro rostro y vuestro ingenio
para vencerle.

Fel. Con todo,
no me abandones, te ruego.

Jac. Jamas, señora... Ya viene,
y muy pensativo.

Fel. ¡Bello
anuncio! Déxanos solos,
que importa no perder tiempo.

SCENA XIII.

Doña Felisa y Don Roque.

Sin ver á Doña Felisa, que estará á un extremo del teatro sentada.

Roq. Soy desgraciado, lo soy.
¡Cómo me porto con ellos!
¡y cómo me pagan! ¡vaya!
¡Y Doña Felisa! pero
tambien yo me precipito;
fuí demasiado ligero:
me propasé...

Fel. ¡Ay! ¡demasiado! *Sollozando.*
Sin piedad, sin miramiento...

Roq. ¡O! ¡que ahí estabais, señora!

Fel. Este es de mi afan el premio.
¡Ay de mí! despedazar
un corazon puro y tierno,
que nunca pudo esperar
semejante tratamiento
del que amaba.

Roq. Si ya digo
que me excedí; si confieso
que no he sabido...

Fel. Despues
de este golpe tan acervo
aborrezco el mundo; iré
á buscar el mas secreto
retiro, y allí ignorada...

Roq. Vaya, por Dios, que olvidemos
lo pasado.

Fel. ¡Ay! nunca, nunca
lo olvidaré.

Roq. Todo aquello
fué una vagatela, nada.

Fel. Ya sé el amor que os merezco:
ya lo conozco; lo visto
me basta para escarmiento.

Roq. Doña Felisa, señora:
creame vm., soy siempre el mesmo,
siempre; y mis palabras son
leyes para mí.

Fel. ¡Qué intenso
será el amor, quando así
me despide vm.!

Roq. Primero
fué vm. quien se despidió.
Yo, no hay duda, tengo el genio
muy vivo; pero despues,

ya lo vé vm., me arrepiento.
¿Y aun se mantiene vm. firme?
¿obstinada?...

Fel. Me mantengo
firme en serviros, y en que
esa Laura...

Roq. Que no hablémos
mas de Laura; la aseguro
que en esta muchacha encuentro
muchas virtudes. ¿Amarla?
no señora. ¿Estaba ciego,
ó loco? ni era posible.
En fin, si nuestros deseos
se logran, siempre es preciso
recibir...

Fel. ¿Con que no tengo
que temerla?

Roq. No: en la vida.
Sobre todo yo no puedo
por una leve contienda
dar lugar á un rompimiento.

Fel. Pues yo ya habia jurado
en mi interior...

Roq. ¿Con que debo
esperar?... ¡He! no dudeis.

Fel. Qué más quiere vm. Ya cedo;
vuestra soy.
Roq. ¡Muger amable!
tú eres todo mi universo.

SCENA XIV.

Los dichos y Ambrosio.

Ambr. ¿Parece que vm. despide
á Laura? Yo no tolero
tal desayre.
Roq. No hay tal cosa.
Ambrosio, ántes conocemos
que es muy buena.
Fel. Sí: yo misma,
aunque al principio me he opuesto,
veo que es útil.
Ambr. Está bien.
Fel. Y ahora mismo voy adentro
á instruirla, para que acierte
á serviros con esmero. *Vase.*
Se paséa dirigiendo, segun indican los versos á veces la palabra á Don Roque, que estará sentado y profundamente pensativo.
Ambr. Me parece que bastaba

que mi amigo Don Anselmo
la enviase, para que todos
la miráran con aprecio:
que yo tampoco he dexado
de informarme de secreto,
y á una voz la alaban quantos
la conocen. A mas de eso,
¿hay mas que ver su modestia,
su compostura, su aseo?
¿No es verdad? ¿Y de salario
qué la daré? Vm. es dueño.
¡Señor! ¿oye vm.? ¡qué flema!
Está con el pensamiento
mil leguas distante; acaso
si ya el ama de gobierno
le consultó... ¡Señor!... ¡vaya!
que el tal señor es molesto.
¡Señor!

Roq. Espérate: mira
que me hace falta dinero.

Ambr. ¿Y el que trage?

Roq. Necesito
mas.

Ambr. Pues todos los renteros
han pagado: ya lo he dicho.

Yo aunque quisiera, no tengo
un quarto. Se venderá
una casa, no hay remedio.

Roq. Hombre, ¡vender!

Ambr. Pues si no,
busque vm. un usurero
que le preste: ya lo he dicho.
Es menester un plan nuevo
de economía: entre tanto
que vm. maneje el dinero,
¿qué ha de suceder? Si yo,
que me parece lo entiendo,
me embarazo en muchas cuentas,
vm. que dexó el comercio
tanto tiempo hace, ¿qué hará
puesto en negocios agenos
de su inspeccion?

Roq. Bien está:
vende el solar mas pequeño.

Ambr. Si es así. Pues al instante
voy de modo á disponerlo,
que gane vm., si es posible,
la mitad.

Roq. Te lo agradezco.

Ambr. En esta venta podré *Aparte.*

ganarme yo el diez por ciento. *Vase.*

Despues de alguna pausa.

Roq. Sí: es lo mejor; no es posible
el traspasar los derechos
de naturaleza. Es mi hijo:
si fué ingrato, si perverso,
no por eso debo yo
abandonarle; y aun puedo
esperar... ¡ah! ¡si algun dia
le viera!... ¡inútil deseo!
Ahora ¿á quién encargaré
este asunto? Jorge es bueno,
pero pudiera perderle
por un cariño indiscreto.
Doña Felisa y Ambrosio
no lo aprobarán, lo veo.
Si Cárlos... Cárlos es fiel:
su virtud y su talento
justamente le hacen digno
de mi confianza. Ni tengo
que descubrir... ¿para qué?
Le diré lo que pretendo,
sin nombrar á nadie. En fin,
le hablaré. ¡Cárlos! Ya advierto *Llamando.*
cercana mi dicha, ¡ay Dios!

la dicha que cabe á un pecho,
qué tarde siguió la senda
de la virtud. A lo ménos
con una amable familia...
Llamando con campanilla.
¡Cárlos! ¿No está en su aposento?

SCENA XV.

Don Roque y Jacinto.

Jac. Señor.
Roq. Mira, voy á darte
una prueba del aprecio
que hago de tí.
Jac. ¡Quán dichoso
en serviros me contemplo!
Roq. Buen amigo, me parece
que hoy mismo hice recuerdo,
hablando contigo, de un
pariente cercano.
Jac. Es cierto,
é inferí que era la causa
de todos vuestros tormentos.
Roq. Tú lo dixiste. El sería
de mi corazon el dueño,

si ménos malvado...

Jac. ¡Qué!
¿os ha ofendido en efecto?

Roq. ¡Ah! continuamente.

Jac. ¡Cómo!

Roq. Perdóname, si reservo
abrirte mi alma á ocasion
en que mas despacio estemos.

Jac. Bien, señor; pero si acaso
vuestra confianza merezco,
yo os pido no os olvideis
de esa promesa. Rezelo
que no es tan culpable, no;
que de la envidia el veneno...

Roq. ¡Oxalá que fuera así!
en fin, perdónele el cielo.
Yo tengo que disponer
de mis bienes, y no quiero,
siendo un hombre infame, darle
con mi socorro fomento
á sus vicios; mas tampoco
á abandonarle me atrevo.
Si tiene hijos é inocentes,
pagan los enormes yerros
de su padre, abandonados

á la miseria... no pienso
una vez en esta imágen
sin lágrimas... Eso intento;
saber si tiene familia,
si está pobre.

Jac. ¡Qué violento *Aparte.*
me es el callar! ¡Almas viles!
¡de qué corazon tan tierno
me habeis privado!

Roq. ¿Qué tienes?

Jac. No extrañeis, si me enternezco.
Mas perdonad que os pregunte,
¿con qué fin quereis saberlo?

Roq. Para tenerlos presentes
al hacer mi testamento.
¿No te parece?

Jac. ¿Y en tanto
han de padecer? Yo pienso
que esa donacion carece
de mérito. El opulento
vé ya abrirse su sepulcro:
¿qué mucho, si huyó ya léjos
la esperanza de gozarlos,
que ceda entónces muriendo
sus tesoros?

Roq. Pero entónces
da una prueba de su afecto
á la persona, á quien quiere
elegir por heredero.
Jac. ¡Y qué estéril fué el cariño,
que escuchando los lamentos
de la indigencia, guardó
hasta el postrimer aliento
sus auxílios! ¿y qué vale,
quando ya le encubre el velo
de la muerte? Ya sus dones
parecen mas bien efecto
del amor propio. *Yo mando,*
yo quiero, son los primeros
vocablos que se descubren
en qualquiera testamento.
Parece que de la vida
se extingue al fin el imperio,
y aun el de la voluntad
quiere hacerse mas extenso.
Roq. Tienes razon. Cada vez
admiro mas tu talento
y tu virtud: ¡qué bella alma!
Yo por ahora suspendo
mi intencion. Es menester,

(amigo, fio en tu zelo)
es menester informarse
del estado de mi deudo.
Tú buscarás quien conozca
en dónde está algun sujeto...

Jac. ¿Dónde está? decidme.

Roq. En Cuellar
está ya hace mucho tiempo.

Jac. ¿En Cuellar? Pués cabalmente,
en nuestra casa tenemos
quien lo sabrá.

Roq. ¿Cómo?

Jac. Laura
es natural de ese pueblo,
y recien venida.

Roq. ¡Laura!
¡No sabes quánto me alegro!
¡es muy amable!

Jac. ¿Quereis
que la llame?

Roq. Sí: pretendo
exâminarla, y despues
informarme de secreto
por quien ella diga. Antes
voy á prevenir, que quiero

recogerme, para que
nadie venga á mi aposento.
¡Laura! Se estremecerá *Yéndose.*
al contar sus desaciertos. *Vase.*
Jac. Llegó el instante, llegó
mi ventura. ¡O! Dios inmenso,
defensor de la inocencia,
pon en sus labios el fuego
de la virtud, que nos abra
de mi triste padre el seno.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Don Roque y Laura.

Laura. ¿Cómo le hablaré?... ¡Buen Dios! *Ap.*
sosten mis débiles fuerzas.
Roq. Laura, acércate.
Laura. Señor.
Roq. ¡Si supieras que no cesa
de ofrecerse á mi memoria
tu desgracia!
Laura. Ya aunque fuera
mas cruel, con ménos susto

mi corazon la recuerda,
habiendo podido á vos
interesaros.

Roq. Qualquiera
se interesára.

Laura. ¡Ah, señor!
mi gratitud será eterna.

Roq. Se me olvidó preguntarte,
¿de dónde eres?

Laura. Soy de Cuellar.

Roq. ¿Y nunca de allí saliste?

Laura. Allí ví la luz primera;
y allí mi morada ha sido
hasta ahora.

Roq. ¿Es buena tierra?

Laura. A lo ménos desconocen
sus moradores la negra
perfidia de las ciudades:
y á lo ménos allí alienta
libre la virtud.

Roq. Con todo,
aunque mas los buenos sean,
tambien malvados habrá.
Y una villa que no dexa
de ser freqüentada, al fin...

y pienso que allí hay bandera
de Dragones.

Laura. Sí señor.

Roq. Y aun deberá estar en ella
un soldado, que por ser
mi pariente, me avergüenza.

Laura. ¿Quién es? Le conoceré
tal vez.

Roq. ¡O! no me interesa
casi nada; y luego ¿cómo
es posible que tú sepas
entre diversos?... Su nombre
es Jacinto de Contreras.

Laura. Le conozco.

Roq. ¿Le conoces?

Laura. Sí señor.

Roq. ¿De qué manera?

Laura. Por su virtud. Un acaso,
ó mas bien la providencia,
le traxo á mi casa á tiempo
que el dolor y la miseria
nos cercaba. Su bondad
nos salvó; la menor deuda
fué la vida de mi padre:
á él se la debí.. ¡Ah! sus prendas,

dignas de mejor fortuna,
el afecto le grangean
de todos: honrado, justo,
sencillo...

Roq. ¡Vaya! esas señas
son de otro. Si el que yo digo
tiene el alma mas perversa.
En nada absolutamente,
en nada éste se asemeja
al que dices. Ha cubierto
á su familia de afrenta:
se huyó, sentó luego plaza;
y al último, para enmienda,
se ha casado allá en tu pueblo
con una vil mugerzuela,
incógnita, desastrada;
en fin, una aventurera.

Laura. ¡Ah! no lo creais: es falso;
es falso, señor. Contreras
se casó; pero su esposa,
desde su infancia primera,
aprendió virtud, y siempre
en su pecho la conserva;
inocente en sus acciones,
cándida, dulce y modesta.

Se enamoró de un soldado,
es verdad: ¿y qué, si él era
digno de su amor? Sus padres
bendixéron con inmensa
alegría su eleccion:
desde entónces en pobreza
han vivido; pero siendo
exemplo de una perfecta
y santa union... ¡Almas viles!
¿en qué pudo su inocencia
ofenderos?...

Roq. Pero, Laura:
¿qué es esto? ¿por qué te empeñas
en defenderla?

Laura. ¡Ay señor!... *Con entusiasmo.*
yo me defiendo á mí mesma.

Roq. ¡Qué! ¿serás tú?...
Se arroja á sus pies llorando.

Laura. Sí: yo soy
vuestra desgraciada nuera;
perdonad: ¡para callar
me faltó la resistencia!

Roq. ¡Buen Dios! ¡es posible! ¡Laura!

Laura. Sí señor: ved aquí llena
de desconsuelo á la esposa

de vuestro Jacinto; vedla
implorar vuestra piedad
por el infeliz, que fuera
víctima de la perfidia.

La levanta.

Roq. Alza, hija mia: no temas.
Laura siempre es á mis ojos
amable; pero no creas
que por eso Jacinto es
ménos culpable. Tú intentas
disimular sus errores
conmigo, porque eres buena
esposa. Sí: tu candor
desde ahora te liberta
de su odiosa compañía;
mas él...

Laura. ¡Ah! romped la niebla
que os encubre sus virtudes,
y perdonadle en su ausencia
hasta que le conozcais.

Roq. ¡Conocerle! Nunca sea.
Yo sé bien que habrás venido,
porque su maldad te era
insoportable; y sin duda
á ver si viéndote puesta

baxo mi amparo, cedia
y lográbamos su enmienda.
Te ampararé; sí: te ofrezco...

Laura. ¡Ah, padre mio! que os ciega
el error. Jacinto es digno
de vuestro amor y terneza.
Tambien vos mismo ultrajabais
engañado la inocencia
de su esposa: vuestro hijo
ha sido tambien, quál ella,
acusado injustamente.

Roq. En quanto á tí no se niega;
pero de él he tenido
datos de mucha certeza.
En fin, yo me informaré...

Laura. Escuchadme ántes siquiera.

Roq. Luego hablarémos. Ahora
conviene no dar sospechas
á la familia. Hablarémos:
me dirás quanto tú quieras;
pero, hija mia, te encargo
que guardes silencio: es fuerza
disimular. Solamente
voy á decir que mi nuera
eres, á Doña Felisa.

Se ha de alegrar, que es muy buena.
A Dios.

Laura. Mirad que impaciente
ya mi corazon desea
desahogarse en vuestro seno.

Roq. Volveré. ¡Qué alma tan bella! *Vase.*

SCENA II.

Laura, Jacinto, y despues Jorge.

Jac. ¡Esposa mia! *Se abrazan.*

Laura. ¡Jacinto!

Jorge. Vamos, no hay que andar en fiestas:
se lo va á contar al ama,
y levantará una gresca
de mil diantres. Mejor es,
que aquí vm. no se detenga.

Jac. Sí, mi bien: retírate
á tu quarto ántes que venga.

Laura. Dios vela sobre nosotros.
Ya yo triunfé: nada temas. *Vase.*

Jorge. Pues ahora voy á hacer
lo que dixe á vm. Es fuerza
indisponer á Madama,
y al Ambrosio con cautela.

Voy á buscarle, y decirle
que su amada compañera
le está burlando, y dirige
entretanto sus idéas
á enganchar al amo.

Jac. ¡O! no.
De ese modo manifiestas
mi secreto.

Jorge. ¡Qué reparo!
Es lícito encender guerra
entre enemigos comunes.
Ambrosio apénas lo sepa,
se enfurece con Madama:
todo será gritos, quejas,
amenazas... Es un gusto
el presenciar la contienda
de dos malvados. Sin eso,
¿quándo los buenos pudieran
sosegar? Voy, voy allá. *Vase.*

Jac. De la amistad verdadera
he aquí un exemplo. Los malos
tal vez cómplices encuentran;
pero amigos solamente
permite el cielo que sean
los buenos.

SCENA III.

Jacinto, y Doña Felisa muy acelerada.

Fel. ¡Ah! ¡Cárlos, Cárlos!...
¿no sabes ya... (yo estoy muerta)...
la novedad?...

Jac. ¿Quál, señora?...

Fel. Que Laura, amigo, es su nuera:
se le ha descubierto.

Jac. ¿Cómo?

Fel. ¡O! la noticia es bien cierta.

Jac. ¿Pues quién pudo?...

Fel. El amo mismo
me lo ha dicho.

Jac. ¿Con que es esa
la muger del hijo?

Fel. ¡Ay! sí.
No eran vanas mis sospechas;
mi corazon no es traidor:
¡si desde la vez primera
me disgustó! Mira tú,
quando mi dicha se acerca,
¡aparecerse! ¡frustrar
todo mi afan y cautela!

Amigo, ya es necesario
irme yo, si Laura queda.
Jac. ¿Pero temeis?...
Fel. Tú tambien
saldrás. Es preciso tengas,
siendo el privado, la suerte
que á tu protectora espera.
Jac. En verdad yo sentiré
mi desgracia por la vuestra.
Fel. Mas aun podémos hacer
de modo que salga ella,
y nosotros nos quedémos.
Jac. ¿Salir ella?
Fel. Sí.
Jac. ¿No os cuesta
repugnancia?
Fel. Hay un arbitrio,
que es sostener, y dar pruebas
de que no es muger del hijo.
Aparte.
Jac. ¡O Dios! ¡qué maldad! ¡qué negra
traicion! ¿Mas cómo, señora?
Fel. Tengo la trama dispuesta,
y me ha de servir el mismo
Jacinto.

Jac. De qué manera?
Fel. Viniendo una carta suya
en que dé á entender que en Cuellar
está su esposa.
Jac. ¡Qué he oído? *Aparte.*
¡cielos!... ¿quereis contrahacerla?
Fel. ¡O! no: que entónces sería
una impostura tremenda.
¿Cómo habia de atreverme
á cometer tal vileza?
Y sobre todo, que el amo
conoce muy bien la letra.
Eso no, amigo. Ya sabes
que en mi poder se conservan
muchas cartas de Jacinto...
Jac. ¿Y bien?
Fel. Nos sirve una de ellas.
Jac. ¿Y la fecha?
Fel. Se le muda.
Ambrosio luego aparenta
haber estado con Torres,
de quien ella traxo esquela,
y con una relacion
bien estudiada y compuesta,
dará principio al ardid:

yo mostrando resistencia
á creerle, al mismo tiempo
le apoyo con sutileza:
en esto viene la carta,
y ya es la victoria nuestra.
¿Qué tal?

Jac. ¿Y si ella quizá,
al amo entónces presenta
sus documentos?...

Fel. ¡O! no:
libre está de que él la vea.

Jac. ¿Estais segura?

Fel. Lo estoy,
como tú me favorezcas.
El amo queda á mi cargo,
y al de Don Ambrosio: y miéntras
tú, para que ella no entre,
cuidarás de entretenerla.

Jac. Me agrada el encargo. Ofrezco
el no separarme de ella.

Fel. Amigo, aquí viene el amo.
Todo mi talento apénas
me basta para fingir.
Retírate ya, y no pierdas
el tiempo.

Jac. En breve, señora,
vais á quedar satisfecha. *Vase.*

SCENA IV.

Felisa, y D. Roque profundamente pensativo.

Fel. ¿Parece, señor, que estais
conmovido? ¿qué os altera?
Roq. Es natural.
Fel. Cierto. ¿Y dónde
está?...
Roq. Me parece queda
en su quarto. Mas señora,
decid, ¿no es amable?
Fel. Es bella,
es excelente.
Roq. Al principio
os engañó.
Fel. ¿Quién lo niega?
Ahora que la conozco,
cierto que me da vergüenza.
A la primer vista siempre
se juzga con ligereza.
Roq. ¿Si nos habrá sucedido,
y mucho mas en la ausencia,
otro tanto con Jacinto?

Fel. ¡Ay, señor! ¡qué diferencia!
¡oxalá no nos sobráran
en contra de él tantas pruebas!
Sus cartas...
Roq. Sí: ya lo sé.
Con todo, en sus vicios ella
no tiene parte.
Fel. Ninguna.
Eso es juzgar con prudencia,
sin confundir al iniquo
con el bueno.
Roq. Sí: es muy buena:
tan modesta, tan humilde...
Fel. Y aquel ayre que interesa
desde luego. Bien que á mí
me basta ser cosa vuestra
para amarla.
Roq. ¡Qué bondad!
Fel. ¡O! mi pecho solo anhela
vuestra dicha.
Roq. ¡Qué muger!...
¿Pero Ambrosio tan de priesa?...
¿qué querrá?
Fel. Como acostumbra,
será alguna vagatela.

SCENA V.

Dichos, y D. Ambrosio muy apresurado, aparentando una gran sorpresa y turbacion.

Roq. ¿Qué es eso?
Ambr. ¡Ay, señor! estoy
de cólera y de vergüenza...
¡Qué infamia! Me han engañado...
¡Válgame Dios!... y qualquiera
se engañaría... Esta Laura,
que entró aquí por mi imprudencia...
Fel. Vamos, ya sé lo que quiere
decir...
Ambr. ¡O! ¡nadie lo acierta!
Fel. Y en verdad que no es motivo
para que vm. forme queja.
Ambr. ¡Voto va!... ¿Con que el saber?...
Fel. ¿El qué? que Laura es la nuera
del amo...
Ambr. ¡Todo al contrario!
Señora, ni lo es, ni sueña
en serlo.
Roq. ¿Qué no?... *Atónito.*
Ambr. Lo dicho.

Es una muger de aquellas,
que abundan tanto en el mundo.
Ahora me encontré á la puerta
á mi amigo, que venia
á avisarme á toda priesa
que le habian engañado
tambien, por no conocerla.
Volviendo siempre á mirar á Don Roque.
Fel. ¡Vaya! no creo...
Ambr. ¡Señora!
Oígame, y tenga paciencia.
Roq. Será algun cuento.
Ambr. No es tal.
Escuchen vms. Ella
estuvo en Cuellar, y supo
que Jacinto tiene en esta
corte un pariente que dicen
ser rico: toma las señas,
indaga las circunstancias,
viene luego, y se presenta
fingiendo ser muger suya.
Este es el caso á la letra.
Roq. ¿Qué dices, hombre?
Fel. ¡Es posible!
Roq. ¡Vaya! ¡No dudes, intentan

halucinarnos, Ambrosio!
Aquel candor que demuestra...

Ambr. ¿El candor? ¡Ay, señor mio!
fie vm. en apariencias.
La tal niña sabe hacer
qualquier papel con destreza.
Conoció el genio de vm.,
y hétela al instante vuelta
una santa. Don Anselmo
me informó bien de sus tretas
y artificios.

Fel. ¡Pero qué!
¡fingir aquella modestia!...
Lo que sí tengo observado,
que á Jacinto no le mienta.

Roq. Si yo se lo he prohibido.

Ambr. ¿Y si su marido fuera,
lo cumpliria?

Fel. Es verdad.
Mostrar tanta indiferencia
no era fácil. Ahora bien:
¿y dónde el marido queda?

Ambr. Esa es otra.

Roq. ¿Qué sabemos?
Puede ser que no se atreva...

Ambr. ¡No atreverse!
Fel. Sí... ya, viendo
el favor que la dispensa
vm...
Roq. Pero su esperanza,
(yo pierdo el juicio) ¿quál era?
pues al fin tarde ó temprano
debia ser descubierta.
Ambr. ¿Quál era? estafarle á vm.,
y despues tomar soleta.
Fel. Hasta ahora no tenemos
mas que presuncion.
Roq. Y es fuerza
aclararlo; es menester...
Ambr. Despedirla.
Fel. ¡O no! prudencia.
Sin escucharle primero
á ninguno se condena.
¿No es verdad? *A Don Roque.*
Roq. Cierto que sí.
Llamarla á ver su respuesta.
Fel. Es así... ¿pero quién viene? *Levantándose.*

SCENA VI.

Dichos, y Julianito con una carta, que entrega á Doña Felisa.

Jul. Señora, esta carta...
Fel. Venga.
Pues de Cuellar es el sello.
Roq. ¿Qué dice vm.? Puede que ésta
nos sirva... ¡pluguiera al cielo!
¡Si Jacinto!... ¿pero en ella
qué dirá?
Fel. ¿Qué quiere vm.
que diga? Mil insolencias.
En el lugar de vm. yo,
la verdad, no la leyera.
Roq. Sí: puede ser que nos saque
de dudas.
Se la entrega, y Don Roque lee para sí.
Fel. Pues bien, leedla.
Roq. ¡Válgame Dios! Yo no entiendo
este lenguage: me llena
de confusion.
Fel. ¿Pues qué dice?
Roq. Es preciso la sorprenda

á vm. Dice de este modo.

En tono de lectura la prosa señalada con comas.

" Amado padre...

¡ah! ¡que aunque tarde, se acuerda
al fin de tan dulce nombre!

»Despues de haberos escrito veinte cartas, to-
»davía me atrevo á repetiros la memoria de
»vuestro hijo.

¿Qué veinte cartas son éstas?
¿señora? ¿quándo escribió?...

Fel. Yo no entiendo quáles sean:
tres solas se han recibido;
bien lo sabe vm.

Roq. ¡Qué idéa!

Fel. Pero siga vm. leyendo,
porque eso nada interesa.

Roq. »Laura, mi querida Laura, es quien me aní-
»ma á implorar de nuevo vuestra piedad. Ella
»baña con su llanto estos rasgos, dirigidos á un
»padre benigno. No desecheis, señor, su ruego.
»Se halla enferma sin poder salir de nuestro po-
»bre alvergue; y estas palabras, que me dicta,
»son hijas de su inocencia y su candor. Quiera
»el cielo que la cumplan su deseo de estrechar-

»se en vuestro seno paternal, juntamente con
»vuestro desgraciado hijo.
» Jacinto Contreras."
Lo que admiro en esta carta,
que es en todo muy diversa
de las demas.

Fel. No señor:
ahora no se detenga
vm. en eso. Otra cosa
es la que á mí mas me lleva
la atencion. Ahora sí
que confirmo mis sospechas.
¿No dice que Laura está
sin salir de casa, enferma,
que es quien le dicta la carta,
y que la baña con tiernas
lágrimas? Pues ya la trama
de esta otra es manifiesta:
no queda duda.

Ambr. En efecto:
es clara la conseqüencia.
Me alegro que haya un testigo
tan fuerte, para que vean
que quando hablo... ¡pero qué!
si yo tenia evidencia...

si Don Anselmo...

Con mucho sentimiento.

Roq. ¡Infeliz!
¡me ha engañado!

Fel. ¡Qué perversa!
Vamos, señor: á no verlo,
tampoco yo lo creyera.

Ambr. ¡Infame! Es una maldad
horrible. Mas no se pierda
el tiempo; voy al instante
á despedirla. Pudiera
una muger de esa clase
ocasionarnos mil penas
en un minuto: ¿quién sabe?
Hasta salir de la puerta
no la he de perder de vista.
Voy allá.

Roq. No, Ambrosio, espera.
Quiero verla, y despedirla
yo mismo. Dila que venga.

Fel. ¿Cómo? ¿vm.? ¡qué disparate!

Roq. Sí, yo mismo. Quiero hacerla
confesar, é intimidarla,
para que si acaso intenta
engañar en otra parte...

Fel. ¡Ah! no piense vm. en verla.
Nada ménos. La tal niña
desconoce la vergüenza,
y léjos de producir
un espíritu de enmienda
los consejos, al contrario,
viéndose ya descubierta,
Dios sabe lo que diria:
¡Jesus! ¡y una alma tan tierna
como la de vm.!... ¡si yo
es imposible pudiera
contenerme! ya se vé;
para un corazon que sea
sensible, hallarse engañado
es la pena mas acerba.
No, amo mio; esa traidora
conviene desaparezca
al momento. Echela vm.,
Ambrosio, ántes que anochezca,
sin escándalo ni ruido.
Ambr. Bien, bien. De esa diligencia
me encargo yo; ¿pero á qué
quiere vm. que se suspenda
hasta la noche? Ahora mismo
la recitaré mi arenga.

Roq. Sin tratarla mal.
Fel. ¡O! no;
ni hablarla con aspereza.
Que se vaya.
Ambr. Verá vm.
qué pronto libres nos dexa.

SCENA VII.

Dichos y Jacinto.

Al ir á salir Ambrosio, Jacinto se presenta, y le detiene: al oirle manifiestan todos grande sorpresa.

Jac. Suspenda vm., le suplico,
un instante la sentencia.
Fel. ¿Pues cómo?...
Jac. Escuchad, señor.
Me ha confiado sus idéas
Doña Felisa, y conviene
declararos quanto sepa.
Fel. ¿Y qué significa?.. Cárlos.
¿Por ventura se opusiera?...
Jac. Sí: se opone á la injusticia.
La verdad que hable le ordena:
ni es justo que por vm.

mas la inocencia padezca.

Fel. ¡He! ya infiero todo el caso.
Laura tiene gentileza,
es jóven, le ha enamorado,
y por eso se interesa
en su favor.

Ambr. Y no hay duda:
Doña Felisa lo acierta:
está patente el secreto.

Roq. No. Justo es que se le atienda.
Cárlos es hombre de bien.

Jac. ¡Ah, señor!... Si vm. no lleva
á mal contestarme... *A Doña Felisa.*

Fel. ¿A qué?

Jac. Perdonad mi impertinencia.
¿Decís que Jacinto ha escrito
una carta?

Fel. Sí: por señas
que ese sello... y sobre todo
el que conozca su letra
podrá afirmar...

Jac. Pues sabed
que ni él ha escrito de Cuellar,
ni ya está allí; no señora.
Está en la casa paterna

ha mucho tiempo. Por fin,
de una vez quede deshecha
vuestra intriga : soy yo mismo.

Cada uno debe manifestar diferente pasion, y en su situacion debe descubrirse la confusion, la admiracion, &c. El estudio de los actores vale mas que todas las advertencias que pudieran hacerse.

Fel. ¡O cielos!

Ambr. ¡Posible fuera!

Roq. ¡Qué! ¿Cárlos será?... ¡buen Dios!

A Don Roque con ternura.

Jac. Víctima fuí de la negra
perfidia de estos malvados.
Por ellos en la miseria
siempre he vivido : por ellos
incógnito en la presencia
de mi padre quise dar
á conocer mi inocencia.

Ambr. ¡Qué patrañas! ¡Vaya! todos
han perdido la chaveta.

Jac. Esperad. Yo mostraré
testimonios que os convenzan.

Saca una cartera, y de ella los papeles que expresa.

Fuí soldado; y ahí teneis,
padre mio, la licencia,
y una certificacion,
que mi conducta comprueba
durante el servicio. Pero
¡quán distintos, señor, eran
los informes de estos viles!...
Aquí está la fé de muerta
mi madre, que al fallecer
me encargó á vm. como prenda

A Doña Felisa.

de sus amores: mi fé
de bautismo; y en fin, estas
cartas, en que esa muger
me manda no comparezca
en Madrid, y me prohibe
que nunca á escribiros vuelva,
y... qué se yo... Sí señora
reconozca vm. la letra.

Presentándoselas á Doña Felisa.

Ved como logró despues
el reducirme á la extrema
necesidad de seguir
la milicia. Aquí lo expresa
esta razon del dinero

que me daba de asistencias.

Don Roque habrá ido leyendo de paso todos los papeles. Unas veces manifiesta la mayor confusion: otras compasion: echará algunas miradas de indignacion, é ira á Doña Felisa y Ambrosio, y queda luego sumamente agitado fixos los ojos en Jacinto.

¿Qué mas, señor?... pero ¡qué!...
Desechad todas las pruebas
que presento: oid tan solo
las inspiraciones tiernas
de la sangre: oid á vuestro
corazon: él os revela:
él clama que es vuestro hijo
el que con su llanto riega
vuestras plantas.

Se arroja á sus pies, y Don Roque le levanta despues de una breve pausa, y le abraza llorando. Así permanecen hasta que sale Laura.

Roq. Sí, hijo mio.

SCENA VIII.

Los mismos y Jorge.

Jorg. Y si alguna duda queda,
yo puedo ser buen testigo,

que desde su edad primera
le conozco. Sí señores:

A Ambrosio y Felisa.

ya no me muerdo la lengua:
la verdad es una: ello
me explicaré con rudeza;
pero quanto yo dixere
es la verdad pura y neta.

Viendo á Laura á la puerta.

¡Eh! Salga vm., señorita,
que ya no hay nadie que pueda
estorbaros el llegar.

SCENA IX.

Los dichos y Laura.

Sale precipitada á echarse á los pies de Don Roque, y éste se lo impide.

Laura. ¡Ah! ¡padre mio, clemencia!
Roq. ¿Qué dices? ¡Laura! ¡Jacinto!
perdonad tantas ofensas,
que un error...
Jac. ¡Ah! no señor.
Este momento compensa
todos los males pasados;

y ya su memoria aumenta
nuestro placer.

Con indignacion á Doña Felisa y Ambrosio.

Roq. Huyan léjos
al punto de mi presencia,
ó mi cólera...

Laura. Tened.

Jac. Sosegaos: ellos llevan
el castigo mas cruel,
mas atroz, en su conciencia.

Roq. ¡Corazones insensibles!
¿Tanta fué vuestra dureza,
que cifrabais vuestra dicha
en las desgracias agenas?
¿en hacer desventurada
esta familia?... ¡Me llena
de horror! Ni sé donde estoy.
Parece que de una inmensa
obscuridad he salido
á gozar una nueva luz.
¡Ah! ¡yo no puedo explicar
el placer que experimenta
mi corazon!... ¡Pero qué!...

A Doña Felisa y Ambrosio.

¿todavía?... ¿acaso intentan
acabar?...

Fel. No tema vm.
Aunque un reyno me valiera,
no me quedára. Yo voy
en mi interior satisfecha.
Sé que mi único delito
ha sido haber dado rienda
á una pasion, que... por fin,
puede que vm. se arrepienta,
y bien pronto; pero no,
no espere vm. que yo vuelva.
Ahí tiene vm. sus hijitos,
que premiarán su terneza.
Roq. ¡Infame!
Jorg. ¡Gran mogigata!
A Ambrosio en ademan de irse.
Fel. Vámonos. Vm. ¿qué espera?
Ambr. ¿Qué espero? Que vm. se aparte
de mi vista. Si no hubiera
creido yo á sus engaños,
tal vez mas aprecio hicieran...
Jorg. ¡Sí! Que el mancebo por sí
tiene las mejores prendas...
Váyanse al punto, y ajusten
allá en la calle sus cuentas.
Los echa.
Gracias á Dios que quedó

por los buenos la pelea.

Roq. ¡Y yo pude tanto tiempo
darles crédito en ofensa
de dos almas inocentes!...
¡Hijos! perdonad mi ciega
obstinacion.

Jac. ¡Oh! no hablémos
de nuestras antiguas penas.
Hemos padecido, sí;
pero ¿por ventura erais
vos feliz?

Laura. ¿Y quién, señor,
en tan dulce instante piensa
en una imágen?...

Roq. ¡Ay Laura!
Este instante me recuerda
mis errores. Abracé
de la virtud mas perfecta
el estado; pero ¡ay triste!
mi juventud inexperta
no por ella le abrazó!
¡quán venturoso viviera,
si hubiese sido virtuoso
mi celibato! ¡siquiera
hubiese una vez vencido
del error la densa niebla

que ofuscaba mis sentidos!
¡y condescendido hubiera
con los deseos sinceros
de tu buena madre!... Eterna
hubiera sido la dicha,
que ya tarde lisonjea
mi vejez.

Jac. No mas, señor.
¿Qué satisfaccion mas plena
que ese reconocimiento
de vuestra antigua flaqueza?
Pero á otra cosa: han venido
unos niños que contestan
ser parientes, y se hallan
pobres.

Roq. ¿Y por qué no llegan?

Jorg. Los echó Doña Felisa
noramala.

Roq. ¡La perversa!

Jorg. Mas Don Jacinto me dixo
que les pidiera las señas
de su posada...

Jac. Y espero
que socorrais su indigencia.

Roq. Sí: de hoy mas dedicaré
los pocos dias que me restan

de vida á hacer todo el bien,
que libre un tiempo pudiera
haber hecho. Desde ahora
ya es tuya toda mi hacienda.

Jac. Y Jorge, mi buen amigo...

Jorg. ¿Qué va que vm. me avergüenza?

Jac. ¿Cómo podrémos pagarte
de nuestra dicha la deuda?

Jorg. ¿A mí? Si lo que he hecho yo
¡vamos! lo haria qualquiera.

Roq. Así tambien yo la mia
le deberé. Tú le premia
como merece. ¡Hijos mios!
¿por qué siempre no resuena
en mi oido el grato nombre
de padre?

Jorg. No os cause pena;
que si le agrada, dirémos
todos padre á boca llena.

Laura y Jac. ¡Padre amado!

Roq. ¡Hijos del alma!
Ya nada á mi pecho queda
que desear, sino que en mí
el jóven incauto aprenda.
¡Triste del que injustamente
el himeneo detesta!

¡y triste del libertino
que profanando la senda
de la mas pura virtud,
la corrupcion busca en ella!

FIN.

LS.C
T2536

195385

Author

Title Teatro nuevo espanol. Vol. 3.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU